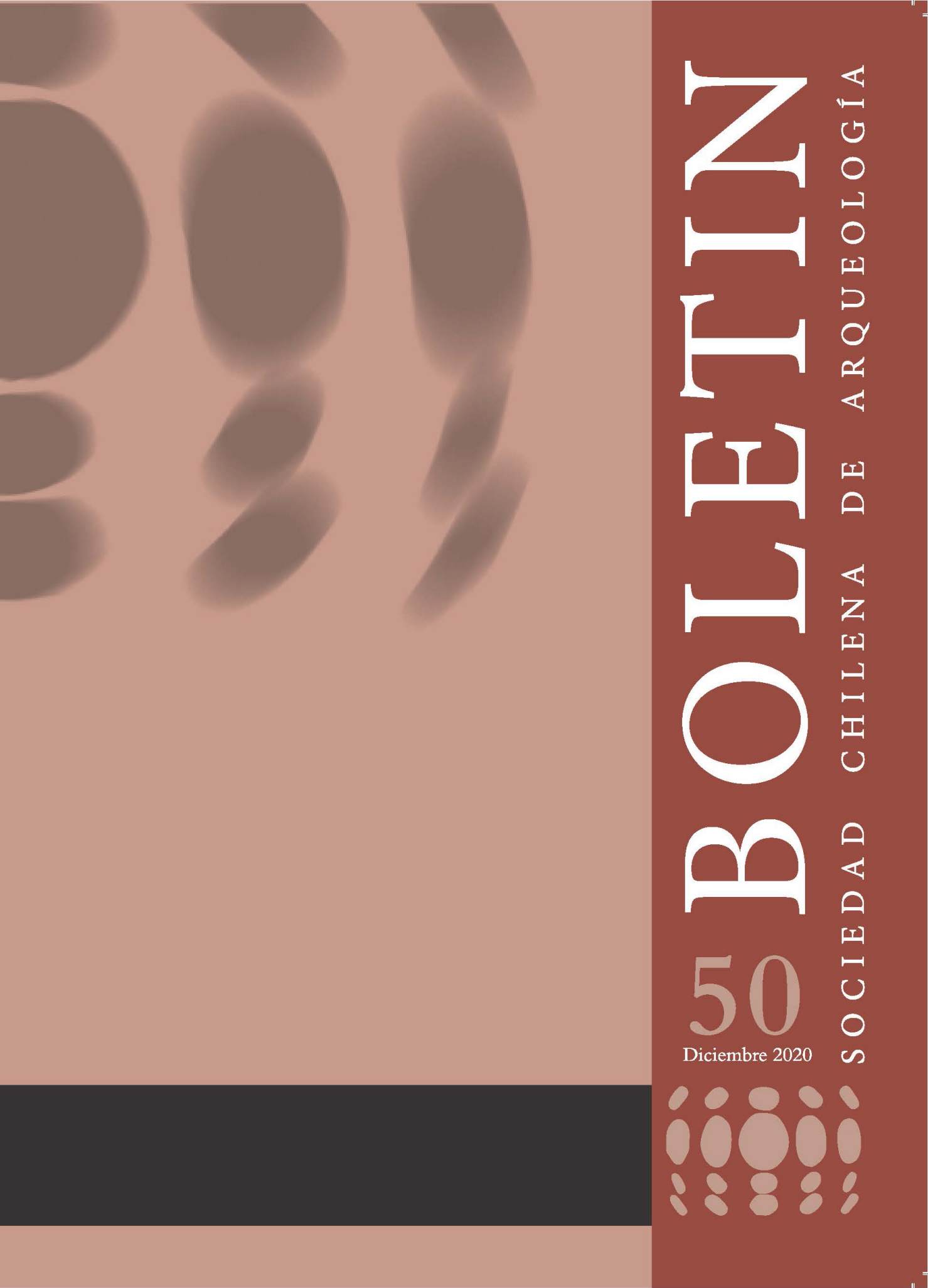


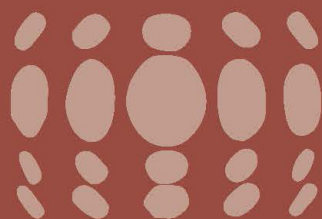


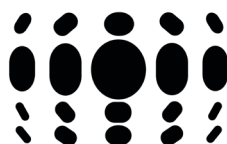
BOLLETTIN

50

Diciembre 2020

SOCIEDAD CHILENA DE ARQUEOLOGÍA





Sociedad Chilena de Arqueología

SOCIEDAD CHILENA DE ARQUEOLOGÍA

(Periodo 2019-2020)

Directorio: Gloria Cabello, Simón Urbina, Carole Sinclair, José Blanco y Carolina Agüero.
www.scha.cl

Editores: Roberto Campbell. Escuela de Antropología, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago.
Daniela Valenzuela. Departamento de Antropología, Universidad de Tarapacá, Arica.
Marta Alfonso Durruty. Associate Professor & National Geographic Explorer Sociology, Anthropology &
Social Work Department Kansas State University
Ayudantes de Edición: Antonia Escudero y Víctor Méndez.

Comité Editorial:

Carolina Agüero, Instituto de Arqueología y Antropología (IAA), Universidad Católica del Norte, San Pedro
de Atacama, Chile.
José Berenguer, Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago, Chile.
Calogero Santoro, Instituto de Alta Investigación, Universidad de Tarapacá, Arica, Chile.
Lorena Sanhueza, Departamento de Antropología, FACS, Universidad de Chile.
Juan Carlos Skewes, Departamento de Antropología, Universidad Alberto Hurtado, Santiago, Chile.
Robert Tykot, Department of Anthropology, University of South Florida, Florida, USA.

El Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología es una publicación anual fundada en 1984 y editada por la Sociedad Chilena de Arqueología. Tiene como propósito la difusión de avances, resultados, reflexiones y discusiones relativos a la investigación arqueológica nacional y de zonas aledañas.

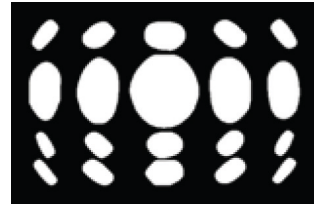
Está indizado en *Anthropological Literature* y *Latindex-Catálogo*.

Las opiniones vertidas en este Boletín son de exclusiva responsabilidad de quienes las emiten y no representan necesariamente el pensamiento de la Sociedad Chilena de Arqueología.

Toda correspondencia debe dirigirse al Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología, al correo electrónico schaboletin@gmail.com o a través de www.boletin.scha.cl.

Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología
ISSN 0716-5730
Diciembre 2020

Impresión
www.EdicionesOnDemand.cl



50^a BOLETIN

SOCIEDAD CHILENA DE ARQUEOLOGIA

Diciembre 2020

Índice

ARTÍCULOS

LAS OCUPACIONES TEMPRANAS DEL VALLE DE ACARÍ, PERÚ	7
Lidio M. Valdez	

VISIBILIZANDO LOS RASGOS DIAGNÓSTICOS DEL MATERIAL CERÁMICO “NO DIAGNÓSTICO”. DESAFÍOS METODOLÓGICOS PARA EL ANÁLISIS DE SITIOS ALFAREROS MULTI-COMPONENTES EN CHILE CENTRAL	41
Itaci Correa, Lorena Sanhueza, Fernanda Falabella, Amapola Saball, Luis Irrázabal y José Castillo	

REPORTES

OCUPACIÓN HUMANA DEL BOSQUE CADUCIFOLIO DE AISÉN DURANTE EL HOLOCENO MEDIO: NUEVOS DATOS DE LA LOCALIDAD DE ALTOS DEL MORO (RÍO CISNES)	65
César Méndez, Amalia Nuevo-Delaunay, Omar Reyes, Juan Bautista Belardi, Bárbara Thompson y Javier Carranza	

TRIBUNA

APUNTES SOBRE HISTORIA DE LA ARQUEOLOGÍA EN CHILE, 1880-2020	75
Simón Urbina	

APUNTES SOBRE LOS APUNTES DE SIMÓN URBINA	91
Benjamín Ballester	

COMENTARIO A URBINA: DEL ORDENADO MUNDO TAXONÓMICOS A LAS CALLES DE BLADE RUNNER	93
Luis Cornejo	

OTRAS COMPAÑERAS QUE NO CONTINUARON...MÁS QUE OLVIDO, EL OJO CANÍBAL	93
Andrea González-Ramírez	

CAMINOS QUEDAN	99
Simón Urbina	

TRIBUNA

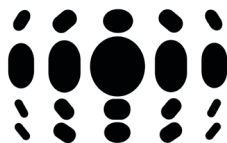
EL FUTURO QUE NO FUE: TRES TESIS SOBRE LA ARQUEOLOGÍA CHILENA CONTEMPORÁNEA	105
Simón Sierralta	

UNA OBRA INVISIBILIZADA	131
Zulema Seguel	

COMENTARIO A SIERRALTA S. (2020) EL FUTURO QUE NO FUE: TRES TESIS SOBRE LA ARQUEOLOGÍA CHILENA CONTEMPORÁNEA	135
Andrea Seelenfreund	

¿OTRO FUTURO ES POSIBLE? RESPUESTA A “EL FUTURO QUE NO FUE: TRES TESIS SOBRE LA ARQUEOLOGÍA CHILENA CONTEMPORÁNEA”	138
Estefanía Vidal Montero	

DESDE EL UMBRAL	141
Simón Sierralta	



Sociedad Chilena de Arqueología

Editorial

Precedida por investigaciones más tempranas sobre la prehistoria de nuestro país, se funda en 1963 la Sociedad Chilena de Arqueología. Durante el paso de estos cincuenta y siete años la Arqueología nacional se ha visto transformada por desarrollos tecno-metodológicos, corrientes intelectuales y eventos sociopolíticos que sobrepasan los límites de nuestra disciplina. Es por ello, que a treinta y seis años de publicarse el primer número del Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología somos invitados a examinar el pasado prehistórico de nuestra región, pero también la historia de nuestra disciplina a nivel nacional.

El artículo de Lidio Valdez describe las ocupaciones tempranas en el valle de Acarí en la costa sur de Perú. El estudio revela no solo una larga historia ocupacional sino también una extensa riqueza cultural que dio origen a tradiciones locales que eran política y económicamente independientes. El trabajo de Itací Correa y colaboradores, revela cómo una aproximación metodológica detallada puede identificar elementos diagnósticos, en materiales cerámicos comúnmente denominados “no diagnósticos”. Este estudio ejemplifica aproximaciones operativas centradas en gestos técnicos que tienen la capacidad de identificar modos de hacer particulares a tradiciones alfareras específicas. La investigación liderada por César Méndez presenta los resultados obtenidos en el sitio Altos del Moro, en la zona del Río Cisne, Aisén. Los resultados se basan en análisis y metodologías clásicas en la arqueología, pero la identificación de Altos del Moro, un sitio de abierto ubicado en el bosque caducifolio, expanden nuestro conocimiento de la ocupación humana de la zona más allá de los aleros rocosos, y destaca la necesidad de implementar estrategias que permitan identificar la variabilidad del registro arqueológico.

En la sección Tribuna de este número, la contribución de Simón Urbina presenta una revisión sobre la historia de la arqueología chilena que destaca la migración forzada y el exilio de figuras promisorias en la arqueología nacional entre 1960-1980. El escrito revisa el impacto político en las corrientes teóricas, y la posición de aquellos que se oponían a teorías ambientalistas y evolucionistas. Se señala en este escrito el trabajo del denominado “Grupo Toconce”, que impulsó el desarrollo de la etnohistoria, etnoarqueología, y la etnobotánica. Se destaca la labor de Victoria Castro, quien ha liderado en varias de estas áreas, y quien ha formado múltiples generaciones. El artículo menciona la relación entre la Sociedad Chilena de Arqueología y el Colegio de Arqueólogas y Arqueólogos de Chile A.G., la importancia y efecto de los estudios de impacto ambiental, y el silencio y precarización que rodean a este último. Finalmente, Simón Urbina nos invita a contemplar una nueva periodificación de la arqueología chilena, que ahonde más allá de las posturas teóricas y “grandes exponentes”, para incluir experiencias y voces hasta ahora silenciadas. Ofrecen respuestas a este escrito Benjamín Ballester, Luis Cornejo y Andrea González-Ramírez.

Por su parte, Simón Sierralta nos invita a reflexionar sobre el impacto del Golpe Militar de 1973 en el desarrollo de nuestra disciplina. Las respuestas a este escrito por Zulema Seguel, Andrea Seelenfreund y Estefanía Vidal nos presentan la visión de generaciones distintas. Zulema Seguel nos invita a conocer y reflexionar sobre el desarrollo y la interrupción de programas de investigación y educación que fueron truncados por los eventos de 1973. Andrea Seelenfreund examina el impacto del Golpe Militar de 1973 en la cotidianidad de la educación arqueológica de la época, los vacíos teóricos y la ausencia de aquellos cuyas vidas fueron truncadas o mutiladas bajo la dictadura. Estefanía Vidal nos recuerda que la arqueología produce y participa de la historia.

Estamos ciertamente agradecidos por estas importantes contribuciones y alzamos nuestra mirada con la esperanza de ver un futuro disciplinar incluyente y reflexivo.

Marta Alfonso-Durruty, Roberto Campbell y Daniela Valenzuela
Editores

Las ocupaciones tempranas del valle de Acarí, Perú

Lidio M. Valdez¹

Resumen

El antiguo desarrollo cultural del valle de Acarí tiene sus raíces en el sitio tipo de Hacha, perteneciente al Periodo Inicial. Las evidencias materiales, así como varios fechados absolutos, permiten asegurar que Hacha representa una larga y continua ocupación humana que se extendió, al parecer, hasta inicios del Horizonte Temprano. Con posterioridad, nuevos asentamientos humanos se establecieron en las inmediaciones de Hacha y en otras partes del valle. Algunos de estos asentamientos continuaron siendo ocupados hasta el Periodo Intermedio Temprano. Iniciando con Hacha, la alfarería desarrollada en este valle exhibe una continuidad, la misma que se extiende hasta mediados del Periodo Intermedio Temprano, cuando surgieron extensas fortificaciones. Entre finales del Horizonte Temprano e inicios del Periodo Intermedio Temprano, las poblaciones del valle de Acarí empezaron a mantener una relación continua con los habitantes de los valles ubicados hacia el norte, interacción que continuó hasta la llegada de los Inkas.

Palabras Clave: costa sur del Perú; Hacha; Nasca; valle de Acarí; tradiciones culturales

Abstract

The complex cultural development of the Acari Valley has its roots at the site of Hacha occupied during the Initial Period. The material evidence, in addition to absolute dates, strongly suggests that Hacha represents a long and continuous occupation that appears to extend up to the beginning of the Early Horizon. Later, as new settlements emerged in the vicinity of Hacha, and elsewhere in the valley that successfully replaced Hacha. Some of these new settlements continued being occupied during the Early Intermediate Period. Starting with Hacha, ceramics manufactured in Acari show continuity up until the Early Intermediate Period, time during which large fortified settlements prevailed in the valley. About late during the Early Horizon and early during the Early Intermediate Period the inhabitants of Acari entered in contact with their northern neighbors, interaction that was maintained up until Inka times, making Acari a valley always looking towards the north.

Keywords: Peruvian south coast; Hacha; Nasca; Acari valley; cultural traditions

Desde los tiempos de Bennett (1948), quien empezó a discutir los conceptos de áreas culturales, la costa sur del Perú, que abarca desde el valle de Chincha por el norte y el valle de Acarí por el sur, ha sido considerada como una región geográfica y cultural (Lanning 1967:32; Silverman 1996:96-97) (Figura 1). Menzel (1959:125) anotó, por un lado, la ausencia de una frontera geográfica o cultural precisa entre Chincha y los siguientes valles ubicados más al norte, como Cañete, y por el otro lado, la existencia de una marcada diferencia entre el valle de Yauca y otros ubicados más al sur.

¹ University of Calgary, Canada, lidio9@yahoo.es

Dentro de este espacio geográfico, en la opinión de Menzel, hubo una continuidad cultural que se inició en el Horizonte Temprano (ca. 900 - 200 a.C.) y continuó hasta tiempos de la conquista Inka (ca. 1438 - 1532 d.C.). Menzel basó sus observaciones en el detallado estudio que efectuó de la colección de cerámica recuperada por Uhle del valle de Ica (Menzel 1976, 1977), además de la posterior clasificación de la cerámica también proveniente de Ica hecha en cooperación con John H. Rowe y Lawrence Dawson (Menzel *et al.* 1964) y el estudio de la cerámica recuperada durante los estudios efectuados en Tambo Viejo de Acarí en 1954.

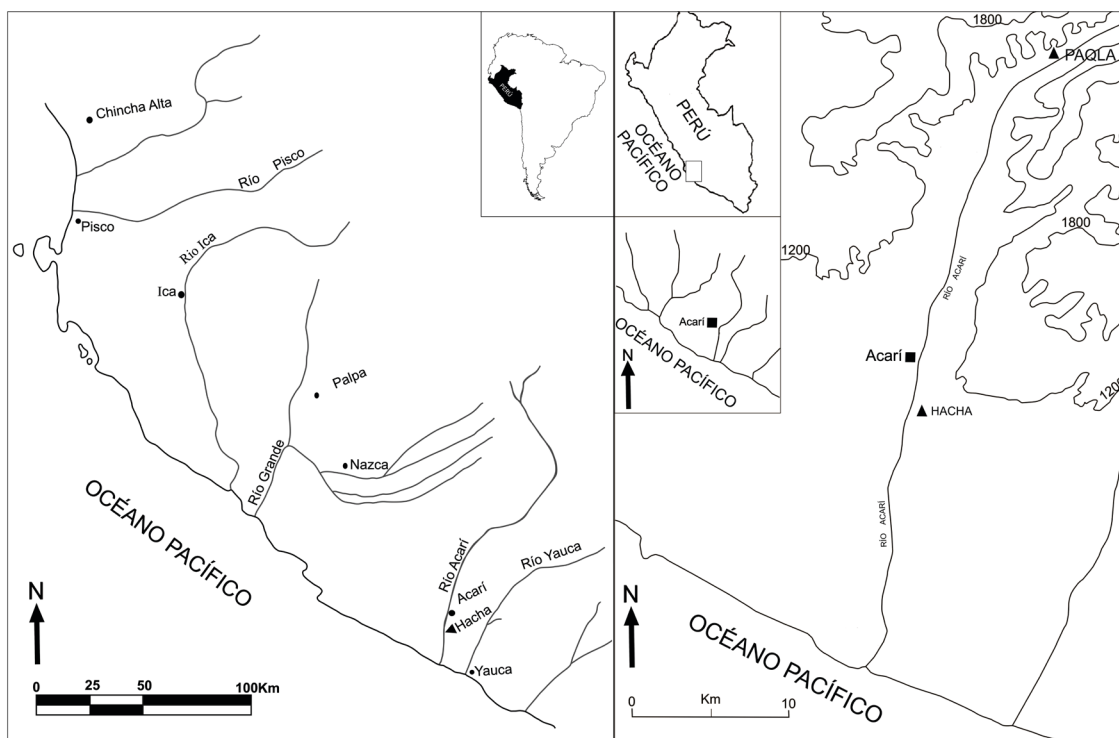


Figura 1. Ubicación de los sitios arqueológicos de Hacha y Paqla en el valle de Acarí de la costa sur del Perú.

El objetivo de este trabajo es, primero, trazar los inicios de la investigación arqueológica en el valle de Acarí y, segundo, discutir las ocupaciones más tempranas del valle a la luz de los trabajos más recientes. Las investigaciones arqueológicas efectuadas en Acarí han prestado particular atención a las ocupaciones más antiguas; dentro de este contexto, los trabajos en Tambo Viejo relacionados con la ocupación Inka (Menzel *et al.* 2012; Valdez y Bettcher 2020; Valdez *et al.* 2014) son una excepción. En el resto de esta contribución se evalúa la evidencia hasta hoy conocida para el Periodo Inicial (ca. 1800 - 900 a.C.) y para el Periodo Intermedio Temprano (ca. 200 a.C. - 600 d.C.). Además, es foco de esta discusión el tipo de relación que existió entre la población local de Acarí con miembros de la cultura Nasca, y sobre todo con Cahuachi, el centro ceremonial Nasca temprano. Entre el Periodo Inicial y el Periodo Intermedio Temprano existe un vacío para el que se dispone de limitada información. Sobre la base de los datos limitados, sin embargo, se adelantan algunas ideas que, tal vez, permitan enfocar nuestra atención a resolver interrogantes específicas y así esclarecer este periodo que, en la actualidad, aparece como un vacío dentro de una larga y compleja secuencia cultural.

Las primeras investigaciones en Acarí

El inicio de las investigaciones arqueológicas en el valle de Acarí está asociado a los primeros trabajos realizados por Max Uhle, reconocido con acierto como “padre de la arqueología peruana” (Rowe 1954:6-7). Rowe (1954:7) sostiene que Uhle inició sus trabajos de investigación arqueológica en la costa sur del Perú durante el otoño peruano de 1900 y fue cuando llegó hasta Acarí (Carpio 1942:487; Lothrop y Mahler 1957:3). Efectivamente, Lothrop y Mahler (1957:3) citan una publicación de Uhle, donde este último anota, entre otros, que el cementerio de Chaviña, ubicado en las inmediaciones de la desembocadura del río Acarí, forma parte de la región cuya exploración se acababa de iniciar. Por lo tanto, la inicial visita de Uhle al valle de Acarí parece haberse dado antes de su llegada a Ocucaje. Rowe (1954) sostiene que Uhle habría llegado a Ocucaje recién en setiembre (primavera) de 1900. Rowe (1954:11) también menciona otro recorrido de Uhle desde Acarí hasta Ica, durante el cual habría logrado recuperar una colección de cerámica Nasca temprano que posteriormente habría sido enviada a Berkeley. Desafortunadamente, Rowe no proporciona mayores detalles con respecto a la exacta proveniencia de dicha colección de cerámica Nasca temprano.

Este habría sido el tiempo cuando Uhle fue consultado por el gobierno peruano para establecer el Museo Nacional de Arqueología. Al respecto, Alfred L. Kroeber (1944:23) anota que la primera expedición efectuada por Uhle con financiamiento del gobierno peruano parece haber sido al valle de Acarí. Considerando que Uhle empezó a trabajar para el gobierno peruano en 1905, la visita hacia Acarí debió haber ocurrido en dicho año. Otra fecha adicional proporcionada por Rowe (1954:13) es el año 1909 cuando Uhle llegó a excavar en el cementerio de Chaviña. Poco tiempo después de Uhle, Aleš Hrdlička (1914) recorrió una sección del valle y logró describir parcialmente a algunos sitios, como Tambo Viejo y Huarato, por ejemplo.

Queda incierto qué investigador visitó Acarí posterior a las varias expediciones efectuadas por Uhle, aunque existen algunas referencias que indican que Julio C. Tello condujo algunos trabajos en el referido valle (Carpio 1942:488; Lothrop y Mahler 1957:3). Lothrop y Mahler (1957:3) citan una comunicación personal de Tello, quien se habría quejado del estado de destrucción de los sitios arqueológicos de Acarí, resultado del saqueo clandestino. Proulx (1989:73) es más preciso y señala que Tello estuvo en Chaviña en 1915. Con ocasión del 25° Congreso Internacional de Americanistas efectuado en 1940 en Lima, Tello (1942:694) anotó que la “cultura Nasca se extendió desde el valle de Pisco por el norte y el valle de Acarí por el sur”. Esta observación debió haber estado basada en las visitas que Tello hizo hacia Acarí. Esta es una de las pocas contribuciones de Tello, cuyo gran defecto fue no publicar.

Con posterioridad, otra personalidad de prestigio internacional llegó hacia el valle de Acarí; él fue nada menos que Alfred L. Kroeber, quien entre 1925 y 1926 viajó desde Arequipa hacia Acarí (Kroeber 1944:5, 23), llegando a visitar el ya muy conocido sitio de Chaviña. La visita inicial de Kroeber abrió camino a nuevas investigaciones a lo largo de la costa sur peruana. En efecto, entre 1952 y 1953 se llevó a cabo la Expedición Arqueológica de la Universidad de Columbia dirigida por William D. Strong (1957: Figure 1), quien también llegó a visitar al sitio de Chaviña. Posteriormente, Víctor von Hagen (1955) dirigió la Expedición de los Caminos del Inca de la costa, prestando particular atención al sitio de Tambo Viejo del valle de Acarí (Valdez 2018). El siguiente año, Rowe, en cooperación con Von Hagen, dirigió la Cuarta Expedición Arqueológica de la Universidad de California al Perú (Rowe 1956). Dorothy Menzel y Francis A. Riddell formaron

parte de ambas expediciones (Valdez 2009a), y en coordinación con Von Hagen y Rowe, llegaron a efectuar los primeros trabajos arqueológicos en Tambo Viejo en 1954 (Menzel y Riddell 1986; Menzel *et al.* 2012).

La primera experiencia de campo de Menzel está ligada al valle de Acarí (Valdez 2018). En 1954 Menzel junto con Francis A. Riddell llevaron adelante los primeros trabajos de investigación arqueológica en Tambo Viejo, prestando particular atención al sector Inka. Menzel y Riddell también lograron recorrer una sección del valle y ubicaron varios sitios arqueológicos, entre estos el sitio de Hacha (Figura 1) perteneciente al Periodo Inicial (Rowe 1963, 1967). De algunos de estos sitios, Menzel y Riddell recuperaron muestras de cerámica diagnóstica, cuyo análisis –más la familiaridad de Menzel con la cerámica del valle de Ica– permitió sostener que “el valle de Acarí fue el último de la costa sur en tener una orientación y asociación predominantemente norteña” (Menzel y Riddell 1986:105). Esta observación demostró que a lo largo de los tiempos el valle de Acarí guardó acercamiento con los valles adyacentes ubicados al norte, en particular con Nazca e Ica (Menzel *et al.* 2012; Valdez *et al.* 2014).

La colección de cerámica recuperada de los sitios de Acarí por Menzel y Riddell fue posteriormente inspeccionada por Rowe. Sobre la base de dichas observaciones y posteriores visitas a los sitios inicialmente visitados por Menzel y Riddell, Rowe logró presentar la primera síntesis de la arqueología de Acarí y la costa sur en general en su monumental artículo publicado en el número inaugural de la Revista *Nawpa Pacha* (Rowe 1963). De esta breve reseña, queda evidente que el valle de Acarí ha logrado atraer a nombres importantes dentro de la arqueología peruana, como son Uhle, Tello, Kroeber, Strong, Rowe y Menzel.

Por algunas coincidencias, los trabajos efectuados en Acarí han prestado mayor atención a los sitios tempranos, como es el caso de Hacha (Riddell y Valdez 1987; Robinson 1994; Rowe 1967) y los asentamientos del Periodo Intermedio Temprano (Rowe 1963; Valdez 2006, 2009b, 2010a, 2013, 2014, 2017a, 2017b). Por lo tanto, la suma de todos estos estudios, más los trabajos efectuados con posterioridad, permiten en la actualidad discutir temas que por mucho tiempo han permanecido al margen de toda discusión arqueológica. Uno de ellos concierne precisamente a lo que sucedió en Acarí después del abandono de Hacha y antes del establecimiento de los varios sitios fortificados que por lo general son atribuidos al Periodo Intermedio Temprano. En el resto de este ensayo, mi objetivo central es tratar de responder a esta interrogante utilizando varias líneas de evidencia. Dejo constancia que lo aquí señalado no pretende ser, en absoluto, una versión final acerca del tema; más bien, este representa un primer esfuerzo que busca dar algún sentido a un tema que por mucho tiempo fue dejado al margen o interpretado desde afuera y a menudo enfatizando desarrollos culturales que se dieron fuera del valle de Acarí.

Hacha y el Periodo Inicial

Hacha representa no sólo el sitio arqueológico más temprano de Acarí descubierto hasta el momento, sino es también el más conocido de todo el valle (Figura 2) y la costa sur en general (Beresford-Jones *et al.* 2015, 2018; Burger 1995:103; Fung Pineda 1988:83; Gayton 1967; Gorbahn 2013; Lanning 1967:81; Lumbreras 1974:52; Quilter 2014:158; Silverman 1996; Willey, 1971:111). En el diario de campo de Francis A. Riddell (1954: 36-37) quedó registrado que Riddell y Menzel

llegaron al sitio de Hacha por primera vez el 21 de abril de 1954. Jorge Esparza, natural de Acarí y quien venía trabajando con ellos en Tambo Viejo, habría sido quien informó a Riddell y Menzel de la existencia del sitio. Por lo tanto, bajo la guía de Esparza, Riddell y Menzel recorrieron el sitio y observaron la abundante presencia de instrumentos hechos en basalto que parecían ser hachas (Figura 3 a-b) (Riddell y Valdez 1987), y esta fue la razón por que el sitio fue identificado con el nombre de Hacha. Tal como se anota más adelante, Rowe confirma esta versión. Riddell y Menzel también encontraron fragmentos de un tipo único de cerámica (Figura 4 a-b), que en superficie aparecían asociados a los instrumentos de basalto y puntas de obsidiana (Figura 3 c).



Figura 2. Vista panorámica del sitio de Hacha desde el sitio de Gentilar.

Desafortunadamente, Riddell y Menzel nunca publicaron la visita que realizaron al sitio de Hacha. Dicha tarea fue tomada por Rowe (1956:137), quien se encargó de dar conocer a la comunidad científica la existencia del sitio, resaltando a su vez su temprana ubicación cronológica. En el diario de campo de Rowe de 1959 (cuya copia me envió gentilmente en 1999), Rowe registró haber llegado por primera vez al sitio en 1959. En la página 127 de su diario, Rowe incluye un croquis de acceso al sitio (Figura 5) y dos páginas más adelante aparece otro croquis que detalla la ubicación de Hacha (Figura 6), además de otros sitios localizados en sus inmediaciones. Desafortunadamente, el diario no provee una fecha exacta de cuándo Rowe llegó al sitio, excepto el año. Rowe (1959:129) escribió: “PV74-6 – The Hacha site, on the sloping plain behind site 5, about 450 meters N-S & perhaps 80 E-W. Very distinctive pottery, earlier than anything else in Acari”.²

² “PV74 – 6 – El sitio Hacha, en una hondonada detrás del sitio 5, cerca de 450 metros N-S y tal vez 80 E-W. Cerámica muy distintiva, más temprana que cualquiera otra encontrada en Acari” (traducción mía).

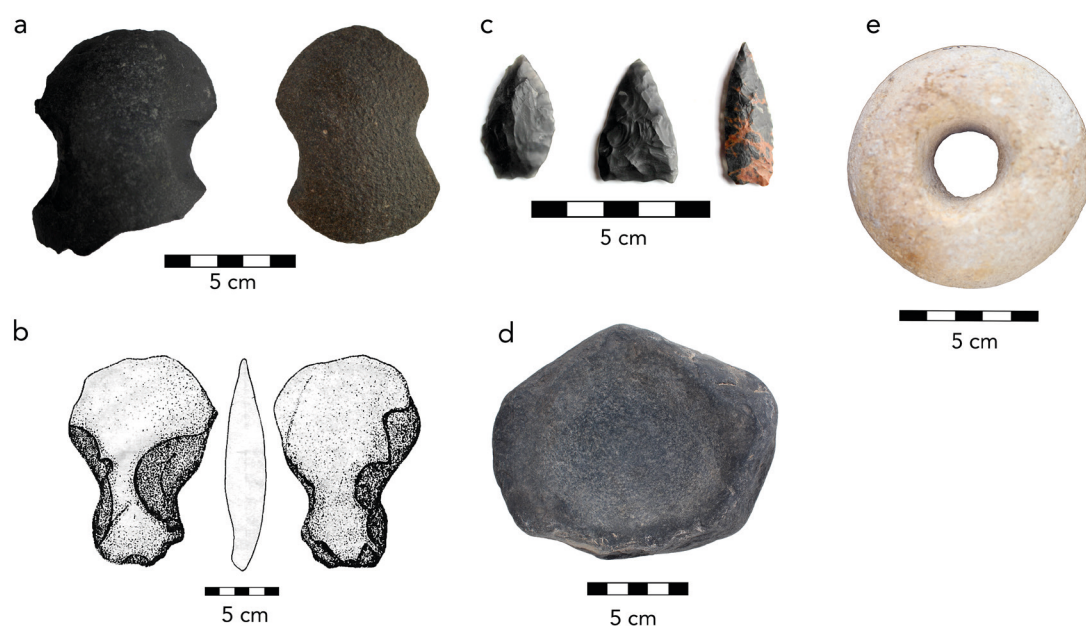


Figura 3. Artefactos de piedra procedentes del sitio de Hacha: (a) y (b) azadas hechas en basalto; (c) puntas de proyectil de obsidiana; (d) mortero encontrado en la superficie del sitio; (e) macana encontrada en la superficie del sitio.

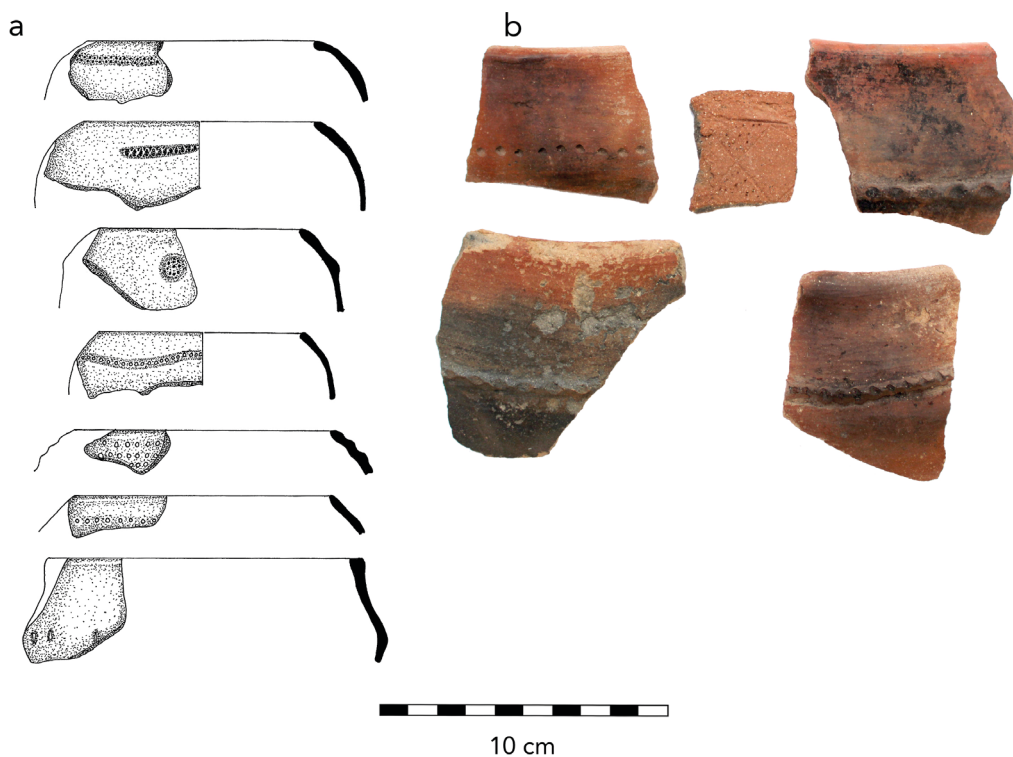


Figura 4. Cerámica proveniente de la superficie de Hacha.

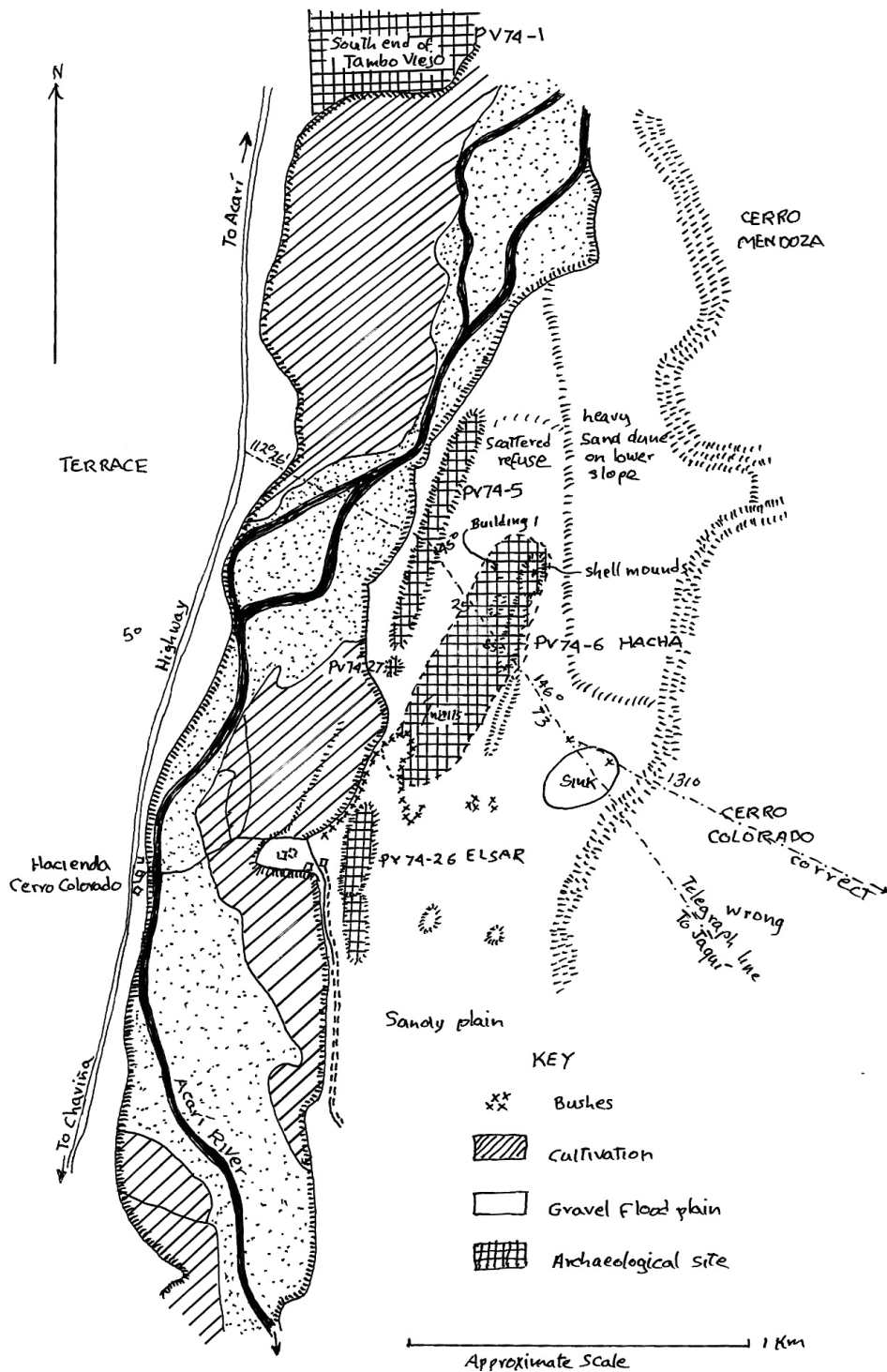


Figura 5. Dibujo basado en el croquis preparado por J. H. Rowe con la ubicación de los sitios de Tambo Viejo (PV74-1), Gentilar (PV74-5), Hacha (PV74-6) y Elsar (PV74-26).

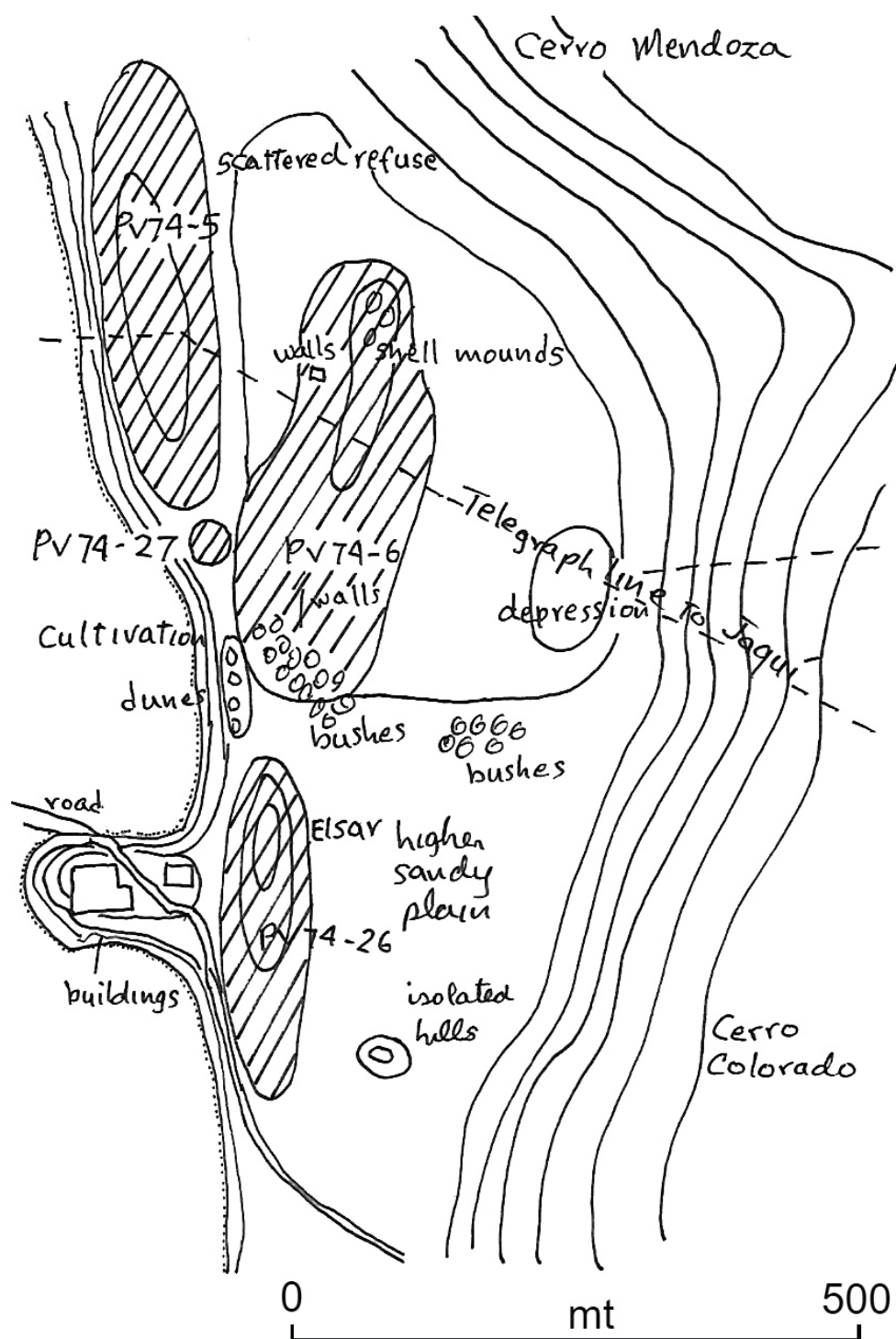


Figura 6. Dibujo basado en el croquis preparado por J. H. Rowe con la ubicación de los sitios PV74-5, PV 74-6, PV74-26 y PV74-27.

En las siguientes páginas, Rowe (1959:133-145) describió en mayor detalle lo observado en la superficie del sitio, dando crédito a su vez a Riddell y Menzel como los primeros en ubicar e identificar al sitio con el nombre de Hacha. Específicamente, Rowe anotó:

“When D. M. and F.A. Riddell were digging at Tambo Viejo in 1954, Jorge Esparza, their shovel man, gave them some obsidian points which he said he had collected in the area NE of Hac. Cerro Colorado. Riddell was much interested, and he and D. M. went to look for Esparza’s site. They found stone adzes and a little peculiar pottery. They called it the Hacha site from the stone adzes. They collected a number of adzes but very little pottery. It turns out that what they visited was only the south end of the Hacha site, the part in and just north of the bushes. On the second visit in 1959 we found no obsidian either”.³

Esta sección del diario de Rowe es de mucha importancia para el estudio de las ocupaciones tempranas de este valle en tanto que en la actualidad muchos de los sitios visitados y observados por Menzel, Riddell y Rowe ya no existen o han sido alterados.

Rowe también menciona varios cortes hechos por Esparza en el sitio que habrían dejado expuestas diversas estructuras que parecían haber sido construidas de tapia. Una de ellas estaba en la parte norte del sitio, donde Rowe llevó adelante algunas excavaciones. En el croquis de Rowe, dicha estructura es indicada como ‘building 1’ (Figura 5). Un croquis de la estructura también aparece en el diario de campo. Esta estructura fue identificada posteriormente por Robinson (1994) como estructura 2. Esta constituye una de estructuras más grandes de Hacha; en algunas de sus paredes aparecen escenas pictográficas, identificadas como representaciones de camélidos (Riddell y Valdez 1987:10). Dicha estructura parece haber cumplido una función pública.

Rowe volvió al sitio de Hacha en agosto de 1962, esta vez en compañía de Thomas Patterson. En diciembre de 1997, Patrick Carmichael me hizo llegar una copia del diario de campo de Patterson, a quien solicité de inmediato su autorización para citar sus notas no publicadas. Patterson aceptó mi petición de manera muy gentil. En dicho diario de campo quedó registrado que Patterson y Rowe habían llegado al sitio de Hacha el 19 de agosto de 1962 e hicieron una colección de la cerámica de superficie. Patterson (1962), al igual que Rowe, da referencia a los cortes del tractor hechos por Esparza. Además, Patterson anota haber recuperado una muestra de carbón de la sección norte del sitio. Líneas más adelante, menciona la recuperación de dos muestras adicionales. Rowe (1967:30) cita un fechado para Hacha, pero indica que dicha muestra había sido recuperada en 1959 por Gary S. Vescelius, Hernán Amat Olizábel y Dorothy Menzel. Sin embargo, en una publicación anterior, Rowe (1963:5) cita dos fechados para Hacha (UCLA-154 (1962), 1297 a.C. $\pm$ 80, y UCLA-153 (1962), 997 a.C. $\pm$ 90).

Patterson (1962) escribió:

“J.H. Rowe and I made sherd collections at several different localities on the site. The sherds are found in patches. We visited the wall near Esparza’s bulldozer cut. We then went to a patch at the

3 “Cuando Dorothy Menzel y F.A. Riddell venían excavando en Tambo Viejo en 1954, Jorge Esparza, su obrero, les entregó algunas puntas de obsidiana que dijo haber encontrado en el área NE de la Hacienda Cerro Colorado. Riddell mostró mucho interés en las puntas, y él y Menzel fueron a ver el sitio de Esparza. Ellos encontraron unas azadas de piedra y cerámica algo peculiar. Ellos llamaron al sitio Hacha por las azadas de piedra. Ellos recuperaron algunas azadas, pero muy poca cerámica. Lo que sucede es que lo que visitaron fue solo la parte sur del sitio y el lado inmediatamente al norte de los arbustos. En la segunda visita de 1959 nosotros tampoco encontramos obsidiana” (traducción mía).

far north end of the site, where we collected charcoal for a C-14 date. While we were collecting charcoal, I found one weathered obsidian point. During the afternoon, Rowe and I surveyed other parts of the site. Rowe found one obsidian point at the southwest end of the site.”⁴.

Las notas de Patterson son bien detalladas y mencionan, por ejemplo, la presencia en Hacha de varios tipos de restos, tanto animales (especialmente de una variedad significativa de moluscos) como vegetales. Patterson también fue hábil al constatar la ausencia del maíz. Una referencia similar aparece en Rowe (1967:30). Además, Patterson es el primero –de lo que conozco– en referirse a la cerámica tipo Hacha. Finalmente, Patterson menciona el hallazgo de varias piezas de figurinas antropomorfas fragmentadas, hechas en arcilla no cocida, identificadas como las más antiguas para toda la región. Por esas coincidencias de la vida, Rowe había enviado copias de las fotografías de las figurinas a Alexandra Morgan, quien gentilmente compartió dichas copias conmigo (Figura 7).



Figura 7. Figurinas de arcilla no cocida provenientes de Hacha, fotografías tomadas por Rowe (cortesía de Alexandra Morgan).

Sobre la base de estos trabajos, especialmente los efectuados por Rowe, Hacha es generalmente citado como el sitio tipo con cerámica inicial para toda la costa sur del Perú. Sin embargo, la información proporcionada por Rowe (1956, 1963, 1967) es bastante limitada, y de los diarios de campo tanto de Rowe como de Patterson, se puede sostener que la mayoría de los datos nunca

4 “J. H. Rowe y yo recogimos fragmentos de cerámica en varios puntos del sitio. Los fragmentos se encuentran en grupos. Visitamos el muro que el tractor de Esparza había cortado. Luego fuimos al lado norte del sitio, donde recuperamos carbón para un fechado de C-14. Mientras recuperábamos carbón, encontré una punta de obsidiana bastante erosionada. Por la tarde, inspeccionamos otras partes del sitio. En eso Rowe encontró una punta de obsidiana al lado suroeste del sitio” (traducción mía).

fueron publicados. Por ejemplo, Patterson menciona que él y Rowe hicieron una colección de cerámica de la superficie de Hacha; sin embargo, a la fecha se desconoce en absoluto de dicha colección, como tampoco existe un informe publicado acerca de la colección. Además de los fragmentos de cerámica, las azadas de basalto y las puntas de proyectil hechas de obsidiana, también aparecen en la superficie de Hacha morteros (Figura 3 d) y macanas (Figura 3 e), ruecas de hilar (piruros), entre otros que no fueron mencionados en los reportes arriba mencionados.

Entre 1984 y 1986, Roger Robinson (1994) llevó adelante trabajos de excavación arqueológica en el sitio de Hacha (Valdez 2017a:29). Dichos trabajos pusieron al descubierto nuevas evidencias que permitieron discutir aspectos relacionados a la tecnología lítica, formas arquitectónicas, subsistencia, formas de enterramiento y cerámica (Riddell y Valdez 1987; Robinson 1994; Valdez 2000b). Las excavaciones conducidas por Robinson también permitieron determinar que las estructuras de Hacha fueron construidas a base de bloques de barro unidos con argamasa que posteriormente fueron enlucidos con barro, dando así la impresión de tapia. Los muros son bajos y en muchos casos no superan el metro de altura; por lo tanto, los muros sólo constituyeron la base de las estructuras. Efectivamente, en la parte superior de los muros aparecen una serie de hoyos pequeños y en algunos hoyos se hallaron restos de postes, sugiriendo que los postes sirvieron para proyectar los muros. En su parte superior, las estructuras de Hacha fueron de quincha.

Plantas	Hacha	Amato / Huarato	Gentilar
Maní (<i>Arachis hypogaea</i>)	X	X	X
Maíz (<i>Zea mays</i>)		X	X
Camote (<i>Ipomoea batatas</i>)	X	X	X
Achira (<i>Canna edulis</i>)	X	X	X
Yuca (<i>Manihot esculenta</i>)		X	X
Jicama (<i>Pachyrhizus tuberosus</i>)		X	X
Ají (<i>Capsicum</i> sp.)		X	X
Frijol (<i>Phaseolus vulgaris</i>)	X	X	
Pallar (<i>Phaseolus lunatus</i>)		X	X
Canavalia (<i>Canavalia</i> sp.)	X	X	X
Palillo (<i>Campomanesia lineatifolia</i>)		X	
Guayaba (<i>Psidium guajava</i>)	X	X	
Pacae (<i>Inga feuillei</i>)		X	
Lúcuma (<i>Pouteria lucuma</i>)		X	
Huarango (<i>Prosopis</i> sp.)		X	X
Calabaza (<i>Cucurbita moschata</i>)	X	X	X
Zapallo (<i>Cucurbita máxima</i>)			X

Tabla 1. Relación de plantas cultivadas identificadas en 4 sitios arqueológicos de Acarí.

Las excavaciones efectuadas en Hacha permitieron recuperar e identificar una variedad significativa de plantas (Tabla 1), las mismas que continuaron siendo cultivadas durante los periodos posteriores en Acarí y toda la costa sur (Beresford-Jones 2011:88-89; Piacenza 2002; Valdez 2009a, 2010b:80-82). Tal como fue inicialmente anotado por Patterson (1962; ver también Rowe 1967:30), el maíz es una excepción en tanto que recién aparece en sitios de ocupaciones posteriores. Al mismo tiempo, los trabajos dirigidos por Robinson permitieron identificar una variedad numerosa de recursos marinos, en particular de moluscos (Riddell y Valdez 1987). De esta evidencia queda de

manifiesto que los habitantes de Hacha explotaron recursos del valle y del mar. La mayoría de las especies de plantas y de moluscos presentes en Hacha ya habían sido previamente identificadas por Patterson, tal como atestigua sus notas de campo de 1962.

Del mismo modo, las excavaciones en Hacha permitieron obtener varios fechados absolutos (Riddell y Valdez 1987:7; Robinson 1994:36). En total, existen 10 fechados para Hacha. David Beresford-Jones gentilmente calibró los fechados empleando la guía establecida por Hogg *et al.* (2013) y luego llevó a efecto el análisis Bayesiano utilizando OxCal v4.3's (Bronk Ramsey 2009) como una fase continua (Tabla 2). Dicho análisis establece el inicio de la ocupación de Hacha alrededor de 3398 cal AP y su posterior abandonado aproximadamente hacia 2737 cal AP (Figura 8). Estos resultados demuestran que Hacha fue ocupado por mucho tiempo y es posible que durante ese lapso el material cultural cambiara, pero dichos cambios son aún difíciles de determinar a falta de mayores estudios sistemáticos en el sitio.

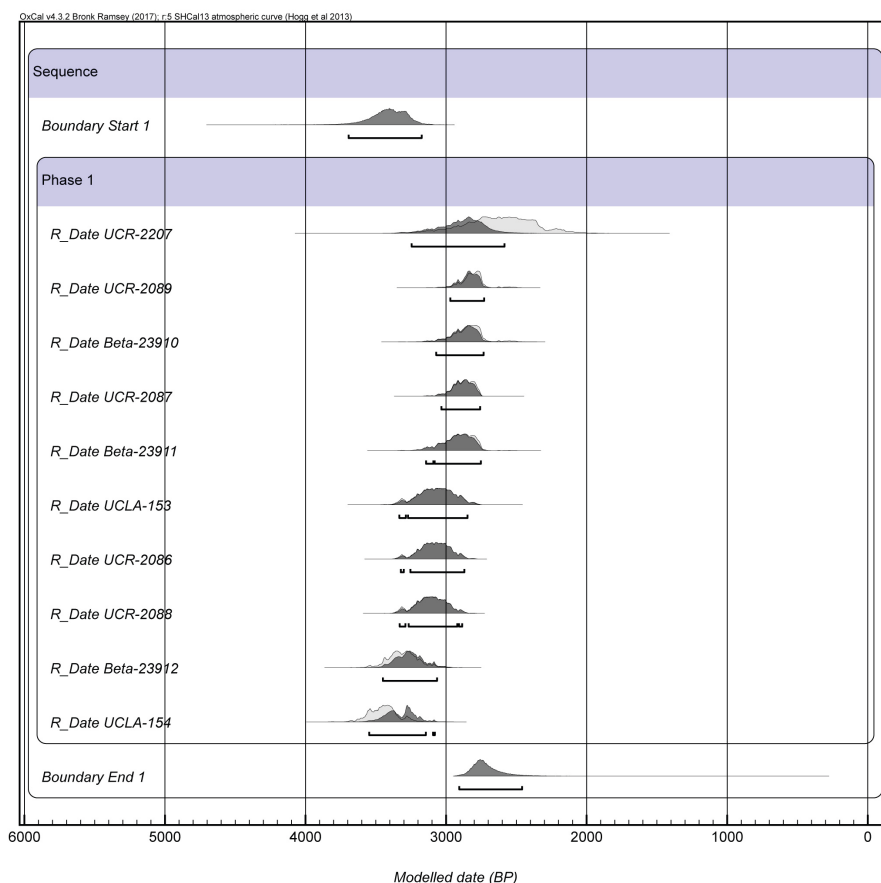


Figura 8. Modelación de una sola fase para las fechas calibradas obtenidas para el sitio de Hacha, utilizando el programa OxCal v4 3.2 Bronk Ramsey (2017), r:5 y la curva de calibración shcal13 (Hogg *et al.* 2013).

	Edad radiocarbónica		Fechas calibradas (AP) sin modelar usando curva shcal13				Fechas calibradas (AP) modeladas como una sola fase usando curva shcal13				Agreement Indexes			
	Edad 14C	±	rango		%	mediana	rango		%	mediana	A	L	P	C
Límite superior 1		200					3697	3172	95,4	3398				97,5
R_Date UCR-2207	2590	70	3157	2151	95,4	2618	3245	2591	95,4	2871	74,5			99,5
R_Date UCR-2089	2730	90	2993	2547	95,4	2810	2973	2729	95,4	2833	95,5			99,7
R_Date Beta-23910	2760	60	3139	2540	95,5	2840	3071	2733	95,4	2863	100,6			99,6
R_Date UCR-2087	2810	90	3030	2753	95,4	2871	3036	2759	95,4	2880	99,6			99,7
R_Date Beta-23911	2820	90	3145	2746	95,4	2900	3143	2753	95,4	2912	100,5			99,7
R_Date UCLA-153	2960	70	3344	2847	95,4	3067	3331	2849	95,4	3063	102,2			99,7
R_Date UCR-2086	2970	70	3328	2871	95,4	3078	3322	2871	95,4	3075	101,5			99,6
R_Date UCR-2088	2990	80	3340	2886	95,4	3105	3331	2886	95,3	3100	101,7			99,7
R_Date Beta-23912	3150	80	3549	3072	95,4	3306	3449	3063	95,4	3259	96,9			99,5
R_Date UCLA-154	3260		3636	3240	95,4	3445	3543	3079	95,4	3314	66,3			99,3
Límite inferior 1							2912	2455	95,4	2737				97,8
										Un modelo	82,9			
										General	79,6			

Tabla 2. Fechados del sitio de Hacha calibrados como una fase continua (OxCal v4 3.2 Bronk Ramsey (2017); r:5 SHCal13 atmospheric curve (Hogg *et al.* 2013).

Sobre la base de las excavaciones en Hacha, Robinson (1994) distinguió dos tipos de cerámica. El primero está constituido por los fragmentos presentes en la superficie del sitio y que, en la opinión de Robinson, aún carecen no sólo de una ubicación estratigráfica, sino también de fechados absolutos. Esta es la típica cerámica Hacha (Riddell y Valdez 1987:7-8: Figuras 3 y 4), identificada por Robinson (1994:12-13) como ‘Hacha 2’ y que guarda similitudes estilísticas con la cerámica Muyo Moqo de Waywaka en Andahuaylas (Apurímac) (Grossman 1972, 1985:48, 57). Las muestras corresponden a ollas sin cuello de cuerpo globular, como las de Muyo Moqo, así como jarras, cuencos y platos, todas de paredes delgadas. La pasta es de color gris oscuro y marrón rojizo, y está compuesta de arcilla con abundante presencia de arena no seleccionada, además de cuarzo, feldespato, y mica, añadidas como desgrasantes. Por último, la textura es compacta y sugiere que la cocción se hizo a temperaturas elevadas.

Robinson (1994:12) anota que la superficie de las muestras de cerámica encontradas en la superficie está fuertemente erosionada. Sin embargo, durante mi más reciente inspección superficial (agosto 2012), encontré ejemplares no erosionados. En dichas muestras fue posible determinar que tanto la superficie externa, como la interna, recibieron un tratamiento especial que incluye el alisado, estriado, pulido, además de un engobe rojo natural. En el diario de campo de Patterson de 1962 también se puede leer lo siguiente: “We also found several more Hacha type body sherds, all but one of which was plain. The one exception is a body sherd with red slip and negative painted horizontal bands and dots” (Patterson 1962, 21 de agosto)⁵. Sobre dicha superficie aparecen varias formas de decoración consistentes de sellos hundidos (utilizando algún material tubular) que ocurren en forma alineada, formando una línea o varias líneas, y generalmente cerca al borde de las vasijas. Además, aparecen puntos alineados y concéntricos elaborados sobre áreas con apliqué, colocadas siempre cerca a los bordes (Riddell y Valdez 1987). Todas estas formas de decoración aparecen en la superficie externa. Sólo en un caso se observó la ocurrencia de incisiones formando líneas, las mismas que ocurren tanto en la superficie interna, como en la superficie externa. El tratamiento final de las vasijas fue mediante las técnicas del bruñido y ocasionalmente un ligero pulido. Como resultado, ambas superficies tienden a ser suaves.

La segunda variedad de cerámica identificada por Robinson (1994:14) es ‘Hacha 1’. Robinson anota que esta variedad nunca ha sido recuperada en la superficie del sitio y hasta la fecha se conoce sólo del hallazgo hecho en asociación a la estructura 4 de Hacha. No obstante que el número de ejemplares recuperados es pequeño, Robinson asegura que es notable la diferencia entre este (Hacha 1) y la cerámica presente en la superficie (Hacha 2). Robinson sostiene que a diferencia de Hacha 2, la pasta de Hacha 1 es bastante fina y con inclusiones (desgrasantes de arena) no sólo finas, sino también muy homogéneas. El color de la pasta es un rojo oscuro, y al fragmentarse estas piezas dejan una línea uniforme, al parecer también distinta del tipo anterior. Ambas superficies presentan un baño de engobe muy fino, de color gris y marrón oscuro que posteriormente fue pulido, dejando de este modo una superficie muy suave. Las formas consisten en cuencos y copas, una de las cuales es rectangular, una forma desconocida en el tipo anterior. La diferencia observada por Robinson parece ser más funcional (utensilios y ollas) que de tipo, donde lógicamente los utensilios recibieron mejor acabado.

Con la excepción del fechado obtenido por Rowe (1967), al parecer de contextos asociados a la estructura 2 de Robinson (1994), el resto de los fechados existentes para el sitio están asociados

5 “Encontramos varios fragmentos de cuerpo del tipo Hacha, excepto uno, todos son fragmentos del cuerpo con enlucido rojo y bandas horizontales y puntos pintados en negativo” (la traducción es mía)

con el tipo de cerámica Hacha 1. Estratigráficamente, Robinson sostiene que Hacha 1 está ausente en la superficie del sitio y su ocurrencia sólo se conoce de contextos sub-superficiales. Sin embargo, durante mi más reciente inspección del sitio observé que las “dos variaciones de cerámica de Hacha” sí ocurren en la superficie de Hacha (Figura 9 a-b). Es más, existe una considerable variación de formas e incluye botellas, forma esta anteriormente no reportada para el sitio. Anteriormente, Menzel, Rowe y Dawson (1964:258) ya habían destacado que las tempranas manifestaciones de botellas de doble pico con asa-puente estaban precisamente en Hacha (Figura 9 c). Esta breve información deja en claro que, no obstante que el sitio ha sido discutido por más de cinco décadas, queda mucho que aprender de Hacha. Del mismo modo, la propuesta hecha por Robinson necesita ser tomada con cautela hasta que estudios más detallados se efectúen en el sitio.

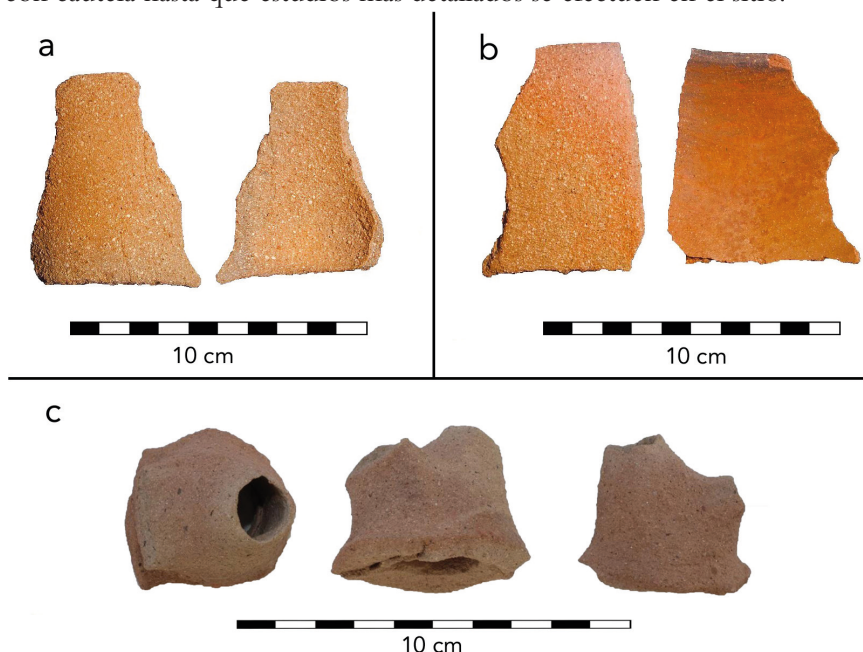


Figura 9. Cerámica de estilo Hacha: (a) y (b) variaciones de la cerámica del estilo Hacha, observe el engobe en la superficie interna (foto b, fragmento derecho); (c) fragmento de una botella proveniente de la superficie de Hacha.

El Horizonte Temprano en Acarí

Lo sucedido en Acarí después del abandono de Hacha aún permanece incierto. Hacha habría sido abandonado alrededor del año 2737 cal AP. Las prospecciones arqueológicas efectuadas a mediados de la década de 1980, dirigidas por Francis A. Riddell, no ubicaron sitio alguno asignable al Horizonte Temprano. Una excepción parece ser Paqla, ubicado en la parte alta del valle (Figura 1) y donde se hallaron dos pequeños fragmentos de cerámica incisa, encontrados en las inmediaciones de estructuras mortuorias, desafortunadamente profanadas (Riddell y Valdez 1988:83). Al interior de dichas estructuras de piedra se observaron esqueletos humanos y cráneos con deformación de tipo fronto-occipital. Sin embargo, es poco lo que se puede sostener a base de los dos fragmentos de cerámica encontradas en la superficie.

Cerca de Hacha y Gentilar, Rowe ubicó en 1959 un pequeño montículo, al que catalogó como PV74-27 (Figuras 5 y 6). En su diario de campo, Rowe (1959:131) anota haber encontrado en la superficie de PV74-27 fragmentos de cerámica que “podrían ser Paracas tardío (T4).” Durante mis varias visitas a Gentilar (Valdez 1994), pasé en más de una ocasión por dicho lugar, donde también observé fragmentos de cerámica similares a los presentes en los otros sitios considerados como pertenecientes a las fases tempranas del Periodo Intermedio Temprano. Rowe (1959:129) menciona otro sitio ubicado esta vez al sur de Hacha, denominado Elsar (Figura 5), y catalogado como PV74-26. En dicho sitio Rowe señala haber encontrado cerámica Nasca 1 y “tal vez algunos ejemplares de T4”. Silverman (1977) da referencia al sitio de Elsar e indica que representa una ocupación Nasca 1. No está del todo claro la fuente que Silverman utilizó, aunque es posible que esté basado en el diario de campo de Rowe. Lamentablemente, Rowe nunca publicó algo en particular; por lo tanto, se desconoce el detalle del tipo de material que él haya encontrado en PV74-26 y PV74-27.

Recientemente visité los sitios arriba mencionados, pero sin encontrar material alguno que pueda ser identificado con seguridad como Paracas Tardío o Nasca temprano. Para Elsar no fue posible ubicar una sola estructura y mucho menos cerámica diagnóstica. Los tiestos encontrados son definitivamente diferentes de los presentes en la superficie de Hacha, pero estilísticamente difíciles de determinar si pertenecen al Horizonte Temprano. Por su parte, en la superficie de PV74-27 existen algunos fragmentos de cerámica similares a los hallados en los sitios fortificados pertenecientes a las fases iniciales del Periodo Intermedio Temprano, mientras que una mayoría pertenece a las fases finales del Periodo Intermedio Temprano. Aquí es preciso anotar que muchos de los sitios inicialmente visitados por Rowe han sido fuertemente modificados y, en lo peor de los casos, han desaparecido por completo como resultado de la expansión agrícola. Por lo tanto, es difícil confirmar o negar las iniciales observaciones de Rowe con respecto a la posible presencia de material T4 en los sitios arriba mencionados. Sin embargo, la numerosa presencia de sitios pertenecientes a las fases iniciales del Periodo Intermedio Temprano deja abierta la posibilidad que las ocupaciones pertenecientes al Horizonte Temprano tal vez están aún por ser encontradas.

Durante un reconocimiento del sitio de Amato en 1987 se halló un fragmento de cerámica con incisiones lineales en la superficie externa. El fragmento pertenece a un cuenco de pared delgada y fina, de superficie pulida y de color gris oscuro. Sobre la base de este hallazgo, inicialmente sostuve que Amato tal vez fue originalmente establecido a finales del Horizonte Temprano (Valdez 2000b:21). Como se discute en la siguiente sección, los recientes fechados absolutos obtenidos para los contextos de Amato precisamente apuntan hacia un establecimiento bastante temprano del sitio. Además, con las excavaciones efectuadas en Amato se hallaron algunos ejemplares de cerámica con decoración incisa (Valdez 2017a:32). La primera, y la más llamativa, es una imagen de un ser antropomorfo de ojos redondos, dientes pronunciados y una cara redondeada (Figura 10 a). La imagen fue pintada con un color blanco lechoso y un rojo ocre, y ambos colores son separados por líneas incisas. Por cuanto las pinturas fueron aplicadas después de la cocción, y considerando que “los cambios estilísticos que marcan el inicio de la fase Nasca 1 son el uso del engobe aplicado antes de la cocción, en lugar de la pintura de resina aplicada después de la cocción, como un medio de producir diseños policromos de cerámica fina” y que en “Nasca 1 los nuevos colores de engobe fueron generalmente separados por líneas incisas, en el mismo sentido como las pinturas de resina fueron utilizados con anterioridad” (Menzel *et al.* 1964:251), este fragmento antecede a Nasca 1 o es contemporáneo con Nasca 1.

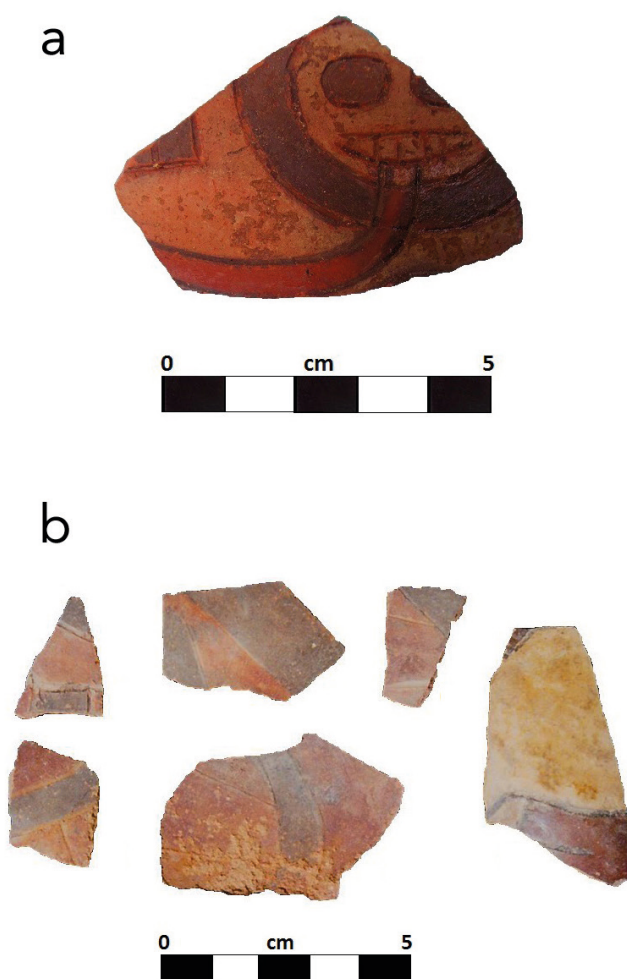


Figura 10. Cerámica decorada proveniente del sitio Amato: (a) cerámica con decoración incisa y pintura post cocción; (b) cerámica con decoración incisa y pintura precocción.

Un total de seis fragmentos similares al anterior también fueron hallados en Amato. Los fragmentos provienen del nivel más profundo de una unidad excavada al interior del céntrico recinto rectangular (Valdez 2009b). En este caso, todos los fragmentos fueron pintados con rojo ocre y negro, mientras que las líneas que separan los colores son también incisiones (Figura 10 b). Sin embargo, y a diferencia del fragmento anterior, los colores fueron aplicados antes de la cocción. Como tales, estos fragmentos son identificables como, o contemporáneos con, Nasca 1. Merece anotar que todos estos fragmentos son de paredes delgadas, finas, y posiblemente pertenecen a vajillas, como copas y cuencos. Tecnológicamente estos fragmentos son diferentes de los fragmentos que abundan en el sitio, lo que sugiere que estas son piezas manufacturadas en algún valle ubicado más al norte de Acarí y posteriormente introducidas hacia Acarí. En otras palabras, la rara ocurrencia de fragmentos similares sugiere que estas pertenecen a piezas exóticas.

Las excavaciones en Amato también permitieron exponer varios entierros (Valdez 2006), de los cuales destaca uno en particular. Al lado exterior este del recinto rectangular se expusieron dos

tumbas en urnas. Ambas urnas contenían los restos de infantes; pero, aquel del lado este (Tumba 1) se distingue del otro por la presencia de una pequeña banda bordada con representaciones de cabezas humanas, la misma que había sido colocada alrededor de la cabeza del infante (ver Valdez *et al.* 2010:46). Los motivos de representación también podrían ser figuras en miniatura de individuos con los cabellos largos y tal vez de sexo femenino. Considerando que representaciones similares son conocidas para contextos tanto Paracas tardío como Nasca temprano, la evidencia proveniente de Amato es otro indicador de que el sitio fue inicialmente establecido a finales del Horizonte Temprano y que continuó durante las fases iniciales del Periodo Intermedio Temprano. Así como se puede apreciar en la Figura 11, dos muestras de carbón (TO-12431 & TO-12432) producen fechas que precisamente se extienden al Horizonte Temprano; una tercera muestra (TO-12434) también sugiere una ubicación temprana del sitio (Tabla 3). Estos fechados dejan abierta la posibilidad que Amato fue inicialmente establecida antes del Periodo Intermedio Temprano. Por lo tanto, existe la posibilidad que el tejido en mención y sus representaciones en particular puedan ser una imitación a diseños probablemente Paracas o Nasca temprano. De ser correcta esta observación, estaríamos frente a una situación donde los residentes del valle de Acarí no sólo mantuvieron contacto con los habitantes de los valles ubicados más al norte, sino que también imitaron motivos foráneos.

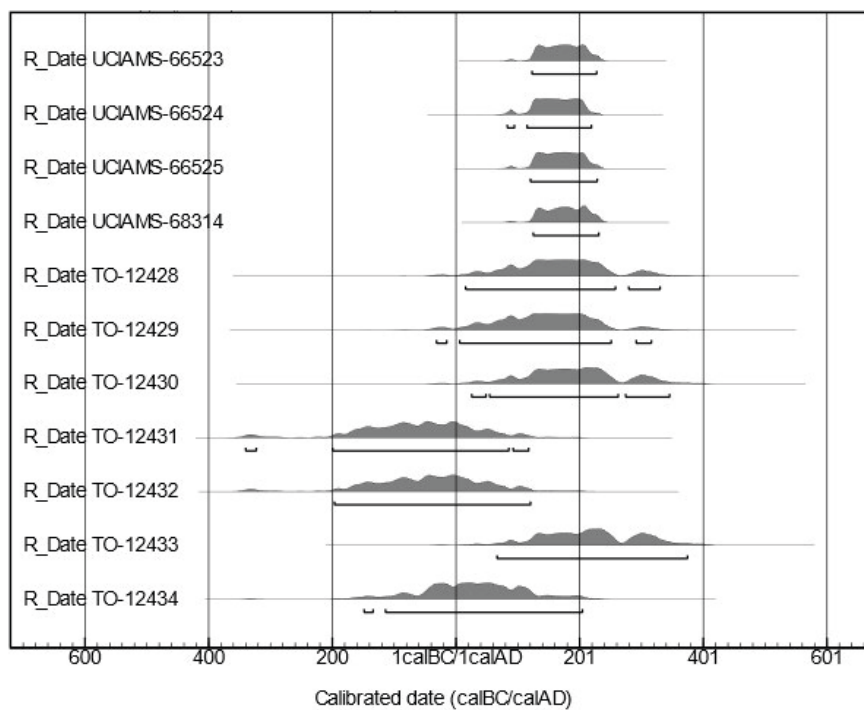


Figura 11. Fechados C14 calibrados obtenidos para el sitio de Amato, utilizando el programa OxCal v4 3.2 Bronk Ramsey (2017), r:5 y la curva de calibración shcal13 (Hogg *et al.* 2013).

La poca visibilidad de las ocupaciones del Horizonte Temprano en Acarí parece obedecer a la continuidad del estilo de cerámica (Valdez 2000b:21). En efecto, es muy posible que dicha variedad de cerámica tenga sus raíces en el estilo Hacha y que con mínimas variaciones continuó siendo manufacturado durante el Periodo Intermedio Temprano. En otras palabras, los inicios del estilo Huarato parecen retroceder hasta antes del Periodo Intermedio Temprano. El estilo Huarato está asociado a los asentamientos fortificados y en cuya superficie, en algunos casos, ocurre al lado de

cerámica Nasca temprano (fases 2 y 3). Esto indica que los sitios fortificados fueron ocupados a inicios del Periodo Intermedio Temprano. Por lo expuesto, los orígenes del estilo Huarato es un tema que en un futuro cercano debe ser definido y el sitio de Amato parece ser uno de los candidatos para conducir dicho estudio. En resumen, se puede anticipar que después del abandono de Hacha, el valle de Acarí continuó siendo ocupado, pero que sus características quedan por ser definidas.

Muestra	Sitio	Edad ¹⁴ C	±
UCIAMS-66523	Amato	1870	20
UCIAMS-66524	Amato	1885	20
UCIAMS-66525	Amato	1875	20
UCIAMS-68314	Amato	1865	20
TO-12428	Amato	1870	60
TO-12429	Amato	1890	60
TO-12430	Amato	1850	60
TO-12431	Amato	2050	60
TO-12432	Amato	2040	60
TO-12433	Amato	1830	60
TO-12434	Amato	1990	60
UCIAMS-125631	Gentilar	1550	15
TO-12208	Huarato	2030	60
TO-12207	Huarato	1760	60
TO-12209	Monte Grande Alto	1950	60
UCIAMS-143140	Monte Grande Alto	1890	20
UCIAMS-143138	Molino	1765	20
UCIAMS-125632	Coquimbo	1915	20
UCIAMS-12465	Coquimbo	1790	20
UCIAMS-143139	Tambo Viejo	1865	20
UGAMS-12464	Tambo Viejo	1870	20
UGAMS-12463	Tambo Viejo	1870	25
UGAMS-12462	Tambo Viejo	1840	20
UGAMS-12461	Tambo Viejo	1890	25

Tabla 3. Edades radiocarbónicas obtenidas de los sitios Amato, Gentilar, Huarato, Monte Grande Alto, Molino, Coquimbo y Tambo Viejo.

El Periodo Intermedio Temprano

El Periodo Intermedio Temprano, especialmente en sus fases iniciales, está representado por varios sitios que comparten muchas características y que se encuentran distribuidos en la sección inferior media del valle (Figura 12). Rowe (1956, 1963) fue el primero en dar a conocer de la existencia en Acarí de un grupo de sitios que compartían varios rasgos en común. La primera de dichas características es obviamente la extensión de los asentamientos que, en comparación a otros sitios contemporáneos de toda la costa sur, son extensos y nucleados (Valdez 2009a, 2010b, 2014).

El segundo rasgo también distinguible es la presencia de grandes muros perimétricos que encierran cada uno de estos asentamientos (Valdez 2009b, 2014, 2017a:41). Por ejemplo, al referirse a Tambo Viejo, Rowe (1963:11) es explícito al mencionar a las fortificaciones construidas de piedras de campo y adobes (Valdez 2013, 2014). Finalmente, el tercer aspecto en común entre todos estos sitios de Acarí es la presencia de una variedad de cerámica que es, en la opinión de Rowe (1963:11), “datable to Early Intermediate Period 2 and representing an old local tradition”⁶ (Figura 13a).

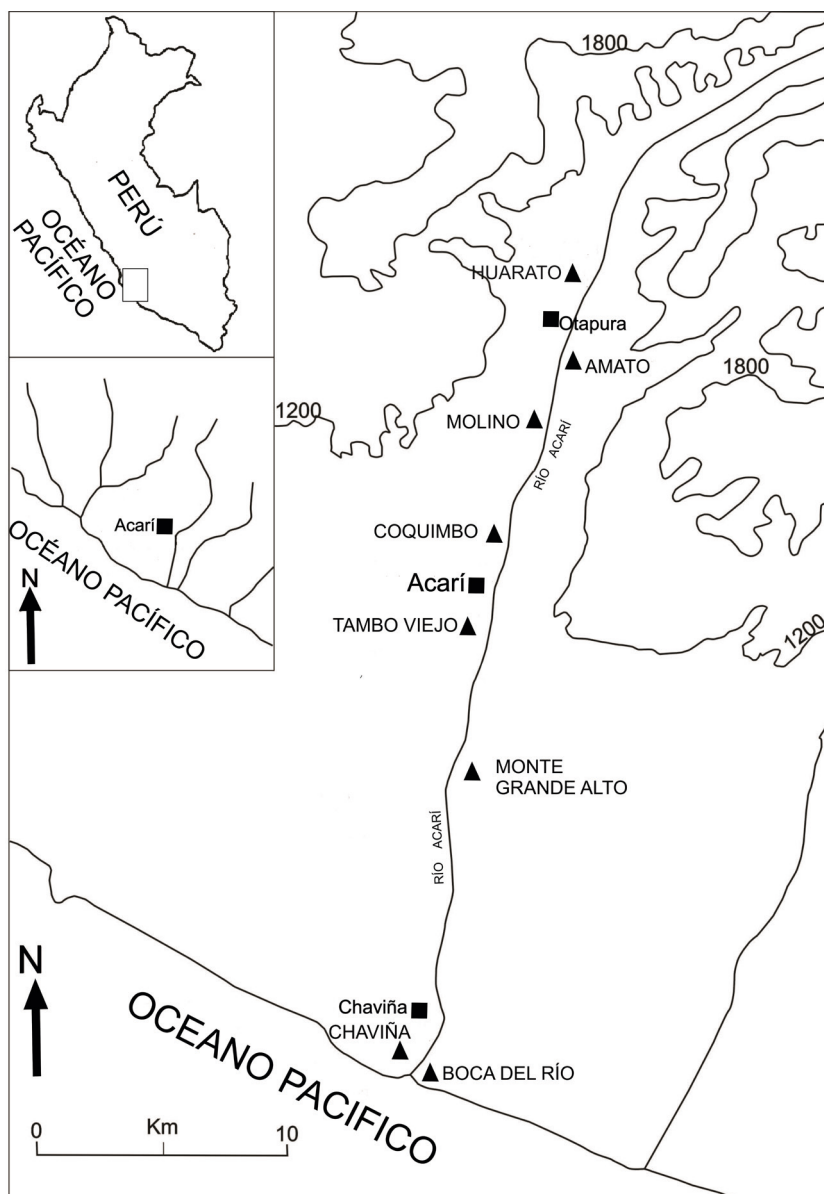


Figura 12. Ubicación de los sitios fortificados y establecidos a inicios del Periodo Intermedio Temprano.

6 “pertenece al Periodo Intermedio Temprano 2 y que representa una vieja tradición local” (traducción mía).

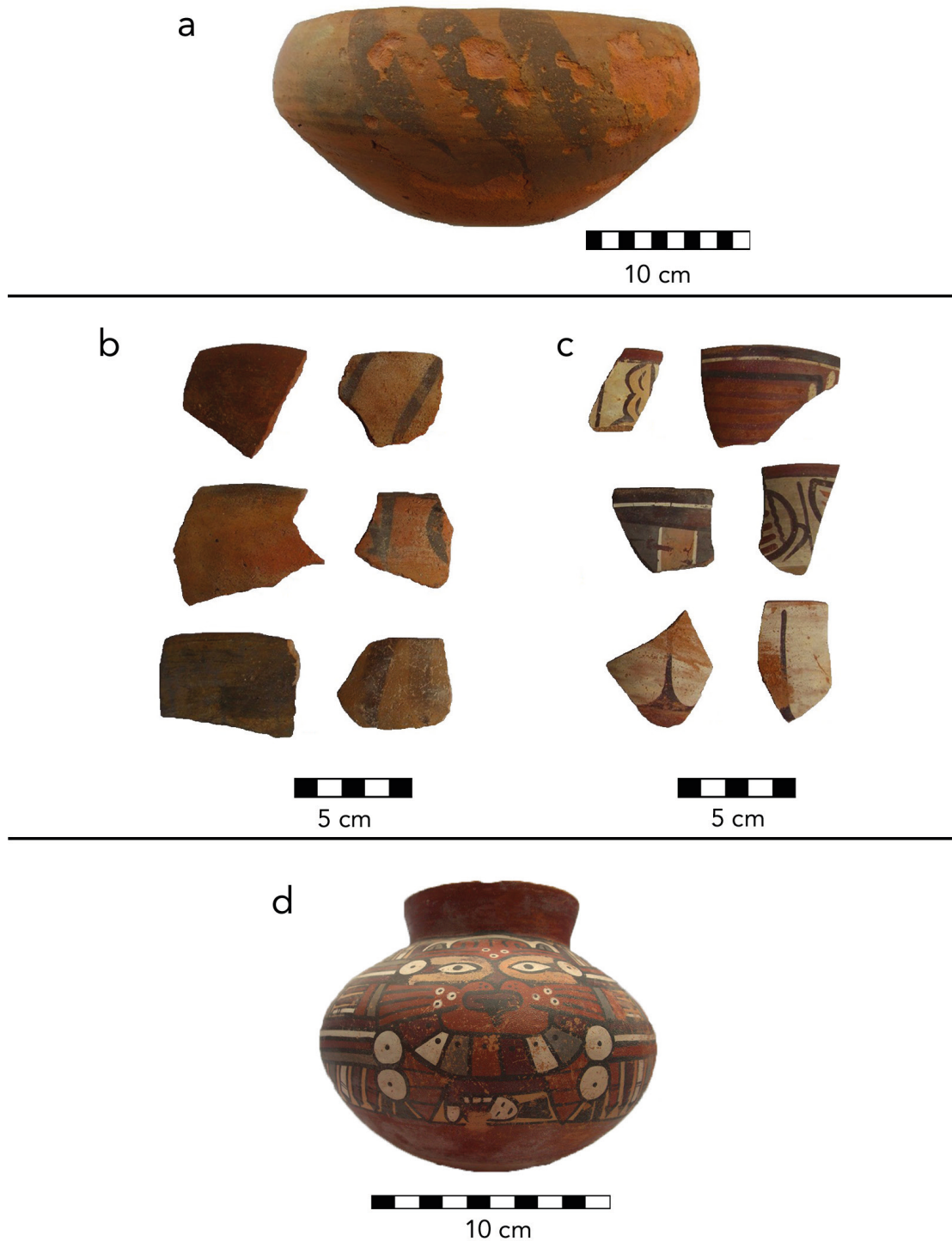


Figura 13. Cerámica de los sitios Monte Grande Alto y Huarato: (a) cerámica en el estilo ‘tradición local antigua’ proveniente de Monte Grande Alto, Acarí; (b) Cerámica en el estilo local Huarato proveniente del sitio de Huarato; (c) cerámica en el estilo Nasca proveniente del sitio de Huarato; (d) cerámica Nasca temprano proveniente de Huarato, Acarí.

Durante los últimos años se han efectuado avances substanciales que permiten visualizar mejor la situación de Acarí durante el tiempo que se establecieron, ocuparon y abandonaron los sitios fortificados (Valdez 1998, 2009a, 2010a, 2014). Entre los avances más significativos destacan varios fechados absolutos obtenidos para 6 de los 8 sitios fortificados. Además de los 3 fechados provenientes de Amato que se proyectan al Horizonte Temprano (Figura 11), 2 fechados adicionales, uno proveniente de Huarato (TO-12208) y otro de Monte Grande Alto (TO-12209), también se extienden ligeramente hacia los finales del Horizonte Temprano (Figura 14). En ambos casos, las muestras analizadas (carbón) se obtuvieron de los muros perimetrales de ambos asentamientos. El resto de los fechados obtenidos para Amato (Figura 11) y los obtenidos para los sitios de Monte Grande Alto (UCIAMS-143140), Coquimbo (UCIAMS-125632) y Tambo Viejo (UCIAMS-143139, UGAMS-12464, UGAMS-12463, UGAMS-12462 y UGAMS-12461) se ubican entre alrededor los años 100 y 200 cal d.C., como tales en las fases tempranas del Periodo Intermedio Temprano. Otros 3 fechados provenientes de Huarato (TO-12207), Molino (UCIAMS-143138) y Coquimbo (UGAMS-12465) se ubican inmediatamente después de 200 cal d.C. Tal como se aprecia en la Figura 14, el único fechado (UCIAMS-125631) que está ligeramente fuera de este grupo de fechas proviene del sitio de Gentilar, ocupado al final del Periodo Intermedio Temprano (Valdez 1994). De los fechados aquí presentados también se puede sostener que todos los sitios fortificados ya parecen haber sido abandonados antes del año 400 cal d.C.

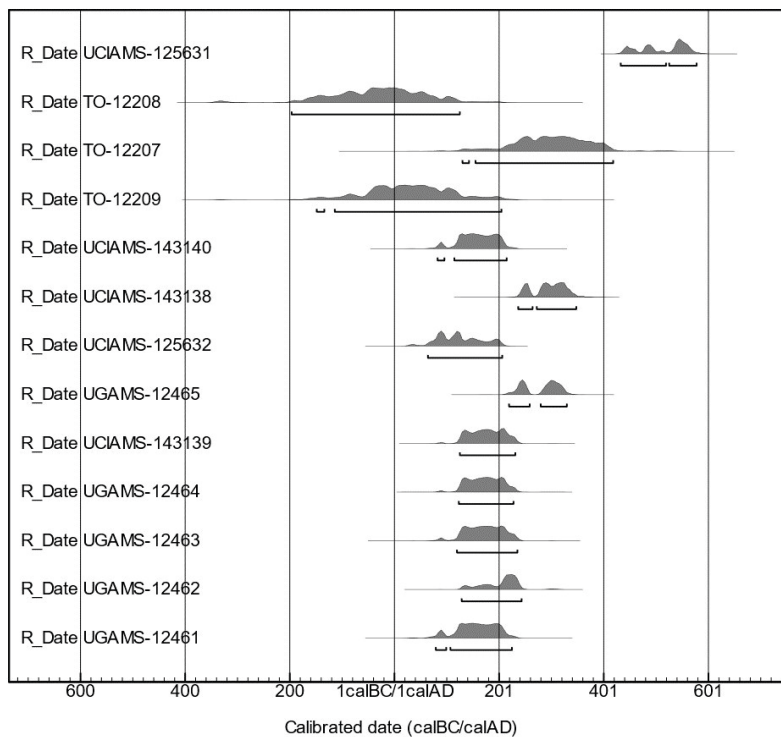


Figura 14. Fechados C14 calibrados obtenidos para los sitios de Tambo Viejo (UCIAMS-143139, UGAMS-12464, UGAMS-12463, UGAMS-12462, UGAMS-12461), Monte Grande Alto (TO-12209, UCIAMS-143140), Coquimbo (UCIAMS-125632, UGAMS-12465), Molino (UCIAMS-143138), Huarato (TO-12208, TO-12207), y Gentilar (UCIAMS-125631), utilizando el programa OxCal v4 3.2 Bronk Ramsey (2017), $r:5$ y la curva de calibración shcal13 (Hogg *et al.* 2013).

La cerámica inicialmente identificada por John H. Rowe como la “vieja tradición local,” hoy identificada como la tradición Huarato (Valdez 1998, 2000a), es la que ocurre en todos los sitios fortificados. Fue al contexto de esta tradición local que algunos ejemplares norteños (Nasca; Figuras 13 c-d) fueron introducidos (Valdez 2013), pero sin sustituir a la tradición local.

Las excavaciones en Huarato y Amato han puesto al descubierto una excelente colección de restos botánicos (Tabla 1). La mayoría de estas plantas están presentes en otros sitios del Periodo Intermedio Temprano de toda la costa sur (Valdez 2010b:82) e indica que a lo largo de esta región se había adoptado una selección de plantas como la base principal de la subsistencia. La mayoría de estas plantas ya ocurren en Hacha.

La subsistencia durante el Periodo Intermedio Temprano dependió de los recursos del valle, especialmente los productos agrícolas, y fue complementada con otros recursos locales y otros tal vez obtenidos mediante el intercambio. Entre los productos locales están los recursos marinos, especialmente los moluscos, así como otros provenientes del mismo valle, como son los camarones (*Cryptops carmentharius*) y peces (Valdez 2009a:268). Del mismo modo, las excavaciones en Huarato permitieron exponer pequeños recintos identificados como criaderos de cuyes (Valdez 2009a:266-267). Finalmente, están los restos de camélidos, al parecer alpacas, que tal vez fueron obtenidos vía el intercambio de poblaciones que habitaron la sierra adyacente. Evidencias que sugieran que los camélidos fueron localmente criados, como podría ser por ejemplo la presencia de restos de fetos/recién nacidos, no se conocen para el valle de Acarí.

Entre las actividades efectuadas por los residentes de los sitios fortificados resaltan los tejidos, la cestería, y la alfarería. Con algunas excepciones, los tejidos son simples y la materia prima fue esencialmente el algodón. Ocasionalmente se han encontrado agujas y ruecas utilizadas en el hilado. Por su parte, las excavaciones efectuadas en Amato pusieron al descubierto una excelente colección de cestos fabricados de varios tipos de fibras vegetales, en particular del junco (*Typha angustifolia*) y la totora (*Scirpus californicus*). Finalmente, en todos los sitios fortificados ocurre abundante cerámica; sin embargo, a la fecha no se han logrado ubicar áreas identificables como talleres y mucho menos hornos utilizados en la cocción de la cerámica.

Con respecto a la construcción, todas las estructuras hasta hoy expuestas en los sitios fortificados de Acarí fueron establecidas teniendo como principal material de construcción los cantos rodados, disponibles a lo largo del curso del río. Ocasionalmente ocurren estructuras de adobes de varias formas, como son los típicos adobes cónicos y paniformes. No obstante que cada tipo de adobe fue utilizado de manera separada, también es posible encontrar ambos tipos de adobes en las mismas construcciones. Del mismo modo, existen estructuras que fueron edificadas combinando adobes y cantos rodados; este es el caso por ejemplo del recinto central de Amato, cuya cara interior es de adobes cónicos y la cara exterior de cantos rodados. Un caso similar también se pudo observar en el recinto central de Monte Grande Alto. En todos los casos, los materiales de construcción fueron unidos con argamasa.

Finalmente, un aspecto que se ha esclarecido con mayor detalle es con respecto a las formas de enterramiento (Valdez 2005, 2006, 2009b). La excavación efectuada en Huarato permitió exponer varios entierros intactos. Información adicional se ha recuperado de los sitios de Tambo Viejo, Amato y Monte Grande Alto. En conjunto, se ha podido identificar hasta cuatro tipos de enterramientos (Valdez 2006:6-10):

- i) entierros simples (en hoyos sin pared alguna y cubiertos con piedras)
- ii) entierros en urnas (generalmente para sub-adultos)
- iii) entierros con techos (en hoyos sin pared y con techos de caña)
- iv) entierros múltiples

Del último tipo sólo se conoce un caso proveniente de Tambo Viejo y donde se expuso una estructura de planta semi-circular, con paredes de cantos rodados y un techo de caña. Merece anotar que entierros múltiples no se conocen para Nasca temprano (Isla 2009:131).

En Acarí, en todos los casos conocidos a la fecha, los cuerpos fueron envueltos en tejidos de manufactura simple y luego atados con una cuerda de fibra vegetal a la altura del abdomen. Luego fueron colocados en posición sentada, con las rodillas flexionadas hacia el pecho y las manos dispuestas a la altura de los pies (Valdez 2006:8). Sin excepción alguna, todos mantienen una orientación hacia el norte, dirección ésta que guarda relación con la venida del río Acarí. En la mayoría de los casos, los entierros carecen de ajuar funerario alguno; y cuando ocurren éstos generalmente son botellas de mate u otros productos agrícolas, como son las raíces de yuca y achira, además del maní o las extremidades inferiores de camélidos (Valdez 2006:10). Ocasionalmente ofrendas de cuyes también ocurren. Ofrendas consistentes de vajillas de cerámica son muy raras.

Todos los entierros hasta hoy expuestos fueron sellados con una torta de barro, sobre la cual se había colocado un pequeño canto rodado como señal de la tumba (ver Valdez 2006: Figura 7). Sobre la misma torta de barro se halló abundante ceniza y la misma torta estaba quemada; esto sugiere que una vez sellada la tumba se prendió fuego sobre la tumba, con lo cual el ritual mortuario parece haberse dado por concluido. Existe una notable diferencia entre lo aquí señalado (Valdez 2006:13-15) de manera bastante breve y las formas de enterramiento practicadas durante las fases tempranas Nasca (Carmichael 1988, 1995; Isla 2001; Reindel e Isla 2001; Orefici y Drusini 2003). Por ejemplo, para Nasca temprano se desconoce de la presencia del fuego al final del ritual mortuario.

Está aún por determinarse cuándo las fortificaciones de Acarí fueron abandonadas. Rowe (1963) había sostenido que sitios como Tambo Viejo habrían quedado desiertos al final del Periodo Intermedio Temprano 3. Es posible que esta observación tenga alguna validez, pero falta confirmación. Confirmar, por supuesto, no es una tarea simple. Existe la posibilidad que el abandono de los sitios fortificados ocurrió a raíz de la misma violencia que obligó a sus habitantes a establecer sistemas defensivos en forma de grandes muros perimétricos (Valdez 2010a, 2010c, 2014). Chaviña fue una excepción y continuó siendo ocupado hasta inicios del Horizonte Medio (Valdez 1994, 2009b:405). Además de documentar muros con adobes cónicos, típicos de las estructuras de las fases tempranas del Periodo Intermedio Temprano, Neira y Coelho (1972/73:142) citan una fecha de 450 ± 70 d.C. para Chaviña, la que es posterior a las fechas disponibles para Huarato, Amato, Molino, Coquimbo, Tambo Viejo y Monte Grande Alto.

Fuera del valle de Acarí no se conocen de sitios fortificados que sean contemporáneos o más antiguos a los sitios aquí mencionados (Valdez 2013, 2014, 2017b). Considerando que las fortificaciones son consideradas como una de las mejores manifestaciones de la existencia del conflicto (Arkush y Stanish 2005:15; Elliott 2005:298-99; Flannery y Marcus 2003:11803; Haas 2001:340; LeBlanc 2006:443-45), todo parece indicar que el conflicto en Acarí fue local y entre los residentes de los varios asentamientos vecinos (Valdez 2013, 2014, 2017b). De la evidencia proveniente de Amato (Valdez 2009b, 2009d) es también posible sostener que el conflicto estaba

orientado a capturar la mayor cantidad posible de prisioneros para los propósitos de decapitación. Es difícil determinar si la decapitación tenía alguna relación con las cabezas trofeo, aunque teniendo en cuenta que la obtención de las cabezas trofeo fue relativamente común en toda esta región (Proulx 2001) no se descarta dicha posibilidad. Sin embargo, en Amato se hallaron dos cabezas humanas sin las características típicas de una cabeza trofeo (Valdez *et al.* 2010), lo que hace difícil afirmar si las cabezas de los decapitados de Amato fueron transformadas en trofeos.

De existir alguna relación, y considerando que es Chaviña el sitio donde ocurre la mayor cantidad de cabezas trofeo (Neira y Coehlo 1972/73) –y que Chaviña continuó ocupado al tiempo que los otros sitios fortificados quedaron abandonados– existe la posibilidad de que Chaviña tal vez tuvo una decisiva intervención, tal vez violenta, en el abandono de las otras fortificaciones. Del mismo modo, mientras Chaviña continuó siendo ocupado, nuevos asentamientos fueron establecidos en el valle. Dichos asentamientos son pequeños y carecen de las fortificaciones. Uno de tales asentamientos es Gentilar, establecido en las inmediaciones de Hacha y cuyas estructuras fueron edificadas de quincha (Valdez 1994). En comparación a los asentamientos fortificados de las fases iniciales del Periodo Intermedio Temprano, Gentilar, que fue ocupado durante las fases finales del mismo periodo, representa un cambio radical de los asentamientos de Acarí. La violencia que, en primera instancia, forzó a las poblaciones a edificar sistemas de defensa, parece haber dejado devastado a toda la población de Acarí. Inicialmente, la población invirtió recursos y energía en nombre de la defensa, pero las consecuencias de la guerra fueron negativas para todo el valle, quienes con posterioridad ya no fueron capaces de construir muros sólidos, sino apenas estructuras de quincha, bastante simples que fácilmente pudieron haber sido derribados incluso por el viento. En suma, esta es una muestra clara que la guerra no resulta en algo beneficioso, incluido para aquellos que lograron celebrar la victoria. Además de la violencia, una severa crisis agrícola ocasionada tal vez por una prolongada sequía parece haber afectado al valle de Acarí. Por ejemplo, en Gentilar es notable la ausencia de varias especies de plantas que sí ocurren en los asentamientos fortificados (Tabla 1). Mientras hay menor presencia de los restos de plantas, en Gentilar hay mayor presencia de moluscos, no obstante que el sitio se encuentra a más de 20 km del mar (Valdez 1994).

La antigua tradición local de Acarí

En la costa sur, la población Nasca tenía sus propias formas de producir la cerámica (Carmichael 1998, 2019, 2020; Vaughn y Neff 2004; Vaughn y Linares Grados 2006; Vaughn *et al.* 2006), la que es distinguible del estilo Topará (Massey 1986:87). En Acarí se observa un caso similar, en tanto que la cerámica presente en los sitios fortificados es diferente del estilo Nasca (Valdez 1998, 2009c). Todo parece indicar que iniciándose alrededor de las fases finales del Horizonte Temprano y continuando durante el Periodo Intermedio Temprano, por lo menos tres distintas tradiciones culturales florecieron y coexistieron en la costa sur del Perú. La cerámica manufacturada por cada una de estas tradiciones culturales es distinguible, en tanto que cada una de estas poblaciones disponía de un repertorio tecnológico que le permitió producir la cerámica de la manera ideal, la misma que fue aquella que aprendieron dentro de un contexto social específico. Considerando que cada población tiene su propia forma ideal de producir la cerámica, dicha forma posiblemente también sirvió como un medio que los distinguió de las otras tradiciones culturales vecinas.

La cerámica producida en Acarí (Valdez 1998, 2000a, 2009c) es lo suficientemente distinta de las otras tradiciones alfareras producidas en los valles ubicados al norte de Acarí. Aunque a la fecha

no se ha logrado ubicar un centro (o áreas) de producción de cerámica, todo parece indicar que tal actividad fue efectuada a nivel de cada unidad doméstica. Tecnológicamente, especialmente en comparación con la cerámica Nasca, el estilo local de Acarí presenta un acabado bastante simple. Por lo general, entre los desgrasantes destaca la arena (que no necesariamente es seleccionada o fina), feldespatos y mica. El color de la pasta es gris, rojo opaco y negro, siendo común observar una banda oscura en la parte central. lo que indica que las vajillas fueron cocidas en hornos abiertos y a temperaturas relativamente bajas (Figura 15 a). A diferencia de los fragmentos Nasca temprano, la fractura de los tiestos locales no es uniforme (Figura 15 b). Además, en ambas superficies es notable no sólo la presencia de mica, sino también de líneas horizontales producto del alisado y estriado. La superficie recibió un ligero pulido y en algunos casos también un bruñido, pero sin llegar a ocultar las líneas producto del estriado. Asimismo, se observa un ligero baño de engobe rojo aguado que por lo común se limita a una de las superficies (dependiendo de la forma de las vajillas) pero sólo a la sección media y superior de las vasijas. En contraste al fino engobe que caracteriza al estilo Nasca temprano, el engobe de la cerámica local es definitivamente distinto y fue pobremente preparado y aplicado a la ligera. Por último, los pocos y simples motivos que decoran a las vasijas locales aparecen plasmados sobre una superficie que no es uniforme y/o lisa.



Figura 15. Comparación de pastas del estilo Nasca Temprano (a) y estilo Huarato (b). Fragmentos cerámicos provenientes del sitio de Huarato, Acarí.

Para el caso Nasca tampoco se conoce un sólo centro de producción de cerámica (Carmichael 1998, 2020). Sin embargo, se sostiene que la cerámica policroma Nasca fue producida por especialistas en Cahuachi (Vaughn y Neff 2004; Vaughn *et al.* 2006). Debe quedar claro, en todo caso, que nunca se ha expuesto un solo horno Nasca destinado a la producción de cerámica en Cahuachi. Por lo tanto, considero que los argumentos que pretenden asegurar que Cahuachi fue el centro de producción de la cerámica policroma Nasca y centro desde donde se llegó a distribuir la cerámica policroma Nasca deben ser tomados con mucha cautela.

Consideraciones finales

En Acarí, por mucho tiempo se ha trabajado con los ojos puestos en busca de material cultural representativo de la cultura Nasca; y toda vez que un fragmento Nasca fue encontrado, éste ha sido enfatizado a costa de todo un estilo que en definitiva es distinto de Nasca. Esta interpretación hizo que Nasca fuera visto como un estado expansivo que abarcó desde Pisco por el norte hasta Acarí por el sur (Massey 1986; Proulx 1968). Así fue como la interpretación arqueológica generó todo un estado Nasca temprano, militarista y expansivo. Al establecer un imaginario estado Nasca temprano, se olvidó por completo que las culturas del pasado –al igual que las actuales– posiblemente también mantuvieron lazos de contacto y que dichos contactos tenían la capacidad de transportar objetos materiales lejos de sus centros originales de producción (Carmichael 1992). Sobre la base de esta experiencia, se hace evidente que es poco productivo, y definitivamente peligroso, hacer trabajos de investigación manteniendo expectativas preconcebidas. Lo que viene emergiendo en la costa sur no es una homogeneidad; por el contrario, se hace cada vez más evidente la presencia de varias tradiciones locales (Proulx 2008) que posiblemente fueron política y económicamente independientes. Dichas entidades locales, si bien independientes, formaron parte de un nexo que existió articulado y que compartió varios rasgos culturales, propios de las tradiciones culturales adyacentes.

De la información disponible, viene quedando evidente la presencia de tres estilos alfareros en Acarí. El primero y el más antiguo en el estilo Hacha. No obstante que Robinson (1994) sostiene que hay dos variedades de dicho estilo, considero que el estilo Hacha es único, pero diverso en cuanto a formas se refiere. Este es un aspecto que necesita ser resuelto lo antes posible para trazar con mayor seguridad la secuencia de formas de utensilios presentes en este valle. El segundo estilo es el menos representativo y como consecuencia, tanto su ubicación cronológica exacta y su asociación cultural siguen siendo poco claras. Este es el caso de los pocos fragmentos de cerámica cuyos diseños están representados mediante incisiones y que vienen apareciendo en los asentamientos tradicionalmente considerados del Periodo Intermedio Temprano, caso Amato. Por un lado, las muestras hasta hoy recuperadas son suficientemente distintas del estilo Hacha; sin embargo, está por determinarse si sus raíces están en Hacha. Por otro lado, si estas piezas son representativas del estilo Paracas, su rara ocurrencia en Acarí deja abierta la posibilidad de que en Acarí existía una población local y que fue al contexto de dicha población local que llegaron algunos ejemplares de piezas norteñas. Como tales, los pocos ejemplares de dicho estilo tal vez son piezas foráneas manufacturadas fuera de los límites de Acarí.

Por su parte, la cerámica asociada a los sitios fortificados, si bien mantiene algunos acercamientos, especialmente en cuanto a forma se refiere, con las tradiciones alfareras de los valles ubicados más al norte (Massey 1992:29-30, 33, Figuras 5, 6 y 9; Van Gijseghem 2006: 429: Figure 3, 430: Figure 4, 431: Figure 5, 437: Figure 10), existe una marcada diferencia en cuanto al acabado y la decoración. Los motivos que decoran las vajillas de Acarí están ausentes en las vajillas Nasca temprano o Paracas tardío. Motivos decorativos como las incisiones en círculos y las representaciones naturalistas, comunes en Paracas tardío y Nasca temprano, respectivamente, son desconocidos en Acarí. En su lugar, los motivos presentes son bastante simples e incluso abstractos.

Estas variaciones son bastante significativas y apuntan hacia la presencia de un estilo definitivamente diferente de los presentes en los valles ubicados más al norte. Merece insistir que el estilo es producto de lo aprendido dentro de la sociedad, y es a su vez aceptado y sancionado por la misma. Visto de esta manera, los diseños que decoran las vajillas son símbolos que no sólo representan la

idiosincrasia de una población, sino que sobre todo tienen significado. Siguiendo este razonamiento, las poblaciones que comparten experiencias comunes, desarrollan concepciones comunes, las que son comprensibles y significativas a todos sus miembros. Dichos símbolos o motivos son transmitidos de una generación a otra, sufriendo en el proceso ligeras modificaciones. En este sentido, la cerámica es un excelente medio que permite no sólo plasmar los símbolos representativos de una cultura, sino también es portadora de la identidad de quienes la manufacturaron y la utilizaron. En efecto, para cada población sólo existe una sola forma aceptada de producir la cerámica, y esta incluye la manera como la vajilla es (o debe ser) decorada. Si bien toda población es consciente de que pueblos vecinos, a su vez potencialmente enemigos, producen sus vajillas manteniendo sus propios criterios locales, se entiende que para la población local sólo existe una forma y esa es como ellos, los locales, la manufacturan.

Manteniendo esta perspectiva, la presencia de varios estilos de cerámica en la costa sur entre los finales del Horizonte Temprano e inicios del Intermedio Temprano sugiere la presencia de varias tradiciones culturales que ocuparon los diversos valles de la región. Y, como ninguna población representa una isla —por más que estén separadas por desiertos inhóspitos— las poblaciones siempre están en contacto e interacción (Barth 1969). Esta última no sólo abre la posibilidad de que miembros de diferentes tradiciones culturales participen en el intercambio de sus miembros (matrimonio), sino sobre todo en el intercambio de ideas (DeBoer 1990). Cuando esto ocurre, se puede anticipar ciertos acercamientos en el material cultural producido por varias tradiciones culturales, quienes a su vez buscan mantener sus propias formas de identidad. Por lo tanto, la presencia de los adobes cónicos o la misma práctica de la toma de las cabezas humanas a lo largo de toda la costa sur no están fuera de lo normal.

Para el caso de la costa sur, siempre se ha trabajado desde una perspectiva que anticipa la existencia de una sola cultura durante cada periodo. Esta perspectiva condiciona al investigador a buscar determinados elementos materiales, enfoque que a su vez impide visualizar la manifestación local en su real dimensión. Este modelo anticipa una incursión desde el norte, a modo de migración (Silverman 1994; Van Gijseghem 2006:426), y deja a entender que los valles ubicados más al sur estaban despoblados o que sus poblaciones eran bastante reducidas (Silverman 1991) y poco creativas. Para apreciar mejor los desarrollos culturales de cada uno de los valles de una región como la costa sur se hace imprescindible ir más allá de la cerámica. Si bien la cerámica es útil para discutir varios aspectos culturales de una antigua sociedad, es también importante reconocer que existen otros medios y otros materiales culturales. Solo del análisis de cada una de estas manifestaciones materiales se podrá afirmar algo significativo acerca de las culturas que analizamos y sobre las cuales tenemos el privilegio de reflexionar.

Agradecimientos. Este trabajo es una versión expandida de la ponencia presentada al Simposio 'Paracas – Nasca: Una Época transicional del Formativo Tardío en la Costa Sur de los Andes Centrales, efectuado en la ciudad de Ica, en julio del 2010. Durante los varios trabajos de campo en Acarí, recibí la necesaria colaboración de varias personas, especialmente de Martín Roque, Rosita Mazuelo, Ángel Iglesias, Eber Meléndez y Alan Chalco. Mi interés en la arqueología del valle de Acarí está asociado a los trabajos que efectué junto a Francis A. Riddell. A lo largo de los tiempos, mi esposa, Katrina Bettcher y mis hijos, Kai y Kía, siempre han estado conmigo, incluso cuando me encontraba haciendo los trabajos de campo. La Figura 1 fue preparado por Miguel A. Liza. Hago también extensivo mi agradecimiento a los editores de esta revista, a un revisor anónimo y

a David Beresford-Jones por las observaciones, comentarios y sugerencias a una versión inicial de este ensayo. David Beresford-Jones también se dio el tiempo para efectuar las calibraciones y el respectivo análisis bayesiano, apoyo por el cual estoy infinitamente agradecido. Cualquier error y omisión es de mi total responsabilidad.

Referencias citadas

- Arksuh, E.N. y C. Stanish. 2005. Interpreting conflict in the Andes: Implications for the archaeology of warfare. *Current Anthropology* 46:3-28.
- Barth, F. 1969. *Ethnic groups and boundaries*. The Little Brown Series in Anthropology, Brown & Company, Boston.
- Bennett, W.C. 1948. The Peruvian co-tradition. En: *A regional appraisal of Peruvian archaeology*, editado por W.C. Bennett, pp. 1-7. Memoirs of the Society for American Archaeology, Washington, D.C.
- Beresford-Jones, D. 2011. *The lost woodlands of ancient Nasca: a case study in ecological and cultural collapse*. The British Academy of Oxford University Press, Oxford.
- Beresford-Jones, D.G., A.G. Pullen, O.Q. Whaley, J. Moat, G.E. Chauca, L. Cadwallader, S. Arce, A. Orellana, C. Alarcón, M. Gorriti, P.K. Maita, F.C. Sturt, A. Dupeyron, O. Huaman, K.J. Lane y C.I. French. 2015. Re-evaluating the resource potential of lomas fog oasis environments for preceramic hunter-gatherers under past ENSO Modes on the South Coast of Peru. *Quaternary Science Reviews* 129:196-215.
- Beresford-Jones, D.G., A.G. Pullen, G. Chauca, L. Cadwallader, M. García, I. Salvatierra, O.Q. Whaley, V. Vásquez, S. Arce, K. Lane y C. French. 2018. Refining the maritime foundations of Andean civilization: how plant fiber technology drove social complexity during the Preceramic Period. *Journal of Archaeological Method and Theory* 25:393-425.
- Bronk Ramsey, C. 2009. Bayesian analysis of radiocarbon dates. *Radiocarbon* 51(1):337-360.
- Burger, R.L. 1995. *Chavín and the origins of Andean civilization*. Thames & Hudson, London.
- Carmichael, P.H. 1988. *Nasca mortuary customs: death and ancient society on the south coast of Peru*. Ph. D. Dissertation, Department of Archaeology, University of Calgary, Calgary.
- Carmichael, P.H. 1992. Local tradition during the Early Intermediate Period in the south coast of Peru. *Willay* 37-38:4-6.
- Carmichael, P.H. 1995. Nasca burial patterns: social structure and mortuary ideology. En: *Tombs for the living: Andean mortuary practices*, editado por T. Dillehay, pp. 161-187. Dumbarton Oaks, Washington, D.C.
- Carmichael, P.H. 1998. Nasca ceramics: production and social context. En: *Andean ceramics: technology, organization, and approaches*, editado por I. Shimada, pp. 213-231. University of Pennsylvania Museum of Archaeology and Anthropology. MASCA Research Papers in Science and Archaeology, Supplement to Vol. 15. Pennsylvania.
- Carmichael, P.H. 2019. Stages, periods, epochs and phases in Paracas and Nasca chronology: another look at John Rowe's Ica Valley master sequence. *Ñawpa Pacha* 39(2):145-179.
- Carmichael, P.H. 2020. Nasca pottery production: retrospect and prospect. *Ñawpa Pacha* 40(2):1-19.
- Carpio, A. 1942. Datos sobre la arqueología de los valles de Acarí y Yauca. *Actas y Trabajos Científicos del XXVII Congreso Internacional de Americanistas*, Vol. I, pp. 435-529. Lima.
- DeBoer, W.R. 1990. Interaction, imitation, and communication as expressed in style: the Ucayali experience. En: *The uses of style in archaeology*, editado por M.W. Conkey y C.A. Hastorf, pp. 82-104. Cambridge University Press, Cambridge.

- Elliot, M. 2005. Evaluating evidence for warfare and environmental stress in settlement pattern data from the Malpas Valley, Zacatecas, Mexico. *Journal of Anthropological Archaeology* 24:297–315.
- Flannery, K.V. y J. Marcus. 2003. The origin of war: New 14C dates from ancient Mexico. *Proceedings of the National Academy of Sciences* 100:11801–11805.
- Fung Pineda, R. 1988. The Late Preceramic and Initial Period. En: *Peruvian Archaeology*, editado por R.W. Keatinge, pp. 67–96. Cambridge University Press, Cambridge.
- Gayton, A.H. 1967. Textiles from Hacha, Peru. *Ñawpa Pacha* 5:1–14.
- Gorbahn, H. 2013. The middle archaic site of Pernil Alto, southern Peru: the beginnings of horticulture and sedentariness in mid-holocene conditions. *Diálogo Andino* 41:61–82.
- Grossman, J.W. 1972. An ancient gold worker's tool kit: the earliest metal technology in Peru. *Archaeology* 25(4):270–275.
- Grossman, J.W. 1985. Demographic change and economic transformation in the south-central highlands of pre-Huari Peru. *Ñawpa Pacha* 21:45–126.
- Haas, J. 2001. Warfare and the evolution of culture. En: *The Archaeology at the Millennium: A sourcebook*, editado por G.M. Feinman y T.D. Price, pp. 329–50. Kluwer Academic/Plenum, New York.
- Hogg, A.G., Q. Hua, P.G. Blackwell, M. Niu, C.E. Buck, T.P. Guilderson, T.J. Heaton, J.G. Palmer, P.J. Reimer, R.W. Reimer, C.S.M. Turney, S.R.H. Zimmerman. 2013. SHCal13 Southern Hemisphere Calibration, 0–50,000 Years cal BP. *Radiocarbon* 55(4): 1889–1903.
- Hrdlička, A. 1914. *Anthropological work in Peru in 1913 with notes on the pathology of the ancient Peruvians*. Smithsonian Miscellaneous Collections 61 (18). Washington, D.C.
- Isla, J. 2001. Una tumba Nasca en Puente Gentil, valle de Santa Cruz, Perú. *Beiträge Zur Allgemeinen Und Vergleichenden Archäologie* 21:207–239.
- Isla, J. 2009. From hunters to regional lords: funerary practices in Palpa, Peru. En: *New Technologies for Archaeology*, editado por M. Reindel y G.A. Wagner, pp. 119–139. Springer-Verlag Berlin, Heidelberg.
- Kroeber, A.L. 1944. *Peruvian archaeology in 1942*. Viking Fund Publications in Anthropology 4. New York:
- Lanning, E.P. 1967. *Peru before the Incas*. Prentice-Hall, Inc., Englewood Cliffs, New Jersey.
- LeBlanc, S.A. 2006. Warfare and the development of social complexity. En: *The archaeology of warfare: Prehistories of raiding and conquest*, editado por E.N. Arkush y M.W. Allen, pp. 437–468. University Press of Florida, Gainesville.
- Lothrop, S.K. y J. Mahler. 1957. *Late Nazca burials in Chaviña, Peru*. Papers of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology 50 (1). Harvard University, Cambridge, Massachusetts.
- Lumbreras, L.G. 1974. *The peoples and cultures of ancient Peru*. Smithsonian Institution Press, Washington, D.C.
- Massey, S.A. 1986. *Sociopolitical change in the Upper Ica Valley, B.C. 400 to 400 A.D.: Regional States on the South Coast of Peru*. Ph.D. Dissertation, University Microfilms International, Ann Arbor, Michigan.
- Massey, S.A. 1992. Investigaciones arqueológicas en el valle alto de Ica: periodo intermedio temprano 1 y 2. En: *Estudios de Arqueología Peruana*, editado por D. Bonavía, pp. 215–235. Fomciencias, Lima.
- Menzel, D. 1959. The Inca occupation of the south coast of Peru. *Southwestern Journal of Anthropology* 15(2):125–142.
- Menzel, D. 1976. *Pottery style and society in ancient Peru: art as a mirror of history in the Ica Valley, 1350–1570*. University of California Press, Berkeley.
- Menzel, D. 1977. *The archaeology of ancient Peru and the work of Max Uhle*. R. H. Lowie Museum of Anthropology, University of California, Berkeley.

- Menzel, D. y F.A. Riddell. 1986. *Archaeological investigations at Tambo Viejo, Acari Valley, Peru, 1954*. California Institute for Peruvian Studies, Sacramento.
- Menzel, D., F.A. Riddell, y L.M. Valdez. 2012. El centro administrativo Inca de Tambo Viejo. *Arqueología y Sociedad* 24:403-436.
- Menzel, D., J.H. Rowe, y L.E. Dawson. 1964. *The Paracas pottery of Ica: a study in style and time*. University of California Press, Berkeley y Los Angeles.
- Neira, M. y V.P. Coelho. 1972/73. Enterramientos de cabezas de la cultura Nasca. *Revista do Museu Paulista* XX:109-142.
- Orefici, G. y A. Drusini. 2003. *Nasca: hipótesis y evidencias de su desarrollo cultural*. Centro Italiano Studi e Ricerche Archaeologiche Precolombiane, Brescia.
- Patterson, T. 1962. Peru South Coast Field Notes. Diario de campo inédito. Manuscrito.
- Piacenza, L. 2002. Evidencias botánicas en asentamientos Nasca. *Boletín del Museo de Arqueología y Antropología* 5(1):3-13.
- Proulx, D.A. 1968. *Local differences and time differences in Nasca pottery*. University of California Publications in Anthropology 5. University of California Press, Berkeley.
- Proulx, D.A. 1989. Nasca trophy heads: victims of warfare or ritual sacrifice? En: *Cultures in conflict*, editado por D. Tkaczuk y B. Vivian, pp. 73-85. Chacmool, the Archaeological Association of the University of Calgary, Calgary.
- Proulx, D.A. 2001. Ritual uses of trophy heads in ancient Nasca society. En: *Ritual sacrifice in ancient Peru*, editado por E. Benson y A. Cook, pp. 119-136. University of Texas Press, Austin.
- Proulx, D.A. 2008. Paracas and Nasca: regional cultures on the south coast of Peru. En: *Handbook of South American archaeology*, editado por H. Silverman y W.H. Isbell, pp. 563-585. Springer, New York.
- Quilter, J. 2014. *The ancient central Andes*. Routledge World Archaeology, London & New York.
- Reindel, M. y J. Isla. 2001. Los Molinos und La Muña: Zwei Siedlungszentren der Nasca-kultur in Palpa Sudperu. *Beitrage Zur Allgemeinen Und Vergleichenden Archaeologie* 21:241-319.
- Riddell, F.A. 1954. Diary: Inca Highway Expedition. Diario de campo inédito. Manuscrito.
- Riddell, F.A. y L.M. Valdez. 1987. Hacha y la ocupación temprana del valle de Acarí. *Gaceta Arqueológica Andina* 16:6-10.
- Riddell, F.A. y L.M. Valdez. 1988. *Prospecciones arqueológicas en el valle de Acarí, costa sur del Perú*. California Institute for Peruvian Studies, Sacramento.
- Robinson, R.W. 1994. Recent excavations at Hacha in the Acari Valley, Peru. *Andean Past* 4:9-37.
- Rowe, J.H. 1954. *Max Uhle, 1856 - 1944: A memoir of the father of Peruvian archaeology*. University of California Publications in American Archaeology and Ethnology 46 (1). University of California, Berkeley & Los Angeles.
- Rowe, J.H. 1956. Archaeological explorations in southern Peru, 1954 - 1955. *American Antiquity* 22:135-151.
- Rowe, J.H. 1959. Acari Valley notes of J. H. Rowe. Diario de campo inédito. Manuscrito.
- Rowe, J.H. 1963. Urban settlements in Ancient Peru. *Ñawpa Pacha* 1:1-27.
- Rowe, J.H. 1967. An interpretation of radiocarbon measurements on archaeological samples from Peru. En: *Peruvian archaeology: selected readings*, editado por J. H. Rowe y D. Menzel, pp. 16-30. Peek Publications, Palo Alto.
- Silverman, H. 1977. Estilo y estado: el problema de la cultura Nasca. *Informaciones Arqueológicas* 1:49-78.
- Silverman, H. 1991. The Paracas problem: archaeological perspectives, En: *Paracas, art and architecture*, editado por A. Paul, pp. 349-415. University of Iowa Press, Iowa City.

- Silverman, H. 1994. Paracas in Nazca: new data on the Early Horizon occupation of the Rio Grande de Nazca drainage, Peru. *Latin American Antiquity* 5:359-382.
- Silverman, H. 1996. The Formative period on the south coast of Peru: a critical review. *Journal of World Prehistory* 10(2):95-146.
- Strong, W.D. 1957. Paracas, Nazca, and Tiahuanacoid cultural relationships in south coastal Peru. *Memoirs of the Society for American Archaeology* 13:1-48.
- Tello, J.C. 1942. Origen y desarrollo de las civilizaciones prehistóricas Andinas. *Actas y Trabajos Científicos del XXVII Congreso Internacional de Americanistas*, Vol. I, pp. 589-720. Lima.
- Valdez, L.M. 1994. Investigaciones Arqueológicas en Gentilar, Acarí. *Boletín de Lima* 91-96:351-361.
- Valdez, L.M. 1998. *The Nasca and the Valley of Acarí: cultural interaction on the Peruvian south coast during the first four centuries A.D.* Ph.D. Dissertation, Department of Archaeology, University of Calgary, Calgary.
- Valdez, L.M. 2000a. La tradición Huarato de Acarí y sus relaciones con Nasca. *Arqueología y Sociedad* 13:159-171.
- Valdez, L.M. 2000b. La arqueología del valle de Acarí, Arequipa. *Boletín del Museo de Arqueología y Antropología* 3 (12):19-25.
- Valdez, L.M. 2005. Patrones funerarios del periodo Intermedio Temprano del valle de Acarí. *Corriente Arqueológica* 1:43-60.
- Valdez, L.M. 2006. Los vecinos de Nasca: entierros de la tradición Huarato del valle de Acarí, Perú. *Bulletin de l'Institut Français d'Etudes Andines* 35(1): 1-20.
- Valdez, L.M. 2009a. La investigación arqueológica en el valle de Acarí y la contribución de Francis A. Riddell. En: *Arqueología del Área Centro Sur Andina: Actas del Simposio Internacional*, editado por M.S. Ziolkowski, J. Jennings, L.A. Belan y A. Drusini, pp. 255-279. Andes 7, Boletín del Centro de Estudios Precolombinos de la Universidad de Varsovia.
- Valdez, L.M. 2009b. Walled settlements, buffer zones, and human decapitation in the Acari Valley, Peru. *Journal of Anthropological Research* 65(3):389-416.
- Valdez, L.M. 2009c. El significado social de la cerámica Nasca temprano en el valle de Acarí, Perú. *Revista de Antropología Chilena* 20:15-36.
- Valdez, L.M. 2009d. Conflicto y decapitación humana en Amato (valle de Acarí, Perú). *Bulletin de l'Institut Français d'Etudes Andines* 38(2):177-204.
- Valdez, L.M. 2010a. Asentamientos fortificados y conflicto en el valle de Acarí, Perú. Ponencia presentada a la *V Reunión de Teoría Arqueológica en América del Sur*, Caracas, Junio 21 – 25, 2010.
- Valdez, L.M. 2010b. Los silos de almacenamiento de Huarato, valle de Acarí, Perú. *Revista de Investigaciones* 7:73-90.
- Valdez, L.M. 2010c. Circunscripción medioambiental y decapitación humana en la costa sur del Perú. En: *Arqueología en el Perú: Nuevos aportes para el estudio de las sociedades Andinas prehispánicas*, editado por R. Romero y T.P. Svendsen, pp. 131-150. Anheeb Impresiones, Lima.
- Valdez, L.M. 2013. Tambo Viejo: un asentamiento fortificado en el valle de Acarí, Perú. *Arqueología Iberoamericana* 19:3-23.
- Valdez, L.M. 2014. The earliest fortifications of the Peruvian South Coast. *Ñawpa Pacha* 34 (2):201-222.
- Valdez, L.M. 2017a. *Asentamientos fortificados y conflicto en el valle de Acarí, Perú*. Editorial Académica Española, Beau Bassin.
- Valdez, L.M. 2017b. The earliest fortified settlements of the south coast of Peru. En: *War and peace: Conflict and resolution in archaeology*, editado por A. K. Benfer, pp. 16-46. Proceedings of the 45th Annual Chacmool Archaeology Conference. The Archaeology Association of the University of Calgary, Calgary.
- Valdez, L.M. 2018. Dorothy Menzel y el estudio del estado Wari. *Ñawpa Pacha* 38(1):109-134.

- Valdez, L.M. y K.J. Bettcher. 2020. Pichqa and pisqoyñu: Inca gaming paraphernalia from Tambo Viejo, Peru. *Ñawpa Pacha* 40:119-132.
- Valdez, L.M., D. Menzel, y F.A. Riddell. 2014. La cerámica del centro administrativo Inca de Tambo Viejo. *Arqueología y Sociedad* 27:227-254.
- Valdez, L.M., J.S. Williams, K.J. Bettcher, y L. Dausse. 2010. Decapitación y cabezas humanas del valle de Acarí, Perú. *Arqueología y Sociedad* 22:39-53.
- Van Gijseghem, H. 2006. A frontier perspective on Paracas society and Nasca ethnogenesis. *Latin American Antiquity* 17(4):419-444.
- Vaughn, K.J., A.C. Conlee, H. Neff, y K.J. Schreiber. 2006. Ceramic production in ancient Nasca: provenience analysis of pottery from the early Nasca and Tiza cultures through INAA. *Journal of Archaeological Science* 33:681-689.
- Vaughn, K.J. y M. Linares Grados. 2006. 3,000 years of occupation in upper valley Nasca: excavations at Upanca. *Latin American Antiquity* 17(4):595-612.
- Vaughn, K.J. y H. Neff. 2004. Tracing the clay source of Nasca polychrome pottery: results from a preliminary raw material survey. *Journal of Archaeological Science* 31:1577-1586.
- Von Hagen, V. 1955. *Highway of the sun*. Duell, Sloan and Pearce, New York.
- Wiley, G. R. 1971. *An introduction to American archaeology: South America* (volume two). Prentice-Hall, Inc., Englewood Cliffs, New Jersey.

Visibilizando los rasgos diagnósticos del material cerámico “no diagnóstico”. Desafíos metodológicos para el análisis de sitios alfareros multi-componentes en Chile Central

Itaci Correa¹, Lorena Sanhueza², Fernanda Falabella³, Amapola Saball⁴, Luis Irrázabal⁵ y José Castillo⁶

Resumen

Este trabajo desarrolla una aproximación metodológica para discernir nuevos elementos diagnósticos aplicables al material cerámico comúnmente considerado “no diagnóstico” en el marco de estudios de asignación crono-cultural. Desde el enfoque analítico del estilo tecnológico, nos centramos en aquellas características tecnológicas de la producción alfarera que poseen menor visibilidad, pero que se relacionan estrechamente a los modos de hacer particulares de cada tradición alfarera. La propuesta es aplicada a un caso de estudio comparativo de los períodos Alfarero Temprano (200-1000/1200 d.C.) e Intermedio Tardío (1000/1200-1450 d.C.) de la cuenca del río Angostura, al sur de la ciudad de Santiago, en Chile Central. Esta estrategia metodológica posibilitó integrar casi la totalidad del material alfarero a los análisis de caracterización de la extensión espacial y cronología de la ocupación de los sitios bi y multi-componentes.

Palabras clave: *análisis cerámico, metodología, estilo tecnológico, gestos técnicos, Chile Central*

Abstract

This work discusses a methodological approach to deal with ceramic sherds usually labelled as “non diagnostic” for chrono-cultural identifications. It uses the technological style perspective and draws attention to low visibility aspects of the production technology that are closely related to specific ways of doing in each pottery tradition. This approach is applied to a case study in the Angostura river basin, south of Santiago city in Central Chile, that compares Early Ceramic Period (200-1000/1200 AD) and the Late Intermediate Period (1000/1200-1450 AD) occupations. Using this strategy almost all the ceramic sherds found in the bi and multi-component archaeological sites were useful as chrono-cultural markers, allowing for an accurate spatial and chronological distribution of each period's occupation.

Key words: ceramic analysis, methodology, technological style, technical gestures, Central Chile

1 Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Alberto Hurtado. e-mail: icorrea@uahurtado.cl

2 Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile. e-mail: loresan@uchile.cl

3 Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile. e-mail: ffalabela@vtr.net

4 Programa de Magister en Arqueología, Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile. e-mail: amapolasaball@gmail.com

5 Arqueólogo, Universidad Alberto Hurtado. e-mail: luis.irrazabal@gmail.com

6 Licenciado en Arqueología, Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile. e-mail: verderuso@gmail.com

El uso de tipologías sigue siendo uno de los métodos tradicionales de los estudios cerámicos de asignación crono-cultural en arqueología, debido a su notable efectividad para establecer dataciones relativas. Los tipos cerámicos refieren a clases específicas de vasijas caracterizadas por combinaciones únicas de atributos reconocibles, generalmente de forma y decoración (Orton *et al.* 1997). Por tanto, los enfoques tipológicos son muy útiles en casos donde contamos con vasijas visiblemente distintivas, que tienen una distribución espacial y vigencia temporal determinadas (Uribe 2004). Sin embargo, este enfoque viene siendo problematizado desde mediados de la década de los 50's, siendo que ya desde entonces Sherrard (1956) hace notar cómo en muchos casos las construcciones tipológicas tienden a no considerar los aspectos tecnológicos de la alfarería – p.ej. tipos definidos únicamente a partir de rasgos decorativos o morfológicos – y cómo el uso de tipologías puede ser problemático si nos enfrentamos a conjuntos fragmentados, donde es difícil que la unidad básica de análisis, el fragmento, pueda contener todos los rasgos que definen un cierto tipo cerámico. Esto es lo que sucede en contextos arqueológicos conformados por basuras domésticas, donde la fragmentación del material cerámico puede llegar a ser muy alta. En este escenario el enfoque tipológico puede dejar sin posibilidad de clasificación a una cantidad importante de fragmentos, reduce significativamente la muestra y, eventualmente, las clases de vasijas que pueden ser clasificadas. Aquí deben entrar en juego otros criterios para la asignación crono-cultural, los que se basan en rasgos diagnósticos de un período o industria cerámica particular y que consisten en atributos decorativos, morfológicos y tecnológicos, muchas veces combinados, pero que no necesariamente se asocian a una u otra clase de vasija, sino que de forma general a una tradición alfarera determinada.

Cada grupo o comunidad alfarera posee un conocimiento tecnológico específico, con modos de hacer propios que devienen en estilos cerámicos diferenciados, resultantes de distintas elecciones en todas las etapas de la cadena operativa (Dietler y Herbich 1998; Lemonnier 1992). Estas elecciones son responsables de aquellas características que resultan claramente diagnósticas de cada tradición alfarera, pero también de huellas y rasgos menos evidentes, pero igualmente diagnósticos, de un estilo tecnológico determinado. Es así como un enfoque desde la cadena operativa o desde los modos de hacer, reconoce las tradiciones tecnológicas transmitidas a través de sucesivas generaciones, las que al estar situadas en el espacio y el tiempo también pueden ser poderosos marcadores crono-culturales. Así, el enfoque tipológico debe ser complementado con el enfoque de las cadenas operativas que devela formas de hacer específicos de una tradición alfarera determinada (Roux 2019).

En el presente artículo exponemos un estudio de caso que implementa una estrategia metodológica para discernir nuevos elementos diagnósticos aplicables al material cerámico comúnmente considerado “no diagnóstico”. Estos rasgos consisten precisamente en trazas de gestos técnicos y otras características tecnológicas de baja visibilidad, pero que nos permiten trabajar con un gran porcentaje del material alfarero a la hora de la asignación crono-cultural en sitios multi-componentes.

Estudios de sitios multi-componentes en Chile Central: La necesidad de una nueva estrategia metodológica para la asignación crono-cultural

En Chile central, una de las características principales de los sitios asignados a los períodos alfareros, es que se presentan como dispersiones más o menos acotadas de basuras domésticas, compuestas principalmente por fragmentería cerámica y materiales líticos (Cornejo *et al.* 2012; Falabella *et al.* 2014; Sanhueza *et al.* 2019).

Las condiciones de depositación sedimentaria de las cuencas y terrazas fluviales determinan que los depósitos arqueológicos habitacionales de los períodos alfareros suelen presentar escasa profundidad, y raramente sobrepasan los 50–80 cm, estando incluidos en un sedimento limo-arcilloso bastante homogéneo estratigráficamente. A esto se suma la intensa actividad agrícola-ganadera a la que ha estado expuesta esta región que ha incidido en, primero, una alta fragmentación de los depósitos y, segundo, una dispersión y alteración vertical de los depósitos producto de la acción del arado, subsoladora y retroexcavadora, que altera los primeros 30–50 cm de depósito arqueológico, obliterando las posibles diferencias estratigráficas.

Esta situación se vuelve especialmente crítica, cuando nos enfrentamos al hecho que un número importante de los sitios o lugares de habitación en Chile central son, de hecho, bicomponentes. A modo de ejemplo, en la microrregión de Angostura (Figura 1), área intensamente prospectada e intervenida en los últimos años por nuestro equipo, de los 19 sitios identificados para el Período Alfarero (Figura 2), solo ocho resultaron mono-componentes y pudieron ser asignados a un momento cronológico específico, presentando los restantes 11, expresiones materiales de los Períodos Alfarero Temprano, Intermedio Tardío y/o Tardío (PIT/PT) (Sanhueza *et al.* 2019). Así, nos enfrentamos a un escenario donde son mayoritarios los sitios multi-componentes, registrándose en ellos elementos diagnósticos de los Complejos Bato, Llolleo o ambos, junto con elementos del Complejo Aconcagua y en algunos casos también de filiación Incaica.

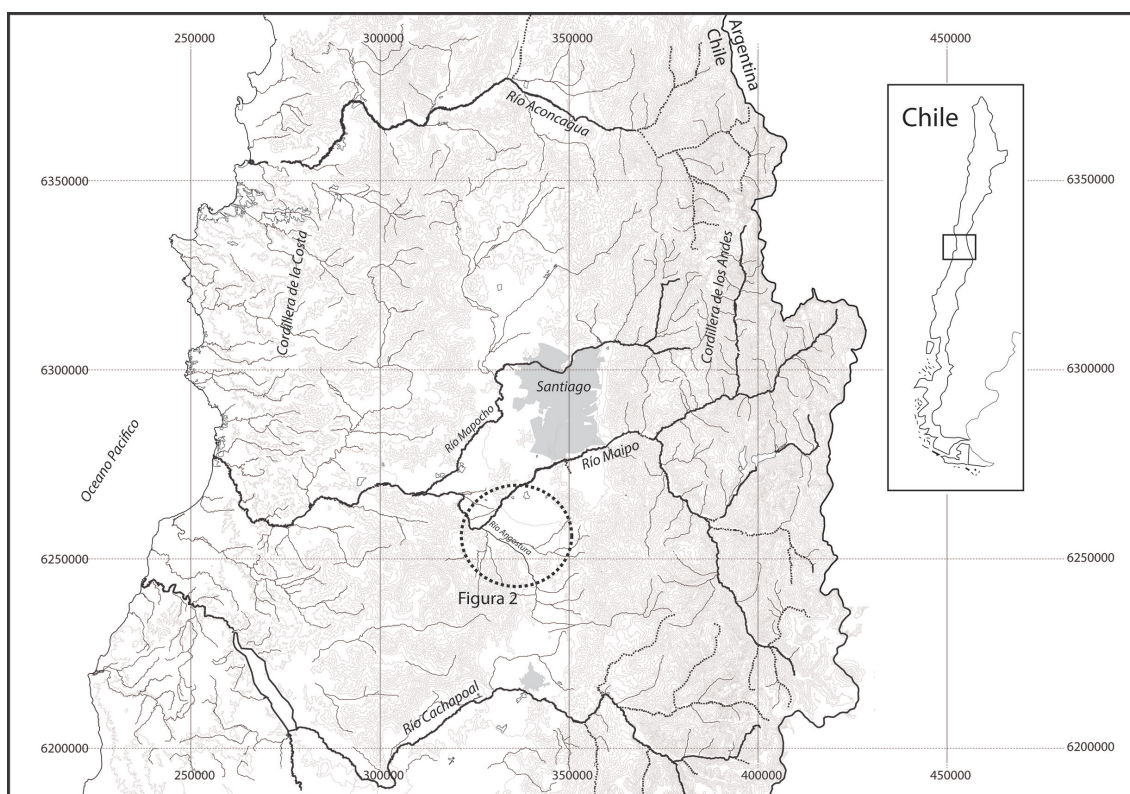


Figura 1. Micro-región del río Angostura señalada en círculo punteado.

Las frecuencias de fragmentos diagnósticos de ambos períodos alfareros – presencia de tipos cerámicos o fragmentos con rasgos decorativos y morfológicos asignables con claridad a una

tradición cerámica - en los sitios habitacionales estudiados en varios sectores de Chile central oscilan entre 7.9% y 33.9%, con un promedio de 18.5%, lo que en la práctica deja a casi un 70% del material sin posibilidad de asignación cultural. La necesidad de asignar crono-culturalmente el resto del material cerámico “no diagnóstico”, en general monocromo y sin decoración- algo que nos resultaba indispensable para mapear comparativamente la extensión y densidad de las ocupaciones de cada período - nos llevó a explorar aquellos rasgos menos visibles de los estilos tecnológicos de cada tradición cerámica, tales como las trazas de gestos técnicos, texturas generales y composición de las pastas.

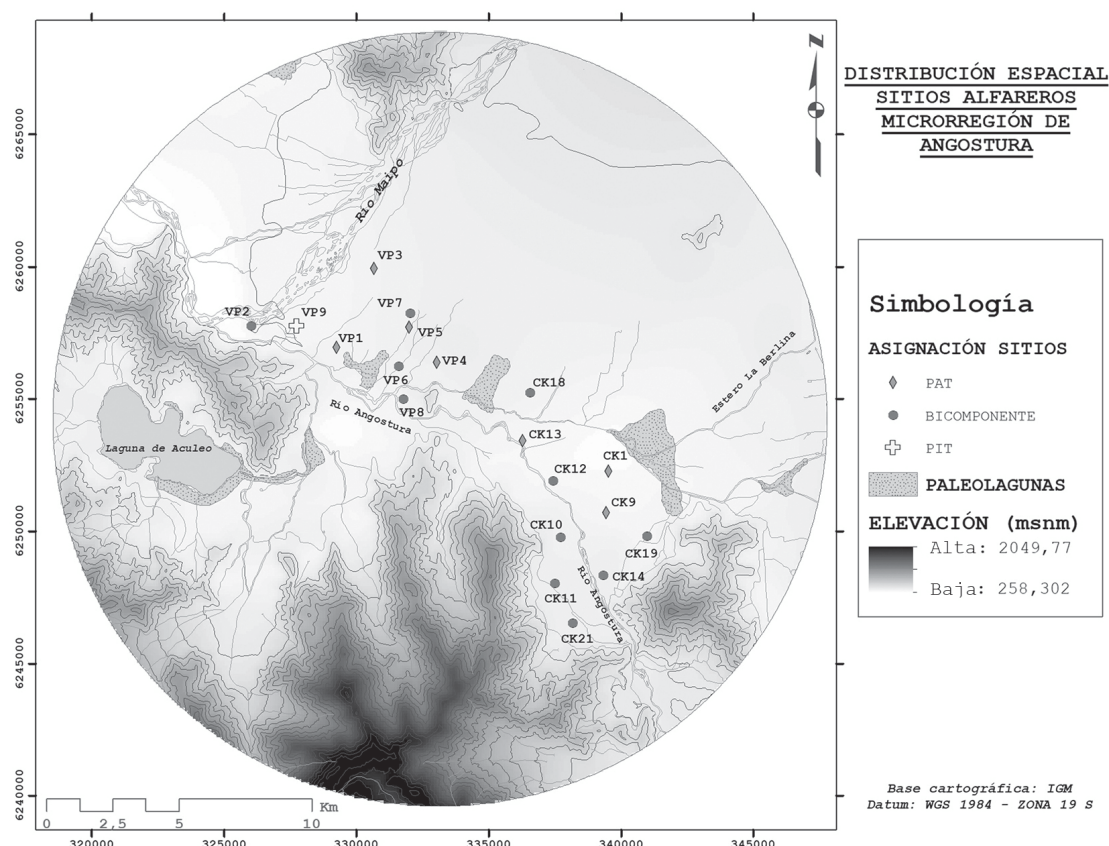


Figura 2. Sitios del Período Alfarero registrados en la micro-región del río Angostura en las localidades Colonia Kennedy (CK) y Valdivia de Paine (VP).

Los aspectos diagnósticos de la alfarería de los complejos culturales Bato, Llolleo y Aconcagua: el caso de la micro-región de Angostura.

La perspectiva del estilo tecnológico ha sido la base de los estudios de proximidad social y organización social a partir de la materialidad cerámica en Chile Central, en especial por el hecho de que estamos frente a sociedades para las que diversos estudios han determinado que los sistemas de producción son a baja escala, a nivel de hogar o de comunidad (Falabella y Sanhueza 2005-2006). Por lo tanto, es esperable que productores y consumidores sean parte de las mismas comunidades residenciales y en consecuencia que las tradiciones tecnológicas que se aprenden, practican y

reproducen a nivel del hogar o comunidad queden reflejadas en los materiales que se desechan en cada sitio. Existen una serie de rasgos que podemos considerar claramente diagnósticos o “excluyentes” de cada tradición cultural y período, que básicamente refieren a la presencia de ciertas categorías de vasijas fácilmente diferenciables por sus características de pastas y/o tratamientos de superficie y por la presencia de cierto tipo de decoraciones.

La cerámica del Período Alfarero Temprano (200-1000/1200 d.C.)

Las unidades culturales que reconocemos para este período son los complejos Bato y Llolleo. Ambos presentan conocidas diferencias en sus modos de subsistencia, patrones de movilidad, prácticas funerarias y otros rasgos de cultura material ampliamente estudiados (Falabella *et al.* 2016; Sanhueza 2016). Si bien sus conjuntos alfareros comparten elementos propios del período –como la monocromía general de las piezas, superficies pulidas o bruñidas, junto con decoraciones incisas, modeladas y pintura roja y/o de hierro oligisto– ambos complejos presentan diferentes características, que finalmente permiten la definición arqueológica de estas unidades culturales (Falabella y Planella 1988-89; Sanhueza 2004, 2016).

La alfarería de los grupos Llolleo está bien caracterizada gracias a la considerable cantidad de piezas completas recuperadas entre las ofrendas funerarias. Es posible relacionar los indicadores presentes en estas vasijas con los conjuntos fragmentados de sitios habitacionales, pues se trata de contenedores que en su mayoría presentan evidencia de haber sido usados previamente en contextos domésticos (Correa 2009; Falabella *et al.* 1993; Sanhueza 1998).

Desde el punto de vista morfológico, el conjunto se caracteriza principalmente por ollas de superficies alisadas y jarros pulidos, con puntos de esquina en la unión entre el cuello y cuerpo, los que presentan asas cinta y bases delimitadas. También hacen parte del conjunto otras categorías de vasijas, tales como jarros asimétricos, urnas monocromas con o sin asas cinta, algunas tazas y escasas escudillas. En los jarros asimétricos la decoración es incorporada en distintos grados de abstracción a la estructura de la vasija, modelándose rostros antropomorfos en las uniones del asa con el cuerpo, las que a veces se bifurcan en este punto, configurando representaciones duales. Algunos escasos jarros asimétricos configuran motivos ornitomorfos o anfibiomorfos (Falabella y Planella 1980, 1988-89; Falabella *et al.* 2016).

Es común que en el repertorio Llolleo ciertos motivos y técnicas decorativas tiendan a articularse con determinadas categorías de vasijas en función de ciertos diseños morfológico-decorativos (Correa 2009). El jarro pulido suele estar pulido o bruñado y presentar paredes delgadas o medianas (hasta 7 mm), y a veces cuellos abultados. Comúnmente poseen incisiones perimetrales en la base del cuello –una a cinco–, o bien, una banda modelada anular. Esta configuración suele combinarse con ahumado negro/gris completo de la pieza. En menor medida los jarros poseen otras configuraciones decorativas presentando motivos geométricos de franjas o estrellados elaborados con pintura roja mayoritariamente en el cuerpo. Otra variación corresponde a líneas incisas verticales en el cuerpo, cuya configuración podría estar representando calabazas (*cucurbita* sp.) (Falabella y Planella 1980, 1988-89) (Figura 3).

Otra decoración característica de jarros, y eventualmente también ollas, es la aplicación de hierro oligisto, lo que genera una superficie gris metálica brillante, sobre la cual se aplican motivos en pintura roja tipo franjas ondulantes, franjas convergentes o campos rojos adyacentes.

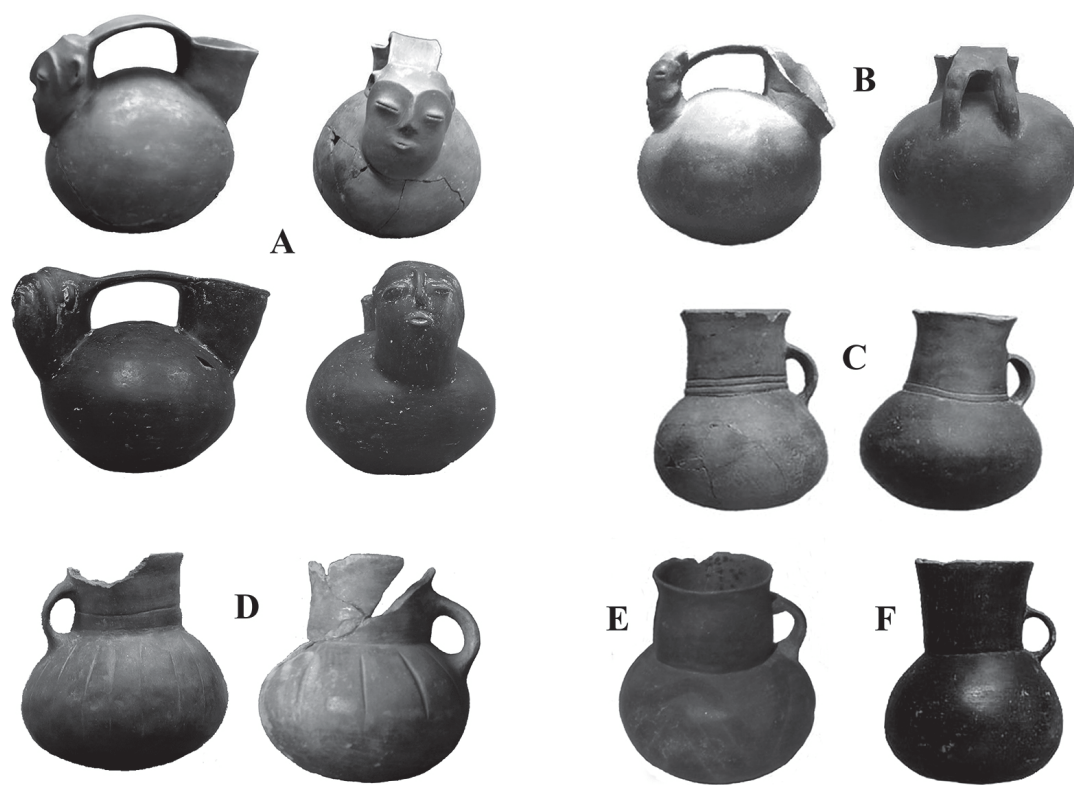


Figura 3. De izquierda a derecha: A) jarros asimétricos con modelado antropomorfo, sitios Nuevo Hospital Militar (Depósito Departamento de Antropología, U. Chile) y Comuna de El Monte (Museo Chileno de Arte Precolombino); B) jarros asimétricos con asa bifurcada modelada, sitios La Granja (Museo Regional de Rancagua) y El Mercurio (Depósito Departamento de Antropología, U. Chile); C) jarros simétricos con incisiones anulares, sitio El Mercurio (Depósito Departamento de Antropología, U. Chile); D) jarros simétricos fitomorfos, hallazgo en la localidad de Rancagua (Museo Regional de Rancagua) y sitio Población Diego Portales (Museo Nacional de Historia Natural); E) jarro simétrico con decoración de pintura roja (motivo estrellado), sitio LEP-C (Museo Nacional de Historia Nacional); F) jarro simétrico ahumado negro, sitio El Mercurio (Depósito Departamento de Antropología, U. Chile).

Por otra parte, existe una variedad de ollas pequeñas de boca ancha y cuerpo achatado, que generalmente presentan decoración incisa en el cuello, siendo el motivo más reiterativo el reticulado oblicuo, y en menor medida diseños en zig-zag (Falabella y Planella 1980). En combinación con este elemento, se registran habitualmente pequeños mamelones incisos sobre las asas que pueden adoptar distintas configuraciones (incisiones tipo “garrita”, oblicuas, paralelas y horizontales). Algunas variaciones de esta modalidad morfológico-decorativa implican representaciones abstractas de rostros antropomorfos elaborados sobre el cuerpo mediante una combinación de técnica modelada al pastillaje y técnica incisa (Figura 4).

En algunos casos, tanto jarros simétricos como algunas ollas de cuello más alto y angosto presentan representaciones de rostros antropomorfos elaborados al pastillaje a cada lado del cuerpo, o bien decoraciones incisas geométricas en el cuello.

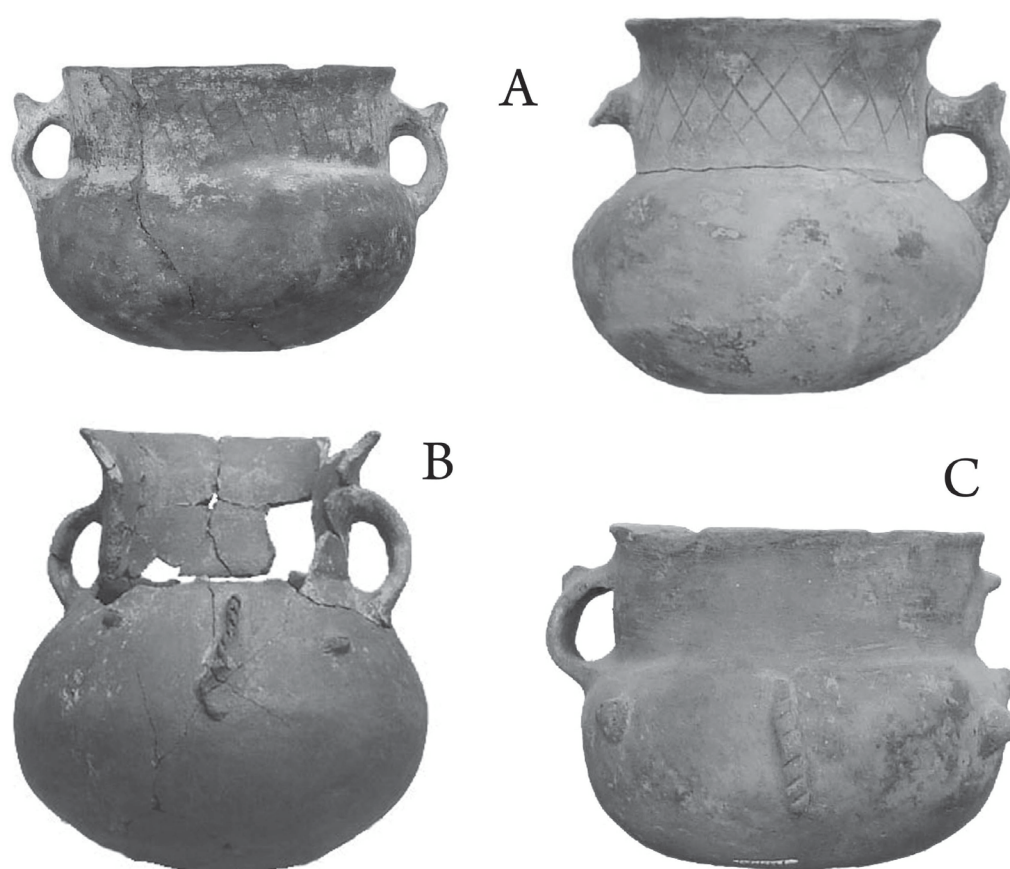


Figura 4. A) ollas Llolleo inciso reticulado oblicuo, sitios Hacienda Cauquenes y Población Alto Jahuel (Museo Regional de Rancagua); B) olla de cuello alto con decoración antropomorfa en cuerpo, sitio El Mercurio (Depósito Departamento de Antropología, U. Chile); C) variación con decoración modelada al pastillaje y técnica incisa, sitio Condominio Los Llanos (Museo Regional de Rancagua).

Las urnas, y parte de las ollas, no presentan decoración. En general se encuentran alisadas con un acabado prolijo y poseen pastas con antiplásticos de granulometría media (Falabella *et al.* 1993; Sanhueza 2004) (Figuras 5 y 6). Los espesores de estas vasijas son mayores que la de los jarros, jarros asimétricos y ollas de boca ancha (5-9 mm). Un rasgo distintivo en las ollas es el borde reforzado (Figura 5 A). Asumimos que estas categorías morfológicas, destinadas a cocinar y almacenar, junto con los jarros no decorados, son las responsables de la conformación de la mayor parte de los conjuntos de fragmentería monocroma de los sitios habitacionales.

A diferencia del contexto Llolleo, la alfarería Bato carece de expresiones fúnebres siendo destinada más bien a la esfera doméstica, razón por la cual no se dispone de piezas completas para su caracterización. Los fragmentos registrados en contextos habitacionales Bato permiten inferir que las formas más comunes son las ollas y jarros, con puntos de unión entre el cuello y cuerpo preferentemente inflectados, sin asas, con asas en arco o bien con asas de tipo mamelonar en el cuello, destacando también algunas formas más complejas, tales como vasijas asimétricas con golletes cribados a modo de regaderas (Figura 7). En algunas escasas piezas completas se observan

representaciones fitomorfas, donde la forma general de jarros asimétricos pareciera emular calabazas (*Lagenaria* sp.), pues los cuerpos son elipsoide-horizontales y los cuellos largos y angostos (Figura 7B) (Falabella y Planella 1988-89; Sanhueza *et al.* 2003; Sanhueza 2016).



Figura 5. A) y B) ollas Lloleño no decoradas, sitio El Mercurio (Depósito Departamento de Antropología, U. Chile); C) y D) jarros simétricos Lloleño no decorados, sitio El Mercurio (Depósito Departamento de Antropología, U. Chile).

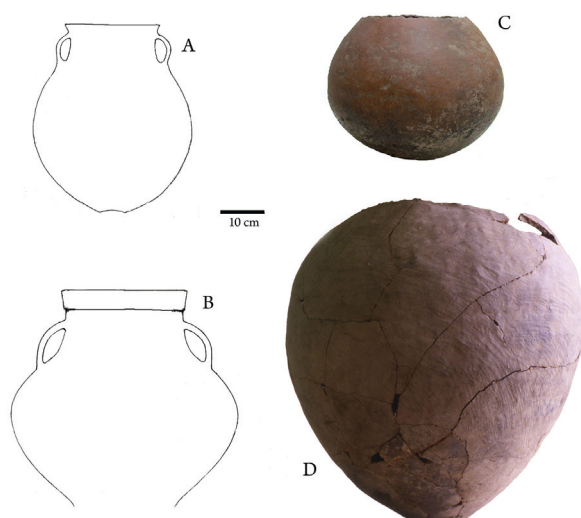


Figura 6. A) dibujo de urna Lloleño, hallazgo en localidad El Monte (Depósito Departamento de Antropología, U. Chile; modificado de Correa 2009); B) dibujo urna Lloleño con borde reforzado, sitio Las Coloradas 1 (Museo Nacional de Historia Natural; modificado de Correa 2009); C) segmento de cuerpo de urna Lloleño, sitio Country Club (Depósito Departamento de Antropología, U. Chile); D) segmento de cuerpo de urna Lloleño, sitio LEP-C (Depósito Departamento de Antropología, U. Chile).

Las superficies son en su mayoría del color de la pasta (tonos marrones) o negras por ahumado intencional durante la cocción. Las paredes, al igual que en el caso Llolleo, son delgadas o medianas y las pastas de granulometría fina a media.

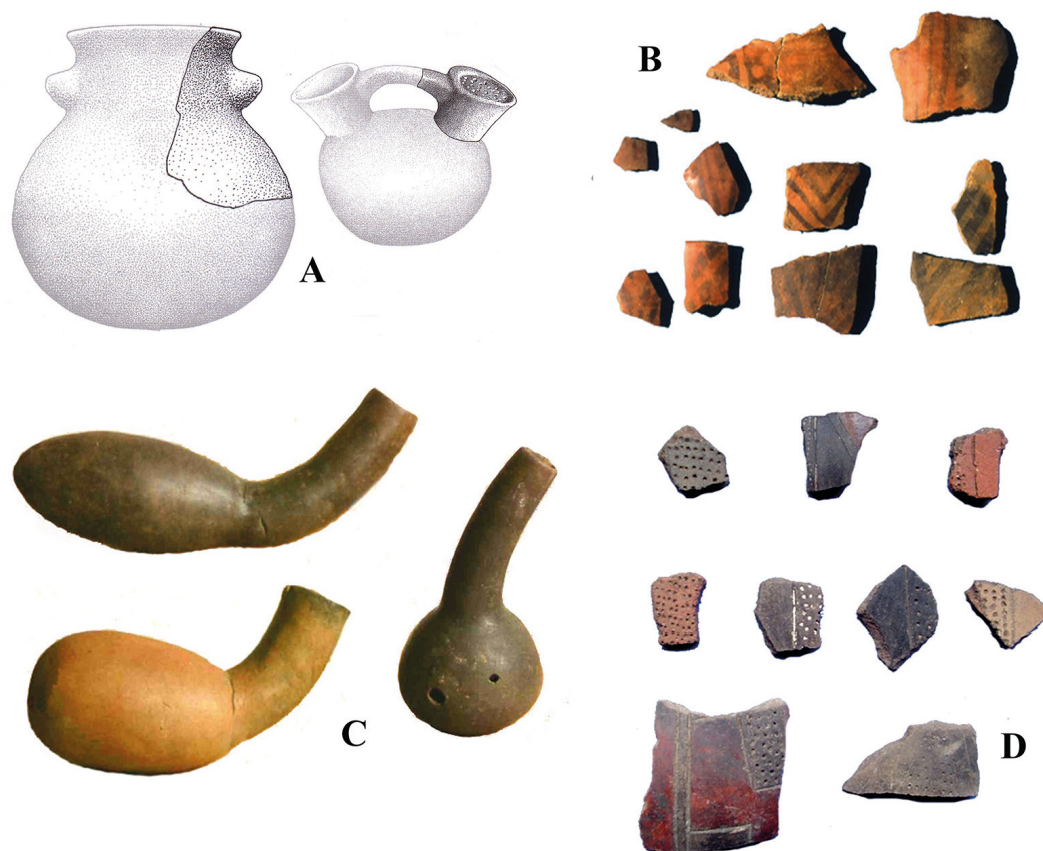


Figura 7. A) olla con asas mamelonares, sitio Lenka Franulic, y jarro con gollete cribado, sitio RML002 El Almendral (tomada del libro “*Comunidades Prehispanas de Chile central. Organización social e ideología (0-1200 d.C.)*”, Editorial Universitaria, 2016 de Lorena Sanhueza, dibujos de Elvira Latorre; Depósito Departamento de Antropología, U. Chile); B) fragmentos decorados mediante técnica negativa, sitio Marbella (Depósito Departamento de Antropología, U. Chile); C) vasijas asimétricas fitomorfas, sitio Chacayes (Museo Nacional de Historia Natural); D) decoraciones de campos incisos punteados, a veces separando campos rojos o rellenos con pintura blanca, sitio Los Eucaliptus (Museo Fonck).

Uno de los rasgos decorativos más característicos de la alfarería Bato es el uso de la técnica resistente, también conocida como pintura negativa, la que se lleva a cabo sobre superficies naturales o pintadas de rojo. Los motivos geométricos de las decoraciones efectuadas mediante técnica incisa también son diagnósticos, los que configuran generalmente líneas que enmarcan campos punteados, y a veces las incisiones se rellenan con pintura blanca o delimitan campos de pintura roja. El uso del hierro oligisto en combinación con pintura roja es compartido con Llolleo (Falabella y Planella 1988-89; Falabella *et al.* 2016; Planella y Falabella 1987).

La cerámica del Período Alfarero Intermedio Tardío (1000/1200-1450 d.C.)

En el conjunto alfarero del Complejo Cultural Aconcagua se reconocen dos tipos cerámicos decorados muy distintivos, a saber, el tipo Aconcagua Salmón y Aconcagua Rojo Engobado, que contrastan con un conjunto monocromo de aspecto más tosco definido como Aconcagua Pardo Alisado (Durán y Massone 1979; Massone 1978). Los dos primeros presentan varios rasgos que los hacen muy reconocibles entre el material fragmentado de los contextos habitacionales. Proliferan los pucos y escudillas, con un estilo decorativo muy particular. En el caso del tipo Aconcagua Salmón, destaca el color salmón de las pastas, variando en tonalidades crema y anaranjadas pálidas que resultan de la selección de arcillas específicas con alto contenido de caolín (Falabella 2000). Presenta motivos decorativos abstractos muy característicos, elaborados mediante pintura negra, a veces incluyendo el rojo, siendo recurrente y emblemático entre ellos el motivo denominado “trinacrio” (Sánchez y Massone 1995). También es posible registrar una variedad polícroma donde la pintura roja y negra se lleva a cabo sobre engobe blanco (Massone 1978). Este tipo cerámico se manifiesta también en otras categorías morfológicas, tales como jarros y ollas de cuello corto y angosto (Figura 8).

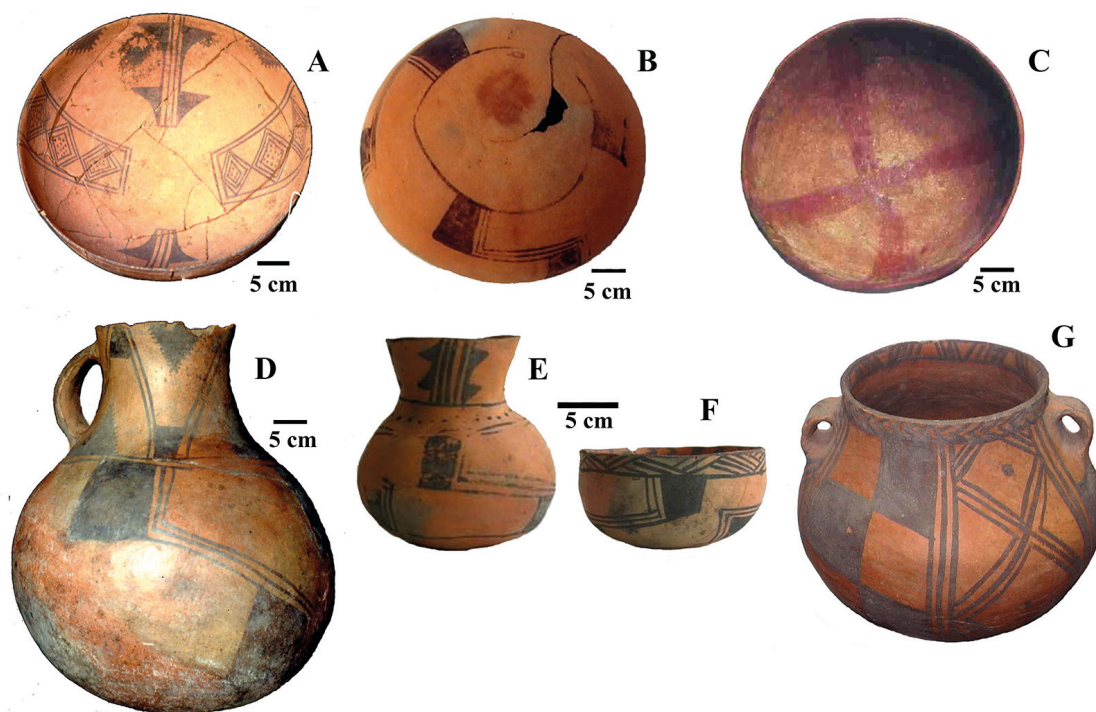


Figura 8. Cerámica Aconcagua Salmón (AS) y Cerámica Aconcagua Rojo Engobado (ARE): A) escudilla AS, sitio Cementerio Chicauma (Museo Nacional de Historia Nacional); B) trinacrio en exterior de escudilla AS, sitio Estadio de Quillota (Museo de Quillota); C) cruz diametral en interior de escudilla ARE, sitio San Bernardo (Colección privada Alberto Medina); D) jarro AS, sitio Tiltil (Museo Nacional de Historia Natural); E) jarro AS, sitio Cementerio Chicauma (Depósito Departamento de Antropología, U. Chile); F) puco AS, sitio Cementerio Chicauma (Depósito Departamento de Antropología, U. Chile); y G) olla AS, sitio Quintay (Museo de Casa Blanca).

El tipo Aconcagua Rojo Engobado se caracteriza por presentar una pasta generalmente de color café claro donde el exterior de la vasija está completamente cubierto por un engobe fino de tono rojo burdeo. El interior muestra engobe rojo o diseños elaborados con el mismo pigmento, generalmente una cruz diametral combinada con una banda de borde (Durán et al. 1991; Massone 1978; Sánchez y Massone 1995).

A estos tipos se asocian vasijas que se han definido como tipo Aconcagua Pardo Alisado (Massone 1978). En contraposición a los pucos y escudillas de los tipos Aconcagua Salmón y Aconcagua Rojo Engobado, este tipo cerámico corresponde mayoritariamente a ollas con o sin cuello, y a grandes vasijas de almacenaje de perfiles levemente inflectados cuyas superficies alisadas son muy toscas y rugosas. Poseen paredes gruesas (8-10 mm) y muy gruesas (mayor a 10 mm) (Figura 9). Las ollas comúnmente presentan huellas de exposición al fuego, tales como hollín y ahumado en superficies exteriores, indicando su uso en la cocción de alimentos. Estudios tecnológicos muestran que varios rasgos tales como el tratamiento de superficie y características de la pasta -inclusiones gruesas e irregulares-, resultan óptimos para una alta conductividad calórica, aspectos que habrían sido seleccionados por los alfareros para optimizar su función culinaria (Falabella 2000). Las grandes vasijas de almacenaje presentan a veces elementos modelados al pastillaje e incisos, formando motivos como el “acordelado” o bien “garritas” -mamelones con 3 incisiones transversales paralelas-, de mucho mayor tamaño que las del PAT (Baudet 2004). Al igual que en el caso del periodo Temprano, estos contenedores para cocinar y almacenar son los que más abundan en las basuras domésticas, por el uso reiterado y la alta tasa de quiebre.



Figura 9. A) Olla Aconcagua Pardo Alisado con cuello, sitio Alhué (Depósito Departamento de Antropología, U. Chile) y B) olla Aconcagua Pardo Alisado sin cuello, sitio Alhué (Depósito Departamento de Antropología, U. Chile).

A modo de síntesis, y de acuerdo con la revisión anterior, los rasgos que podemos considerar claramente diagnósticos de cada tradición alfarera, se sistematizan en la Tabla 1.

Lo diagnóstico v/s lo no diagnóstico

La revisión anterior nos muestra que efectivamente existen elementos que podemos considerar como diagnósticos de cada período y que guían de manera eficaz la asignación crono-cultural de

los conjuntos cerámicos de los sitios habitacionales. No obstante, como señaláramos anteriormente, estos elementos diagnósticos no siempre están asociados a las categorías de vasijas más frecuentes en las basuras de los sitios habitacionales, y dejan a una proporción considerable de los conjuntos alfareros sin posibilidad de asignación cronológico cultural, principalmente aquellos fragmentos monocromos, referidos a la alfarería doméstica de preparación/cocción de alimentos y almacenaje.

Período	Vasijas		Fragmentos diagnósticos
Alfarero Temprano	Jarros simétricos o asimétricos	Paredes delgadas, superficies pulidas y eventualmente de color negro, por efecto de ennegrecimiento intencional durante la cocción (ahumado)..	Fragmentos de paredes delgadas con superficies pulidas o bruñidas. Fragmentos con superficies ennegrecidas.
	Jarros simétricos o asimétricos y algunos tipos de ollas	Decoraciones plásticas tales como modelados e incisos, ya sea en las asas, cuellos o cuerpos, en vasijas de paredes delgadas, generalmente jarros simétricos y asimétricos, y algunas ollas.	Fragmentos con decoraciones plásticas tales como modelados e incisos, ya sea en las asas, cuellos o cuerpos.
	Jarros simétricos o asimétricos y algunos tipos de ollas	Decoración en base a pintura con hierro oligisto.	Fragmentos con hierro oligisto.
	Jarros simétricos o asimétrico	Decoraciones con pintura roja en la superficie exterior.	Fragmentos con pintura roja en la superficie exterior.
Intermedio Tardío	Escudillas, pucos, jarros y otros del tipo Aconcagua Salmón	El tipo Aconcagua salmón, identificable en fragmentos a partir del color de la pasta, decoraciones en color negro, y engobes blancos. Esto aplica también a fragmentos sin elementos decorativos.	Fragmentos del tipo Aconcagua Salmón, identificables a partir del color de la pasta, con o sin decoraciones en color negro y/o engobes blancos.
	Escudillas, pucos, jarros y otros del tipo Rojo Engobado	El tipo Aconcagua Rojo Engobado, diferenciable de las pinturas rojas del PAT por su distribución en las superficies exteriores e interiores de los fragmentos, así como por el tono particular de la pintura roja. En interior puede presentar diseños elaborados con el mismo pigmento, generalmente una cruz diametral combinada con una banda de borde.	Fragmentos con engobe rojo diferenciable de las pinturas rojas del PAT por su distribución en las superficies exterior e interior de los fragmentos, así como por el tono particular de la pintura roja. En interior puede presentar diseños que consisten generalmente en una cruz diametral combinada con una banda de borde, que en fragmentos suelen visibilizarse como campos con este pigmento.

Tabla 1. Síntesis de los rasgos diagnósticos de alta visibilidad de las tradiciones alfareras de los períodos Alfarero Temprano e Intermedio Tardío.

En efecto, y en particular para la microrregión de Angostura, en el caso del PAT, los fragmentos que muestran rasgos morfológicos y decorativos propios de los complejos Bato y Llolleo oscilan entre 7.9% y 27.2%, con un promedio de 18.5%. Para el PIT, los sitios muestran frecuencias que

varían entre 7.9% y 26.3%, con un promedio de 14.5% en el caso del tipo Aconcagua Salmón (AS) y entre 0.2% y 9.2%, con un promedio de 4.6%, para el caso del tipo Aconcagua Rojo Engobado (ARE). Estas oscilaciones suman otro problema, el hecho de que los porcentajes varían de sitio a sitio (Figura 10), impidiendo una metodología de trabajo del material no diagnóstico que se base únicamente en una separación del material en cantidades proporcionales a la relación numérica entre fragmentos diagnóstico de cada período para el caso de sitios bi y tricomponeentes.

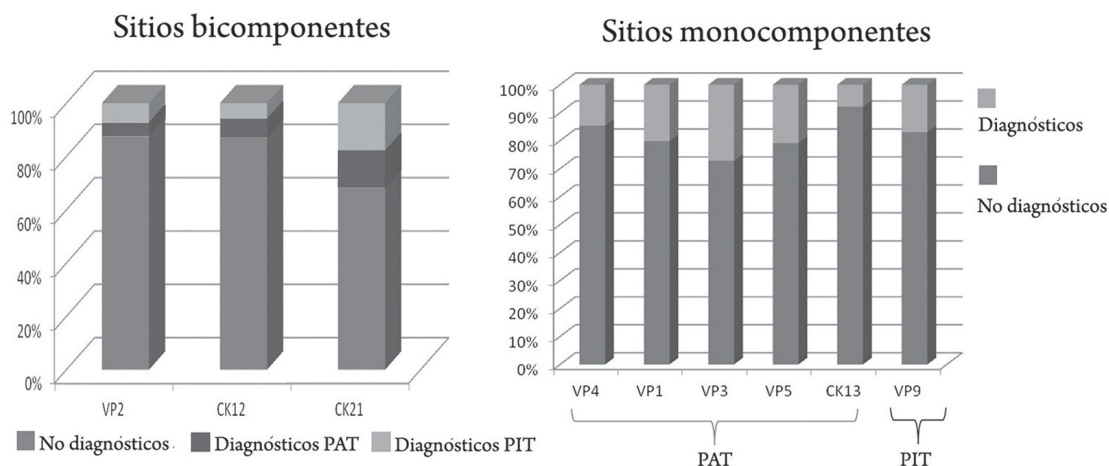


Figura 10. Frecuencias de material diagnóstico PAT y PIT en algunos de los sitios bicomponentes (izquierda) y monocomponentes (derecha) de la micro región de Angostura.

Así, de acuerdo con lo anterior, la mayor parte del material cerámico presente en las basuras de los sitios habitacionales de ambos períodos se conforma a partir de ollas, vasijas de almacenaje y algunos jarros no decorados, que al fragmentarse constituyen el conjunto “no diagnóstico”, que puede ser descrito como constituido a partir de fragmentos monocromos, de paredes medianas, gruesas o muy gruesas, y superficies alisadas o pulidas. Ante esta situación, se hizo evidente la necesidad de generar estrategias y criterios que nos permitieran abordar este conjunto, y de ese modo posibilitar una adecuada evaluación de la configuración espacial de los sitios en estudio.

El enfoque del estilo tecnológico: Visibilizando los aspectos diagnósticos menos evidentes

Las acciones técnicas y el comportamiento tecnológico en sí son hechos eminentemente sociales que varían de una cultura a otra, pues son aprendidos a través de la socialización primaria de los individuos, vinculándose estrechamente a las elecciones tecnológicas, conscientes o inconscientes, propias de cada grupo social, de género o etario (Mauss 1934). Como parte del accionar tecnológico, la alfarería implica objetos y técnicas integradas y condicionadas por las relaciones sociales y la práctica cultural (Dietler y Herbich 1998). En las diferentes etapas de la cadena operativa de la producción alfarera, las operaciones finales, tales como el acabado y la decoración, devienen en rasgos claramente más visibles en el producto final en comparación a aquellos atributos ligados a las etapas previas de la manufactura – preparación de la pasta y formatización de la vasija – que derivan en rasgos menos visibles ligados a procesos más inconscientes (Lemonnier 1992). Si bien existe esta obliteración o menor visibilidad de las características asociadas a las recetas de preparación de las

materias primas y las huellas relacionadas a las técnicas de formatización primaria y secundaria (De La Fuente 2011), estos elementos constituyen buenos indicadores de los estilos tecnológicos de cada tradición alfarera, debido precisamente al hecho de que están asociados a nociones de conocimiento tecnológico incorporados y más inconscientes.

A lo largo de la cadena operativa, existen acciones y movimientos corporales secuenciales que son aprendidos y transmitidos a partir de los procesos de aprendizaje tecnológico (De La Fuente 2011; Dobres 2000; Lemonnier 1992; Leroi-Gourhan 1964, 1965; Mauss 1934,). Las técnicas son al mismo tiempo gestos y herramientas (Leroi-Gourhan 1964), por lo que los gestos que intervienen la materia y que mueven las herramientas involucradas en las secuencias operacionales son componentes esenciales de los sistemas tecnológicos (Lemonnier 1992). Los gestos técnicos tienden a ser normalizados a través de la práctica repetida de la actividad, y gradualmente se incorporan como un esquema psicomotor inconsciente, configurando dinámicas de *habitus* que devienen en procesos de manufactura poco susceptibles a los cambios (Calvo y García Roselló 2014:19).

Desde el punto de vista analítico, las secuencias operacionales de los procesos de manufactura y sus respectivos gestos técnicos son materialmente observables en el producto final a partir de sus trazas (Calvo y García Roselló 2014; Roux 2019). Por lo demás, la especificidad de las trazas no es solo consecuencia de los gestos técnicos, sino que de la interrelación entre éstos y la elección de ciertas materias primas y ciertas herramientas, así como de las técnicas primarias y secundarias utilizadas para la construcción, modelado y acabado de las piezas (cfr. De La Fuente 2011). Es así como estudios de traceología de tratamientos de superficie, muestran cómo gestos comparables en cuanto a presión, fricción y cinemática del movimiento, y que utilizan las mismas herramientas, presentan diferencias en los resultados según tipos de pastas (Lepère 2014; Shepard 1956). Rice (1987) define una variable similar, pero de índole más cualitativa denominada *textura general*. Esta refiere al resultado final observable en la superficie de los fragmentos, donde confluyen distintos factores tales como la cantidad y tamaño de los antiplásticos, la mayor o menor prolijidad del tratamiento de superficie, la forma de ejecución de éste y la presencia de trazas, lo que implica diferentes modos de hacer durante la cadena operativa.

Por tanto, frente a conjuntos cerámicos altamente fragmentados, las superficies son las que permiten observar de mejor manera trazas de procedimientos preferenciales entre grupos técnicos, así como la textura general del material (Lepère 2014; Rice 1987). Esto puede ser complementado con otras variables de baja visibilidad, tales como las características de las pastas, en cuanto a materias primas – arcillas y antiplásticos – y los cambios físicos-químicos producidos durante la cocción – temperatura y ambientes de cocción – todos rasgos que varían según las elecciones culturales y funcionales en las diferentes cadenas operativas (Calvo y García Roselló 2014; Roux 2016). Una mayor preferencia en relación a ciertos tratamientos de superficie, tendencias en su ejecución, variaciones en los tonos de las pastas y en la composición de éstas, pueden entonces ser utilizados como rasgos de índole diagnóstica de una determinada tradición alfarera, y de esta manera ser de utilidad a la hora de la asignación crono-cultural de conjuntos alfareros multi-componentes.

Hacia la identificación de atributos diagnósticos de baja visibilidad: ejercicio metodológico en conjuntos alfareros de Chile Central

Sobre la base de que las manifestaciones cerámicas de cada complejo cultural y período alfarero obedecen a un modo de hacer diferente, y que fueron producidos mediante una cadena operativa particular donde cada etapa del proceso de manufactura es el locus de una expresión estilística (Gosselain 1998; Lemonnier 1992), nos focalizamos en la identificación de una combinación de rasgos, trazas y texturas generales que son observables macroscópicamente en el material cerámico fragmentado y que son la expresión de gestos, modos y técnicas particulares de cada grupo humano a lo largo de la secuencia productiva.

Para esto, un paso inicial para la identificación de elementos que permitieran diferenciar los conjuntos fue realizar una revisión comparativa de conjuntos de fragmentería monocroma “no diagnóstica” de sitios monocomponentes clásicos de cada período alfarero (p.e. El Mercurio [PAT] y Peñaflor [PIT]) en la cuenca del Maipo-Mapocho, en colaboración con otros grupos de investigación con experiencia en análisis de conjuntos alfareros en Chile central (Fondecyt 114803, IR Daniel Pavlovic).

PAT	PIT
Antiplásticos de granulometría más fina.	Antiplásticos de granulometría más gruesa, lo que se relaciona con la firmeza estructural necesaria en relación con el tamaño de las vasijas a confeccionar, pero también a cualidades como la conductividad del calor (Falabella et al. 1993).
Paredes de espesor delgado son más frecuentes.	Una clara tendencia a espesores más gruesos, que frecuentemente superan los 8 a 10 mm, y que se relaciona al tamaño de la vasija.
El formado secundario tiende a ser prolijo, lo que se relaciona con la confección de vasijas menores, con pastas y paredes más finas.	Preparación menos prolija de la superficie durante el formado secundario, en algunos casos con rugosidad visible.
Superficies bien acabadas	Acabado de superficie por lo general más tosco, con mayor presencia de huellas de instrumentos y trazas.
Las pastas tienden a tonos más oscuros o marrones.	Las pastas tienden a tonos más anaranjados, lo que se relaciona tanto con la materia prima (arcilla) utilizada, como con variables tecnológicas del proceso de cocción.

Tabla 2. Atributos diagnósticos (DIAG) de baja y baja visibilidad en la cerámica PAT y PIT.

Como suele suceder, muchos aspectos de los modos de hacer no son observables o son obliterados a medida que se produce la vasija. Además, los gestos y acciones específicos a un contexto cultural determinado se mezclan con aspectos transculturales del quehacer determinados por la misma materialidad y condiciones de trabajo con la alfarería (Gandon 2014). Por lo tanto, las principales diferencias que se observan refieren a *tendencias generales* en los tipos de tratamiento de superficie, trazas asociadas a éstos, texturas generales, junto con el espesor de paredes, color de las pastas y características de los antiplásticos. Se trata principalmente de asociaciones entre estos elementos. Por ejemplo, podemos observar variaciones de textura general en función de los tratamientos de superficie, alisado, pulido y bruñido, pero también en las maneras más prolizas o desprolijas de

llevarlos a cabo, identificándose, en algunos casos superficies más toscas, con mayor presencia de trazas de los instrumentos utilizados o marcas dactilares, es decir, gestos técnicos específicos. Esto a su vez se relaciona con el tamaño y cantidad del antiplástico usado en la pasta, en la medida que éste facilita o dificulta la ejecución del tratamiento de superficie y el estado de secado de la pasta en que este es posible.

Se trata entonces de sacar a la luz estos atributos diagnósticos de baja visibilidad, los que son sistematizados en la Tabla 2. En general se observa que hacia el PIT, en contraste con el PAT, las secuencias de acciones técnicas tienden a ser poco prolijas, desde el formado secundario hasta al acabado.

Un aspecto importante de la implementación de esta estrategia metodológica es que, analíticamente, estas variables deben ser consideradas de forma interrelacionada y deben ser aplicadas considerando siempre la tendencia general de cada unidad de procedencia. Ahora bien, la producción de baja escala o a nivel de hogar, conlleva que algunas características de los conjuntos alfareros, y por tanto de los fragmentos derivados de su quiebre, puede variar de sitio a sitio para la cerámica de un mismo complejo cultural/período. Por esta razón es importante considerar todo el conjunto alfarero, en la medida que los rasgos tecnológicos relacionados a los elementos diagnósticos de menor visibilidad observados en los fragmentos monocromos de un mismo sitio y período suelen registrarse también en fragmentos que poseen rasgos diagnósticos de alta visibilidad del mismo sitio y período, cuando estos no son obliterados por la decoración.

Validación de propuesta metodológica: el caso de conjuntos alfareros de la micro-región de Angostura

Para poner a prueba esta propuesta metodológica, se recurrió a tres líneas de evidencia en los conjuntos alfareros de la microregión de Angostura.

Primeramente, se aplicó esta metodología de clasificación en el único sitio con sectores donde la estratigrafía original no había sufrido alteraciones y los depósitos resultaron alcanzar profundidades mayores. Este es el caso del sitio bi-componente CK21, donde en al menos uno de los pozos de sondeo realizados las capas estratigráficas pudieron ser diferenciadas con claridad y el material cerámico de cada una presentó características disímiles para cada período, a nivel de fragmentería diagnóstica.

En el pozo 41 (80 x 80 cm) se recuperaron un total de 524 fragmentos cerámicos, material que se presentó hasta los 160 cm de profundidad. La fragmentería cerámica y monocroma con rasgos diagnósticos de baja visibilidad clasificada de acuerdo a los criterios establecidos como PIT, no se registró más allá de los 60-70 cm de profundidad (Figuras 11 y 12). Lo contrario sucede con los fragmentos del PAT. Estos también se registran, en bajas frecuencias, en los mismos niveles con cerámica PIT, debido a la natural alteración de los niveles superiores de la ocupación PAT por parte de la ocupación PIT en tiempos prehispánicos, sin embargo, alcanzan sus mayores frecuencias desde los 70 cm hacia abajo. Esta distribución es concordante con la de los fragmentos diagnósticos.

Una segunda línea se trabajó en torno a la observación de la “coherencia” de las proporciones de asignación crono-cultural de los fragmentos con elementos diagnóstico de baja visibilidad en un

determinado sitio con las frecuencias observadas en sitios monocomponentes. Como señaláramos arriba, el material originalmente clasificado como “no diagnóstico” fluctúa entre un 75% y un 92%, proporción que esperábamos que fuera replicada en los conjuntos por nosotros clasificados de acuerdo a la metodología propuesta. En los sitios bicomponentes, cuyo material fue clasificado crono-culturalmente, estas proporciones entre material diagnóstico v/s no diagnóstico se mantienen en sus componentes PAT y PIT, indicándonos por una vía indirecta que la clasificación realizada es mayormente correcta (Tabla 3).

SITIO	COMPONENTE PAT		COMPONENTE PIT	
	DIAG. ALTA VISIBILIDAD	DIAG. BAJA VISIBILIDAD	DIAG. ALTA VISIBILIDAD	DIAG. BAJA VISIBILIDAD
VP2	13.9%	86.1%	11.7%	88.30%
CK12	13.2%	86.8%	12.7%	87.2%
CK21	29.7%	70.3%	33.9%	66.1%

Tabla 3. Ejemplos comparativos de frecuencias de material diagnóstico de alta y baja visibilidad PAT y PIT en sitios bi-componentes (VP2, CK12 y CK21).

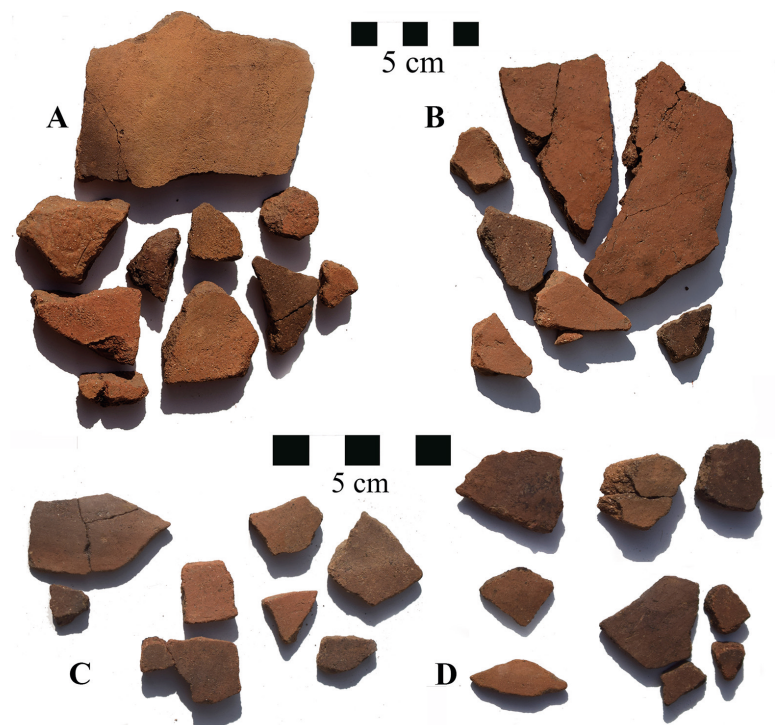


Figura 11. Texturas generales de fragmentos PAT y PIT del sitio CK21: A) Fragmentos de espesor muy grueso PIT, unidad 41 Ampliación, nivel 30-40 cm; B) Fragmentos de espesor grueso PIT, unidad 41 Ampliación B, nivel 50-60 cm; C) Fragmentos de espesor mediano y delgado PAT, unidad 60, nivel 80-90 cm; D) Fragmentos de espesor delgado, mediano y grueso PAT, unidad 60, nivel 70-80 cm.

La tercera vía de “verificación” han sido las dataciones por termoluminiscencia (TL) efectuadas a fragmentos clasificados cronológicamente como PAT o PIT, donde sólo algunas muestras presentan rasgos diagnósticos de alta visibilidad. A la fecha hemos realizado 151 fechados por TL de los sitios de la microrregión de Angostura trabajados, entre 3 y 9 fechados por sitio de acuerdo con su complejidad. Tan solo 16 de ellos (10.6%) no se ajustaron a la expectativa cronológica dada por la clasificación de acuerdo con los parámetros explicitados (Tabla 4).

Sitio	Fecha AC/ DC	sigma	Referencia	Clasificación del fragmento	Periodo segun el fechado	Características
CK10	1330	60	Falabella et al. 2015	PAT	PIT	Alisado mediano, pasta mediana.
CK10	1480	40	Falabella et al. 2015	PAT	PIT	Pulido mediano, pasta fina.
CK10	1260	70	Falabella et al. 2015	PAT	PIT	Alisado grueso, pasta áridos tamaño heterogéneo.
CK11	755	130	Sanhueza et al. 2019	PIT	PAT	Alisado mediano, pasta gruesa.
CK11	1370	60	Falabella et al. 2015	PAT	PIT	Alisado mediano, pasta mediano/gruesa.
CK11	1495	50	Falabella et al. 2015	PAT	PIT	Erosionado mediano, pasta mediana.
CK12	1210	80	Sanhueza et al. 2019	PAT	PIT	Café pulido mediano, pasta fina.
CK14	570	140	Sanhueza et al. 2019	PIT	PAT	Pasta clara, erosionado mediano.
CK14	1115	65	Sanhueza et al. 2019	PIT	PAT	Pasta clara, erosionado grueso.
CK18	875	100	Sanhueza et al. 2019	PIT	PAT	Pasta salmón, alisado mediano (posible Aconcagua Salmón).
CK18	1455	50	Falabella et al. 2015	PAT	PIT	Alisado mediano, pasta mediana.
CK21	1390*	65	Esta publicación	PAT	PIT	Negro pulido mediano, pasta mediano/grueso.
VP1	1530	60	Falabella et al. 2015	PAT	PIT	Borde reforzado.
VP2	1460	45	Falabella et al. 2015	PAT	PIT	Alisado mediano, pasta mediano/gruesa.
VP6	1040	100	Sanhueza et al. 2019	PAT	PIT	Café oscuro pulido, espesor mediano, pasta fina.
VP8	325	180	Sanhueza et al. 2019	PIT	PAT	Café alisado grueso, pasta gruesa.
*1390+-65 d.C., UCTL 38, cerámica, año base 2015						

Tabla 4. Fragmentos diagnósticos de alta y baja visibilidad cuyas dataciones no son coincidentes con su asignación crono-cultural.

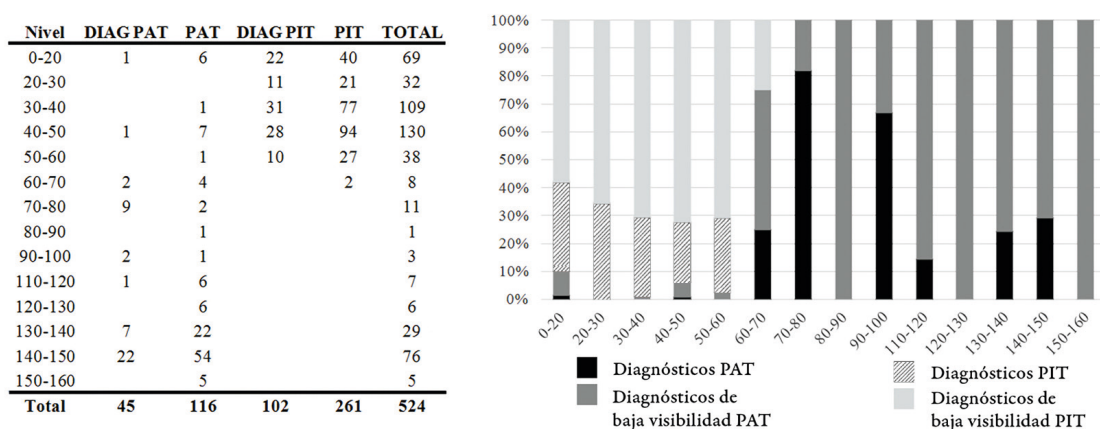


Figura 12. Cantidades y frecuencias de material cerámico diagnóstico de alta y baja visibilidad de ambos períodos alfareros en el pozo 41 del sitio CK21. Caso de estratigrafía inalterada.

Los “errores” de clasificación no se distribuyen homogéneamente en los sitios, concentrándose particularmente en dos de ellos, a saber, CK10 y CK11. Atribuimos esto a la variabilidad intra-período, donde como ya señalamos anteriormente, en una producción a nivel de hogar existe cierta variabilidad, habiendo conjuntos alfareros que se ajustan de mejor forma a los parámetros de clasificación escogido que otros.

Por otro lado, son más frecuentes los fragmentos asignados erróneamente al PAT que al PIT (11 v/s 5 casos). Los casos en que las dataciones no fueron coincidentes con su clasificación pueden deberse a varios factores, que tienen que ver justamente con el hecho de que las diferencias identificadas entre los fragmentos con rasgos diagnósticos de baja visibilidad son más bien tendencias que exclusiones. Así, los conjuntos alfareros PAT incluyen, aunque en baja frecuencia, categorías de vasijas con pastas cuya granulometría de antiplásticos puede ser más gruesa, confundiendo con el material monocromo PIT. Por otra parte, si bien las pastas de color más anaranjado son características del PIT, también hay vasijas PAT que tienen tonalidades de superficie más claras y anaranjadas, aunque en menor frecuencia. Más allá de lo anterior, consideramos que un margen de error general en torno a un 10% es aceptable, y nos indica que las variables y criterios para la clasificación crono-cultural del conjunto alfarero de los sitios son bastante acertados. Contrariamente, trabajar únicamente con el material de rasgos diagnóstico de alta visibilidad, cuyas frecuencias no superan en promedio el 20%, puede conducir a mayores errores, especialmente en sitios menores, con bajas cantidades de material cerámico.

Consideraciones finales

Consideramos que este enfoque metodológico permitió la elaboración de una estrategia para trabajar con casi la totalidad del material cerámico fragmentado de sitios bi y tri-componentes constituyendo un avance importante para el trabajo con los conjuntos alfareros. Las variables que definen los rasgos diagnósticos de baja visibilidad – textura general, trazas y otros rasgos tecnológicos – tienen, de hecho, una tendencia a ser más habituales en uno u otro período, lo que nos permite separar crono-culturalmente ambos momentos alfareros. Esto pudo ser corroborado a partir de

al menos un caso con estratigrafía inalterada (sitio CK21), y apoyado por los datos de fechados por TL y por la regular proporción de diagnósticos de alta v/s baja visibilidad entre sitios mono-componentes y bi-componentes. Si bien es posible esperar cierto margen de error, este parece ser bastante menor, y en el marco de estudios en sitios bicomponentes que requieran discriminar la configuración espacial –extensión y densidad– de sus ocupaciones, la aplicación de estos nuevos criterios metodológicos son un gran avance (Figura 13).

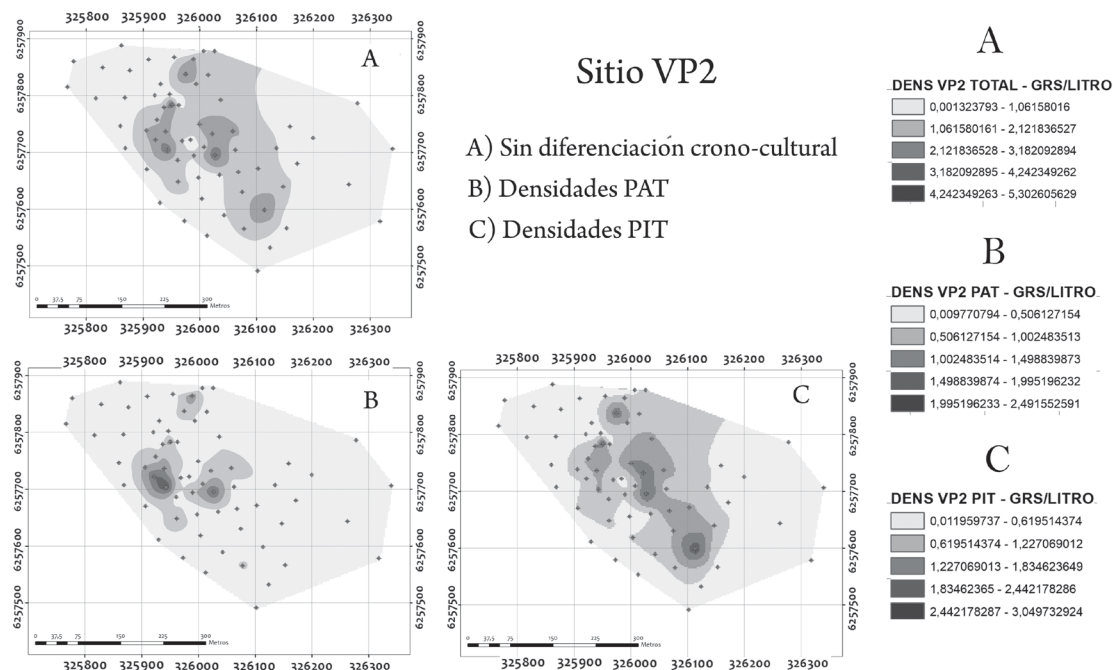


Figura 13. Ejemplo de la aplicación de los nuevos criterios metodológicos para la discriminación de extensión y densidad entre el PAT y el PIT: Mapeos de densidad y distribución del material cerámico en el sitio VP2. Los rombos corresponden a los pozos de sondeo.

Algunos problemas quedan pendientes, como sucede con la separación entre el Período Alfarero Intermedio Tardío y el Período Alfarero Tardío. Esto se debe básicamente a la muy baja frecuencia de fragmentos con elementos de filiación Inca en los sitios. Esto obedece a dinámicas sociales diferentes, donde la presencia incaica, si bien trajo consigo nuevos tipos cerámicos, no implicó mayores cambios en la producción de los conjuntos alfareros domésticos, los que siguen siendo producidos por los grupos locales Aconcagua. Los estudios existentes sobre el tema muestran que se mantienen los mismos tipos cerámicos y las principales categorías de vasijas domésticas Aconcagua, registrándose las manifestaciones decorativas de este complejo cultural durante el PT, pero diversificándose las técnicas decorativas, motivos y sus configuraciones (Dávila 2015). En este sentido, es importante considerar que una propuesta metodológica como esta, anclada en las cadenas operativas, las decisiones de los artesanos y la transmisión de conocimientos, siempre tiene que considerar el sistema de producción de cada conjunto alfarero, el que afectará de distinta manera su capacidad para discernir procesos cronológico-culturales.

Agradecimientos: Esta investigación se llevó a cabo en el marco del proyecto FONDECYT 1160511 y fue inicialmente expuesta en las VII Jornadas Arqueológicas Cuyanas, más específicamente en el simposio “*El rol de la tecnología cerámica desde el análisis de su diversidad (o variabilidad)*”, coordinado por Nuria Sugrañes y Sebastián Carosio, a quienes agradecemos la invitación. El debate en torno al tema fue muy propicio para la gestación de este artículo.

Referencias Citadas

- Baudet, D. 2004. Una revalorización del tipo Aconcagua Pardo Alisado. *Chungara, Revista de Antropología Chilena*, 36, Suplemento Especial 2:711-722.
- Calvo, M. y J. García Roselló. 2014. Acción técnica, interacción social y práctica cotidiana: propuesta interpretativa de la tecnología. *Trabajos de prehistoria* 71(1):7-22.
- Cornejo, L., F. Falabella, L. Sanhueza e I. Correa. 2012. Patrón de asentamiento durante el período alfarero en la cuenca de Santiago, Chile Central. Una mirada a la escala local. *Revista Intersecciones en Antropología* 13:449-460.
- Correa, I. 2009. *Los complejos alfareros Llolleo y Pitruén. Un estudio comparativo a partir de piezas cerámicas completas*. Memoria para optar al título de arqueóloga. Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Santiago.
- Dávila, C. 2015. Poblaciones locales del período Tardío en el curso superior del valle de Aconcagua, una aproximación desde la cerámica de los contextos domésticos. *Actas del XIX Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, pp:481-488. Andros Impresores, Santiago.
- De La Fuente, G. 2011. *Chaine opératoire*, technical gestures and pottery production at southern Andes during the late period (c. ad 900 – ad 1450) (Catamarca, northwestern Argentina, argentina). En *Archaeological Ceramics: A Review of Current Research*, editado por S. Scarcella, pp.89-102. BAR International Series 2193.
- Dietler, M. e I. Herbich. 1998. Habitus, techniques, style: an integrated approach to the social understanding of material culture and boundaries. En *Archaeology of social boundaries*, editado por M. Stark, pp.232-263. Smithsonian Institution Press, Washington.
- Dobres, M. A. 2000. *Technology and social agency*. Blackwell Publishers. Massachusetts.
- Durán, E. y M. Massone. 1979. Hacia una definición del complejo cultural Aconcagua y sus tipos cerámicos. *Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile*, pp. 243-245. Editorial Kultrún, Santiago.
- Durán, E., M. Massone y C. Massone. 1991. La decoración Aconcagua: Algunas consideraciones sobre su estilo y significado. *Actas del XI Congreso de Arqueología Chilena*, Tomo 1, pp. 61-87.
- Falabella, F. 2000. El Estudio de la cerámica Aconcagua en Chile Central: una evaluación metodológica. *Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena / Contribución Arqueológica* 5, Tomo I, pp.427-458.
- Falabella, F., L. Cornejo, I. Correa y L. Sanhueza. 2014. Organización espacial durante el Período Alfarero Temprano en Chile Central: Un estudio a nivel de la localidad. En *Distribución espacial en sociedades no aldeanas: del registro arqueológico a la interpretación social*. Editado por F. Falabella, L. Cornejo, L. Sanhueza e I. Correa, pp. 51-88. Serie Monográfica Sociedad Chilena de Arqueología N°4, Santiago.
- Falabella, F., A. Deza, A. Román y E. Almendras. 1993. Alfarería Llolleo. Un enfoque funcional. *Boletín Museo Regional de la Araucanía* 4 (II): 327-354.
- Falabella F., D. Pavlovic, M.T. Planella y L. Sanhueza. 2016. Diversidad y heterogeneidad cultural

- y social en Chile central durante los períodos Alfarero Temprano e Intermedio Tardío. En *Prehistoria en Chile. Desde sus primeros habitantes hasta los Incas*. Editado por Falabella F., C. Aldunate, J. Hidalgo, L. Sanhueza y M. Uribe, pp. 365-399. Editorial Universitaria, Santiago.
- Falabella, F y M. T. Planella. 1980. Secuencia cronológico-cultural para el sector de desembocadura del río Maipo. *Revista Chilena de Antropología* 3: 87-107.
- Falabella, F y M. T. Planella. 1988-1989. Alfarería temprana en Chile Central: un modelo de interpretación. *Paleoetnológica* 5:41-64.
- Falabella, F y L. Sanhueza. 2005-2006. Interpretaciones sobre la organización social de los grupos alfareros tempranos de Chile Central: Alcances y perspectivas. *Revista Chilena de Antropología* 18: 105-33.
- Gandon, E. 2014. To what extent do traditional motor skills reveal a cultural model? Field experiments with expert French and Indian potters. *Annales de la Fondation Fyssen* 29:47-68.
- Gosselain, O. P. 1998. Social and technical identity in a clay crystal ball. En *The archaeology of social boundaries*, editado por M. T. Stark, pp. 78-106. Smithsonian Institution Press, Washington.
- Lemonnier, P. 1992. *Elements for an anthropology of technology*. Anthropological Papers N° 88, Museum of Anthropology, University of Michigan. Ann Arbor, Michigan
- Leroi-Gourhan, A. 1964. *Le Geste et la Parole. Tome I: Technique et langage*. Paris, Albin Michel.
- Leroi-Gourhan, A. 1965. *Le geste et la Parole. Tome II: La mémoire et les rythmes*. Paris, Albin Michel.
- Lepère, C. 2014. Experimental and traceological approach for a technical interpretation of ceramic polished surfaces. *Journal of Archaeological Science* 46:144-155.
- Massone, M. 1978. *Los Tipos Cerámicos del Complejo Aconcagua*. Tesis de Licenciatura en Arqueología y Prehistoria, Departamento de Antropología, Universidad de Chile, Santiago.
- Mauss, M. 1934. Les techniques du corps. *Journal de Psychologie* XXXII:3-4.
- Orton, C., P. Tyers y A. Vince. 1997. *La cerámica en Arqueología*. Editorial Crítica, Barcelona.
- Planella, M. T. y F. Falabella. 1987. Nuevas perspectivas en torno al Período Alfarero Temprano en Chile Central. *Clava* 3:43-110.
- Rice, P. M. 1987. *Pottery Analysis: A Sourcebook*. Chicago, University of Chicago Press.
- Roux, V. 2016. *Ceramic manufacture: the chaîne opératoire approach*. En *Oxford Handbook of Archaeological Ceramic Analysis*, editado por A. Hunt, pp. 101-113, Oxford University Press, Oxford.
- Roux, V. 2019. *Ceramics and Society. A Technological Approach to Archaeological Assemblages*. Springer Nature Switzerland AG. <https://doi.org/10.1007/978-3-030-03973-8>
- Sánchez, R. y M. Massone. 1995. *Cultura Aconcagua*. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Santiago.
- Sanhueza, L. 1998. Antecedentes y proposición metodológica para el estudio de huellas de alteración en cerámica. *Conserva* 2:69-79.
- Sanhueza, L. 2004. *Estilos tecnológicos e identidades sociales durante el Período Alfarero Temprano en Chile Central: Una mirada desde la alfarería*, Tesis para optar al grado de Magíster en Arqueología, Departamento de Antropología, Universidad de Chile, Santiago.
- Sanhueza, L. 2016. *Comunidades Prehispanas de Chile Central. Organización Social e Ideología (0-1200 d.C.)*. Editorial Universitaria, Santiago de Chile.
- Sanhueza, L., F. Ardiles, C. Miranda, I. Correa, F. Falabella y L. Cornejo. 2019. Ni muy lejos ni muy cerca: Patrón de asentamiento de los periodos alfareros en la microrregión de Angostura, Chile central. *Latin American Antiquity* 30(3):569-586.
- Sanhueza, L., M. Vásquez y F. Falabella. 2003. Las sociedades alfareras tempranas de la cuenca de Santiago. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 35(1):23-50
- Shepard, A. 1956. *Ceramics for the archaeologist*. Washington D.C.: Carnegie Institution of Washington.
- Uribe, M. 2004. *Alfarería, Arqueología y Metodología: Aportes y Proyecciones de los estudios cerámicos en el*

Norte Grande. Tesis Presentada para obtener el grado de Magíster en Arqueología. Universidad de Chile, Departamento de Antropología, Santiago.

Ocupación humana del bosque caducifolio de Aisén durante el Holoceno medio: nuevos datos de la localidad de Altos del Moro (río Cisnes)

César Méndez¹, Amalia Nuevo-Delaunay¹, Omar Reyes², Juan Bautista Belardi³, Bárbara Thompson⁴, Javier Carranza⁵.

Resumen

Se presentan los resultados de una intervención arqueológica realizada en uno de los sitios de la localidad Altos del Moro del bosque caducifolio en el curso medio del río Cisnes. La ocupación fechada en 5660-5840 cal. a.p. viene a corroborar la antigüedad conocida para la presencia humana de este tipo de ambiente y es novedosa en tanto corresponde a un sitio a cielo abierto.

Palabras clave: sitios a cielo abierto, bosque, Patagonia Centro Oeste, Holoceno medio.

Abstract

We present the results of an archaeological intervention conducted at one of the sites of the Altos del Moro locality in the woodlands of the middle Cisnes river. The occupation dated at 5660-5840 cal. b.p. corroborates the known antiquity for the human presence in this type of environment and is novel given that it corresponds to an open-air site.

Keywords: open-air sites, woodlands, Central Western Patagonia, middle Holocene.

En 2005 iniciamos un programa de investigación arqueológica sistemática a lo largo del río Cisnes (~44°S), entendiéndolo como uno de los mejores candidatos para estudiar un corredor este-oeste que atravesara los Andes de Patagonia Central. Por sí solo, en ca. 140 km, recorre una diversidad fitogeográfica que permite evaluar comparativamente la selección de ambientes, su diferencial incorporación a través del tiempo y la direccionalidad del poblamiento de los cazadores recolectores a nivel local (Reyes et al. 2009). La información a la fecha sugiere que hace ca. 6000 años atrás se inició la ocupación de los ambientes boscosos en la cuenca de Cisnes y en la Región de Aisén (Méndez et al. 2016a). Sin embargo, la inmensa mayoría del registro radiocarbónico estratificado en esta cuenca proviene de sitios bajo reparo rocoso, ya que los registros a cielo abierto se concentran en los últimos 1500 años (Méndez et al. 2016b). Sólo el sitio Altos del Moro 2

1 Centro de Investigación en Ecosistemas de la Patagonia. cesar.mendez@ciep.cl; amalia.nuevo@ciep.cl

2 Centro de Estudios del Hombre Austral, Instituto de la Patagonia, Universidad de Magallanes. omarreyesbaez@gmail.com

3 Universidad Nacional de la Patagonia Austral e Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas. juanbautistabelardi@gmail.com

4 Investigadora independiente. barbara.thompson@ug.uchile.cl

5 Proyecto FONDECYT 1180306. javier.carranza.elola@gmail.com

(CIS079), en el margen oriental del bosque caducifolio, correspondía a un sitio a cielo abierto con una ocupación fechada en 1750-1930 cal. a.p. (Thompson y Méndez 2019). Este antecedente, llevó a intensificar las exploraciones en la confluencia del río El Moro y el río Cisnes. En este trabajo se presenta información arqueológica recuperada de Altos del Moro 1 (CIS081, WGS84, 71°49'16"W; 44°40'12"S, 532 msnm), un sitio a cielo abierto cuya fecha es comparable con las edades de los sitios más antiguos de los bosques de la región (Figura 1).



Figura 1: Emplazamiento del sitio Altos del Moro 1 y otros sitios mencionado en este trabajo.

Antecedentes

El valle del río Cisnes se inicia en la estepa de altura y recorre espacios de ecotono bosque estepa, bosques caducifolios y siempreverdes, para desembocar finalmente en los canales marinos del Pacífico. Debido a erosión localizada, cuatro sitios fueron registrados al noreste (CIS038 y CIS080) y al suroeste (CIS079 y CIS081) del estero El Moro, afluente del río Cisnes en su curso medio. El material lítico superficial en las áreas de deflación y la distancia entre CIS079 y CIS081 -190 m- sugería una potencial continuidad entre ambos sectores expuestos. Un muestreo de seis barrenos a intervalos regulares entre ambos sitios permite sugerir, preliminarmente, que no existiría continuidad entre ellos.

Altos del Moro 1 (CIS081, Figura 2) fue registrado gracias a la erosión lateral producto del eje vial principal que articula el valle (X-25). El entorno físico corresponde a un sector montañoso subandino donde se desarrolla un ambiente de bosque caducifolio con precipitaciones anuales entre 850 y 1500 mm (Quintanilla 1983). La vegetación se conforma principalmente por especies como el ñirre (*Nothofagus antartica*), la lenga (*Nothofagus pumilio*) y el calafate (*Berberis buxifolia*) (Luebert y

Plischoff 2006). Los registros paleoambientales locales indican que el bosque se instaló ca. 13000 años atrás en esta zona (De Porras et al. 2014).



Figura 2: Imágenes de Altos del Moro 1. A. excavación unidades A1 y B1, B. detalle posición estratigráfica raspador frontal. C. vista general.

Material y método

En el sector erosionado se registró escaso material lítico en superficie. Éste se dispone sobre un plano levemente inclinado, por lo que la integridad y resolución del contexto es baja. Para evaluar su expresión estratigráfica y asociaciones se realizó una excavación de 1 m² (50 x 200 cm) en un perfil expuesto donde restos de carbón y un raspador (Figura 2b) indicaban la ocurrencia de material en estratigrafía. Se registraron los materiales en planta a partir de niveles arbitrarios de 5 cm por medio de decapado (Figura 3). Se tamizó la totalidad de los sedimentos en una malla de 2 mm. Dada la textura arenosa friable se considera posible la migración vertical de los materiales, con efectos

potenciales sobre las asociaciones estratigráficas. Al finalizar, se realizó una calicata de 50 x 50 cm en unidad B1 para verificar la existencia de eventuales depósitos profundos. El material arqueológico recolectado, tanto en superficie, como en estratigrafía, se compone de un total de 85 piezas.

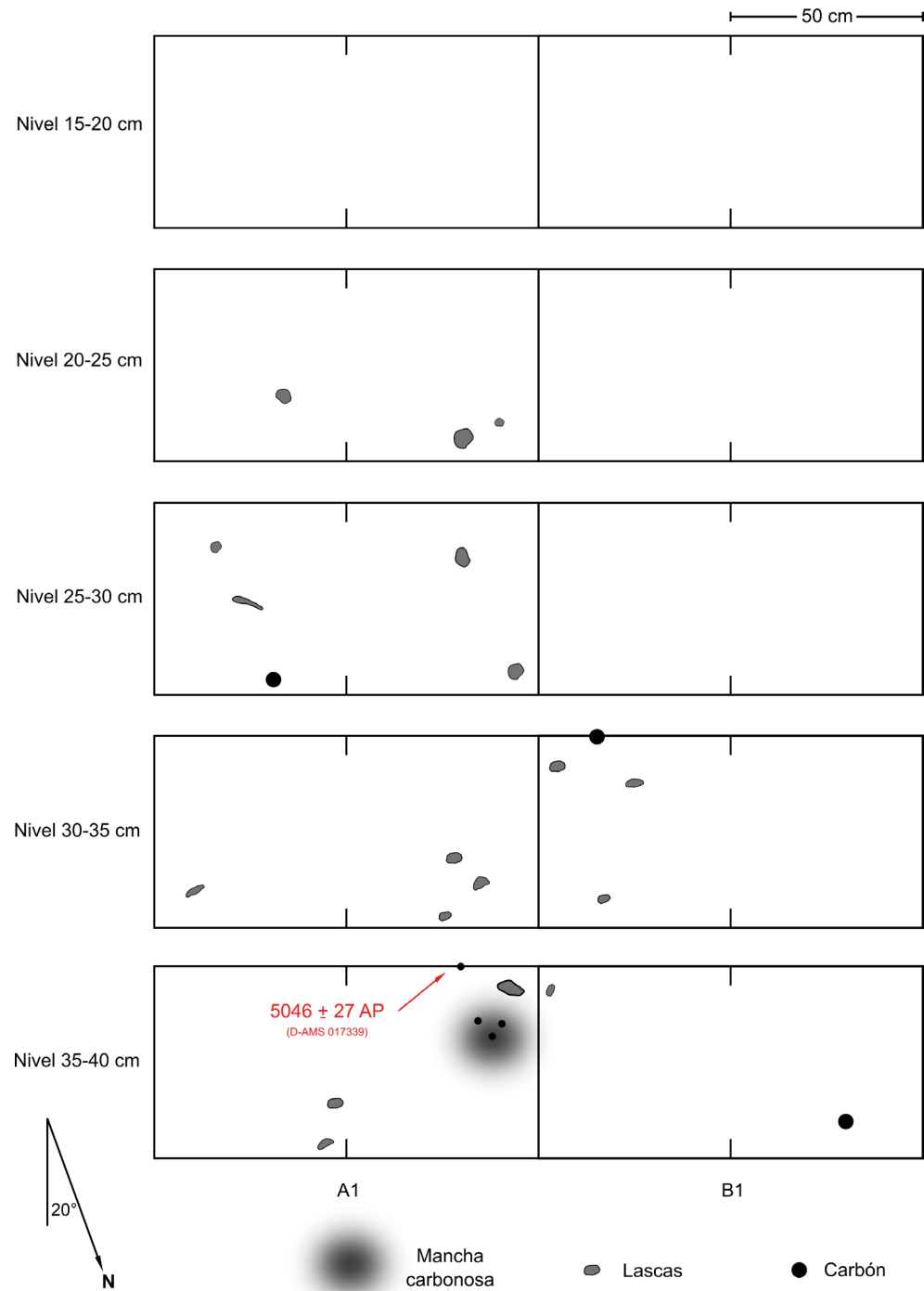


Figura 3: Dibujos de planta (entre 15-40 cm) de unidades A1 y B1 de Altos del Moro 1.

Resultados

Estratigrafía

La excavación de las unidades A1 y B1 muestra la siguiente sucesión estratigráfica: Una unidad estratigráfica (UE) superior de arena café clara, friable, con escaso contenido de materia orgánica y raicillas (Figura 4). Su contacto inferior es semi difuso. Yace sobre una segunda UE de arena café muy oscura, con abundante contenido orgánico y raíces. Ésta corresponde al horizonte A, enterrado por movilización (reciente) de arena correspondiente a UE1. Suprayace con un contacto neto sobre una UE de arena café clara, semicompacta, que grada de menor a mayor tamaño de partículas de forma continua de techo a base. Incluye muy poco contenido orgánico y se hace muy friable cuando se seca. Se interpreta como el material parental (horizonte C). La tercera UE presenta raíces y espículas de carbón dispersas a lo largo de toda la unidad. Ésta concentra el material arqueológico entre los niveles artificiales de 15 a 40 cm. La gran mayoría de los materiales del sitio corresponde a líticos (N=77), habiéndose registrado escasos fragmentos óseos pequeños (N=8) entre los 5 y 20 cm excavados.

Una fecha radiocarbónica de 5046 ± 27 a.p. (D-AMS 017339, carbón) de una concentración de carbón de la base excavada en la unidad A1 provee una edad 5660–5749 cal. a.p. ($p = 0.853$) y 5830–5844 cal. a.p. ($p = 0.125$) calibrada a 2 sigmas con el programa CALIB 7.4 y la curva SHCal13 (Stuiver et al. 2018, Hogg et al. 2013).

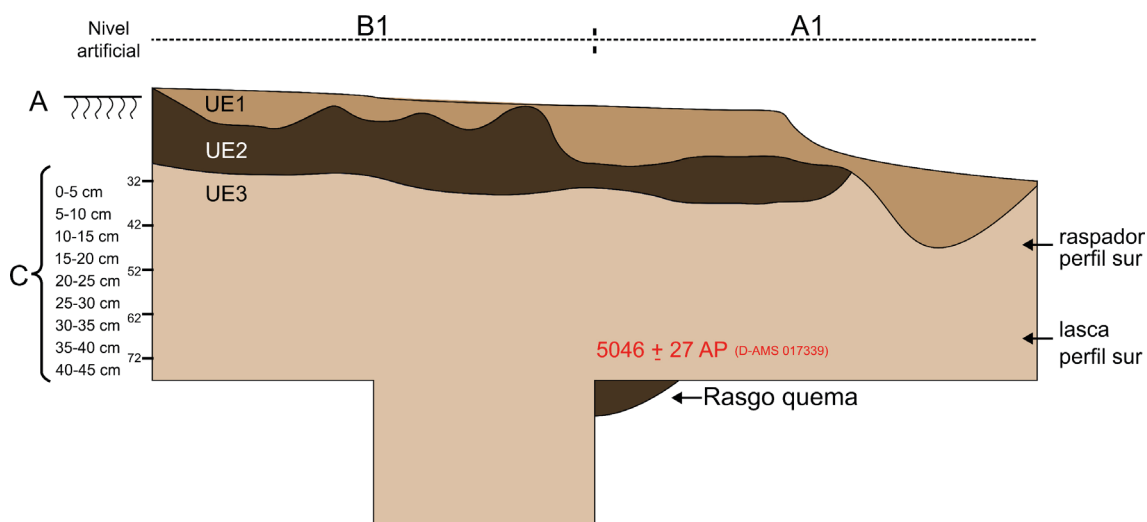


Figura 4: Perfil estratigráfico de unidades A1 y B1 de Altos del Moro 1.

Material lítico

Un 77% de las piezas del conjunto lítico corresponde a extracciones sin retoque (N=59): 15 derivados de núcleo, cuatro láminas, 24 desechos de talla, tres desechos de desbaste bifacial, 12 desechos de retoque y una lasca con indicios macroscópicos de uso. Entre las piezas retocadas, cuatro corresponden a lascas con retoque marginal y dos son raspadores formales, incluyendo uno terminal

sobre hoja de limolita (Figura 5). El resto de los instrumentos corresponden a masas centrales clasificadas como un tajador, un cepillo y cuatro núcleos manufacturados con el método de talla de plataforma preferencial. Completan el conjunto 6 clastos naturales.

Respecto a las materias primas, un 44,2% del conjunto corresponde a limolita de buena calidad para la talla y un 20,8% a toba de calidad regular. También se registran siete piezas de calcedonia de colores gris y roja y dos piezas de obsidiana, entre otras materias primas representadas con menor frecuencia. Una muestra de obsidiana de este sitio proviene de la fuente Angostura Blanca localizada en Piedra Parada, Chubut, Argentina (Méndez et al. 2018).

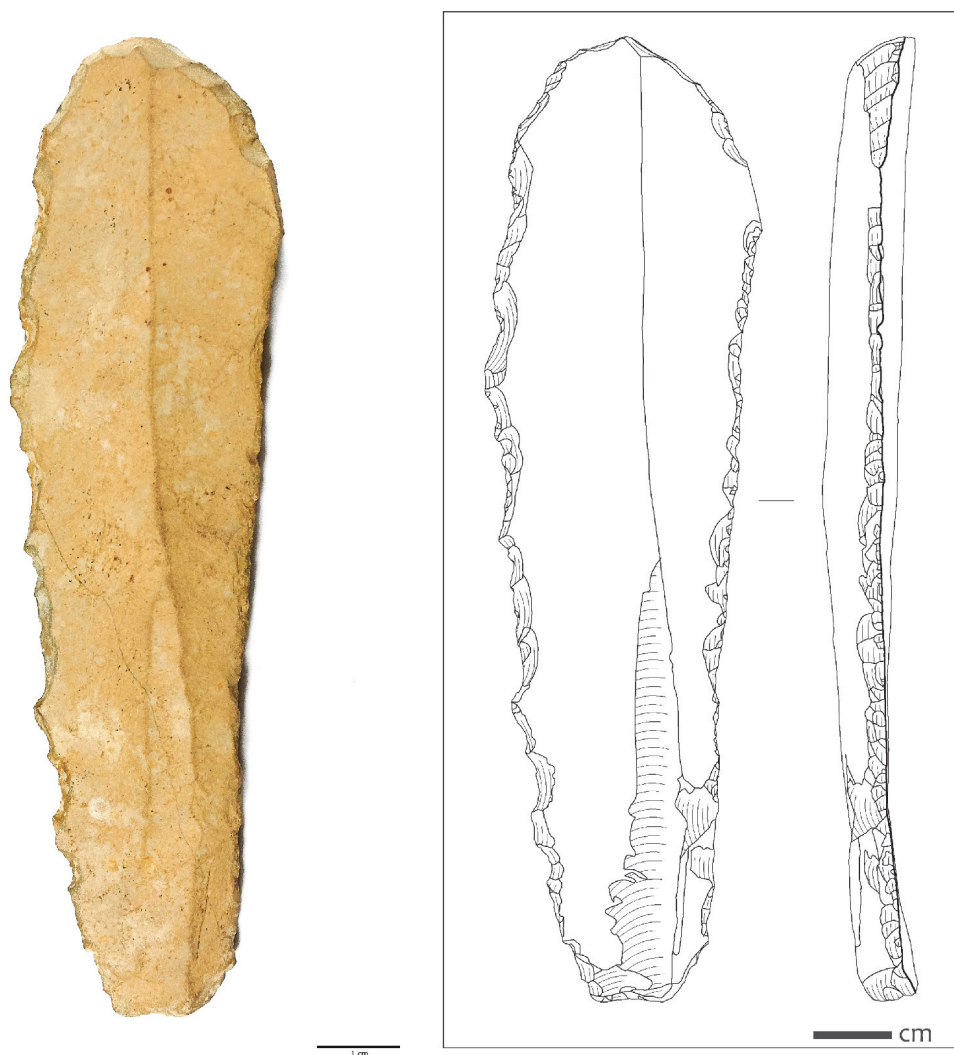


Figura 5: Raspador terminal sobre lámina, superficial.

Discusión y comentarios

Si bien la ocupación del valle de Cisnes se remota a 11500 años atrás en las áreas de estepa, la incorporación del bosque deciduo ocurrió al menos 5500 años después (Reyes et al. 2009, Méndez y Reyes 2008). Los trabajos en Alero las Quemadas (5,8 km al noroeste de Altos del Moro) sugieren una primera presencia humana en el bosque hace 6000 años atrás y una mayor redundancia ocupacional entre 2400 y 2950 años cal. a.p. (Méndez et al. 2016a). Los datos recabados en la localidad a cielo abierto de Altos del Moro, si bien no son estrictamente sincrónicos, complementan e incorporan variabilidad al panorama a escala de la cuenca y de la región, ya que los sitios estudiados en el bosque de Aisén habían sido principalmente reparos rocosos (p.e. Fuentes-Mucherl et al. 2012; Mena 1992; Méndez y Reyes 2008). Incorporar este tipo de contextos permite evaluar comparativamente los niveles de visibilidad asociados a los pisos fitogeográficos (Méndez y Reyes 2015). Los resultados en Altos del Moro indican la necesidad de implementar estrategias que permitan identificar la variabilidad del registro arqueológico en este bioma, por ejemplo, valiéndose de áreas que han sido expuestas por erosión (Charlin et al. 2011).

A nivel del conjunto, en Altos del Moro 1 se registraron principalmente piezas líticas en materias primas locales. No obstante, los resultados geoquímicos de muestras de obsidiana de este sitio y de Altos del Moro 2, indican una procedencia de la fuente de Piedra Parada, sugiriendo redes de conectividad suprarregionales (Méndez et al. 2018). En cuanto a las rocas locales, destaca su presencia en forma de núcleos, tanto en este sitio, en el mencionado sitio vecino (Thompson y Méndez 2019). Su ausencia en Alero las Quemadas sugiere que las etapas de reducción iniciales ocurrieron en otras localidades que operaron articuladamente (Méndez et al. 2016a; Thompson y Méndez 2019). Igualmente, los análisis funcionales en Alero las Quemadas indicaron el trabajo de raspado sobre madera y otras sustancias duras (Méndez et al. 2016a). Los instrumentos identificados en Altos del Moro 1 corresponden a masas centrales talladas por el método de plataforma preferencial, morfo-funcionalmente atribuidos a cepillos, apoyando la idea que en estos sitios se aprovechó el recurso de maderas al interior boscoso de la cuenca del Cisnes.

Los resultados aquí presentados, junto con otros de bosques de Patagonia al sur de los 44° S apoyan la idea que este bioma presenta una menor frecuencia de registro arqueológico, y como tal corresponde a sectores marginalmente ocupados desde las estepas al este (e.g., Belardi y Carballo Marina 2017; Charlin et al. 2011; Borrero 2004; Garvey y Mena 2016). En términos temporales, si bien la ocupación de los márgenes de bosques de Patagonia Centro-Sur posee antecedentes hasta el Holoceno temprano, la ocupación del interior de éste también aparece como un fenómeno más reciente, lo cual es patente en la distribución de edades del río Cisnes (Méndez et al. 2016b). En este sentido, dimensionar la ocupación de los bosques es muy relevante en tanto permite complementar el entendimiento de las actividades anuales y estacionales de los grupos humanos de Patagonia occidental y desentrañar la intensidad diferencial en la ocupación de los ambientes.

Agradecimientos: financiamiento ANID-FONDECYT #1210042 y Programa Regional CONICYT R17A10002.

Referencias citadas

- Belardi, J.B. y F. Carballo Marina. 2017. La señal arqueológica en el interior del bosque en la margen sur del lago San Martín (provincia de Santa Cruz). *Comechingonia. Revista de Arqueología* 18 (2):181-202.
- Borrero, L.A. 2004. The archaeozoology of the Andean 'Dead Ends' in Patagonia: Living near the continental ice cap. En: *Colonisation, migration, and marginal areas: a zooarchaeological approach*, editado por M. Mondini, S. Muñoz y S. Wickler, pp. 55-61. Oxbow Books, Havertown.
- Charlin, J., L.A. Borrero y M.C. Pallo. 2011. Ocupaciones Humanas en el Área Noroccidental del Río Gallegos (Prov. de Santa Cruz, Argentina). En: *Bosques, montañas y cazadores: investigaciones arqueológicas en Patagonia Meridional*, editado por L.A. Borrero y K. Borrazzo, pp. 179-210. CONICET-IMHICIHU, Buenos Aires.
- de Porras, M.E., A. Maldonado, F.A. Quintana, J.A. Martel-Cea, O. Reyes y C. Méndez. 2014. Environmental and climatic changes at Central Chilean Patagonia since Late Glacial (Mallín El Embudo, 44°S). *Climate of the Past* 10: 1063-1078.
- Fuentes-Mucherl, F., F. Mena, J. Blanco y C. Contretras. 2012. Excavaciones en Alero Gianella, curso medio del valle de Chacabuco (Andes Centro Patagónicos) *Magallania* 40(2):259-265.
- Garvey, R. y F. Mena. 2016. Confronting complexities of artifact-geofact debates: Re-analysis of a coarse volcanic rock assemblage from Chilean Patagonia. *Lithic Technology* 41(2): 114-129.
- Hogg, A.G., Q. Hua, P.G. Blackwell, M. Niu, C.E. Buck, T.P. Guilderson, T.J. Heaton, J.G. Palmer, P.J. Reimer, R.W. Reimer, C.S.M. Turney y S.R.H. Zimmerman. 2013. SHCal13 Southern Hemisphere calibration, 0-50,000 years cal BP. *Radiocarbon* 55(4):1889-1903.
- Luebert, F y P. Plischoff. 2006. *Sinopsis bioclimática y vegetal de Chile*. Editorial Universitaria, Santiago.
- Mena, F. 1992. Mandíbulas y maxilares: un primer acercamiento a los conjuntos arqueofaunísticos del alero Fontana (RI-22; XI Región). *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural* 43:179-191.
- Méndez, C. y O. Reyes. 2008. Late Holocene human occupation of the Patagonian forests: a case study in the Cisnes river basin. *Antiquity* 82 (317):560-570.
- Méndez, C. y O. Reyes. 2015. Archaeology near the southern Ice-End. Current advances in human interdisciplinary research at Central Western Patagonia. *SAA Archaeological Record* 15(3):21-26.
- Méndez, C. y O. Reyes, A. Nuevo Delaunay, H. Velásquez, V. Trejo, N. Hormazábal, M. Solari, and C.R. Stern. 2016a. Las Quemas rockshelter: understanding human occupations of Andean forests of Central Patagonia (Aisén, Chile), Southern South America. *Latin American Antiquity* 27(02):207-226.
- Méndez, C., M.E. de Porras, A. Maldonado, O. Reyes, A. Nuevo Delaunay, and J.-L. García. 2016b. Human effects in Holocene fire dynamics of Central Western Patagonia (~44° S, Chile). *Frontiers in Ecology and Evolution* 4:100.
- Méndez, C., C.R. Stern, A. Nuevo Delaunay, O. Reyes, F. Gutiérrez y F. Mena. 2018. Spatial and temporal distributions of exotic and local obsidians in Central Western Patagonia, southernmost South America. *Quaternary International* 468:155-168.
- Quintanilla, V. 1983. *Biogeografía. Geografía de Chile*. Instituto Geográfico Militar, Santiago
- Reyes, O., C. Méndez, A. Maldonado, H. Velásquez, V. Trejo, M. Cárdenas y A.M. Abarzúa. 2009. Uso del espacio de cazadores recolectores y paleoambiente Holoceno en el valle del río Cisnes, región de Aisén, Chile. *Magallania* 37 (2):91-107.

- Stuiver, M., P.J. Reimer y R.W. Reimer. 2018. CALIB 7.4 [WWW program] <http://calib.org> (19 agosto 2019).
- Thompson, B. y C. Méndez. 2019. Altos del Moro 2: una ocupación a cielo abierto ca. 2000 años cal A.P. en los bosques occidentales de Patagonia Central. Actas del VII Congreso Nacional de Arqueología Chilena, pp. 249–260. Editorial Universidad de Concepción, Concepción.

TRIBUNA

Apuntes sobre historia de la arqueología en Chile, 1880-2020.

Simón Urbina A.¹

Resumen

La urgente necesidad de recordar y pensar el pasado de nuestra disciplina supone ordenar los hechos, las ideas y restituir personajes que han participado en ella, también evaluar cómo hemos llegado hasta aquí, cuánto de las orientaciones teóricas heredadas y reprimidas influyen en nuestro actual desempeño y cómo es percibida nuestra comunidad profesional. Desde la historia heroica y unitaria de la arqueología prehistórica chilena, muy vigente hoy, a la relevancia de los grupos corporativos actuales que proponen y desarrollan distintas “otras” arqueologías, el tanteo de territorios próximos a las humanidades y el arte, así como preguntas por nuestro papel en la sociedad, son cuestiones que enunciamos y comentamos en esta serie de apuntes sobre arqueología en Chile.

Palabras clave: *historia, arqueología chilena, grupos corporativos, futuro.*

Abstract

The pressing need to remember and think about the past of our discipline entails sorting out the facts, the ideas, and restoring individuals who have participated in it, as well as evaluating how we got here, how much of the inherited and suppressed theoretical orientations influence our current performance and how our professional community is perceived. From the heroic and unitary history of Chilean prehistoric archaeology, very much in force today, to the relevance of the current corporate groups that propose and develop different “other” archaeologies, the exploration of territories close to the humanities and art, as well as questions about our role in society, are issues that we enunciate and comment on in this series of notes on archaeology in Chile.

Keywords: *history, chilean archaeology, corporate groups, future.*

El camino

De acuerdo con la historia de la disciplina, la arqueología en Chile cuenta con reconocimiento académico hace no más de 50 años (Castro 1997; Cornejo 1997; Orellana 1982, 1996, 2000). La docencia fue inaugurada por Ricardo Latcham en 1936, sin embargo, sólo en 1963 se impartió una cátedra de arqueología dentro de la carrera de Historia en la Universidad de Chile y a partir de 1969 se formalizó, en la misma casa de estudios, la Licenciatura de Filosofía con mención en Arqueología y Prehistoria.

1 Escuela de Arqueología, Universidad Austral de Chile, Puerto Montt-Chile. simon.urbina@uach.cl

La Universidad del Norte, sede Antofagasta, formó profesionales entre 1972 y la década de 1980 (Ballester 2016a; Ballester *et al.* 2014; Cruz y Llagostera 2011),² mientras que la Universidad de Concepción,³ donde se impartieron los primeros cursos en 1965, no tuvo egresados de arqueología; ambas fueron cerradas después del Golpe de Estado de 1973 (Castro 1997, Garbulsky 2000). Lautaro Núñez resume bien la relevancia teórica de Concepción al señalar que bajo el liderazgo de Zulema Seguel y con la regular asistencia de Julio Montané,

“Luis Lumbreras y Edgardo Garbulsky, entre otros, (se fue) configurando una plataforma sólida para la difusión del materialismo histórico. Entre los años 1968 y 1972 la “Escuela de Concepción” se constituyó en un referente obligado donde los marcos teóricos materialistas refrescaron la monotonía descriptiva de la arqueología y antropología chilena” (Núñez 2014:537).

Junto con los logros científicos alcanzados por la arqueología chilena antes del golpe de la centro-derecha chilena, heredamos lo que podríamos llamar la “brújula de Montané”, una frase muy citada y recordada que hasta hoy resuena en nuestro medio: “*El futuro de la arqueología no es otro que el futuro de los chilenos. En la medida que el pueblo de Chile forje su camino, la arqueología también sabrá ir encontrando el suyo*” (Montané 1972a:2). Julio Cesar Montané planteó la urgencia de discutir una “Política Arqueológica Nacional” muy acorde con lo que Mario Góngora (2011:288-291) llamó segunda fase (post-1970) de la *época de las planificaciones globales* (1964-1980) para la historia chilena.

La política que imaginaba Montané debía contemplar programas regionales y comunales planificados que permitieran incentivar la investigación, articular instituciones museológicas con el trabajo científico de los equipos en las distintas zonas del país, dotando la práctica arqueológica de coherencia territorial, recursos permanentes y una orientación prioritaria hacia la educación de la sociedad civil y la construcción de conocimiento para mejorar las condiciones de vida de los chilenos y chilenas. Estos lineamientos son en parte coincidentes con la emergencia de ideologías descentralizadoras y una combinación del pensamiento ecológico y desarrollista que primó en la Mesa Redonda de Santiago de 1972 celebrado en el edificio de la UNCTAD III, donde se analizó y proyectó el rol de los museos en el mundo occidental y donde fue gravitante la participación de la arqueóloga Grete Mostny (1972, 1973).

De eso (la brújula y los programas), además de las citas, nada o casi nada hay hasta hoy. A pesar de la elocuencia, hoy no sabemos si forjaremos el camino, si hemos encontrado uno o varios simplemente por inercia, ¿quizás nos han conducido? Hoy por reconfortante y prometedora que suene leer y citar a Montané, la brújula que nos dejó no tiene un mapa, como si le entregó a Sonora y su gente (Montané 1993).

Los caminos de la arqueología en el siglo XXI indicados por Cornejo (1997:15), como la creación de centros regionales, el sistema nacional de publicaciones, el incremento de la cooperación con colegas de Perú, Bolivia y Argentina y una mayor reflexión teórica; aún más, desarrollar de forma sistemática nuestra relación con la sociedad civil y definir cuál es nuestro aporte a la sociedad actual; todos, son objetivos que se hallan pendientes, poco abordados, silenciados.

2 Agradezco a Benjamín Ballester por esta información y referencias.

3 La trascendencia de la arqueología en la Universidad de Concepción merecería un estudio en sí mismo, que debieran considerar las contribuciones de la hoy escasa y poco conocida revista *Rehue* cuyo primer número apareció en 1967 (Garbulsky 2000:204-205).

En perspectiva, entre 1960 y 1980, la arqueología chilena vivió también un proceso contradictorio de activismo y diáspora de promisorios representantes. Críticos a la filosofía positivista –de la arqueología procesual y de la ecología-cultural– en las ciencias históricas, sociales y económicas, fueron depuestos de sus cargos universitarios y obligados al exilio luego del golpe de estado de 1973. Entre ellos, Luis Felipe Bate y el ya mencionado Julio Montané se radicaron en México donde formaron parte de la Reunión de Teotihuacán (1975) y el Grupo de Oaxtepec (1983), epicentros de la reflexión y propuestas programáticas de la Arqueología Social Latinoamericana (Lorenzo *et al.* 1976). La relevancia de este “grupo” no radica exclusivamente en el programa radical de arqueología propuesto, sino también en la lectura de la historia de Latinoamérica desde el período de “dominación colonial” hasta el “surgimiento de los movimientos de liberación nacional” (1950-1970) que cuestionaba ¿para qué y para quién se realiza investigación y la formación de nuevos profesionales? ¿cuál es la utilidad social de la disciplina? ¿debemos pensar en una arqueología latinoamericana?, etc.

Fue tanto el contexto político latinoamericano entre 1960-1980, la lectura combinada de los textos esenciales de Gordon Childe y Marta Harnecker (McGuire 2002:67-68), como su formación y militancia en el Partido Comunista peruano, lo que permitió a Lumbreras escribir *La Arqueología como Ciencia Social* (1974), dando cuenta una vez más que la inspiración teórica en nuestra disciplina no proviene exclusivamente de la propia teoría arqueológica.

Cada vez con mayor frecuencia en la última década (Carrión *et al.* 2015; Sepúlveda 2011; Sierralta 2020; Tantaleán y Aguilar 2012), la Arqueología Social Latinoamericana y sus derroteros vuelven a ser recordados en el contexto de la reflexión sobre la historia de la arqueología chilena y de la historicidad del conocimiento que genera nuestra disciplina ¿por qué no antes? ¿debido al desuso? Antes de 1990 existía un riesgo real y también una potencial pérdida de reputación asociada al uso del materialismo histórico como herramienta de investigación y acción política radical; algunos/as intentaron superar ese miedo otros/as reprimieron conscientemente el deseo de entrar en esas aguas. Y, todo lo reprimido en nuestras disciplinas en algún momento retorna con nosotros (Burke 1997:15). La pregunta es en qué forma lo ha hecho en los últimos 30 años.

Sabemos que el exilio no se vivió sólo fuera de las fronteras y quienes vieron comprometido el ejercicio libre de su profesión en Chile debieron decidir en qué forma y para qué seguir haciendo arqueología bajo dictadura o iniciada la llamada transición democrática (Ballester 2016b, 2016c; Berenguer 1983, 2016; Cornejo 2016; Gallardo 2016; Rivera 2016).

Dentro de las y los intelectuales de Teotihuacán y Oaxtepec, los trabajos de Bate (1978) y Montané (1972a, 1980) funcionan para una parte de la academia chilena como arquetipos de arqueólogos teóricos opuestos al imperialismo norteamericano, críticos de las teorías ambientalistas y evolucionistas. Ambos podrían ser comparables al rol que ha jugado, mucho más de cerca, Luis Guillermo Lumbreras, aunque su influencia en la formación de nuevas generaciones (Kelly *et al.* 2019) es ostensiblemente mayor. De todos modos, varios colectivos y revistas estudiantiles metropolitanas se han inspirado en el trabajo de estos colegas y ese es un aspecto que cuestiona su moderada influencia académica en el último tiempo.

Sus obras integran el canon de la producción teórica chilena, por su tenacidad y por su abierta instrumentalización de la disciplina, como por la épica de haberla sostenido desde el exilio y en plena Guerra Fría, sobrellevando el extrañamiento forzado de sus áreas vitales de trabajo.



Varios colegas han reconocido que en las tres últimas décadas la arqueología en Chile se ha mostrado permeable a influencias teóricas de origen anglosajón y autores/as de Europa y Norteamérica, con toques de literatura francófona y nórdica. Este resultado puede atribuirse paradójicamente a una “apertura” teórica, como a la dependencia de los centros de producción de conocimiento reconocidos a nivel global, los mismos que gestionan las revistas de mayor prestigio en Occidente y compiten en las grandes ligas de la arqueología mundial.

Cabe destacar que no sólo el consumo teórico importado prevalece entre los atributos de la arqueología chilena. Me parece relevante mencionar el aporte teórico que ha implicado la formación de “grupos” de investigación al alero de proyectos, centrados en determinadas regiones o temas, cuyos liderazgos provienen de la academia y agrupaciones cooperativistas originadas en pregrado, también iniciativas editoriales, que han dado pie a programas de investigación promoviendo la inserción de nuevos profesionales, aunque en un escenario dinámico y poco estable debido a las fuentes de financiamiento concursables de corta duración que disponen las agencias estatales que existen actualmente en el país, del mismo modo que las fuentes de financiamiento internacionales.

El listado de estos grupos es muy extenso y varía en cada macro-región. A modo de ejemplo, por formación conozco parcialmente el caso del denominado “Grupo Toconce” (1973-2005),⁴ colectivo que impulsó el desarrollo de la etnoarqueología, la etnobotánica y la etnohistoria en el Norte de Chile y especialmente en el río Loa. Tuvo entre sus filas a destacados/as arqueólogos/as, historiadores/as y antropólogos/as, entre los cuales resalta la labor académica de Victoria Castro, formadora de sucesivas generaciones de arqueólogos/as hasta la actualidad.

El denominado grupo Toconce toma su nombre de la localidad cordillerana ubicada en uno de los tributarios superiores del río Loa, en la región de Antofagasta. Representa uno de los equipos interdisciplinarios de mayor trascendencia en la disciplina, por su temprana aplicación de enfoques etnoarqueológicos (arqueología conductual) y etnohistóricos en el contexto de comunidades indígenas cuyas tradiciones evidencian un amplio rango de vínculos con el pasado prehispánico y colonial, con la vida campesina en los andes y con la delicada historia política de Chile y Bolivia en el siglo XIX y XX.

La trayectoria de este grupo científico refleja parcialmente la historia y dinámicas de los equipos de investigación que han ejercido la arqueología en Chile en distintas regiones. Su historia se inicia en 1973, cuando Carlos Urrejola y Victoria Castro, ayudantes del equipo río Salado bajó el alero del entonces profesor Mario Orellana, inician sus estudios de pregrado en Toconce. El primer equipo incluyó a Cristina Farga, Marietta Ortega y Carmen Buzeta, estudiantes de Antropología de la Universidad de Chile. Luego, en 1974 Carlos Urrejola se vio obligado a viajar al exilio en Inglaterra y a fines del siglo XX retorna a dicha casa de estudios para hacerse cargo de la cátedra de Arqueología General en primer año.

Victoria Castro presenta también en 1974 al Departamento de Investigación de la Universidad de Chile el proyecto titulado “El Núcleo Aldeano de Toconce”, que fue financiado hasta 1979. En la transición, la profesora Castro inicio nuevos estudios en Toconce con Fernando Maldonado,

⁴ Los párrafos siguientes toman como base los testimonios de mi maestra Victoria Castro Rojas (comunicación personal 2007).

arquitecto que acompañaría por años al grupo, Mario Pino, geólogo, Ximena Navarro y Andrés Pinto, estudiantes de arqueología. A partir de 1975 se integran al grupo los arqueólogos José Berenguer y Carlos Aldunate. Luego lo harán los estudiantes de Antropología Social, Carlos Gómez y Sara Godoy y los estudiantes de arqueología Carole Sinclair y Luis Cornejo, el etnohistoriador José Luis Martínez, continuando en la década de los ochenta los estudios en el monumental Pucara de Turi. Allí se incorporarán Varinia Varela, Pilar Alliende, más tarde, Leonor Adán y Mauricio Uribe, además de otros investigadores como los botánicos Carolina Villagrán y Juan Armesto, el ingeniero forestal Rodolfo Gajardo, y el agrónomo Patricio Yáñez. Castro también lideró junto a Francisco Gallardo, Pablo Miranda y Varinia Varela proyectos sobre senderos y arte rupestre que luego impulsaron a otros investigadores a dedicarse por completo al estudio de los caminos y las representaciones visuales prehispánicas.

Una de las características del Grupo Toconce es la relevancia que adquiere el apoyo, el conocimiento y el traspaso dialéctico de saberes entre la gente del pueblo, con quienes se comparten sus casas, costumbres y su tiempo. El grupo residió generalmente en sus temporadas de terreno en la casa de don Francisco Saire, entre otros toconceños.

Los principales aportes del Grupo Toconce ha sido el (1) desarrollar una “arqueología de localidades” dentro de la llamada área Centro Sur andina, (2) vincular conceptos como “historia” y “paisaje” dentro de la investigación arqueológica andina, (3) visualizar la Arqueología como Antropología y no descuidar los vínculos entre historia y antropología, (4) construir conocimiento mediante la “etnoarqueología” como estrategia de investigación (Castro *et al.* 2009), es decir haciendo etnografía con arqueólogos, y recibiendo aportes de antropólogos sociales y etnohistoriadores. Por último, este grupo inaugura la línea de estudios “etno-ecológicos” para la región de Antofagasta y el norte de Chile, una línea interdisciplinaria que combinará la botánica, zoología, ecología y agronomía. Aunque sus integrantes se han dispersado profesionalmente en otras regiones su historia intelectual no parece tener aún escrito sus capítulos finales.

★ ★ ★

Más allá de la conformación estacional o duradera de grupos de trabajo, en el ámbito corporativo se registra la constitución de la Sociedad Chilena de Arqueología (1963-presente) y el Colegio de Arqueólogos A.G (2009-presente). La primera, asociación científica de perfil tradicional fundada el 12 de enero de 1963 en San Pedro de Atacama en el 2º Congreso Internacional de Arqueología (Campbell 2015:20), está reservada a destacados socios honorarios y profesionales de título, cuya trayectoria científica es reconocida y evaluada por sus pares. El nuevo colectivo gremial, cuyas discusiones embrionarias ocurrieron decisivamente en el XVIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena celebrado en Valparaíso en 2009, fue fundado oficialmente en Santiago ese mismo año. Está integrado por egresados, licenciados y titulados, tiene como desafío futuro regular la práctica profesional, así como consolidar el tenue diálogo entre la arqueología chilena y la sociedad civil; un ámbito donde los avances han sido mínimos.

La relación complementaria y dialéctica de estas dos organizaciones emerge en la actualidad como el espacio de identificación multigeneracional más relevante entre profesionales jóvenes y aquellos que aún ostentan el estatus de “fundadores”. Poco podemos decir, por ahora, de aquel tercer espacio intersticial de aquellos colegas sin filiación corporativa y que optan por ejercer profesionalmente y mirar desde lejos o desde las redes sociales el actuar de estas instituciones.

El corporativismo ha reemplazado en la actualidad al fragmentado liderazgo de las academias, aquel que brilló en los departamentos de Antropología la última parte del siglo XX. Las instituciones representativas hoy canalizan con diversas estrategias las fuerzas ideológicas contenidas entre sus integrantes activos/as, sus estatutos vigentes y los propósitos directivos, un juego que no se reduce a la fórmula simple de posiciones conservadoras vs progresistas. Tanto en la SChA y el CAARCh el debate sobre la nueva Ley de Patrimonio ha generado disensiones comunicacionales entre las posturas institucionales y el posicionamiento individual que han enriquecido la discusión y la exposición pública de los argumentos sobre reformar o generar una nueva ley de patrimonio, o sobre los mecanismos legislativos más o menos democráticos para arribar a ello. Es curioso que no ha recibido la misma atención la redefinición legal –o la búsqueda de nuevos caminos– de campos donde se ejerce mayoritariamente la profesión: la arqueología de contrato y estudios de impacto ambiental (Cáceres 1999; Carrasco 2016), rubros que jalonan la contratación e inserción masiva de nuevos profesionales. Más bien, ha predominado el silencio de nuestra disciplina ante el actual modelo económico, esperando quizás una autocorrección gradual, a pesar de los cuestionamientos públicos a la precarización y desregulación en su funcionamiento.

Por otra parte, si el esfuerzo colectivo de estas instituciones no propone nuevas instancias en que la arqueología pueda tener un rol relevante en los gobiernos locales y regionales, en la educación y en la planificación y gestión pública del país, cuestión que bien diagnosticó Montané, muy probablemente estaremos a merced de los vientos (o del piloto). En América existe evidencia alarmante sobre la progresiva alienación ética que generan décadas de exitosa relación entre arqueología y capitalismo. Zorzin (2010), quien ha estudiado este problema en la provincia de Quebec (Canadá), ha entrevistado varias generaciones de profesionales jóvenes, consagrados (*seniors*) y jubilados que entregan desalentadores testimonios sobre como las ilusiones y sueños profesionales fueron diluidos por una vida profesional sometida a un sistema económico explotador que no busca la generación de conocimiento, ni bienestar social, ni crecimiento personal, sino fines utilitarios guiados por intereses comerciales regulados exclusivamente por el libre mercado.

Y en ese paraje de apertura, trabajo en equipo, corporativismo incipiente y sumisión pasiva (Salazar *et al.* 2011:52), la brújula de Montané parece ser insuficiente para indicar el camino a la arqueología chilena. Finalmente, cabe agregar no sin una dosis alta de optimismo, tan riesgosa a veces, que la expresión corporativa de los grupos de investigación, centros de pensamiento, sociedades y gremios han venido a reemplazar la esfera formativa puramente académica, con sus profesores-autoridades que ejemplificaban lo que la arqueología era y debía ser. Es posible que esta condición nueva sea una etapa emergente donde el debate comience a mirar hacia atrás (la historia de la disciplina) y podamos al menos visualizar ese camino recorrido que es, tal como lo hace el rebaño, una resignada y tardía constatación, la cual, no obstante, nos libera del tabú primario de no querer enfrentar nuestro pasado.

El retrovisor

La contribución del Estado chileno a los inicios de las investigaciones arqueológicas y antropológicas fue indirecta hasta el siglo XIX, sin intentos por organizar la producción y difusión del conocimiento. Esta situación comenzó a cambiar a fines del siglo XIX. En 1882 se publicó *Los aborígenes de Chile*, de José Toribio Medina, considerado por Mario Orellana (1996) como el libro fundador de la arqueología nacional y que Jorge Hidalgo (2004:657) apunta como el más importante

precursor de la etnohistoria en Chile. Medina discutió los datos sobre los primeros pobladores del país y América; si bien poniendo especial énfasis en el uso de diversas fuentes de información y centrándose en el período incaico, también destaca su análisis de la cultura Mapuche. Para Orellana (1982:51-52) el sello de la obra de Medina influyó decisivamente a la arqueología chilena: “... la primera publicación de síntesis de Prehistoria de Chile muestra el uso de criterios multidisciplinarios que señalan el comienzo de una tradición metodológica ...”. He aquí la declaración inicial de nuestro nexo casi exclusivo con la prehistoria, galvanizado progresivamente con nuestros aportes sintéticos a la “pre” historia nacional (Hidalgo *et al.* 1989; Falabella *et al.* 2016).

Sin embargo, antes de la aparición del libro de Medina (1882), círculos de la elite capitalina habían fundado la Sociedad Arqueológica de Santiago (1878), que editó el primer y único número de su revista en 1880, razón por la cual puede afirmarse que la maduración de un ideal arqueológico surgió en el último cuarto del siglo XIX⁵ gatillado por el contexto bélico, la fortaleza económica de la aristocracia y las redes científicas e intelectuales que se comenzaron a forjar en la etapa expansiva del Estado, el surgimiento de los museos nacionales y un activo mercado de antigüedades de escala internacional (Gänger 2014).

Como en otros países, los primeros intereses por la prehistoria en Chile nacieron en el seno de la burguesía comerciante y la aristocracia terrateniente, inmigrantes europeos o sus descendientes, quienes no sólo manejaban el capital financiero sino también el cultural, disponían de un acceso privilegiado al conocimiento académico e intelectual de las universidades, museos y sociedades científicas europeas. Este hecho se hallaba en estrecha interdependencia con el limitado desarrollo y calidad de la educación pública y la tardía popularización de la imprenta y de las ediciones de libros en el país antes de 1870.

★ ★ ★

Luego de más de 150 años de arqueología, parece obvio que ha llegado el tiempo de reflexionar sobre las periodificaciones tradicionales y una historia de la disciplina marcada por “grandes exponentes” más que una historia de las ideas o teorías que ha producido la arqueología chilena. En este último campo, si bien destaca la labor historiográfica del arqueólogo Mario Orellana, otros profesionales han sistematizado también las etapas de la arqueología chilena durante el último medio siglo, las tensiones de la práctica laboral, la diversidad de posiciones políticas y lecturas sobre el pasado que de ella emana (Salazar *et al.* 2011; Troncoso *et al.* 2006, 2008). Sin duda se trata de un campo por explorar aún, el cual florece con cada testimonio que conocemos.⁶

5 Castro (1997:1) sostiene que los primeros acercamientos se producen a mediados del siglo XIX con los pioneros reconocimientos del químico inglés William Bollaert a la provincia peruana de Tarapacá entre las décadas de 1820 y 1840 (Bollaert 1860, Cfr. Castro *et al.* 2017). Esta opinión es apoyada por Núñez (2013:79) quien indica que ya en 1860 Rodolfo Philippi comenzó a interesarse por las poblaciones indígenas de la costa desértica de Chile.

6 Véanse los testimonios contenidos en el Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología de 1995 (VV.AA. 1995) que compila la reunión de Punta de Tralca donde se celebró el trigésimo aniversario de la Sociedad Científica y los vívidos testimonios de Mauricio Massone, José Berenguer, Luis Rodríguez y Victoria Castro publicados en el número 43/44 del mismo Boletín (2014:61-83). Por último, el libro conmemorativo del quincuagésimo aniversario de la Sociedad Chilena de Arqueología *El Congreso Nacional de Arqueología de San Pedro de Atacama y la Sociedad Chilena de Arqueología: 50 años, ayer y hoy* (2015), también celebrado en Punta de Tralca en 2013 y donde se homenajeó a los socios fundadores presentes Mario Orellana, Julio Montané y Lautaro Núñez (VV.AA. 2015:213). Evidente es mucho lo que queda por rastrear, ordenar y analizar; archivos institucionales y personales, testimonios, fotografías, audios, informes, actas y un océano de manuscritos sin publicar (literatura gris).

De cualquier modo, debemos cargar con el peso de una herencia: una mirada, aunque interesada en los “pueblos indígenas” y su pasado, abiertamente evolucionista, encarnada por los intelectuales del siglo XIX e inicios del XX que nos precedieron. Muchos de los arqueólogos aficionados o extranjeros e historiadores nacionales legitimaron abiertamente o mediante sus investigaciones pioneras entregaron información clave para expansiones militares: la colonización del Norte Grande durante la Guerra del Pacífico y la invasión y expolio de amplios territorios de la Araucanía en el siglo XIX.

Diversos ejemplos a lo largo de los últimos cincuenta años muestran cómo, en ciertos contextos donde el trabajo acumulativo y reflexivo lo ha permitido, la arqueología puede generar un efecto reparatorio a partir de la reconstrucción de larga duración de los procesos humanos en territorios amplios. Si bien podemos estudiar el asentamiento y las transformaciones de las poblaciones indígenas desde un enfoque regional que permita argumentar con bases científicas en favor del resistido reconocimiento constitucional y la restitución de derechos territoriales perdidos ante el Estado o frente a intereses particulares, dicho resultado no está asegurado de antemano pues depende precisamente del valor social y patrimonial que la información arqueológica adquiera ante las instituciones y la sociedad civil (Cornejo 2014). Al menos en la forma en que son enunciadas, nuestras secuencias regionales siguen planteando la sucesión (reemplazo) de pueblos y culturas dificultando una mirada hacia los procesos de mestizaje, hibridación y transformación histórica y a ello se suma la tibia aceptación hoy de las arqueologías no prehistóricas. La dificultad para superar el interés exclusivo por el pasado prehispánico supone una patente demostración de cuán vigente es la herencia que supone la formación de la disciplina en el siglo XIX e inicios del XX.

Dentro de sus distintos ámbitos de inserción laboral, a partir de 1990 se ha ampliado notablemente el conocimiento histórico-arqueológico de la sociedad chilena, mediante investigaciones financiadas por el Estado, estudios de impacto ambiental o colaborando con la justicia en peritajes, donde destacan las indagaciones para aclarar violaciones a los derechos humanos ocurridos durante el período de dictadura reciente (1973-1990). Cabría preguntarse en este ámbito si somos capaces de ampliar esa temática a otras fases o períodos de nuestra historia en que la violencia sistemática ha sido detonante de conflictos bélicos y represión política; o si cabe estudiar la desigualdad, la estratificación y la violencia simbólica en nuestras ciudades a partir de sus raíces coloniales.

★ ★ ★

Vista dentro del campo de las humanidades (Munizaga 1984) y de las ciencias sociales, la arqueología es mucho más que una ciencia descriptiva de tiempos remotos o una disciplina auxiliar de la historia o la antropología, a pesar de que gran parte de su potencial radica precisamente en el diálogo y colaboración con estas disciplinas. Como demuestran las actuales investigaciones en Chile, su perspectiva multitemporal y global para estudiar la cultura material ha cobrado interés por el pasado colonial y republicano, por la memoria colectiva de pueblos (no sólo indígenas) y la configuración de las ciudades de nuestro país, a poco de ocuparse más concretamente del presente y de lo que constituye una de las preguntas trascendentes de nuestra disciplina: ¿cómo este mundo tal como existe ahora ha llegado a ser lo que es? (Collingwood 2016[1928]:25). Valga la pena recordar el lúcido aserto de Osvaldo Silva (1982:54): “*Erradamente los arqueólogos conciben a la historia como el estudio de nuestra propia sociedad, y a la antropología como la historia de los pueblos no occidentales (Trigger, 1980), visión que influyó en la ficticia división de dos disciplinas cuya meta final es la misma: reconstruir el pasado*”.

Hasta fines del siglo XX, a pesar de más de un siglo de trabajos y estudios sistemáticos en prehistoria, la arqueología chilena permaneció aislada del resto del continente, a excepción, del ámbito de quienes trabajan en áreas fronterizas o de las y los especialistas que pudieron formarse o trabajar en el hemisferio norte y retornar. Esta es una situación lamentable, considerando la creciente importancia que adquiere en el continente la idea de generar varios centros de producción teórica y centros de investigación regionales. La visión utópica de nuestro país previo al golpe de estado de 1973 nos recuerda que Chile era considerado, no sin cierto tono nacionalista, como uno de los “núcleos de desarrollo intelectual progresista en Latinoamérica”, la Atenas de Sudamérica, habiendo sido, incluso, cuna de algunos de los teóricos más importantes e influyentes de la historia de la arqueología “al sur del río Grande”, como los mencionados Bate y Montané.

Sin embargo, ha predominado la “sensación de escasez” teórica y su reverso: la necesidad de consumir más de aquella ya envasada y etiquetada. Esta es uno de los síntomas más alarmantes de nuestra arqueología, creer que ejercemos una arqueología primaria o de obtención de materias primas, temerosa de comentar el trabajo de otros y a discutir en medios escritos sobre ideas y nuestra propia historia, cuestión que ha sido explicitada numerosas ocasiones en este boletín. También creo que la visión heroica de Orellana (1982, 1996), útil por su ordenamiento y que en cierto modo replicó Cornejo (1997) ha sido escasamente discutida con nuevas evidencias.⁷ En general se han remarcado los aportes civilizatorios de los primeros especialistas europeos y de los teóricos e intelectuales chilenos de mediados del XX –una disciplina de grandes personajes y autores–, invisibilizando el trabajo colaborativo de las agrupaciones, escuelas, de mujeres arqueólogas, editoriales y corporaciones, cuyo relevante papel ha sido principalmente documentado en boletines (Berenguer 2014; Castro 2014; Massone 2014; Rodríguez 2014; VV.AA. 1995), libros conmemorativos (VV.AA. 2015), testimonios directos, obituarios y entrevistas.

El cruce

Debido a su corta vida, la comunidad arqueológica chilena, a diferencia de Argentina, ha sido históricamente un reducido círculo científico y con limitada influencia en temas históricos, educacionales y políticos nacionales.

Las y los arqueólogos titulados, producto de lo anterior, solo alcanzan dos centenares y usualmente sus estudios no son bien conocidos o difundidos en el medio científico, así como en el ámbito en que se desenvuelven cotidianamente, aunque las redes sociales han establecido algunos puentes virtuales entre comunidades de seguidores no especializados en temas diversos. A pesar de que la mayor parte de sus miembros residen en la Región Metropolitana, otros/as han vivido o viven fuera de ella, trabajando en universidades, centros de investigación y museos estatales o privados, en municipios, reparticiones públicas, en empresas privadas o en forma particular, por lo cual sus influencias y legados son y serán percibidos de mejor forma en el plano de acción local, de sus ciudades e instituciones.

Han aumentado las y los arqueólogos que sugieren, en distintos medios impresos y congresos, revertir el estado de aislamiento y estancamiento de la reflexión teórica en Chile, así como el mínimo

7 Lautaro Núñez (2013) ofrece una excelente síntesis de una perspectiva descentralizada y crítica, donde los estudios arqueológicos andinos entre 1961 y 2012 van demostrando una complejidad y vitalidad creciente.

valor social que le otorgamos a nuestro pasado en términos no abstractos ni remotos, sino en cuanto a su significado en el presente. Debido a que la Arqueología fue durante el siglo XIX y XX, junto a la Historia y Geografía, una de las disciplinas creadoras de la identidad nacional republicana, nos vemos enfrentados a los cuestionamientos surgidos por el legado ético, moral y político que los y las fundadoras y precursoras de la disciplina nos legaron; al conjunto de experiencias colectivas de colegas en los últimos cincuenta años y, por su puesto a nuestras propias experiencias profesionales (individuales y colectivas) que, en conjunto, actualizan la historia de la disciplina a cada momento.

Mi opinión es que, a partir de 1980 hasta la actualidad, hemos absorbido y desarrollado con mayor interés un debate teórico improductivo basado en la dicotomía de la llamada Escuela Histórico-Cultural, la corriente Procesual norteamericana y en el posmodernismo europeizante posterior a la II Guerra Mundial, que son etiquetas utilizadas como recursos de autoridad y simulacros de debates paradigmáticos importados que llegan, al igual que las traducciones, con cierto desfase. No son cuestiones que afecten de modo decisivo nuestra práctica cotidiana, más híbrida desde el punto de vista teórico y metodológico de lo que nos gustaría asumir públicamente.

En mi opinión, la arqueología chilena se caracteriza por su alto grado eclecticismo teórico y metodológico y su práctica debemos saber que se halla incrustada en las humanidades y las ciencias sociales, en los museos y, a pesar de su bajo protagonismo, en distintas operaciones de artistas visuales (Ivelic y Galaz 2019:252-260).⁸ Ello no excluye que altos grados de especialización, de la arqueología unidimensional, promovidos en las universidades (en pre y posgrado) y la sumisión al modo de producción global de conocimiento –básicamente la elaboración de *paper*–, tensionen el ambiente provocando de tanto en tanto una sensación desoladora de hambruna teórica y furioso *packing* intelectual (Santos-Herceg 2020).

En este esquema, el distanciamiento sostenido del resto de las humanidades –a partir de las cuales nuestra disciplina se institucionalizó y profesionalizó– se manifiesta en la depreciación por elaborar periodificaciones regionales complejas, iniciar trabajo básico y multidisciplinario en regiones desconocidas/abandonadas del país y reflexionar sostenidamente sobre nuestras participaciones en el ámbito del patrimonio y la educación (Castro 1997). Qué decir del creciente desinterés en explorar el océano de la literatura y los estudios culturales, con la debida excepción que suponen el trabajo hoy aislado y diluido de los comensales del “almuerzo desnudo” (Gallardo y Quiroz 2008) algunos de los cuales formaban parte del grupo de antropología poética que era también a su vez un intento de arqueología poética (Gallardo 2018:99-102) y cuyos rumbos han sido heterogéneos, notorios y marginalizados⁹.

Quizás al evitar pensar nuestra historia disciplinar en el marco de la historia nacional y latinoamericana, al negar la contribución de autores/as problemáticos, de nuestro origen burgués y elitista, omitir las contribuciones de colectivos, grupos y “otras” arqueologías hemos perdido resolución para reconocer nuestra producción teórica y hemos insistido, satisfechos, en las

8 <http://www.sebastianpreece.com/> (Consultado el 20-04-2020).

9 Y volviendo al trillado tema del “futuro de la arqueología” (hay varios posibles), Trigger (2007:60) señala con extrema crudeza: “El futuro de la arqueología, hoy como en el pasado, radica en explotar las innovaciones realizadas en otras disciplinas y al mismo tiempo ampliar las propias perspectivas teóricas de la arqueología. Al contrario de aquellos que temen que la arqueología se esté desmoronando como resultado de una controversia intradisciplinaria, creo que el alcance del debate debe ampliarse sustancialmente, no reducirse, si queremos explicar el registro arqueológico. Los arqueólogos no tienen nada que temer, excepto su propia mente estrecha, falta de imaginación creativa y complacencia acerca de sus disputas sectarias” (traducción y énfasis es nuestro).

periodificaciones iniciales que construyeron el panteón canónico de nuestra arqueología nacional. Hemos querido no contaminarnos con las humanidades y otras ciencias sociales y, paralelamente, dada la interdependencia que en el ámbito de la producción literaria existe, hemos perdido una gran oportunidad de abrir nuestra producción de conocimiento y narrativa a la sociedad, evitando pensar que las evidencias arqueológicas son traducibles al lenguaje de la historia (y viceversa), incómodos ante otras disciplinas que nos distraen del tobogán de la especialización y monismo metodológico de las ciencias naturales.

Sin querer negar la contribución que ha significado la arqueología positivista a nivel global, con toda su rigurosidad y distanciamiento de las disciplinas entre las que se formó la arqueología, hoy somos testigos del regreso confuso, creciente y acuciante de enfoques, ideas, personajes, regiones y experiencias silenciadas, omitidas y olvidadas de la historia de la arqueología chilena y que, luego de reprimirlos por décadas, huelgan por volver sobre nosotros, sobre nuestras prácticas y nuestras reflexiones.

Caminos quedan.

Agradecimientos. A los valiosos comentarios y aportes de Victoria Castro Rojas. Al equipo Editorial de Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología y los comentarios recibidos de mis colegas Benjamín Ballester, Luis Cornejo y Andrea González.

Anexo Cronológico

- 1880.** Se publica el primer y único ejemplar de la revista de la Sociedad Arqueológica de Santiago (fundada en 1878) (Sociedad Arqueológica de Santiago 1880)
- 1882.** José Toribio Medina publica “Los Aborígenes de Chile”, considerada el primer libro de prehistoria y etnohistoria de Chile (Medina 1882).
- 1912.** Se funda el Museo de Etnología y Antropología, el cual almacena las principales colecciones arqueológicas del país.
- 1925.** Es promulgado el decreto-ley que indica el nacimiento del Consejo de Monumentos Nacionales, cuya responsabilidad es velar por el patrimonio arqueológico de Chile.
- 1928.** Ricardo Latcham publica su compendio “La Prehistoria Chilena”, donde se ordenan espacial y temporalmente los grupos indígenas que habitan Chile (Latcham 1928).
- 1958.** Es fundado el Centro de Estudios Antropológicos en la Universidad de Chile.
- 1963.** En el marco del Primer Congreso Internacional de Arqueología de San Pedro de Atacama, la Sociedad Chilena de Arqueología es constituida con 17 miembros fundadores.
- 1971.** Se crea el Departamento de Ciencias Antropológicas y Arqueológicas de la Universidad de Chile.
- 1972.** Julio Montané publica “Apuntes para un análisis de la arqueología chilena”, en el número 4 de la revista Rehue (Montané 1972b).
- 1973.** Tras el Golpe de Estado son cerradas las carreras de arqueología en la Universidad Católica del Norte y Universidad de Concepción. Numerosos/as arqueólogos/as son apartados de sus cargos, perseguidos y desterrados del país.
- 1977.** El arqueólogo Carlos Thomas defiende la primera tesis de Arqueología que revisa críticamente la historia de disciplina en Chile entre 1960 y 1970 (Thomas 1977).

1982. Mario Orellana publica “Investigaciones y Teorías en la Arqueología de Chile” en la Universidad de Chile, primer intento de periodificar la Historia de la Arqueología Chilena (Orellana 1982).
1989. Se publica el primer libro sintético de Prehistoria de Chile escrito por arqueólogos/as e historiadores abarcando desde el poblamiento de América hasta el período Inca (Hidalgo *et al.* 1989)
1993. Se promulga la Ley Indígena (N° 19.253), la cual detona un emergente proceso de etnogénesis en todo el territorio chileno.
1993. En Punta de Tralca se celebran las Jornadas de Reflexión, a propósito del “30 Aniversario de la Sociedad Chilena de Arqueología”.
1994. Se promulga la Ley de Bases Generales del Medio Ambiente (N° 19.300), abriendo el campo de investigación arqueológica a los Estudios de Impacto Ambiental.
2005. El Grupo de Trabajo en Teoría Arqueológica, compuesto por académicos de la Universidad de Chile, organizan el Primer Taller de Teoría Arqueológica en Chile.
2009. Se funda en Santiago el primer Colegio de Arqueólogas y Arqueólogos A.G., con 40 arqueólogos/as titulados/as como fundadores/as.
2016. Se publica el segundo libro sintético de Prehistoria de Chile escrito por arqueólogos/as, abarcando desde el poblamiento de América hasta el período Inca (Falabella *et al.* 2016).
2019. Se inicia la discusión sobre la nueva Ley de Patrimonio por iniciativa del ejecutivo para reemplazar la Ley 17.288.

Referencias Citadas

- Ballester, B. 2016a. Memorias de té: conversaciones con Guacolda Boisset Mujica. *Chungará* 48(3):359-364.
- Ballester, B. 2016b. No necesitamos fronteras: comentarios tres décadas después. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 46:97-103.
- Ballester, B. 2016c. No soy un Arcoiris. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 46:119-129.
- Ballester, B., Clarot, A. y Llagostera A. 2014. El Cementerio de Auto Club de Antofagasta y la sociedad litoral entre los 1000 y 1450 d.C. *Hombre y Desierto* 18:187-212.
- Bate, F. 1978. *Sociedad, formación económico social y cultura*. Ediciones de Cultura Popular, México, D.F.
- Berenguer, J. 1983. Redefiniendo la arqueología. En *Arqueología y ciencia: Primeras jornadas*, pp. 103-126. Museo Nacional de Historia Natural, Santiago.
- Berenguer, J. 2014. Memorias y desmemorias de un estudiante de arqueología a fines d ellos 60 y comienzos de los 70. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 43/44:67-72.
- Berenguer, J. 2016. Sentir que nada es igual, pero que todo es lo mismo: De lo sólido a lo líquido en la arqueología chilena: comentarios tres décadas después. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 46:107-115.
- Bollaert, W. 1860. *Antiquarian, Ethnological and Other Researches in New Granada, Equador, Peru and Chile, with observations on the Pre-Incarial, Incarial, and Other Monuments of Peruvian Nations*. Trübner & Co, Londres.
- Burke, P. 1997. *Historia y Teoría Social*. Instituto Mora, México.
- Cáceres, I. 1999. Arqueología y sistema de evaluación de impacto ambiental. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 28:47-54.
- Campbell, R. 2015. Nota historiográfica sobre las transcripciones del “Congreso Internacional de Arqueología de San Pedro de Atacama” y la creación de la Sociedad Chilena de Arqueología.

- En *El Congreso Internacional de Arqueología de San Pedro de Atacama y la Sociedad Chilena de Arqueología: 50 años, ayer y hoy*, pp. 17-21. Sociedad Chilena de Arqueología, Universidad Católica del Norte, Santiago.
- Carrasco, C. 2006. La práctica arqueológica y la actual construcción de conocimiento arqueológico en Chile. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 39:35-50.
- Carrión, H., C. Dávila, A. Delgado, N. Fuenzalida, P. Kelly, F. Moya, S. Rebolledo, S. Sierralta, J. Sepúlveda y C. González. 2015. Evaluación de la Arqueología Social en Chile: desarrollo histórico y revisión crítica del proyecto disciplinar. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 45:95-114.
- Castro, L., C. Figueroa, P. Guerrero y B. Silva. 2017. William Bollaert y sus descripciones geográficas, cartográficas y antropológicas sobre la provincia de Tarapacá en la etapa inicial de la formación republicana del Perú, 1827-1854. *HiSTOReLo. Revista de Historia Regional y Local* 9(18):121-164.
- Castro, V. 1997. *La Arqueología en Chile*. Conferencia Universidad de Antofagasta. Reunión Periodismo Científico y Ciencias Sociales. Manuscrito en posesión del autor.
- Castro, V. 2014. Trazas de los '60 a los '70 entre la primavera y la tormenta. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 43/44:79-83.
- Castro, V., C. Aldunate y V. Varela. 2009. Experiencias en Etnoarqueología. En *Actas del TANO A II, Taller Internacional de Arqueología del Noroeste Argentino y Andes Centro Sur. Las Tierras Altas del Área Centro sur Andina, entre el 1000 y el 1600 d. C.*, pp. 193-204. Centro Regional de Estudios Arqueológicos, Universidad Nacional de Jujuy, San Salvador de Jujuy.
- Collinwood, R. G. 2016[1925]. *Qué es la historia*. Traducción de José Luis Cano. El cuenco de plata, Buenos Aires.
- Cornejo, L. 1997. Buscadores del pasado: Una breve historia de la arqueología chilena. En *Chile antes de Chile*, pp. 9-15. Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago.
- Cornejo, L. 2014. ¿Dónde radica el valor del patrimonio arqueológico? *Observatorio Cultural* 23, artículo 2. Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio. En <http://observatorio.cultura.gob.cl/index.php/2018/09/28/oc-23-articulo-2/>
- Cornejo, L. 2016. La fuerza de gravedad: Comentario a “No necesitamos fronteras: Comentarios tres décadas después” de Benjamín Ballester. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 46:106-107.
- Cruz, J. y A. Llagostera. 2011. *Prehistoria de Antofagasta. En la ruta de los primeros antofagastinos*. Morgan Impresores, Antofagasta.
- Falabella, F., M. Uribe, L. Sanhueza, C. Aldunate y J. Hidalgo (Eds.) 2016. *Prehistoria en Chile. Desde sus Primeros Habitantes hasta los Incas*. Editorial Universitaria, Santiago.
- Gallardo, F. 2016. Volver a los 17, después de vivir un siglo. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 46:104-105
- Gallardo, F. 2018. *Nuestra humilde posmodernidad. Arqueología del pasado reciente (años 90 y poco después)*. Ediciones del Servicio Nacional del Patrimonio Cultural, Santiago.
- Gallardo, F. y D. Quiroz (Eds.) 2008. *Un almuerzo desnudo. Ensayos en cultura material, representación y experiencia poética*. Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Santiago.
- Gänger, S. 2014 *Relics of the Past. The Collecting and Study of Pre-Columbian Antiquities in Peru and Chile, 1837-1911*. Oxford Studies in the History of Archaeology, Oxford University Press, Oxford.
- Garbulsky, E. 2000. La antropología en la Universidad de Concepción (1967-1973). Apuntes de un participante. En *Actas del III Congreso Chileno de Antropología*, Tomo 1, pp. 200-210. Colegio de Antropólogos de Chile, Temuco.

- Góngora, M. 2011. *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Editorial Universitaria (Novena Edición), Santiago.
- Hidalgo, J. 2004. *Historia andina en Chile*. Editorial Universitaria, Santiago.
- Hidalgo, J., V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano (Eds.) 1989. *Prehistoria. Desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*. Editorial Andrés Bello, Santiago.
- Ivelic, M. y G. Galáz. 2019. *Fronteras abiertas. Migraciones de las artes visuales en Chile*. Ediciones Universidad de Valparaíso, Valparaíso.
- Kelly, P., N. Fuenzalida, S. Sierralta, S. Rebolledo, N. Águila y J. Sepúlveda. 2019. Si la arqueología no me sirve para entender lo que pasa en mi país ahora, de verdad no vale la pena. Entrevista a Luis Guillermo Lumbreras. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 49:37-52.
- Latcham, R. 1928. *La Prehistoria Chilena*. Sociedad, Imprenta y Litografía Universo, Santiago.
- Lorenzo, J. L., A. Pérez y J. García-Bárcena. 1976. *Hacia una arqueología social. Reunión de Teotihuacán*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México
- Lumbreras L.G. 1974. *La arqueología como ciencia social*. Ediciones Histar, Lima
- Massone, M. 2014. Recuerdos de un alumno de arqueología perteneciente a la generación de 1971. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 43/44:61-66.
- McGuire, R. 2002. *A Marxist archaeology*. Percheron Press, Nueva York.
- Medina, J. T. 1882. *Los aborígenes de Chile*. Imprenta Gutenberg, Santiago.
- Montané, J. 1972a. La Arqueología Chilena: su estado actual y perspectivas de desarrollo en la etapa de tránsito al socialismo, su futuro. Programa de Arqueología y Museos. Depto. De Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Sedes Antofagasta, Iquique. Serie *Documentos de Trabajo* 3.
- Montané, J. 1972b. Apuntes para un análisis de la arqueología chilena. *Rehue* 4:3-29.
- Montané, J. 1980. *Marxismo y arqueología*. Ediciones de Cultura Popular, México, D.F.
- Montané, J. 1993. *Atlas de Sonora*. Gobierno del Estado de Sonora, Instituto Sonorense de Cultura, Hermosillo, México.
- Mostny, G.. 1972. El desarrollo y la importancia del Museo en el mundo contemporáneo. *Boletín Mensual Museo Nacional de Historia Natural* XVI (90-91):3-9.
- Mostny, G. 1973. Introduction. *Museum* XXV (3):128.
- Munizaga, C. 1982. La arqueología prehistórica chilena y su dimensión humanística. *Revista Chilena de Humanidades* 9:11-22.
- Núñez, L. 2013. Sobre los comienzos de los estudios andinos y sus avances actuales en el norte de Chile. En *Los estudios andinos hoy: práctica intelectual y estrategias de investigación*, editado por C. Zanolli, J. Costilla, D. Estruch y A. Ramos, pp. 79-122. Prehistoria Ediciones, Rosario.
- Núñez, L. 2014. Homenaje póstumo a Julio Montané Martí. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 46(4):535-542.
- Orellana, M. 1982. *Investigaciones y teorías en la arqueología de Chile*. Universidad de Chile, Centro de Estudios Humanísticos, Santiago.
- Orellana, M. 1996. *Historia de la arqueología en Chile: (1842-1990)*. Bravo y Allende Editores, Santiago.
- Orellana, M. 2000. Reflexiones en torno a la arqueología chilena. *Anuario de la Universidad Internacional SEK* 6:9-34.
- Rivera, M. 2016. Comentando a Benjamín Ballester. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 46:115-118.
- Rodríguez, L. 2014. Los años felices. Testimonio de los 60-70. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 43/44:73-79.
- Salazar, D., D. Jackson y A. Troncoso. 2011. Entre dos tierras: reflexiones sobre la arqueología chilena en el siglo veintiuno. En: *Teoría arqueológica en Chile: reflexionando en torno a nuestro quehacer*

- disciplinario*, editado por P. Ayala y F. Vilches, pp. 41-71. Línea Editorial IIAM-UCN, Ocho Libros, Santiago.
- Santos-Herceg, J. 2020. *La tiranía del paper*. Ediciones Universidad Austral de Chile, Valdivia.
- Sepúlveda, J. 2011. Entre la arqueología del otro y la historia. Horizontes políticos para el conocimiento arqueológico. En: *Teoría arqueológica en Chile: reflexionando en torno a nuestro quehacer disciplinario*, editado por P. Ayala, P. y F. Vilches, pp. 72-88. Línea Editorial IIAM-UCN, Ocho Libros, Santiago.
- Sierralta, S. 2020. El Futuro que no fue: Tres Tesis sobre la Arqueología Chilena Contemporánea. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 50. 50:105-129.
- Silva, O. 1982. Apuntes sobre el desarrollo de la teoría arqueológica en América. *Cuadernos de Historia* 2:27-61.
- Sociedad Arqueológica de Santiago. 1880. *Revista de la Sociedad Arqueológica de Santiago* 1. Imprenta Gutenberg, Santiago.
- Tantaleán, H. y M. Aguilar (Eds). 2012. *La Arqueología Social Latinoamericana.: De La Teoría a La Praxis*. Universidad De Los Andes, Colombia.
- Thomas, C. 1977. *Revisión crítica de la arqueología chilena entre 1960 y 1970: aspectos teórico-metodológicos*. Tesis de Licenciatura, Departamento de Antropología, Universidad de Chile, Santiago.
- Trigger, B. 2007. Cross-Cultural Comparison and Archaeological Theory. En *A companion to social archaeology*, pp. 43-65, Meskell, L. y R. Preucel (Eds). Blackwell Publishing, Oxford.
- Troncoso, A., D. Salazar y D. Jackson. 2006. Hacia una retrospectiva de la teoría arqueológica en Chile: ¿Qué somos?, ¿de dónde venimos?, ¿a dónde vamos? En *Puentes hacia el pasado: reflexiones teóricas en arqueología*. Serie Monográfica de la Sociedad Chilena de Arqueología, N° 1, pp. 237-263. Sociedad Chilena de Arqueología, Santiago.
- Troncoso, A., D. Salazar y D. Jackson. 2008. Ciencia, Estado y Sociedad: retrospectiva crítica de la Arqueología Chilena. *Arqueología Suramericana* 4(2):122-145.
- VV.AA. 1995. XXX Aniversario Sociedad Chilena de Arqueología. Jornadas de Reflexión (1963-1993). *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 21 (número especial).
- VV.AA. 2015. *El Congreso Internacional de Arqueología de San Pedro de Atacama y la Sociedad Chilena de Arqueología: 50 años, ayer y hoy*. Sociedad Chilena de Arqueología y Universidad Católica del Norte, Santiago.
- Zorzin, Nicolas. 2015. Archaeology and Capitalism: Successful Relationship or Economic and Ethical Alienation? En *Ethics and Archaeological Praxis*, pp. 115-139, Gnecco C. y D. Lippert (Eds). Springer, Nueva York.

COMENTARIOS

Apuntes sobre los apuntes de Simón Urbina

Benjamín Ballester¹

*“Las cuestiones biográficas e históricas
están muy lejos de ser irrelevantes para
la interpretación de las obras antropológicas”
(Geertz 1999:10)*

En nuestro que hacer es tan importante escarbar respuestas en lo que se ha escrito y dicho, como en aquello que se ha silenciado e invisibilizado. El texto de Simón Urbina es una búsqueda por la historia de la arqueología de Chile, ímpetu que debiera sacudir el cuerpo y estremecer el alma de todas y todos quienes nos dedicamos a esto, pues ahí yace el germen de lo que somos hoy y da ciertas luces de lo que podremos ser mañana. Al mismo tiempo, comparto plenamente la valoración de “otras arqueologías”, a la fuga de lo propiamente arqueológico y a superar de una vez la historia heroica o de personajes importantes. El llamado de Simón Urbina es en este sentido sumamente significativo, ahora bien su texto merece una reflexión más detenida.

El brío inicial al poco andar deja entrever una identidad que podría, para algunos, convertirse en su mayor debilidad. Al pasar de las hojas la escritura se queda entrampada en aquello que ya se ha redactado y dicho. El texto sigue así un sendero conocido, que le fue enseñado al autor y que sin problemas aprendió en su educación. El peso filial de la Universidad de Chile y su hegemonía en la formación de arqueólogos es evidente, ya que sus apuntes sobre historia de la arqueología chilena replican de forma extraordinaria –incluso de manera explícita– el relato de Mario Orellana, así como de la triada heredera de sus apegos institucionales; todos ellos hombres, de una misma clase social, académicos de la Universidad de Chile y santiaguinos.

El homenaje al Grupo Toconce como fenómeno clave en la historia de la arqueología de Chile es una excelente manifestación de esta deuda y de su anclaje filial, todas ellas y todos ellos descendientes de un mismo árbol genealógico que tiene a Orellana a la cabeza. No es que de por sí sea un problema el parentesco académico con el Premio Nacional, pero sí deja entrever cómo en este relato de la historia de la arqueología se sobrerrepresentan ciertas figuras, proyectos, equipos y zonas a la manera de mitos tribales o del totemismo, en desmedro de otras agencias que se ven invisibilizadas, sin voz ni agencia real en la narración. Es por esto que el Grupo Toconce es tan importante en el texto, no así los grupos aún anónimos –sin referente tribal– que trabajaron en Arica, Antofagasta, La Serena, Aconcagua, Isla Mocha o Punta Arenas. No olvidemos que aunque exista una base empírica y real, las historias se escriben, y a veces sus relatos se convierten en un mejor reflejo de su autor que de los hechos a los que aluden.

¹ UMR 7041 ArScAn, Équipe Ethnologie Préhistorique, Université Paris 1 Panthéon Sorbonne, Francia.
benjaminballesterr@gmail.com

Esta herencia de Orellana en la Universidad de Chile no se expresa sólo en la apología al Grupo Toconce y a sus actores principales, sino además en cuestiones de fondo. El elogio a la cita textual de Osvaldo Silva es tal vez el mejor ejemplo, con la cual Simón Urbina afirma que la arqueología sería una disciplina para “reconstruir el pasado”. En mi calidad de hijo de la misma casa universitaria, pero desarraigado, parricida y vagabundo, considero que la arqueología no es lo mismo que la prehistoria. Más bien pienso que esta última no es más que un medio o una herramienta entre tantas para poder consumir el principal objetivo de la primera: construir conocimiento sobre la vida del ser humano en colectividad en relación a su entorno material.

No se trata, por lo tanto, de reconstruir, sino de producir saberes para crear presentes y futuros. El enraizado cimiento histórico de este relato de la arqueología es también un legado de la trayectoria de la disciplina en la Universidad de Chile, en especial de su lugar de nacimiento y de sus formadores. Lo cierto, sin embargo, es que a lo largo de Chile las arqueologías fueron variadas, tanto en sus orígenes como por sus fundamentos y los procesos que les dieron vida. Así, en la Universidad del Norte sede Antofagasta la malla desarrollada por Guacolda Boisset fue más cercana a la antropología que a la historia, como una expresión de sus propias experiencias y principios; en La Serena la arqueología se gestó al alero de huaqueros, coleccionistas privados y amantes de las obras de arte precolombinas; en Concepción, por su parte, la influencia de la escuela francesa de etnología y arqueología fue trascendental.

Yace acaso en esta misma fuente de origen –la historia– la necesidad visceral del autor por proponer inicios, períodos y quiebres a lo largo del tiempo. Los procesos, las dinámicas internas, los movimientos, las redes, las contradicciones y los vínculos sociales pasan todos a un segundo plano; lo primero es ordenar en una escala temporal hechos, personas e instituciones. Por esto el título del artículo cierra al final con un rango temporal, y por esto también dedica buena cantidad de frases a justificar por qué pone como punto de inicio de la arqueología chilena al número inaugural de la revista de la Sociedad Arqueológica de Santiago y no a *Los Aborígenes de Chile* de José Toribio Medina; todos ellos hitos y fechas para establecer un diálogo anacrónico con Orellana.

Pero a esta altura, y considerando que hoy es más evidente que nunca que vivimos en un mundo globalizado, qué valor tiene distinguir si la arqueología la hizo un nacido en esta franja de tierra o en otro punto del planeta, si al final en ambos casos se trata de sujetos formados en lugares comunes, de familia acomodada y recursos suficientes como para poder dedicarse a estudiar las antigüedades. ¿Cuál es entonces la real diferencia entre ellos? Visto así, tanto Alcides d’Orbigny como William Bollaert, al igual que muchas otras y otros investigadores a lo largo del tiempo, sí son parte de la historia de la arqueología chilena. Poco importan sus nacionalidades y profesiones, pues son responsables de la creación de valioso conocimiento acerca del ser humano en relación al entorno material que hoy contiene Chile dentro de sus fronteras. Conocimiento que, aunque no nos percatemos de ello, sigue vigente y que usamos día a día en nuestras vidas. Esta última es tal vez, la mejor evidencia de que ellos también fueron buenos arqueólogos para su época.

Referencias citadas

Geertz, C. 1999. El antropólogo como autor. Ediciones Paidós, Barcelona.

Comentario a Urbina: del ordenado mundo taxonómicos a las calles de *Blade Runner*

Luis Cornejo B.²

Este ensayo es una contribución lúcida al ejercicio poco habitual, pero por eso no menos imprescindible, de discutir que es la arqueología en Chile y para que hacemos arqueología en este país. En este sentido, me parece que el artículo supera con mucho la apariencia más historiográfica que una lectura rápida puede suponer, ya que más que destacar una serie de momentos claves y articularlos en el contexto social y político de cada momento, me parece que es una invitación a pensar cual es el lugar social de la Arqueología y a cuestionarnos en qué nos hemos convertido aquellos y aquellas que cultivamos esta disciplina que hoy trasunta entre lo académico y lo profesional. En este sentido, me parece importante el llamado a alejarse de la visión taxonómica que tiene en campos muy distintos a las ciencias naturales, las ciencias sociales, las humanidades y el arte, universo imaginario en el cual el autor propone que hemos extraviado un tanto nuestro rumbo. De hecho, si hoy observamos los distintos quehaceres de las y los arqueólogos chilenos vemos una especie de multiverso interconectado que no permite decir que haya una sola Arqueología, como tal vez era posible hace algunas décadas. Hoy nuestra práctica, más allá de ciertos intereses hegemónicos y del impacto neoliberal en la academia y en el desempeño profesional, se parece más a las calles por las cuales Rick Deckard persigue replicantes que a los pasillos de un *mall*, ofreciendo múltiples opciones a quienes las quieran tomar.

Otras compañeras que no continuaron...Más que olvido, el ojo caníbal

Andrea González-Ramírez³

*Estamos todos
Frente a una piedra
Tratando de romperla
Con la mirada
Y no pasa nada
(García 2010)*

En un texto de esta misma revista, Victoria Castro comenta, con esa narrativa cercana y sencilla que la caracteriza, su llegada a la arqueología y sus percepciones respecto al intervalo 1960-1970; le subtituló “Entre la primavera y la tormenta”. De ese relato, que a algunas generaciones nos conecta emotivamente con un lugar de hogar, de comunidad, de compañerismo, de pueblo chico, de nostalgia por el proyecto de lo que no fue, quisiera tomar un pasaje marginal, y por eso mismo,

2 Arqueólogo. Departamento de Antropología, Universidad Alberto Hurtado. lcornejo@uahurtado.cl

3 Carrera Arqueología, Departamento Antropología, Universidad Católica de Temuco. andrea.gonzalez@uct.cl

intertextual y muy representativo de aquellas fisuras de las representaciones sociales a través de las cuales se revela realidad. Señala la Vicky: “También quizá con ellos, habían ingresado Julie Palma y Silvia Quevedo **y otras compañeras que no continuaron**” (Castro 2014:82, el énfasis es nuestro).

Desearía imaginar que la Vicky escribió esa frase para que alguna “pisara el palito”. Que no agregó nada más para pasar la posta, pero tal vez, porque la enunciación puede tener fuerza de denuncia y quien explica se complica. “Otras compañeras que no continuaron” fue la frase que condensa de mejor manera las reflexiones y sensaciones que surgieron de la lectura de los “Apuntes sobre historia de la arqueología en Chile, 1880-2020” de mi compañero de curso Simón Urbina (saludos Simón!). Me obligó al repaso de lecturas umbilicales de la historia de la arqueología chilena; en ese ejercicio volví al texto de Berenguer (1986) y a sus comentaristas, y al de Ballester (2016) que puso *vintage* al de Berenguer quien, a su vez, le acusó de *millenial* (Berenguer 2016). Repasé también otros trabajos medulares que uso en docencia para discutir la historia social de la arqueología Chilena (Carrasco 2006; Troncoso *et al.* 2008; Salazar *et al.* 2011), porque no hay historia que sea pura y buena, sino siempre social y, generalmente, sucia.

Finalmente, llegué a este escrito de la Vicky. Un texto hermoso, plagado de sentires personales, de localizaciones, de verdades cotidianas y esta frase dura que me voló la cabeza. ¡Eso era! Ese era el hilo que conectaba desde la épica de Orellana hasta los reclamos críticos de los colegas en esta serie ininterrumpida de entelequias de las prácticas disciplinarias. No hay agentes, sólo enunciaciones tímidas de omisiones. No hay agentes, sino personajes.

Así como en las reconstrucciones del conocimiento arqueológico, en la historia de la arqueología chilena no hay personas, sino un “nosotros” indistinto y sin cuerpo. Una cultura o un complejo cultural, un grupo logístico o adaptaciones. Un algo nuestro, pero sin domicilio. Una región Metropolitana sin clases. Un espíritu regido por un “contexto” antes nominal que encarnado (Haraway 1991).

Efectivamente, en los ejercicios de análisis de la situación histórica de la práctica arqueológica en Chile, particularmente luego de la hecatombe de la Ley 19.300 en 1994, se ha reconocido, lúcidamente, el nuevo escenario histórico en el que el neoliberalismo pone a jugar a la arqueología, el aislamiento teórico y político que supuso la dictadura, reconocida como la más eficiente y duradera política cultural implementada por este Estado-Nación, y la pérdida de legitimidad del conocimiento arqueológico, en tanto científico, frente a ciertos colectivos sociales. Todo aquello es cierto y es muy importante. Claro está. No obstante, quiero desarrollar muy brevemente algunos elementos que cuestionan, por una parte, la idea unitaria de arqueología, aún reconociendo sus “clases” de práctica (científico/académica, de contrato y de difusión) y, por lo tanto, la derivación de una arqueología “nuestra” y la de un proyecto común. No me interesa aquí la crítica a la endogamia gremial, porque se presenta a sí misma, sino ofrecer algunas reflexiones para la historia de una arqueología situada, cuyo principio elemental es el reconocimiento de la disidencia, de la diferencia y de la contradicción.

La Arqueología como Campo Social. ¿Quiénes son nosotrxs?

En su comentario de 2016 al artículo de Ballester, Luis Cornejo cita a Pierre Bourdieu para decir “que, como cualquier práctica social, la arqueología se crea y recrea dentro de un campo social (...) en el cual siempre habrá una disputa por transformarlo o conservarlo” (Cornejo 2016:106). Recurre a este autor para argumentar los juegos que debieron jugarse durante las décadas pasadas “para construir la actual posición de nuestra disciplina” (Cornejo 2016:106). Lo que parece olvidar, no obstante, es que la posición de un campo (Bourdieu habla de autonomía del campo), no la define sólo el campo, y que las luchas por su continuidad o transformación, se generan entre agentes con capitales muy disímiles. Efectivamente, existe una tendencia en el análisis crítico de la arqueología nacional, a desconocer la dependencia, no sólo respecto a los centros de producción hegemónica de conocimiento, sino respecto a los campos sociales que establecen coacciones externas a sus condiciones de producción y reproducción intelectual, particularmente, aquellos dedicados a la producción simbólica. Para Bourdieu, el grado de autonomía de un campo respecto a lo que denomina “macrocosmos”, donde residen los campos que definen, por ejemplo las políticas públicas, depende del poder de refracción versus la heteronomía (Bourdieu 2012). Es decir, mientras más heterónomo un campo científico, más permeable es a los problemas exteriores, especialmente, a los políticos. Para una historia de la arqueología en Chile, es necesario, entonces, el reconocimiento de su autonomía de campo, mucho antes de arrastrar y validar una suerte de pecado original de los padres fundadores en la construcción de la identidad nacional, o el más original aún, del colonialismo antropológico.

La idea de grado de autonomía sirve, precisamente, para romper con la impresión de “ciencia pura”, liberada de las necesidades sociales por una parte, y “ciencia servil”, sometida a todas las exigencias político-económicas, por otra (Bourdieu 2012:75). En consecuencia, la brújula de Montané no requiere mapa, ya que el futuro de la arqueología no será otro que la tensión establecida entre los campos sociales de los que depende y las estrategias implementadas para incrementar su grado de autonomía. Si estas estrategias siguen reeditando la noción de una comunidad unitaria y una historia común y lineal, la historia de la arqueología será incapaz de establecer una memoria que sirva a un proyecto común o, al menos, sincero con sus contradicciones.

Entre esas contradicciones cabría destacar no sólo aquellas que se concretan en las omisiones a la producción teórico-política de quienes, como Julio Montané, fueran uno de sus agentes más prolíficos, sino precisamente, los silencios referidos a quienes no pudieron jugar el juego. Al campo no se le reconoce si se le mira desde la práctica del campo, por lo que una historia de la arqueología que no reedite una posición inocente y las clásicas omisiones omitidas, requiere ir a mirar no sólo contextos, sino condiciones sociales de producción y reproducción del conocimiento arqueológico como parte constitutiva de sus preguntas, métodos y estándares de admisibilidad, permanencia y promoción de sus agentes. Naturalmente, esto supone enfrentar la tarea de desarrollar una sociología de la historia disciplinaria que sea capaz de visualizar la estructura social que define las prácticas del campo científico, esto es, el estado de la relación de fuerzas entre los protagonistas de la lucha, agentes o instituciones, que haga visible no sólo la jerarquización de agentes, sino quienes no pudieron seguir sosteniendo su agencia.

Probablemente, sea esta una de las tareas más difíciles de una historia de la práctica disciplinaria, ya que supone una ruptura con sus representaciones sociales. Aquello requiere una mirada desde los cuerpos que sea capaz de hacer visible la estructura de clase de la disciplina, la jerarquización

sexual del trabajo especializado, los dominios de la precarización, la marginalización territorial y la fetichización del objeto de estudio con el advenimiento de la arqueología de contrato.

Hacia una Arqueología Encarnada

La observación en la modernidad es el ojo cíclope kantiano. La observación en la razón postmoderna es el ojo en ninguna parte. Ambas observaciones son miradas caníbales que devoran a su objeto en un ojo sin cuerpo, sin sujeto. Una de las características medulares de la producción de conocimiento hegemónica, la mirada del padre, es la de desconocer para sí mismo la localización de su mirada y cosificar su objeto de conocimiento. El ojo caníbal quiere verlo todo desde ningún lugar (Haraway 1991).

De la misma manera, la historia de la disciplina se ha reproducido deslocalizada, con agentes como personajes, en tanto autores, sin cuerpo, sin vida, sin realidad. En esa deslocalización permanente, omite agentes y sus condiciones sociales de existencia que son la explicación misma de la estructura de los agentes en el campo, y de quienes están en condiciones de acumular el capital simbólico suficiente para ganar las luchas en el campo. En contra del ojo caníbal, Haraway sostiene la necesidad de reivindicar la objetividad, pero una que sea capaz de re-conocerse parcial y provisoria. Titulé este comentario a estas notas sobre la arqueología chilena *Otras compañeras que no continuaron*, para destacar la silla al borde del camino que invita a sentarse en la comodidad de la mirada masculina sin cuerpo. *Otras compañeras que no continuaron*, es una lectura crítica a nuestras propias semióticas de producción de significado. En ellas, el núcleo ha sido la defensa de unos valores sublimados cuyas máximas se condesan muy bien en este pasaje:

“...hay una cosa que nos iguala, porque es trascendente. Se llama trabajo duro. Algo serio, responsable, estudioso, desinteresado, abnegado, constante, disciplinado, consecuente, productivo y comunitario. Sólo cultivando esto uno puede aspirar a merecer respeto intelectual, si es verdad que quieres ser arqueólogo en el mundo de la ciencia” (Gallardo 2016:105).

Valores sin cuerpos, valores como valores orientados al reconocimiento. Valores sin carne, valores sin sujetos, sin casa, sin cuentas, sin hijos, hijas ni hijes, sin pobla, sin micro, valores sin gente, sin zonas de sacrificio, valores para el respeto. Una arqueología encarnada buscaría, también, el registro del fracaso, de quienes no se titularon, de quienes el trabajo duro y serio no les alcanzó, de quienes no tuvieron barba ni tomaban el recorrido de la micro al nororiente de la capital.

La perspectiva parcial de la objetividad permite salir de la inocencia del universal nosotros y pone en marcha la responsabilidad, para sincerar desde qué lugar estamos viendo. Consecuentemente, una historia de la disciplina que no sea una reedición de la ortodoxia, buscaría salir de la pulsión identitaria de un proyecto común. Porque la identidad, a diferencia de las posiciones, es estanca y homogénea. Define antes que conoce. Al contrario, un conocimiento situado buscaría una apertura del sujeto. En primer lugar, no negándole, sino posicionando su existencia y reconociendo su multiplicidad, contradictoria, antagónica, parcial y provisoria.

Como el de toda ciencia, la historia de la arqueología es el reflejo de unas determinadas formas de vivir, de órdenes sociales con particulares prácticas de visualización, y de discursos morales, éticos y políticos que orientan los discursos de auto-representación. Bourdieu señala que el incremento

de autonomía de los campos científicos sólo es posible cuando se desarrolla una *desjerarquización* de la división social del trabajo al interior de éste, es decir, cuando se le asigna valor social no sólo a los subcampos de especialización, lo cual tendería tal como ha venido sucediendo desde la década de 1980 a la tecnificación y a la pérdida de reflexividad, sino a la diversidad de condiciones materiales en la que sus agentes llegan a serlo, y cómo y en qué circunstancias pueden acumular el capital simbólico necesario para luchar en el campo de acuerdo a sus diferentes posiciones en la realidad social total (Bourdieu 2012:116-117). Para la arqueología esto supone no sólo reconocer los ámbitos profesionales de la práctica, sino la diversidad de agentes que la integran, cuyas motivaciones político-morales no deberían porque guardar fidelidad a un proyecto de disciplina que se auto-representa como unitario.

Una historia de la disciplina que se haga cargo de la interpelación social que se hace a su ejercicio y a su producción de conocimiento, buscaría reemplazar el deseo caníbal de la mirada kantiana unitaria, por una objetividad situada, que le permita reconocer las diversidades situacionales de sus agentes en la configuración de su trayectoria histórica y, asimismo, su grado de autonomía frente a otros campos científicos y sociales. Se trata no sólo de un reemplazo teórico, sino de un giro ético-político en la producción de conocimiento, que hace frente a la necesidad de legitimar socialmente la práctica disciplinaria en un marco de conexiones solidarias entre epistemología política (Harding 1996). La piedra sólo se talla con el trabajo del cuerpo, y las miradas sin carne reivindican héroes, no personas.

Agradecimientos. A los editores por la invitación y la paciencia en tiempos distópicos. A Simón Urbina, por estimular estas reflexiones. A Arturo, por la lectura aguda.

Referencias Citadas

- Ballester, B. 2016. No necesitamos fronteras: comentarios tres décadas después. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 46:97-129.
- Berenguer, J. 1986. Nuevas fronteras de la Arqueología. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 4:11-15.
- Berenguer, J. 2016. Sentir que nada es igual, pero que todo es lo mismo: De lo sólido a lo líquido en la arqueología chilena: comentarios tres décadas después. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 46:107-115.
- Bourdieu, P. 2012. *Los usos sociales de la ciencia*. Claves, Buenos Aires.
- Castro, V. 2014. Trazas de los '60 a los '70. Entre la primavera y la tormenta. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 43/44: 97-129.
- Carrasco, C. 2006. La práctica arqueológica y la actual construcción de conocimiento arqueológico en Chile. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 39:35-50.
- Cornejo, L. 2016. La fuerza de gravedad: Comentario a "No necesitamos fronteras: Comentarios tres décadas después" de Benjamín Ballester. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 46:116-117.
- Gallardo, F. 2016. Volver a los 17, después de vivir un siglo. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 46:104-105.
- Haraway, D. 1991. *Ciencia, cyborgs y mujeres*. Crítica, Madrid.
- Harding, S. 1996. *Ciencia y feminismo*. Ediciones Morata, Madrid.

- Troncoso, A., D. Salazar y D. Jackson. 2008. Ciencia, Estado y Sociedad: retrospectiva crítica de la Arqueología Chilena. *Arqueología Suramericana* 4(2):122-145.
- Salazar, D., Jackson, D y A. Troncoso. 2011. Entre dos tierras: reflexiones sobre la arqueología chilena en el siglo XXI. En *Teoría Arqueológica en Chile: reflexionando en torno al nuestro quehacer disciplinario*, editado por P. Ayala y F. Vilches, pp. 41-71. Qillqa Ediciones, Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama.

RESPUESTA

Caminos quedan

Simón Urbina A.⁴

Esta réplica a los comentarios de Luis Cornejo, Benjamín Ballester y Andrea González (en ese orden recibidos) no vuelve necesariamente al contenido de los “apuntes”, pero sí espero se entienda mi profundo sentimiento de gratitud por haber aceptado participar de esta conversación. He tomado la libertad de escribir considerando los aspectos más subjetivos que han generado estas lecturas, reconociendo que lo esperado ya se encuentra dicho o será dicho en la tribuna de este Boletín. De esta manera, de la mano del miedo y la ansiedad que provocan las imágenes futuristas, las pesadillas panópticas y las melodías globalizantes que nos merodean y, sin querer redundar en el somero tratamiento sobre la arqueología chilena que intenté anotar, me concentraré en las reacciones, los escenarios y especialmente las metáforas, algunas antiguas y otras nuevas (Valdés 2017).

Arqueología ciberpunk

La ficción de nuestro futuro propuesta por Ridley Scott en *Blade Runner* (1982), inquietantemente audible en la banda sonora de Vangelis, incluye la idea sacrificial de la decadencia de Occidente, de nuestras ciudades con extensos basurales humeantes y áreas radioactivas periféricas, calles frías, multiculturales, consumo incógnito en noches eternas, bosques de rascacielos, neones gigantescos y autos voladores. La imagen perturbadora que propone Luis Cornejo en su comentario es uno de los filones donde debemos dejar la pluma tocar el papel y derrochar tinta (teclear el teclado suena mal), dejar caer miles de palabras desde lo alto de nuestros autos/computadores suspendidos en el aire.

Para escribir “los apuntes” trabajé (escribí) imaginando, porque nunca he visto uno de verdad, más bien un auto negro, muy brillante (lavado), marcos cromados, asientos de cuero (no se si natural o artificial), en un camino de tierra en un desierto colmado de luz celeste, cerros vivientes, cruzados por líneas de alta tensión; algo parecido a los caminos que cruzan la pampa del Tamarugal o Sonora y que en un rincón inesperado tropiezan con las ruinas de una salitrera o con la casa de Julio César. El mapa no es lo importante indicó Andrea González, le creo, reflexionar sobre los caminos, los autos y las sillas sí lo es. Fue un ejercicio de necesaria extradición a una frontera para quienes nos formamos como arqueólogos en Santiago y que debíamos viajar a hacer arqueología a cientos de kilómetros de distancia, pero el vértigo provocado de golpe al observar esos acantilados de concreto a kilómetros de altura y en monumentales ventanales iluminados por hologramas en la noche de los tiempos ha generado un caudal de ideas que conviene dejar entrar en esta réplica, sin que con ello se piense que somos (todavía) replicantes persiguiendo (comentando) a replicantes.

4 Escuela de Arqueología, Universidad Austral de Chile, Puerto Montt-Chile. simon.urbina@uach.cl

La amena deriva de las ciencias humanas y sociales hoy consiste en que tenemos, nos hemos entrenado en ello, una gran capacidad de análisis, comprensión e interpretación de las realidades sociales; de mediar entre fenómenos culturales, materiales e ideas que guían a otras personas y colectivos: los textos impresos de un museo, un libro de divulgación, un artículo (ojalá) muy leído, una conferencia multitudinaria (o ni tanto) en Zoom.

Ese poder del lenguaje hablado y escrito, las extrapolaciones e interpolaciones imaginativas, incluyendo la creación de mapas infinitos, visualizaciones completas de la superficie terrestre, prospecciones en Google Earth, fotografías microscópicas, cuadros cronológicos recostados sobre curvas de polen y fluctuaciones hídricas, reconstrucciones ideales de especies, artefactos, aldeas, paisajes, personas, se ven debilitadas por la fragmentación competitiva del trabajo y la creación intelectual encasillada, pero especialmente por el desincentivo a conocer nuestro pasado disciplinario con todas sus miserias, desencuentros y logros, como parte de nuestra identidad, y reconocerlo en sus dimensiones subjetivas siempre desde enunciaciones personales o ancladas en el lugar de proveniencia como me reprocha Benjamín Ballester.

¿Hacemos una arqueología hoy que contribuye a olvidar nuestro futuro? Alberto Santamaría escribió en 2008 el breve artículo *Zona De Ansiedad. Algo Sobre Arqueología Ciberpunk* en la Revista Quimera, donde, sin siquiera hablar de arqueología (pues arqueología se usa en literatura o filosofía para hablar de cosas distintas a nuestras arqueologías), traza la genealogía del movimiento literario y de obras de ficción cuyos despuntes se observaron en la primavera boreal de 1980 y las flores, con fuerza, entre 1983-1984 (Santamaría 2008:45). La cibernética⁵ definida en su significado moderno por el matemático Norbert Weiner en 1948, se basa en la idea según la cual los cuerpos biológicos como las máquinas son sistemas autorregulados y conectados, pues funcionan en términos de control y comunicación. Su cronología de la historia humana y de las máquinas, nos recuerda Santamaría, contempla cuatro fases: a) la era golémica o del mundo pretecnológico; b) la era de los relojes (siglo XVII-XVIII), c) la era del vapor (siglo XVIII-XIX), y d) la era de la cibernética (que es la nuestra), fundada en la comunicación y en el control, claves para el ciberpunk.

Pues bien, la arqueología ciberpunk nos hace vivir (o pensar que vivimos) en la apoteosis de lo instrumental, la arqueología entre personas y máquinas: nosotros, el computador, el celular, el GPS, el procesador de textos, la impresora y un infinito: el dron, el georradar, la estación total, el software para producir imágenes y gráficos, etc. Y sigo nuevamente a Santamaría, quien toma la expresión “*La calle usa las cosas a su modo*” de William Gibson, autor del *Neuromante* (1984), para estimar que a partir de ella y junto a la imagen del ciberespacio se construye un nuevo modelo de sublimidad en la era tecnológica, donde tecnología, naturaleza y ficción se unen, y en nuestra arqueología, a veces a duras penas, también se unen, colaboran y muchas veces o cada vez más, dependemos de esa unión; y, como señala González sacrificando reflexividad a raudales. Y agrega (Santamaría) que Gibson necesitaba en su obra el desequilibrio generado por el binomio ciberpunk para representar una cultura paradójica, sumida en el conflicto. Csicsery-Ronay en un artículo publicado por *Mississippi Review* de 1988, titulado *Cyberpunk and Neuromanticism*, establece que “*La cibernética es una paradoja: simultáneamente una visión sublime del poder humano sobre el azar y una argumentación sombría del proceso de expansión mecánica del capitalismo multinacional. La cibernética es, por tanto, en parte filosofía natural, en parte nigromancia y en parte ideología*” (Csicsery-Ronay 1988,

5 Del inglés cybernetics, y este del griego κυβερνητική *kybernētikē* “arte de gobernar una nave”. Diccionario RAE 2019.

en Santamaría 2008:47). Menos pesimista, Adriana Valdés sostiene que “*El conocimiento, en una era de mutación tecnológica, puede buscar metáforas nuevas. Las tecnologías modifican constantemente sus maneras de extender las capacidades humanas... o de inhibirlas*” (Valdés 2017:98-99) y hace referencia a la imprenta, al computador... y al ya mencionado automóvil (de tierra o volador da igual).⁶ ¿Qué aspectos de la arqueología nos hace arqueólogos/as? ¿Qué es lo natural y lo artificial cuando estudiamos la cultura material y las relaciones humanas?

El Pecado de los Pecados

Así designaba Lucien Febvre el anacronismo en la práctica historiográfica europea. Bueno, a la cabeza del árbol genealógico pondría a Medina (lo dije), más acá, también a Grete Mostny y a Victoria Castro. Diría, la arqueología chilena es (era) al menos un clan cónico jerárquico con múltiples linajes que han sufrido procesos de institucionalización y desarraigo de distinta naturaleza; todos ellos herederos de migraciones, guerras, agrupaciones e instituciones decimonónicas. La ancestralidad tiene en este punto un componente institucional: no es en particular Orellana, Thomas, Jackson, Invernizzi, Silva, Mellafe o Góngora; tampoco es exclusivamente arqueológica. Seguiré la metáfora etnológica de Ballester aquí (aunque me cueste): otras tribus se desarrollaron (y desarrollarán) en el norte y el sur, cuyas historias no podría intentar apuntar ni de cerca: bien valdría la pena analizarlas con sumo detalle. Es imposible que no haya referente tribal o totémico en esos casos, no hay razón de renunciar a su búsqueda y no hay pecado en reconocerlo, pues al parecer no hay pecado si no hay parricidio o anacronismo.

Ahora bien, al terminar el siglo XX veo diferentes clases sociales más que una predominante como si ocurre/ocurrió a fines del XIX. A principios del siglo XXI esto es evidente en la renovación de los cuadros directivos de los grupos corporativos, en la apertura de nuevas carreras y en los masivos ingresos con “gratuidad” a programas de pregrado en arqueología; y paralelamente veo que el antiguo clan parisino, londinense, madrileño, porteño, del DF, limeño, santiaguino ha estallado. Empezar rumbos errantes y no recordar a la parentela no es un problema, pues siempre otras/os vendrán y pondrán sus/tus/nuestros nombres en el árbol.

Sobre mi “diálogo anacrónico”, efectivamente, un recurso literario poco novedoso debo reconocer, los nombres, los períodos, las profesiones de origen, los grupos, la tensión y el conflicto no pueden diluirse en la licuadora de la globalización, ni en una suerte de Pangea digital sin fronteras. Ni d’Orbigny ni Bollaert fueron arqueólogos, pero, si bien nos son útiles para nuestras propias investigaciones pues podemos recortar con tijeras y recomponer nuestras interpretaciones con fragmentos de sus escritos, no los imagino de vacaciones anotando en sus diarios románticas descripciones de las costas y los pueblos sudamericanos; también (otra lectura) prospectaban recursos naturales (mineros) y logísticos (cabotaje) para sus estados coloniales.

6 Vuelvo a citar a Valdés (2017: 99), quien comenta la emergencia de la metáfora del mosaico (la yuxtaposición, los fragmentos) en el arte y la literatura y que en asociación con las nuevas tecnologías promueve en las nuevas generaciones razonamientos más intuitivos y menos lógicos; mentalidades más plásticas y aprendizajes más acelerados, en tensión con: “... la inhibición de algunas capacidades de razonamiento lineal que antes se daban por comunes a todas las personas educadas. Es decir, todo aquello que es un “medio” para “extender” nuestras capacidades tiene doble y triple filo. Repito a Nicanor Parra una vez más: “**El automóvil es una silla de ruedas**”. Lo que nos extiende también nos limita, y también nos modifica desde los hábitos físicos evidentes hasta lo más sutil de nuestro funcionamiento mental inconsciente” (el énfasis es nuestro).

Por otro lado, la Sociedad Arqueológica de Santiago era un grupo corporativo cuasi aristocrático de fines del siglo XIX, que por la misma razón creo supone valorar y analizar mejor su contribución y es mérito de Orellana haberla ubicado una “etapa orgánica inicial” del trabajo arqueológico; y tengo la impresión (una hipótesis suena mejor) que si escudriñamos un poco más en las actuaciones de sus integrantes veremos algunos hilos vitales que conducen a otros otros grupos (huaqueros y coleccionistas incluidos) y desarrollos institucionalizados de la arqueología chilena que valdría la pena estudiar.

Efectivamente creo haber incidido o reincidido en un diálogo anacrónico con un par de personajes que se han ocupado de historiar la disciplina para resaltar algunos olvidos recientes. La lista de hitos cronológicos del final de los “apuntes” es sólo un recurso didáctico y debo decir, en mi defensa, que he incluido y le he dado todo el crédito en el “hito 11” a Carlos Thomás, quien (no diré que fue el primero) revisó críticamente la historia del pensamiento arqueológico chileno antes que Orellana y siendo un estudiante de pregrado. Debo conceder, también escuchando a González, que demanda reconocer lo parcial y provisoria – y suma: social y sucia- de cualquier intento de historia objetiva, que los apuntes debieran haberse llamado “*Apuntes sobre historia de la arqueología desde Santiago de Chile (siglo XXI)*”, reconociendo también que la necesidad de construir un hilo conductor homogéneo o una temporalidad homogénea y lineal para nuestra disciplina pueda resultar inoficioso y casi ofensivo (para algunos/as) en nuestros días ya que fácilmente se percibe como presentar limpias y sin arrugas, unas historias con algunas secciones bien tenidas, otras llenas de pliegues, manchas y agujeros.

Aunque hoy no parece existir un proyecto unitario, “una arqueología chilena”, no puede ser considerado un pecado pensar que en algún rincón existe o ha existido, que en algún punto o en varios esas hebras (ideas, prácticas, errores y éxitos) se trenzan, anudan y también se cortan. Se necesita más trabajo sobre el “registro del fracaso” como indica González, más búsquedas de archivo, entrevistas, conversaciones, más escritura, más cambios en las condiciones laborales, más escuelas, revistas, si lo que se persigue es *desjerarquizar* la disciplina, trizar (o deconstruir) su auto-representación monolítica. Ese monolito (tal como el lanzón) puesto en algún punto subterráneo de campus Juan Gómez Millas o entre éste y el Museo Nacional de Historia Natural, es el reverso y la costura de la historia centralista y androcéntrica del país, y debemos reconocerlo, es parte de la historia de algunos/as de nosotros/as.

Por último, cabría plantearse la duda respecto a si rechazar el anacronismo en la interpretación de la(s) historia(s) de la disciplina es también rechazar el encuentro de temporalidades heterogéneas y no concordantes (Rancière 2017:99-100), ya sea en los tiempos actuales y en otros tiempos pasados también heterogéneos. No habría en esos términos una linealidad evolutiva y por tanto una infancia (ayer), madurez (hoy) y decaimiento (mañana) para nuestra disciplina. Mi apuesta es: caminos quedan.

Referencias Citadas

- Real Académica Española. 2019. Diccionario de la lengua española, 23.^a ed., versión 23.3 en línea. <https://dle.rae.es> (11 noviembre 2020).
- Rancière, J. 2017. *Historia y relato*. Traducción y entrevista de Carlos Pérez López. Editorial Catálogo, Viña del Mar.

- García, M. 2010. Piedra Negra [Grabada por Manuel Gacía]. En: S/T [CD]. Oveja Negra, Santiago.
- Santamaría, A. 2008. Zona de ansiedad. Algo sobre arqueología ciberpunk. *Revista Quimera* 290:45-48.
- Valdés, A. 2017. Redefinir lo humano. Las humanidades en el siglo veintiuno. *Anales del Instituto de Chile XXXVI* (Estudios):85-110.

El Futuro que no fue: Tres Tesis sobre la Arqueología Chilena Contemporánea

Simón Sierralta Navarro¹

Resumen

Se discute respecto del rol que jugaron el Golpe de Estado de 1973 y la última Dictadura cívico-militar, en tanto procesos fundacionales del Chile contemporáneo, en el desarrollo de la ciencia arqueológica y de las condiciones actuales en las que esta se desenvuelve. Se problematizan trabajos previos respecto a la historia de la arqueología chilena en el siglo XX, y frente a planteamientos recientes que han abogado por abandonar parcialmente los esfuerzos historiográficos sobre la disciplina, se contrapone la idea de que el debate interno debe realizarse sobre una historia que ha sido poco visibilizada. Sobre esa base, se proponen tres tesis de provocación que buscan volver a pensar sobre temas hasta ahora pasados por alto, a partir de las cuales se plantean diversas aristas problemáticas, en general vinculadas con la relación entre la práctica arqueológica y la sociedad en general, buscando sus expresiones en los hechos históricos concretos.

Palabras clave: arqueología chilena, Golpe de Estado, Dictadura, proceso histórico, debate

Abstract

This paper examines the impact of the 1973 Coup d'état and the military-civic dictatorship, as foundational processes of modern Chile, on the development of Archaeology and the current conditions under which it is conducted. Previous assessments of the history of Chilean Archaeology in the 20th century are examined. Although recent publications have urged for an abandonment of historiographic efforts, I argue that an internal debate must be done based on the analysis of a partially invisible history. On the bases of that premise, I propose three 'incitement theses' that question themes thus far ignored. These theses put forward issues associated to archaeological practice and society, and their relationship with historical events and processes.

Keywords: chilean archaeology, Coup d'état, Dictatorship, historical process, debate

En el último tiempo, una serie de coyunturas políticas a nivel nacional han mostrado la relevancia contemporánea del patrimonio histórico-cultural como escenario de disputa respecto a los sentidos comunes de construcción de la sociedad. Discusiones y conflictos en torno a la definición de sitios de memoria, o la reivindicación de figuras y orgánicas de la izquierda institucional y revolucionaria, así como de funcionarios civiles de la Dictadura y militares condenados por crímenes de lesa humanidad, han mostrado que no era tal aquella transición que se había dado clausurada con el primer triunfo presidencial de la derecha en 2009 (ver *infra*). Se volvió patente que, pese a las promesas de 1990, aún no estamos de acuerdo en la historia que debemos contar. En diversos espacios, y con distintos resultados, parece haberse revitalizado la discusión respecto a los límites y las direcciones de construcción de la historia en tanto memoria social, por una parte, y en tanto verdad nacional, por otra (Rubio 2012; Monsálvez 2016; Valdés y Fauré 2018). Por supuesto, el

¹ Dirección Museológica, Universidad Austral de Chile. simon.sierralta@uach.cl

nudo principal del asunto se ha desarrollado en torno al proceso histórico comprendido por el gobierno de la Unidad Popular, el Golpe de Estado, la contrarrevolución neoliberal y el proceso de resistencia y restauración democrática a finales de la década de 1980. Consensos y silencios, que se habían establecido con pretensión marmórea durante las primeras dos décadas de la transición, han sido cuestionados desde perspectivas múltiples, en un escenario internacional de crisis económica generalizada y agudización política creciente (Cortés 2018; Garretón 2016). Esto no expresa solamente una contingencia específica de instrumentalización ideológica de la historia o el patrimonio, sino que revela la existencia de una fisura estructural en la sociedad chilena de posdictadura, relacionada sobre todo con las estrategias de opacidad que se utilizaron para legitimar la continuidad del proyecto neoliberal (Gaudichaud 2015). Tal parece ser que no existe un relato público sincero respecto a cómo llegamos hasta aquí.

Pero ¿qué tiene que ver eso con la arqueología? Frecuentemente se ha señalado la relevancia de la memoria histórica en tanto herramienta para dotar de sentido los caminos del presente. Con justa razón, cualquiera de nosotros podría acudir al lugar común de situar parte importante del valor del patrimonio cultural –y en particular del patrimonio arqueológico– en su condición de testimonio vivo de la historia. Probablemente por ello, uno de los ejercicios que se acometen periódicamente es el de testimoniar y revisar críticamente los procesos que, desde sus orígenes en la segunda mitad del siglo XIX, han dado forma a los escenarios específicos de la arqueología y su práctica, con diversidad de escalas geográficas y temporales (v.g. Carrión *et al.* 2015; Castro 2014; Castro y Núñez 1995; Orellana 1991, 1996; Politis 2003; Salazar *et al.* 2012; Troncoso *et al.* 2006).

Considerando lo anterior, existen dos cuestiones –cauces paralelos y retroalimentados– en que me parece que la arqueología chilena de las últimas décadas no ha reflexionado suficiente. Una de ellas ya ha sido planteada inicialmente por Ballester (2016a), y corresponde a la reflexión respecto del impacto que tuvieron el Golpe de Estado, la Dictadura cívico-militar, y su construcción social continuada por la Concertación, en el desarrollo concreto de nuestra disciplina y en su estado actual. La segunda ha sido abordada en términos locales por algunos trabajos previos (Ayala 2014, 2017; Sierralta 2017; Vidal 2019), pero no ha tomado una forma teórica general y sólida, y refiere a la autorreflexión respecto del componente ideológico en la interpretación y la producción del discurso histórico en arqueología, y las consecuencias que el volcamiento hacia la sociedad civil de ese contenido ideológicamente cargado tiene en la construcción social más allá de los aspectos patrimoniales. En otras palabras, el entender la arqueología como Ciencia Social no exclusivamente en el sentido de que estudia problemáticas *sociales* en el pasado, sino también en tanto reflexiona sobre sí misma dentro de su contexto.

Quiero decir con esto último que hay una perspectiva que la arqueología chilena mayoritariamente ha pasado por alto, y que hace un contrapunto al intercambio de Ballester (2016a) y Berenguer (2016) respecto del carácter social –o no– de la praxis disciplinar local. Mientras el primero quiso descolocar nuestra *vox populi* contemporánea al respecto, señalando que “la sociedad como temática está casi completamente exiliada de nuestra arqueología” (Ballester 2016a: 98), el segundo atribuyó esto al capricho *millennial* de una generación que “siente que aún no regresan cosas que los mayores estiman ya retornaron.” (Berenguer 2016: 108). Pero finalmente, como concluía al final de su réplica, la distancia entre ambos no parecía tanta, pues la discusión se centraba en apreciaciones que, desde una óptica particular, piensan que la de enfrente no da el salto hacia el objeto de conocimiento *correcto* desde el objeto de estudio que caracteriza nuestra ciencia. En fácil, que no están buscando en el pasado lo que hay que buscar.

Aunque sin duda agitó las aguas de una discusión necesaria, quisiera retrotraerme aún más allá de lo que lo hizo Ballester en su *revival* de la voz de los '80, y así cerrar esta introducción desempolvando un nudo crítico que me permita abordar los dos brazos del río que he propuesto. En 1971, la Comisión de Ciencias Humanas del Primer Congreso Nacional de Científicos aprobaba un informe redactado por Julio Montané, que expresaba que “el futuro de la arqueología no es otro que el futuro de los chilenos. En la medida que el pueblo de Chile forja su camino, la arqueología también sabrá ir encontrando el suyo” (Montané 1972: 4). Al año siguiente, un grupo de investigadores con base en la Universidad de Chile Sede Antofagasta, particularizaban ese futuro en un párrafo tajante:

“La investigación arqueológica deberá aportar a nuestro actual proceso todas las particularidades de nuestra realidad, pasada y presente, teniendo en mente que, sin una racional lucha ideológica, las formulaciones teóricas y consecuentemente prácticas [no] darán una clarificación al destino de la arqueología regional. Es necesario reiterar que el futuro de la arqueología está en el futuro de Chile y bajo estos términos entendemos que la situación general del país repercute en el desarrollo de esta ciencia del hombre” (Montané *et al.* 1972:12).

Sobra decir que tras el Golpe de Estado el devenir de Chile y su arqueología fueron radicalmente distintos a lo que dicho programa pretendía. Al respecto, mi primera tesis o provocación es que, en lo tocante a nuestra disciplina, dicho evento y sus consecuencias no han sido abordados públicamente con el detalle que amerita como hecho fundacional del Chile contemporáneo. Mi segunda provocación, quizás algo obvia, es que la concepción global que los arqueólogos chilenos manejan sobre la arqueología, su discurso, la prehistoria y la Historia en general, está determinada por el proceso político-social que comenzó en 1973, se consolidó a partir de 1988, y sigue aún en desarrollo. Mi tercera tesis, por último, es que la falta de reflexión sobre las dos anteriores, pese a las habituales declaraciones de compromiso social en la práctica arqueológica, ha determinado la incapacidad de sobreponerse a los marcos institucionales y políticos impuestos, estableciendo un escenario de progresivo alejamiento entre la arqueología y su realidad social. Desarrollar y discutir más acabadamente estas ideas es una tarea de largo aliento, que debiese ser abordada colectivamente a partir de la reactivación del debate político en el seno de la arqueología chilena. Por ello, mi expectativa aquí no es presentar una resolución del nudo del problema, sino ofrecer, en tanto arqueólogo chileno (i.e. desde dentro del mismo intrínquilis), algunas perspectivas que pudieran aportar una nueva vieja mirada sobre la vieja nueva cuestión.

Primera tesis – El golpe a la disciplina

Decir simplemente que no se ha dicho nada sobre los efectos del Golpe en la arqueología chilena sería faltar a la verdad. Las primeras reflexiones publicadas al respecto corresponden a trabajos de síntesis de la historia de la disciplina en los que Mario Orellana (1991, 1996) revisaba y actualizaba las propuestas historiográficas que había hecho algunos años antes (Orellana 1982), con el objeto de comprender su desarrollo y explorar sus potencialidades futuras. Contrario a la tesis aquí planteada, Orellana parece considerar allí a la Dictadura como un período significativo, pero no fundamental, incluido dentro de un proceso general de renovación disciplinar que se extendería entre 1960 y 1990.

En ese sentido, relata en primera persona un escenario nacional en el que las posiciones marxistas “dogmáticas y uniideológicas” (Orellana 1996:26), que aparecían también en la arqueología como una de las posiciones teóricas en el marco de su proceso de modernización, habían generado como respuesta una intervención militar que desembocó en el aplastamiento del espacio académico. De este modo, Orellana describe el panorama como “una situación política nacional que produjo una interrupción en el desarrollo normal de las disciplinas” (Orellana 1991: 17), alineándose así con las lecturas que ponían en el proyecto revolucionario la justificación de la brutalidad militar.

Su interpretación parece ser que a fines de los sesenta la arqueología chilena transitaba por un período de consolidación institucional conducido por él mismo y otros (como Grete Mostny y Bernardo Berdichewsky), pero que se veía tensionado por posiciones políticas destructivas y “alejadas del pensamiento crítico”, particularizadas sobre todo en la figura de Julio Montané (Orellana 1996:16, 175). Pese a ello, esta fuerza modernizadora, vinculada al proceso general de Reforma Universitaria, había permitido dar un salto cualitativo en términos institucionales, conformando escuelas de formación, grupos de investigación, y la Sociedad Chilena de Arqueología, lo que parecía augurar un futuro auspicioso para la disciplina. Luego, y aunque inicialmente establecía como propuesta historiar la arqueología hasta 1990, Orellana parece cortar el relato abruptamente con el Golpe de Estado, señalando en términos generales que la intervención militar había constituido un freno en el natural desarrollo de las tendencias que se desarrollaban desde los centros académicos. Sin embargo, y quizás en forma algo sorprendente, en sus conclusiones relativiza el efecto de este freno, pues termina concluyendo simplemente que, “a partir de 1960, se ha podido observar una organización más compleja de la disciplina, más institucional, en donde los museos y universidades han jugado un papel importante, agregándose a ellas la Sociedad Chilena de Arqueología” (Orellana 1996: 190). Es decir que, tras discutir ampliamente la importancia del contexto sociopolítico para el desarrollo de la disciplina hasta 1973, parece establecer que las últimas dos décadas le habían pasado relativamente por el costado: pese a la intervención institucional y los recortes presupuestarios, se había logrado mantener la máquina en marcha –con discursos cuidados y trabajo silencioso– hasta la liberación de 1988–1990. Si se quiere, habían sido años de una arqueología de baja intensidad, pero que en el marco de esta historia algo evolucionista no transformaba la dirección de los acontecimientos. Una opinión similar es la de Cornejo (1997:13), que se remite a señalar las condiciones de represión como el marco general en el que se producía el avance profesionalizante de la arqueología.

Troncoso *et al.* (2006, 2008) parecen haber hecho eco en algún grado de dicha lectura. Aunque sin la visión crítica de Orellana respecto de las posturas materialistas históricas y su rol destructivo, en tensión contra propuestas más moderadas y enraizadas en el historicismo cultural y el ecologismo anglosajones, su lectura de los efectos del Golpe de Estado es similar. El panorama desde finales de la década de 1960 mostraba una progresiva institucionalización promovida por el Estado, a través de la promulgación de la Ley de Monumentos Nacionales, y las instituciones académicas que impulsaban la reforma y fomentaban la organización progresiva de los investigadores. La intervención militar habría implicado el cierre institucional y el silencio teórico a través de la represión y del exilio. A partir de ese momento, se desarrollaría la “arqueología en el silencio” (Troncoso *et al.* 2008:128). Siempre desde un punto de vista predominantemente teórico, analizan en mayor profundidad lo ocurrido durante la Dictadura, caracterizando esta arqueología de baja intensidad (*sensu* Vásquez León 2003): proponen que las condiciones políticas reorientaron la mirada arqueológica para coger como referentes los trabajos norteamericanos, y que aquellos que habían rondado la mesa del marxismo se ocultaron en el materialismo del procesualismo. El positivismo hegemonizaba el panorama epistemológico, subsidiado por la implantación progresiva de sistemas de financiamiento basados

en la competencia. Asimismo, postulan una nueva dimensión para explorar: si el período anterior mostraba una efervescencia y un impulso teórico que, además, promovía la apertura internacional y la discusión amplia con arqueólogos de otros países, expresada en la colaboración con científicos de múltiples nacionalidades, con la Dictadura se produjo un cierre interno, que se observa tanto en una disminución del acervo bibliográfico y la magnitud de la discusión teórica en términos globales, como en el desarrollo de una “microarqueología” fundada en lo local que reprodujo las condiciones de aislamiento del país en el contexto internacional” (Troncoso *et al.* 2008: 131).

Al disponer de una década más de perspectiva temporal que Orellana, Troncoso *et al.* (2006, 2008) logran delinear con bastante asertividad el escenario de la arqueología durante el ciclo concertacionista. En términos institucionales, exponen la grieta –aún en franca profundización– entre la arqueología académica y la de corte empresarial, y en términos teóricos proponen una tesis que ha pasado algo desapercibida para reflexiones posteriores (v.g. Carrión *et al.* 2015), pero que resulta bastante interesante, y más aún cuando hoy sendas camadas de investigadores jóvenes se especializan en la vieja Europa impulsados por el programa de Becas Chile (Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica 2019; Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo 2020) “[desde 1973] la producción de la arqueología chilena ha seguido los lineamientos de las relaciones internacionales definidas y establecidas por el gobierno” (Troncoso *et al.* 2008: 136). Por último, destacan el surgimiento marginal de una serie de prácticas que respondieron a demandas contingentes determinadas por el cambio en las condiciones sociopolíticas y culturales a nivel mundial a fines del siglo XX: el involucramiento en casos de DD.HH., el desarrollo de trabajos de arqueología indígena, y el surgimiento de la cuestión patrimonial como una problemática (v.g. Ávalos y Ladrón de Guevara 2000; Ayala 2006; Cáceres 2011).

Más recientemente, el trabajo de Carrión *et al.* (2015) ha reflexionado sobre el devenir teórico y práctico de la arqueología nacional desde la perspectiva del proyecto histórico de la Arqueología Social Latinoamericana, el cual diagnostica como efectivamente erradicado a partir de la represión desatada en 1973. A partir de ello, centrándose en el período posterior a la restauración democrática, coincide en buena parte con el diagnóstico general de Troncoso *et al.* (2008) para realizar una evaluación crítica más específica, respecto de cómo “otras arqueologías” que se plantean desde el compromiso social, han fallado en retomar las tareas históricas de generar propuestas éticas, políticas y teóricas propias. Esto es atribuido por partes iguales a los efectos de los años de persecución del marxismo, al oportunismo teórico de los investigadores en los últimos treinta años, y a una hegemónica concepción normativa de la práctica científica sin dimensiones política e histórica (Carrión *et al.* 2015: 106).

En suma, los tres trabajos han abordado la cuestión del Golpe de Estado en forma general y poniendo de relevancia dos dimensiones: la intervención militar de las instituciones universitarias, y el modelamiento teórico que implicó la represión de los discursos con tintes marxistas, por un lado, y el favorecimiento de los marcos conceptuales procesuales norteamericanos. Se señala también, como un hecho de la causa, el exilio de Julio Montané y Luis Felipe Bate, entendidos como estandartes de la Arqueología Social Latinoamericana y luego un ejemplo de la extirpación de esta escuela del escenario teórico nacional. Por último, parecen coincidir en que el panorama de la arqueología tras la salida de Pinochet es un producto combinado de las estrategias de fomento a la investigación desplegadas por la Concertación, y de una colectividad de arqueólogos en algún grado complacientes e individualistas.

A mi juicio, esta interpretación parece aún algo superficial para dar cuenta del alcance real de la intervención militar, pues se ha fundamentado en tres premisas correctas, pero demasiado generales: la intervención institucional, la represión teórica, y el exilio de algunos investigadores específicos. En ese sentido, discrepo con propuestas que abogan por superar los esfuerzos historiográficos (v.g. Ballester 2016a): historiografiar la disciplina con mayor detalle es aún una tarea pendiente para desmitificar los procesos vividos. Así, por ejemplo, Salazar et al. (2017) han desarrollado una extensa e interesante reflexión respecto al programa FONDECYT, su dimensión política y su efecto en el desarrollo de la investigación científica en arqueología, pero sin considerar que fue estructurado bajo la égida de Miguel Kast –uno de los principales ideólogos del neoliberalismo nacional– y Alfredo Prieto, ministro de Educación y colaborador de la CNI (Monckeberg 2017; Weibel 2017). Más allá de los nombres propios, esto pone de relevancia que el sistema actual de financiamiento a la investigación forma parte de un proyecto económico, político y de clase específico y de amplio alcance, que en este caso se expresó en un giro desde el foco en las instituciones universitarias del Estado, hacia uno en la competencia entre investigadores particulares.

Otro aspecto en común de las aproximaciones a la historia de la arqueología en los últimos 45 años es que todas parecen considerar el proceso vivido desde 1973 como una externalidad. Es decir, que las condiciones impuestas a partir del Golpe se configuran desde fuera de la arqueología, una disciplina que corría su historia independiente, introduciendo un factor disruptivo en lo que parecía su natural desarrollo en el seno de la República. Orellana (1991, 1996) sugiere una fractura temporal en el ciclo evolutivo de la arqueología, Troncoso *et al.* (2008) proponen más críticamente que la poca voluntad y reflexión de los investigadores implica su sujeción a los vaivenes de las políticas exteriores del Estado, y Carrión *et al.* (2015) adhieren a las tesis que los preceden poniendo especial énfasis en la despolitización producto del despliegue represivo. Ante la ausencia de una exploración historiográfica más profunda de la arqueología en esos años, parece difícil un ejercicio intelectual diferente: ¿con qué argumentos? Pero sin duda, la relación de la ciencia con la política no es la de una cáscara de nuez transportada *a piacere* por las mareas cambiantes de la realidad social, sino una parte integrante de ellas, en cuyo seno residen y se desenvuelven las propias expresiones de dichos procesos al tiempo que dialogan con el contexto general.

La dimensión interna de la historia se expresa, en parte, en el natural involucramiento de arqueólogas y arqueólogos en la dinámica del período. No se trata de una comunidad cerrada, ni es la disciplina una entidad abstracta, que pudiesen ser simplemente intervenidas o influidas por agentes externos o la mano omnipotente del Estado. Por el contrario, existen múltiples puntos de intersección entre el proceso que desembocó en la Unidad Popular, por un lado, y la reacción golpista por el otro, en los que participaron investigadores y estudiantes. Los registros son escasos, pero elocuentes. Montané y el núcleo de investigadores de Antofagasta –Patricio y Lautaro Núñez, Víctor Bustos, Branko Marinov, entre otros– y su diagnóstico de la arqueología nacional y nortina con miras a la construcción del socialismo (Montané 1972; Montané et al. 1972); la organización del Primer Congreso del Hombre Andino en 1973; o la invitación de la Universidad de Concepción a Luis Lumbreras, que desembocara en su libro *La Arqueología como Ciencia Social*; son pequeños ejemplos de una parte del asunto. La lista de personas que, según algunos testimonios (Lautaro Núñez, luego Jorge Hidalgo y también Hans Niemeyer, en Castro y Núñez 1995:16–18), Mario Orellana habría entregado al rector militar de la Universidad del Norte, el coronel Danyau, y que de acuerdo a esos testimonios habría frustrado la realización del Congreso Nacional de Arica (no obstante, ver descargos en Orellana 1995:41–44), contrasta con el rechazo de Grete Mosny, a realizar una lista de funcionarios del Museo Nacional de Historia Natural (Julie Palma, en Castro y Núñez

1995:16). Otras historias, sin duda, permanecen por ahora sólo en la memoria de los involucrados. En todo caso, más allá de los juicios celebratorios o admonitorios que cada uno hará, y de las trayectorias personales que el trance histórico influyó, la pregunta que cabe hacerse es: ¿cómo puede haber afectado esto al desarrollo de la arqueología chilena?

Las aristas son numerosas y difíciles de explorar, por lo cual reafirmo la necesidad de reconstruir y pensar la historia con mayor acuciosidad. Tomemos por caso la pérdida de contingente humano –no reducida únicamente al emblemático exilio de Julio Montané y Luis Felipe Bate–, que implica la necesidad de ponderar, aunque sea subjetivamente, el impacto de la merma de una colectividad que daba el impulso definitivo hacia una arqueología consolidada académicamente (Troncoso et al 2006). A modo de ejemplo, escojamos tres nombres: Bernardo Berdichewsky, Julia Monleón, Guacolda Boisset. Sobre el primero, resulta innecesario abundar sobre sus aportes a la fundación de la arqueología científica en Chile, detenidos abruptamente por su autoexilio en Canadá (v.g. Berdichewsky 1963, 1964). Respecto a la segunda, en un trabajo anterior he argumentado sobre los aspectos políticos de la narrativa arqueológica nacional en el Gulumapu, y los dispositivos de segregación entre el pasado prehispánico y el pueblo mapuche contemporáneo (Sierralta 2017). La tesis de grado de Monleón (1976), daba un paso en un sentido algo diferente que integraba el discurso arqueológico con las comunidades vivas, pero que tras su exilio en España estuvo extraviado largas décadas hasta su reciente repatriación gracias a su hija (Roberto Campbell com. pers.). El caso de Guacolda Boisset, en parte expuesto por Ballester (2016b), es decidor: fue una de las principales artífices de la carrera de la Universidad del Norte, y una de las pioneras en la arqueología costera de Antofagasta, pero abandonó para siempre la arqueología cuando dicho proyecto fue cercenado por la mano militar.

Podrían sumarse otros nombres, recurrentes en testimonios que relatan los años anteriores al Golpe (Berenguer 2014; Castro 2014; Castro y Núñez 1995; Massone 2014; Brinck et al. 2019), como Zulema Seguel, Mario Rivera, Ángela Jeria o Freddy Taberna, ejecutado en Pisagua en 1973 (Núñez 2015). El punto, más allá del justo y necesario ejercicio de memoria histórica, es que esto tiene un impacto en términos prácticos en el desarrollo de la arqueología. Montané, independiente de su proyecto materialista histórico, había inaugurado la perspectiva geoarqueológica en Chile con propuestas de fechamiento de terrazas marinas y fluviales (Montané 1964, 1968a); al mismo tiempo, su trabajo en Tagua Tagua le permitía situar un contexto chileno en la discusión internacional, abordar cuestiones paleoclimáticas, y publicarse en *Science* (Montané 1967, 1968b). Boisset, igualmente innovadora, participaba de la vanguardia que se abocaba a la crítica de los vetustos marcos cronológicos para el Norte Grande, con excavaciones sistemáticas y fechados radiocarbónicos más bien inéditos entre investigadores chilenos de la zona (Ballester 2016b; Boisset y Llagostera 1971). Zulema Seguel era la mano conductora del proyecto de la Universidad de Concepción. Luis Felipe Bate, aunque apenas comenzaba su carrera, ya proponía metodologías más actualizadas de análisis lítico (Bate 1971), una especialidad que tras su exilio vio pasar veinte años de escaso desarrollo hasta la llegada de Donald Jackson a comienzos de los noventa.

Institucionalmente procede hacer una reflexión similar. Habitualmente se ha señalado que la Dictadura procedió a cerrar las carreras nacientes en Concepción y Antofagasta. Limitarse a esto resulta tan cierto como insuficiente. Desde su inauguración en los años sesenta, la Universidad de Concepción no era sólo un nuevo espacio de formación de profesionales. Constituía un polo de desarrollo teórico y social significativo, que había logrado atraer a diversos investigadores nacionales e internacionales: Annette Laming, Luis Guillermo Lumbreras, Julio Montané, Milan Stuchlik,

Jorge Hidalgo, Bente Bitmann, entre otros (Garbulsky 1998). La publicación de la revista *Rehue* buscaba amalgamar las distintas ramas de la investigación antropológica y, por otro lado, al revisar sus cuatro números, resulta un claro documento del rápido tránsito desde una perspectiva científica crítica a una perspectiva científica revolucionaria. Su cierre progresivo culminó en 1976, e implicó no sólo un espacio menos de producción y formación, sino la eliminación de un programa de desarrollo científico que apuntaba a la construcción de una arqueología y antropología diferentes. Incluso desde una perspectiva de la experiencia subjetiva, remitirse sólo a recordar su cierre parece eufemístico, considerando que buena parte del plantel de profesores fue encarcelado primero, y exonerado después (Castro y Núñez 1995; Garbulsky 1998).

El caso de la Universidad del Norte es similar. Además de constituirse como un espacio de formación de cuadros profesionales, fue un nodo de investigación crítica y de relaciones científico-políticas interprovinciales e internacionales, con múltiples expresiones orgánicas: la organización del Primer Congreso del Hombre Andino, la creación del Centro Isluga (Castro y Núñez 1995), y la articulación regional del Comité de Arqueología del Norte (Rivera 1972). Varios de los involucrados han señalado la inesperada disposición del rector designado, coronel Danyau, que tuvo una actitud diferente y durante su mandato trató de mantener la actividad académica, lo cual duró algunos años hasta que fue sustituido. Aun así, a los pocos años la destrucción del proyecto era total: “me acerqué a Lautaro [Núñez] con el fin de buscar una estrategia para salvar lo que quedaba de nosotros (3 de 30)” (A. Llagostera en Castro y Núñez 1995: 25, el destacado es mío).

No son estos los únicos ejemplos. Durante las décadas anteriores, la arqueología chilena había estado en un proceso permanente de descentralización. El Museo Arqueológico de La Serena poseía una tradición larga de investigadores que transitó desde los pioneros Francisco Cornely y Jorge Iribarren, hasta el trashumante Julio Montané, Gonzalo Ampuero y Mario Rivera. Arica contaba, independiente de la Universidad del Norte, con una tradición arqueológica que por razones lógicas puede retrotraerse hasta Max Uhle, y que en 1972 contaba con doce profesionales activos en la investigación que creaban el Centro Antropológico de Arica (Rivera 1972). En Magallanes, el Instituto de la Patagonia fue fundado por iniciativa privada en 1969, incorporó a Omar Ortiz-Troncoso como arqueólogo residente y comenzó en 1970 la publicación de los *Anales del Instituto de la Patagonia*, documento ineludible en la investigación del sur austral (Martinic 2009). Si a ello sumamos Valparaíso, donde tuvieron su residencia académica Jorge Silva y –nuevamente– Julio Montané, podemos pensar en un escenario, para principios de los setenta, con al menos seis polos de desarrollo académico relativamente autónomos, estructurados orgánicamente y con programas de investigación cuando menos en vías de consolidarse. Esto puede ser contrastado con la estructura significativamente centralista que ha mostrado el sistema FONDECYT desde 1982 a la fecha, como han mostrado certeramente Salazar *et al.* (2017). Quizás recientemente –40 años después–, con la apertura de carreras universitarias en la Universidad Católica de Temuco y la Universidad Austral de Chile, y el potenciamiento de instituciones como el Centro de Investigación en Ecosistemas de la Patagonia en Aisén, parece comenzar a abrirse el espectro territorial de los núcleos de formación e investigación, esta vez sobre la base de iniciativas privadas.

Los efectos del Golpe y la persecución ideológica en términos teóricos sí han sido más analizados, principalmente gracias al enfoque particular de Troncoso *et al.* (2008). Por una parte, resulta claro cuando se trata de aquellos que desde el exilio defendieron abiertamente las banderas del materialismo histórico y la Arqueología Social Latinoamericana, si bien esa es en parte una reflexión ex-post. La Arqueología Social Latinoamericana, como corriente de pensamiento, no

existía aún para 1973: su documento fundacional, el manifiesto de Teotihuacán, fue trabajado dos años después, con Montané y Bate ya en el exilio (Lorenzo *et al.* 1979), y su desarrollo real como escuela teórica no ocurrió sino hasta la década de los ochenta. El antecedente más temprano del trabajo marxista de Bate (1974), *Orígenes de la comunidad primitiva en Patagonia* vio la luz cuando este ya se encontraba en México.

Por otra parte, la perspectiva crítica latinoamericanista no fue exclusiva de lo que más tarde se conoció como Arqueología Social Latinoamericana, y es difícil de estimar el impacto que tuvo a largo plazo el desplazamiento del interés teórico desde este enfoque hacia la línea directa con la producción estadounidense. En 1973, algunos simposios del Primer Congreso del Hombre Andino versaban sobre “El rol de la sociedad andina en el tránsito al socialismo”, las “Bases para la planificación del desarrollo de la sociedad andina en el norte de Chile” y los “Problemas básicos del estudio de la sociedad campesina pre-europea: la revolución campesina y el proceso de agriculturización”. La Universidad del Norte publicaba una bien desarrollada interpretación general de estos problemas en clave teórica marxista, señalando transiciones entre modos de producción y formaciones económicas (Núñez 1974), pero luego se había producido una transición rápida y forzosa hacia marcos teóricos de corte ecologista (Núñez y Dillehay 1978 [1995]). Diez años después del Golpe, en las Primeras Jornadas de Arqueología y Ciencia² (1983), las discusiones de una generación distinta giraban principalmente en torno a las propuestas de Clarke (Suárez y González 1983), Chang (Fernández y Cornejo 1983), la arqueología conductual (Berenguer 1983) o Watson, Redman y Leblanc (Gallardo 1983). En esta primera edición (1983), aún Luis Lumbreras fue el invitado de honor para la charla de clausura. Para la segunda (1984) ya lo fue Michael Schiffer. En un contexto más amplio, podríamos quizás contemplar el contraste de largo aliento de una academia que podía proponer como un referente a la Checoslovaquia comunista (Núñez 1969), y aquella que en 1997 invitaba a su Congreso Nacional a Lewis Binford e Ian Hodder para presenciar en vivo el debate anglosajón de la década anterior. Los ejemplos citados son un tanto específicos, y sin duda no pretendo proponer una lectura homogénea de los escenarios previo y posterior a 1973, pero aun así representan una parte significativa de la discusión científica de cada período.

Lo que presento arriba no es más que una breve recopilación de datos puntuales, por lo demás asistemática (algunos juzgarán antojadiza), desde algunas fuentes dispersas que dibujan un panorama quizás tan incompleto como el que he interpelado. Probablemente, aquellos que vivieron esos años, o parte de ellos, consideren que no digo nada nuevo, o que desde el desconocimiento agito aguas ya afortunadamente bien decantadas. Esta porción de la historia chilena no ha sido habitualmente fácil de abordar, y la arqueología no está exenta de aquello. No es gratuito que José Berenguer señalara, en la presentación de la publicación de las Jornadas por los 30 años de la Sociedad Chilena de Arqueología, que “La Mesa de la Generación de los ’70 fue la más complicada de editar” (Berenguer 1995: ii), y que a ello se debía el retraso de dos años en la impresión del documento. Una serie de testimonios individuales publicados se cortan abruptamente en 1973, remitiéndose a la remembranza de los luminosos años anteriores (Berenguer 2014; Castro 2014; Massone 2014; Núñez 2014). En ese sentido, lo que planteo, más que una interpretación alternativa, es la necesidad de volver a explorar más profundamente este proceso fundamental en nuestra constitución contemporánea, a través de

2 Por razones entendibles, la evaluación de las últimas dos décadas que se realizó en la ocasión no mencionó en absoluto el tema del Golpe. Sólo Adriana Goñi esbozaba “se nos olvida que también hubo una etapa de la historia entre el 70 y el 73, donde se nos abrieron nuevos horizontes y tuvimos Jornadas donde se discutió casi lo mismo, pero con otra perspectiva. Ese mismo tipo de interpretaciones no pueden hacerse hoy día, porque estamos viviendo lo que estamos viviendo” (Suárez *et al.* 1983: 36-37).

los documentos, la memoria y nuestras propias herramientas conceptuales como profesionales de la historia. En esto, sin duda, la historia oral resulta fundamental, como lo muestran algunos de los testimonios citados. Seguramente muchos más hacen falta aún.

Segunda tesis – La arqueología del Nuevo Chile

La práctica contemporánea de la arqueología en Chile tiene una serie de aspectos polémicos que han sido abordados por distintos autores. Estos cruzan escenarios diversos: la vinculación de la arqueología con la sociedad civil en general (Silva *et al.* 2017), la relación neocolonial con las sociedades y el patrimonio indígenas (Ayala 2007, 2017; Sierralta 2017; Uribe y Adán 2013), la amenaza de la disociación entre la producción científica –alojada principalmente en la esfera académica– y la arqueología empresarial (Cáceres 1999; Cáceres y Westfall 2004), el excesivo énfasis en la publicación de artículos en revistas especializadas por sobre la producción de formatos con mayor contenido (Gurruchaga y Salgado 2017), la profundizada dependencia teórica respecto de los centros globales de producción de conocimiento (Carrión *et al.* 2015; Salazar *et al.* 2012), la inexistencia de proyectos de investigación de largo plazo, y un etcétera que podríamos extender por varias líneas más.

Una salida fácil –y por lo demás certera– sería proponer que estos problemas no son exclusivos de la sociedad chilena, sino que expresan tendencias generalizadas a nivel regional y planetario, y que luego son la expresión local de las contradicciones generales de la ciencia en el marco de la globalización (v.g. Endere y Curtoni 2006; Franco 2017; Politis 2003). Pero reflexionar respecto a las condiciones históricas específicas que configuraron la realidad de la arqueología nacional abre la posibilidad de salir de dicha complacencia, sacudiéndose de la subordinación a las corrientes académicas y políticas mundiales que ya hace una década fuera puesta sobre la mesa por Troncoso *et al.* (2008).

Así las cosas, ¿cuál podría ser la “concepción global” de los arqueólogos y arqueólogas de Chile sobre su arqueología? Sin duda el objetivo generalizador exige simplificar un escenario que dista de ser homogéneo y vacío de disputas, pero quizás una buena estrategia sea revisar el más reciente esfuerzo compilatorio de la disciplina nacional. En su introducción a *Prehistoria en Chile* (Falabella *et al.* 2016: 19–21), los editores presentan una arqueología alojada en la antropología, construida sobre la colaboración de especialistas dentro y fuera de la profesión, que avanzó desde la restauración democrática gracias a tres factores: el financiamiento por concursos de CONICYT (Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica), la formación de posgrado en Chile y el extranjero, y a una internacionalización que permitió integrar más rápidamente las teorías y metodologías del primer mundo. Al mismo tiempo, reconocen una apertura hacia lo indígena y lo patrimonial, sostenida sobre iniciativas del Estado y nuevos cuerpos normativos, y una deuda respecto de la relación con la sociedad. Por último, se plantea en una perspectiva nacional –evidentemente señalada en el título– en donde la prehistoria constituye parte de la narrativa de la “configuración de un país pluriétnico” (Falabella *et al.* 2016:21).

Aunque haría falta una medición objetiva, creo que la mayoría de la comunidad arqueológica nacional se encontrará relativa o parcialmente de acuerdo con lo descrito arriba. Digo parcialmente, porque sólo cuenta la mitad (o, más bien, menos de la mitad) del ejercicio profesional contemporáneo. Respecto a la arqueología empresarial o de impacto ambiental en el país, ámbito que moviliza

la mayor cantidad de fuerza de trabajo en la disciplina, parece haberse cumplido el escenario vaticinado por Carrasco (2006) respecto a la profundización de la dicotomía entre la arqueología de investigación y la empresarial. Las reflexiones publicadas respecto a esta última datan de los inicios de su consolidación como esfera dominante de la práctica arqueológica (v.g. Cabeza 2001; Cáceres 1999; Cáceres y Westfall 2004; Carrasco 2006), por lo que el tratamiento en detalle de su situación e implicancias actuales escapa por el momento. Por ello correré el riesgo de generalizar a partir de juicios que parecen ser *vox populi*. Así, digamos que esta arqueología se ha caracterizado por permitir el mantenimiento de un contingente profesional importante, con salarios relativamente elevados, pero en condiciones de empleo precario, en la forma de una maquinaria permanente de trabajo de terreno con escaso tiempo para la reflexión científica, bajas tasas de publicación y altas tasas de recuperación de material y cobertura geográfica. La distribución espacial e intensidad del ejercicio se determinan por las dinámicas de inversión del capital nacional y trasnacional, y luego –amén al modelo económico chileno– por los ritmos de la depredación extractivista. El trabajo de los sitios o áreas de proyecto cambia de manos de una fase a otra, muchas veces sin mayor comunicación ni coordinación entre los distintos equipos (un buen ejemplo son los trabajos arqueológicos asociados a la construcción del Puente Chacao, en que se han involucrado al menos tres equipos en dos décadas). Por otro lado, es claro que el dinero empresarial ha permitido el abordaje de contextos en una magnitud que el financiamiento estatal a la investigación nunca ha permitido, si bien por el momento con una producción científica que parece pequeña en comparación a los recursos involucrados, siendo ejemplos notables el valle del Mauro y el sitio El Olivar (Cartajena *et al.* 2014; Gómez y Pacheco 2016; González 2017; Méndez 2008; Santander y López 2012; López *et al.* 2012, 2015).

Resuelto lo anterior, de acuerdo a la segunda tesis haría falta caracterizar el proceso político-social desarrollado desde 1973 en adelante. Tomás Moulián (1997), con una figura retórica que parece llamarnos particularmente a los arqueólogos, argumenta respecto de la inicial intención militar de “crear un nuevo Estado sobre las ruinas del otro” (1997:30). Sobre los vestigios de la vieja República, algunos de los cimientos de la nueva podrían ser los siguientes: primero, el bloqueo de la memoria, o “la sensación de un presente que obliga, como destino inexorable, a restar sentido al pasado” (1997:32), la remisión al silencio del Chile (1818-1973) antes de Chile (1973-?)³, y de ese espacio liminal de traición y muerte acaecido sobre todo en la primera década de la Dictadura. Segundo, la despolitización de la sociedad civil o, más precisamente, de los cuerpos intermedios, fundamento del proyecto guzmanista (Mansuy 2016), y luego la fractura entre la esfera de la política partidista –reconceptualizada como la disputa por la administración tecnocrática del Estado– y el mundo privado del individuo. Tercero, el desplazamiento de cualquier forma no mercantil de producción y consumo en todas las esferas de la vida pública y privada, relegando el papel del Estado sólo a aquellos espacios que la empresa privada no puede o no quiere cubrir, y habitualmente bajo la forma del Estado subsidiario. Cuarto, la naturalización del consumo –nuevamente mercantil y privado– como la única forma de realización subjetiva de las personas. Y, por último, como corolario o síntesis de lo anterior, la desaparición o al menos precarización de todas las formas colectivas de vida social, desde las más elevadas –el Estado– hasta las más inmediatas –el sindicato, el colegio profesional, el club deportivo, etc.– y subsiguiente individualización de la misma. Evidentemente, este proceso-proyecto se encuentra aún en curso y está sujeto a flujos, resistencias, y transformaciones, que se expresan recientemente en experiencias de recomposición del tejido social en distintos espacios, pero sigue siendo aún hegemónico y triunfante.

3 El *Chile antes de Chile* (Berenguer 1997) de los arqueólogos fue coincidentemente publicado el mismo año que la obra de Moulián.

Las formas de articulación de la arqueología chilena con el escenario descrito son múltiples. Me interesan particularmente dos. La primera es el relegamiento del rol del Estado a los espacios que quedan fuera de la esfera de acción o de interés de los sectores capitalistas. En arqueología, hasta el momento este espacio ha sido por excelencia la investigación, que aún no ha mostrado formas significativas de reproducción del capital monetario. Pero, además, a partir de los mecanismos de financiamiento a la investigación diseñados en Dictadura, esta participación del Estado ha tenido dos rasgos particulares: es de carácter subsidiario, y es en arreglo a la iniciativa individual. A diferencia de la investigación durante los años sesenta y setenta, que se configuraba a partir del financiamiento de instituciones como museos y universidades, el sistema de CONICYT establece la competencia entre investigadores individuales como principio rector (Salazar *et al.* 2017). Entre las implicancias de esto se encuentra la dificultad de generar programas de investigación a largo plazo, puesto que la disponibilidad de recursos en el tiempo es incierta; la necesidad de priorizar el desarrollo de una carrera profesional en razón de indicadores que permitan competir, por sobre la persecución de objetivos más significativos en términos científicos y sociales⁴; la atomización del campo investigativo al poner el énfasis en personas por sobre colectivos, por nombrar algunas.

Por otro lado, si el acceso a los fondos de investigación y a posiciones de importancia dentro del campo científico están sujetas a indicadores de productividad individuales cuyo fundamento es el sistema mundial (i.e. europeo/norteamericano), es evidente por qué la mayoría de la producción arqueológica se alimenta de los estándares metodológicos y matrices teóricas que se sitúan como hegemónicos en Londres, Barcelona, París o Pittsburgh; y por qué la principal camada de investigadores jóvenes (i.e. sub-35) está optando por especializaciones de posgrado en universidades de ese orden de ciudades.

Esto permite ejemplificar a favor de una reflexión en un sentido más historiográfico respecto del Golpe y sus efectos en la arqueología nacional. Pues tomando lo anterior en cuenta, y considerando la tesis de Moulian (1997) respecto de la destrucción intencional del Chile Anterior, se puede interpretar mejor la inmediata acción militar en contra de los espacios que se configuraban como equipos de investigación con programas colectivos de largo plazo, a saber, las universidades de Concepción y del Norte, que de otro modo podría parecer un ensañamiento innecesario si el objetivo era meramente detener el proceso socialista.

Otra cara del proceso de marginalización del Estado corresponde a la esfera formativa. Tras la desarticulación de las carreras universitarias provinciales, recién hacia principios del siglo XXI la Universidad de Tarapacá abrió un espacio distinto al capitalino para la educación de nuevos cuadros de arqueólogos. En el contexto anterior a la entrada en vigor del Sistema de Evaluación Ambiental en 1997, el campo de ejercicio profesional para arqueólogos era exiguo, preocupación que se arrastraba al menos desde los años ochenta (Berenguer 1983, 1986, 2016). La arqueología resultaba una mercancía poco atractiva. Hoy en día, ante una alta demanda de fuerza de trabajo arqueológico, salarios atractivos, y una industria universitaria orientada al mercado, el escenario ha cambiado y hay espacio para un contingente de mano de obra importante. Pero a diferencia de los años sesenta, en que la ampliación de los nodos de formación de arqueólogos fue por cargo del Estado, esta vez existe la posibilidad de reproducir el capital dinero en el mercado de la educación superior. Esto, sumado a la precarización progresiva del sistema de universidades públicas, ha implicado que en el último sexenio se hayan abierto cuatro nuevas carreras, dos de ellas en provincias al sur de Santiago,

4 Con múltiples consecuencias, siendo quizás una de las más complejas la subordinación teórica, metodológica y formal a los estándares de las publicaciones de alto impacto del mercado científico mundial (Gurruchaga y Salgado 2017).

y todas en instituciones privadas: Pontificia Universidad Católica, Universidad Católica de Temuco, Universidad Alberto Hurtado y Universidad Austral⁵.

Las consecuencias de esta privatización de la formación universitaria –y de la mano con ello del fomento a la investigación– aún están por verse, por cuanto los casos anteriores de la Universidad Internacional SEK y la Universidad Bolivariana no lograron consolidarse como referentes institucionales significativos a largo plazo. Haciendo algo de ficción, al menos en primera instancia, puede que la ampliación de la matrícula y la incorporación de instituciones menos elitizadas que la Universidad de Chile permitieran una diversificación de la composición geográfica y de clase de los profesionales de la arqueología, ampliando el abanico potencial de perspectivas a desarrollar en la investigación y divulgación arqueológicas. Al mismo tiempo, dadas las características del sistema universitario chileno, es posible que este proceso se realice sobre la base de la segmentación de acuerdo a las características de los postulantes, lo cual en otras disciplinas se ha visto significativamente asociado a la trayectoria laboral posterior (Muñoz y Blanco 2013; Rufinelli y Guerrero 2009). Considerando la ampliación de un mercado laboral de alta demanda en el impacto ambiental, y la disminución de fondos y fomento a la competencia individual en el financiamiento a la investigación, una expectativa razonable es que a futuro se reproduzca esta segmentación en las posiciones ocupadas dentro de las esferas laborales y científicas, quizás en línea con lo descrito para el París de los años '70 por Bourdieu (1984 [2014]).

Tercera tesis – De la comodidad a la superación

Finalmente, mi tercera provocación sugería que la poca reflexión sobre el escenario descrito ha implicado que la arqueología chilena no haya podido generar estrategias de superación a los marcos institucionales y políticos dispuestos por la Dictadura. En cierto modo que, en general, la disciplina ha encontrado un espacio cómodo donde alojar su práctica –de investigación y empresarial– dentro de la estructura económica, social y política que delineó la revolución neoliberal. Por una parte, en algunas esferas es evidente la complacencia por una comunidad científica que ha alcanzado una productividad e impacto académicos innegablemente elevados en términos de publicaciones indexadas, especialmente en comparación a otras disciplinas en el escenario nacional (casos ejemplares en Cornejo 2017; Pimentel *et al.* 2016; Santoro *et al.* 2013). Esto se ha realizado sobre todo bajo el amparo del sistema FONDECYT, que ha permitido desarrollar excepcionalmente las carreras académicas de algunas generaciones de investigadores que ingresaron a él principalmente durante los años ochenta y noventa, y que hoy con las recientes reformas que han introducido los proyectos de Iniciación se naturaliza como el camino a seguir para las nuevas camadas doctorantes en Chile y el extranjero. Llama la atención que, a más de 30 años de su inauguración, este mecanismo de financiamiento y sus implicancias científicas, políticas, teóricas y prácticas, no han sido sujeto de reflexión y crítica, salvo algunos casos puntuales (v.g. Gurruchaga y Salgado 2017; Salazar *et al.* 2017).

Por otro lado, de acuerdo a la información disponible en línea, desde 2011 se han ingresado al SEIA proyectos equivalentes a más de 400 mil millones de dólares⁶. El 74% de dicha cifra corresponde a inversiones energéticas y mineras. Sería un trabajo arduo estimar los montos involucrados en los estudios de arqueología, pero es innegable que la absorción creciente y proyectada de mano de obra

5 No deja de llamar la atención que tres de estas instituciones corresponden a universidades confesionales

6 Servicio de Evaluación Ambiental (2020).

en nuestra disciplina se sostiene sobre la profundización extractivista y la baja diversificación de la economía nacional que caracterizan el proyecto de la revolución neoliberal. La relación entre la arqueología y los grandes capitales nacionales e internacionales es una cuestión que frecuentemente surge en la conversación informal, pero rara vez –y hace ya mucho tiempo de ello– aparece en la discusión pública (Cabeza 2001; Cáceres 1999; Cáceres y Westfall 2004; Carrasco 2006). Los problemas de la arqueología empresarial (poco impacto científico y social, escasa reflexión teórica–metodológica, irregulares estándares de trabajo en el terreno y el laboratorio, condiciones de empleo precario) son reconocidas habitualmente por la mayoría de la colectividad profesional, y sobre todo por aquellos que más se desempeñan en “el impacto”. Sin embargo, no son muchos los esfuerzos por resolverlos en un contexto donde toda la atención se la lleva la competencia por captar los recursos de las empresas mandantes. Quizás un ejercicio a futuro sería comparar el volumen de financiamiento a la arqueología por parte de los sistemas empresarial y científico, en relación a su productividad en términos de aporte especializado y de divulgación al conocimiento arqueológico nacional.

Volviendo a la introducción de Falabella *et al.* (2016) a su edición compilatoria del estado actual de la arqueología chilena, podemos encontrar la confesión de que la arqueología chilena se encuentra en deuda con la sociedad, en términos de la divulgación y transmisión de los avances en el conocimiento sobre la prehistoria. Más allá de evaluar la justicia de dicha afirmación, se puede pensar que, para poder contraer una deuda, es preciso constituirse fuera de aquello con que se contrae la deuda, en este caso pensar la arqueología como algo dislocado de la sociedad civil, una comunidad científica autónoma. Pensarla, si se quiere, como un cuerpo intermedio entre la sociedad que podría recibir el conocimiento y el Estado (o el mercado) que financia su producción, y en tanto tal, atendiendo al proyecto guzmanista, necesariamente un espacio despolitizado. Autonomía y despolitización parecen ser conceptos que encajan bien entre sí, y que encajan además bien en la lectura de Orellana (1996) respecto de la historia de la arqueología como un proceso de desarrollo “natural” acelerado u obstaculizado por los vaivenes sociopolíticos externos.

Esto puede explicar que exista poca reflexión respecto a la relación entre arqueología y gran capital en el mercado del impacto ambiental, presentándose a través de la consultoría como un elemento externo que acude con pulcritud científico–técnica a cada trabajo específico, sin establecer una relación más íntima. La arqueología presentándose como una esfera autónoma que es llamada a intervenir en un espacio totalmente ajeno. Resulta evidente que esto es una ilusión, y que el trabajo arqueológico es cada vez más una parte integrante de la maquinaria empresarial y su contraparte estatal, con profesionales de planta en mineras, empresas energéticas, consultoras de envergadura, el Ministerio de Obras Públicas, etc., y con la mayor parte del contingente profesional dedicado a tiempo completo a este tipo de labores. En la otra cara, dado un sistema científico que fomenta las carreras y la producción individual por encima del desarrollo de programas de investigación, la comunidad académica se construye como una esfera independiente que aprovecha los recursos de uno u otro formato de investigación, sin reflexionar más profundamente cómo estos mismos inciden en la forma y el contenido de sus praxis individuales, colectivas, ni su relación con el resto de la sociedad. Lo mismo se postula a un proyecto FONDECYT (*Fondo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico* 2020), a los Fondos de Cultura (*Fondos de Cultura* 2020), o a proyectos internacionales (v.g. National Geographic Society, Wenner-Gren Foundation), de acuerdo a las características de cada fondo y las capacidades y escenario contingentes. En otras palabras, los investigadores se enfrentan a las alternativas del sistema de financiamiento como condiciones dadas sobre las cuales desplegar estrategias de apropiación para satisfacer sus objetivos –científicos, profesionales,

intelectuales- particulares. Por supuesto, existen programas de investigación relativamente colectivos y relativamente a largo plazo, pero parece sensato argumentar que son escasos, y que suelen resultar de la agregación estratégica de carreras individuales, o bien sostenerse sobre la carrera de un investigador de prestigio que conduce un equipo en procesos formativos. La caracterización más específica implicaría un estudio dedicado, y lo anterior no está dirigido a menoscabar los proyectos de investigación más o menos colectivos, y más o menos individuales, sino a plantear la problemática de cómo los modelos de financiamiento estructuran la planificación y el ejercicio científico. Volviendo a Bourdieu, en ambas esferas -mercado y academia-, en general la comunidad arqueológica parece querer operar como un espacio independiente que accede a uno u otro recurso para la acumulación individual de capital económico y científico, según el caso. Pero como parece observarse en trabajos recientes, el afán de instrumentalización de los espacios parece fracasar y simplemente integrarse a los mecanismos de reproducción del capital (Adán *et al.* 2017; Carrión *et al.* 2015; Gurruchaga y Salgado 2017; Salazar *et al.* 2017).

Como bien sabemos en arqueología, el estudio de los procesos históricos de formación de las condiciones contemporáneas constituye una herramienta central en su desnaturalización, y luego en la búsqueda de formas para superarlas. El panorama delineado en los últimos párrafos es excesivamente generalizante y oculta casos que podrían sostenerse como argumentos para desacreditar la lectura que presento. Sin duda, la inquietud por corregir las debilidades puntuales de los sistemas de investigación y mercado existe, y esta se expresa en diversas iniciativas de divulgación, recuperación y educación patrimonial, trabajo con comunidades indígenas, entre otras. El asunto es que, muy en línea con la aproximación chilena a las injusticias estructurales del sistema neoliberal, en su mayoría estas propuestas operan en los espacios menos considerados por el sistema establecido, pero no llegan a proponer formas o contenidos distintos que se constituyan como alternativas a la forma de hacer arqueología. En general, se trata de iniciativas en los márgenes del espacio ocupado por la arqueología más común (v.g. Campano *et al.* 2012; Fuenzalida 2011; Palma *et al.* 2015)-, o de experiencias apendiculares a proyectos ejecutados dentro de los marcos hegemónicos -áreas de difusión y patrimonio en FONDECYT, compensaciones de proyectos de inversión (v.g. Munita *et al.* 2016; Silva *et al.* 2017). ¿Cómo pensar entonces en posibilidades de superación?

Conclusiones

Así las cosas, podemos establecer un contraste entre el posicionamiento actual de la arqueología como una esfera independiente de la sociedad nacional, surgido a partir del proceso inaugurado por el Golpe de Estado, y las palabras que aprobara aquella sesión plenaria del primer congreso de CONICYT en 1971: “el futuro de la arqueología no es otro que el futuro de los chilenos”. Seguramente, ninguna de las dos posiciones conseguiría el apoyo unánime de sus contemporáneos, pero sin duda representan proyectos de desarrollo de la arqueología radicalmente distintos, anclados en dos períodos del devenir nacional cuya contradicción aún no está totalmente resuelta. El modelo que representa el documento de Montané y el Comité de Ciencias Humanas de la Unidad Popular ha sido derrotado por aquel de Miguel Kast y la constitución de Jaime Guzmán. Sin embargo la historia continúa.

Cuando comencé a escribir esta reflexión, a fines de agosto de 2018, la coyuntura nacional se encontraba revuelta y aparecían escaramuzas -declaraciones cruzadas, manifestaciones, guerras de redes sociales- que parecieron reflotar viejas polémicas que aparentemente muchos pensaban superadas. Aunque a primera vista estaban relativamente distantes de los senderos más frecuentes

de la arqueología, se articulaban a partir de escenarios institucionales, individuales y teóricos que golpeaban, quizás medio de costado, nuestra puerta.

Primero, institucionales, porque el origen de la cuestión se daba por el nombramiento de un nuevo secretario para una de las carteras más relevantes para la arqueología: el flamante Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio. Mauricio Rojas, un economista que llegaba con la vivencia de haber transitado desde el marxismo-leninismo del MIR (*Equipo de Reportajes* 2018; Pérez 2018)⁷, hacia el liberalismo de centro- derecha de la Fundación Para el Progreso, y que se subió de un salto al podio histórico de carreras breves en la administración pública, debió renunciar cuando algún afilado adversario recordó que había publicado, junto con Roberto Ampuero, escritor que realizó el mismo tránsito político, un libro de conversaciones en que expresaba que el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos:

“más que un museo (...) se trata de un montaje, cuyo propósito, que sin duda logra, es impactar al espectador, dejarlo atónito, impedirle razonar (...). Es un uso desvergonzado y mentiroso de una tragedia nacional que a tantos nos tocó tan dura y directamente” (Ampuero y Rojas 2015: 43).

Como segundo llamado a nuestra disciplina, el gobierno nombró en su reemplazo a una arqueóloga y miembro de la Sociedad Chilena de Arqueología, Consuelo Valdés Chadwick, cuyo currículum de varias décadas vinculado a la administración de museos pareció, a todas luces, más adecuado para las características de la institución que debía presidir.

Todo lo anterior resulta más bien anecdótico, mas no así la polémica que se proyectó a partir de ello. La renuncia y las declaraciones parecían anacrónicas en un Chile que daba por superada la transición, y en el que incluso el partido Unión Demócrata Independiente había cambiado –a la sazón pocas semanas antes– su declaración de principios para alinearse en el respeto a los DD.HH. Por el contrario, trajeron una discusión que superó ampliamente la anécdota de la efímera carrera ministerial y su sucesora, salió de la oficina y se trasladó al espacio público, a las organizaciones políticas y sociales, al Congreso, a La Moneda, y luego a la academia. Ésta tuvo su origen en torno a una crítica al contenido del Museo de la Memoria: la ausencia de contexto al momento de relatar el desarrollo histórico del Golpe de Estado de 1973 y las violaciones a los DD.HH. que lo sucedieron. Sectores de la derecha pinochetista –y no sólo de derecha– reclamaron la necesidad de mostrar cómo el tránsito de la Unidad Popular habría provocado una ruptura social y democrática que desembocó en la represión desatada por la Junta Militar (Jara 2018). Otros, relacionados al mundo castrense y policial, exigieron la integración de los uniformados muertos por la violencia política dentro del relato, como víctimas de la extrema izquierda (Desbordes 2018). Cuadros progresistas vinculados genealógicamente con la izquierda reprimida en Dictadura, defendieron su derecho prioritario al ejercicio de la memoria histórica, y atacaron la idea del contexto, pues a su juicio relativizaba los in-relativizables DD.HH. (*Biobio* 2018; Brodsky 2018).

En ese marco, Sebastián Piñera re-anunció un elemento de su programa de gobierno que había pasado relativamente desapercibido: la creación de un Museo de la Democracia (Piñera 2017). Esto fue interpretado por parte de la izquierda como una estrategia de empate, la instalación de un discurso que podría hacer el peso al del Museo de la Memoria, contando la historia en una falsa perspectiva que pusiese la defensa de la democracia como el valor supremo que explica el último

7 Andrés Pascal Allende y otros miristas desmintieron la supuesta afiliación de Rojas al partido, pero su veracidad parece poco importante, dado el amplio catálogo chileno de conversos hacia uno y otro lado en las últimas cuatro décadas

tramo del siglo XX y sus horrores (*El Mostrador* 2018; Gálvez 2018). En términos concretos, situar el ejercicio del terrorismo de Estado como legítimo –o al menos entendible– al haberse ejercido para salvar la democracia amenazada. Otros pensaron que sería interesante discutir las formas democráticas que se habían desarrollado en el país, desde el voto censitario en el siglo XIX, la democracia parlamentaria de principios del XX, la República y su fractura en 1973, la democracia protegida del pinochetismo, y hasta la democracia liberal inaugurada por las reformas laguistas (Ahumada 2018; Alvarado 2018). Quizás sorprendentemente, parecía que el proyecto original de Piñera trataba sobre todo del proceso del plebiscito y la transición desde 1988, pero se iba transformando conforme distintas voces sugerían lo que debía incluir la institución.

Aun así, estas disquisiciones sobre DD.HH. y valores democráticos, si bien centrales para pensar la sociedad que construimos y los escenarios contemporáneos de disputa política, parecen relativamente tangenciales al ejercicio habitual de nuestra arqueología. El punto de contacto más obvio entre nuestra disciplina y la historia política reciente podría ser la aún incipiente Arqueología de la Dictadura, tanto en su faceta forense como en la de investigación (Cáceres 2011; Fuenzalida 2011, 2017; Fuenzalida y Sierralta 2016; San Francisco *et al.* 2010; Seguel *et al.* 2013), pero en este caso no era el legítimo ejercicio de la persecución de la verdad histórica lo que se ponía en cuestión, sino cómo sobre esa verdad se construía una narrativa histórica del presente nacional.

Por eso, lo que despertó mi interés en relación con la arqueología chilena fue la forma en que la oposición de lecturas sobre nuestra historia reciente configuraba posiciones respecto de la forma y el contenido de esa historia que debía ser contada. O, dicho de otro modo, que pese a la ilusión de que la transición había terminado, y con ello la disputa política dejaba de girar en torno a las trincheras establecidas por la Guerra Fría y su expresión específica en Chile desde 1973, al removerse las aguas despertaban las mismas disposiciones atávicas que estructuraron el escenario durante los últimos 50 años. La reactivación en el escenario público del debate respecto de la interpretación de la historia y las consecuencias que esta tiene en el desarrollo de la sociedad. Y, más concretamente, preguntarnos cómo las condiciones políticas y sociales de las últimas cuatro décadas estructuraban la forma en que hoy nos desenvolvemos.

El camino recorrido en estas páginas ha pretendido tener como hilo conductor y provocador la eliminación de la certidumbre sobre el carácter necesario del cómodo estado actual en el que nos encontramos en la arqueología. Deberíamos por lo tanto seguir a Bourdieu, en su llamado a conocer para

“situar sus responsabilidades allí donde se sitúan realmente sus libertades, y a rehusar obstinadamente las cobardías y los abandonos infinitesimales que le dejan toda su fuerza a la necesidad social, a combatir en sí mismo y en los otros la indiferencia oportunista o el conformismo desengañado que le concede al mundo social aquello que él reclama, todas las naderías de la complacencia resignada y de la complicidad sumisa” (Bourdieu 1984 [2014]: 15).

Habitualmente, al abordar el problema de la escasa penetración del discurso arqueológico en el público general, existe un diagnóstico respecto al poco interés que estos temas despiertan, a la escasa habilidad de los arqueólogos en las tareas de divulgación, y por supuesto a la pasividad de los investigadores que prefieren dedicarse a cuestiones más académicas. Aunque estas razones sean en algún grado correctas, podríamos preguntarnos si vale la pena esperar que una arqueología que se construye como una esfera autónoma respecto de la sociedad puede generar un vínculo a posteriori

con ella. ¿Cuáles son los vínculos territoriales de nuestra práctica? ¿cuál el origen de los problemas que guían la investigación? ¿cuál es la posición y el rol (i.e. para quién se juega) en la estructura económica de la arqueología empresarial? Para Marx (1857 [2006]), las condiciones del consumo se encuentran determinadas por las condiciones de la producción, una identidad dialéctica que no está de más volver a traer a colación.

Por eso he tratado de argumentar a favor de la necesidad de reconstruir más acuciosamente el tránsito histórico que dejó a la arqueología en su estado actual, centrándome particularmente en el Golpe de Estado como hito fundante del Chile contemporáneo. Esto no por el mero afán de la documentación y la obsesión detallista que suele absorbernos en las ciencias históricas –la arqueografía que quería combatir Luis Lumbreras (Kelly *et al.* 2019)–, sino porque examinar las condiciones concretas de desarrollo de la disciplina, quizás transparente como llegó nuestra práctica a estar dominada por las lógicas de la individualidad, la inmediatez, la competencia, la explotación de la fuerza de trabajo. Verlo en términos reales para entender, por ejemplo, como la pérdida de investigadores como Guacolda Boisset, Bernardo Berdichewsky o Julio Montané, o la desaparición de las escuelas provinciales de arqueología de principios de los setenta, no sólo implicaron una ralentización del desarrollo científico, sino que fueron la forma de establecer una tabla rasa donde construir una arqueología alineada con el nuevo Chile.

Por último, en esta mirada generalista he dejado de lado partes de la historia cuya omisión es insoslayable. Sería necesario abordar con perspectiva feminista cómo la distribución y valorización desigual de las tareas se ha establecido en esta arqueología y en la anterior, cómo –muy posiblemente– sostiene el sistema de reproducción del capital científico y económico, y cómo se han transformado estas relaciones en las últimas décadas (v.g. Kirkwood 1983). El ya mencionado trabajo recopilatorio de las experiencias de arqueólogas desde los años sesenta que ya ha presentado preliminarmente el Centro de Estudios Aikén, se perfila como un aporte significativo en este sentido (Brinck *et al.* 2019). La relación entre los arqueólogos y las comunidades indígenas, por otro lado, ha sido prolíficamente abordada por Patricia Ayala (2008, 2010, 2015, 2017), sobre todo para la arqueología del Norte Grande, y sin duda debiera ser mucho más incorporada a la lectura toda vez que el conflicto indígena es central en el Chile contemporáneo.

Hoy en día la arqueología chilena, salvo excepciones notables, carece de programas de investigación con horizontes de largo plazo, y carece también de una inserción territorial que permita un vínculo real con las comunidades que habitan el área de estudio, en el sentido en que lo promovían los jóvenes arqueólogos del Norte Grande hace cuatro décadas (Montané *et al.* 1972). Abunda la multidisciplinariedad, pero escasean las investigaciones que puedan realmente ser atribuidas a colectivos de trabajo como lo fue la experiencia excepcional del grupo Toconce a principios de la década de los ochenta (Aldunate y Castro 1982; Castro *et al.* 1979, 2016). La mayoría del contingente profesional se desempeña en condiciones de empleo precario como mano de obra calificada al servicio del gran capital nacional y extranjero. Como todos los procesos históricos, este no es un devenir casual, y muy posiblemente su comprensión más cabal al escarbar bajo las imágenes superficiales que he intentado presentar en esta suerte de prospección. Sólo entonces podremos pensar en las estrategias para su superación: el posicionamiento clasista de los trabajadores de la arqueología, la crítica activa –praxis– al sistema de financiamiento y producción científica, y en general la reincorporación de la disciplina a la sociedad en general.

Agradecimientos: A dos revisoras anónimas y a Mauricio Massone, cuyos comentarios contribuyeron significativamente a enriquecer esta reflexión. Igualmente, a Constanza Cortés y Nicole Fuenzalida por sus comentarios a las distintas versiones previas del manuscrito. A mis compañeras y compañeros del Centro de Estudios Arqueológicos e Históricos Aikén, cuyo trabajo de casi una década es el seno en que reside el origen de esta reflexión.

Referencias Citadas

- Adán, L., G. Politis, M. Sepúlveda y H. Tantaleán. 2017. Arqueología, productividad científica y política en Chile. *Revista Chilena de Antropología* 35:218-233.
- Ahumada, M.J. 2018. Joaquín Fermandois, historiador: “La derecha se ha quedado callada 40 años y perdió la batalla de las ideas sobre el 73”. *La Tercera*, Reportajes, 25 de agosto de 2018.
<https://www.latercera.com/reportajes/noticia/joaquin-fermandois-historiador-la-derecha-se-ha-quedado-callada-40-anos-perdio-la-batalla-las-ideas-73/294729/> (1 julio 2020)
- Aldunate, C. y V. Castro. 1982. *Las chullpa de Toconce y su relación con el poblamiento altiplánico en el Loa Superior período Tardío*. Ediciones Kultrún, Santiago.
- Ampuero, R. y M. Rojas. 2015. *Diálogo de conversos*. Editorial Sudamericana, Santiago.
- Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo de Chile (ANID). 2020. *Compendio Estadístico 2015/2019*. Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo, Ministerio de Ciencia, Tecnología, Conocimiento e Innovación, Santiago.
- Alvarado, C. 2018. Museo de la Democracia: la clave es la justificación”. *La Tercera*, 25 de agosto de 2018.
<https://www.latercera.com/opinion/noticia/la-clave-la-justificacion/295054/> (1 julio 2020)
- Ávalos, H. y B. Ladrón de Guevara. 2000. El patrimonio cultural como bien de consumo: el caso Petorca. *Conserva* 4:87-114.
- Ayala, P. 2007. Relaciones entre atacameños, arqueólogos y Estado en Atacama (norte de Chile). *Estudios Atacameños. Arqueología y Antropología Surandinas* 33:133-157.
- Ayala, P. 2008. *Políticas del pasado: indígenas, arqueólogos y Estado en Atacama*. Universidad Católica del Norte, Antofagasta.
- Ayala, P. 2010. Las relaciones con el otro indígena en la arqueología atacameña. En: *Pueblos indígenas y arqueología en América Latina*, compilado por C. Gnecco y P. Ayala, pp. 189-220. Universidad de Los Andes, Bogotá.
- Ayala, P. 2014. Patrimonialización y arqueología multicultural en San Pedro de Atacama (norte de Chile). *Estudios Atacameños. Arqueología y Antropología Surandinas* 49:69-94
- Ayala, P. 2015. O multiculturalismo neoliberal e a arqueología de contrato no norte de Chile. *Revista de Arqueología* 28(2):155-171.
- Ayala, P. 2017. Arqueología y pueblos indígenas: los casos Aymara, Atacameño, Mapuche y Rapa Nui. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 47:69-92.
- Ballester, B. 2016a. No necesitamos fronteras: comentarios tres décadas después. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 46:97-129.
- Ballester, B. 2016b. Memorias de té: conversaciones con Guacolda Boisset Mujica. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 48(3):359-364.
- Bate, F. 1971. Material lítico: metodología de clasificación. *Noticiario Mensual del Museo Nacional de Historia Natural* 181-182:3-24.
- Bate, F. 1974. *Orígenes de la comunidad primitiva en Patagonia*. Ediciones Cuicuilco, México D.F.
- Berdichewsky, B. 1963. Culturas precolombinas de la costa central de Chile. *Antropología*

- 1:17-33. Berdichevsky, B. 1964 Arqueología de la desembocadura del Aconcagua y zonas vecinas de la costa central de Chile. *Actas del III Congreso Internacional de Arqueología Chilena*, pp. 109-124. Sociedad de Arqueología e Historia “Dr. Francisco Fonck”, Viña del Mar.
- Berenguer, J. 1983. Redefiniendo la arqueología. *Arqueología y ciencia: Primeras jornadas*, pp. 103-126. Museo Nacional de Historia Natural, Santiago de Chile.
- Berenguer, J. 1986. Nuevas fronteras de la Arqueología. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 4:11-15.
- Berenguer, J. 1995. Presentación. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* Número Especial: i-iii.
- Berenguer, J. (ed.) 1997. *Chile antes de Chile*. Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago.
- Berenguer, J. 2014. Memorias y desmemorias de un estudiante de arqueología de fines de los 60 y comienzos de los 70. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 43/44:67-71.
- Berenguer, J. 2016. Sentir que nada es igual, pero que todo es lo mismo: de lo sólido a lo líquido en la arqueología chilena. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 46:107-115.
- Biobio. 2018. Zurita por dichos de Rojas sobre Museo de la Memoria: Negar es tan grave como lo sucedido. 13 de agosto de 2018.
<https://www.biobiochile.cl/noticias/opinion/entrevistas/2018/08/13/zurita-por-dichos-de-rojas-sobre-museo-de-la-memoria-negar-es-tan-grave-como-lo-sucedido.shtml> (1 julio 2020)
- Boisset, G. y A. Llagostera. 1971. Fechas radiocarbónicas de Caleta Abtao – Comparación con otras fechas de sitios costeros. *Resúmenes del VI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*. Universidad de Chile, Santiago.
- Bourdieu, P. 1984 [2014]. *Homo Academicus*. Siglo XXI Editores, Buenos Aires.
- Brinck, A., N. Fuenzalida, F. Moya y C. Dávila. 2019. *Mujeres en la formación de la carrera de Arqueología en la Universidad de Chile: de la ausencia discursiva institucional hacia la relevancia de la experiencia femenina (1960-1980)*. Ponencia presentada en simposio Mujeres en la arqueología. Pasado, presente y futuro, Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú. Lima, Perú.
- Brodsky, R. 2018. El Museo de la Memoria ¿atrapados sin salida? *Cooperativa, Opinión*, 13 de agosto de 2018
<https://opinion.cooperativa.cl/opinion/derechos-humanos/el-museo-de-la-memoria-atrapados-sin-salida/2018-08-13/100755.html> (1 julio 2020)
- Cabeza, A. 2001. Evaluating the environmental impact of development projects on the archaeological heritage of Chile. *Conservation and Management of Archaeological Sites* 4(4):245-47.
- Cáceres, I. 1999. Arqueología y sistema de evaluación de impacto ambiental. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 28:47-54.
- Cáceres, I. 2011. *Detenidos desaparecidos en Chile: Arqueología de la muerte negada*. Memoria para optar al título de arqueólogo, Departamento de Antropología, Universidad de Chile, Santiago.
- Cáceres, I. y C. Westfall. 2004. Trampas y amarras: ¿es posible hacer arqueología en el sistema de evaluación de impacto ambiental? *Chungara, Revista de Antropología Chilena* Volumen Especial:483-488.
- Campano, M.A., M.J. Herrera y R. Retamal. 2012. *Los primeros santiaguinos: 10.000 años de prehistoria visto a través de su funebria*. Santiago de Chile.
- Carrasco, C., 2006. La práctica arqueológica y la actual construcción del conocimiento arqueológico en Chile. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 39:35-49.
- Carrión, H., C. Dávila, A. Delgado, N. Fuenzalida, P. Kelly, F. Moya, S. Rebolledo, S. Sierralta, J. Sepúlveda y C. González. 2015. Evaluación de la Arqueología Social en Chile: desarrollo histórico y revisión crítica del proyecto disciplinar. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 45:95-114.

- Cartajena, I., B. Rivera, P. López y B. Santander. 2014. Introducción de taxones domésticos y control de camélidos en el norte semiárido: variabilidad osteométrica en el valle del Mauro, IV Región, Chile. *Revista Chilena de Antropología* 30:98-103.
- Castro, V. 2014. Trazas de los '60 a los '70. Entre la primavera y la tormenta. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 43/44:79-83.
- Castro, V. y P. Núñez. 1995. Mesa de la generación de los '70. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* Número Especial:13-27.
- Castro, V., J. Berenguer y C. Aldunate. 1979. Antecedentes de una interacción altiplano-área atacameña durante el Período Tardío: Toconce. *Actas del 7º Congreso de Arqueología de Chile* (Altos de Vilches 1977), pp. 477-498. Ediciones Kultrún, Santiago.
- Castro, V., C. Aldunate y J. Berenguer. 2016. *Etnoarqueologías andinas*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado, Santiago.
- Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica (CONICYT). 2019. *Memoria de Gestión octubre 2015 – diciembre 2018. Programa Formación de Capital Humano Avanzado PFCHA*. Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica, Ministerio de Educación, Santiago.
- Cornejo, L. 1997. Buscadores del pasado. Una breve historia de la arqueología chilena. En: *Chile antes de Chile, Prehistoria*, editado por J. Berenguer, pp. 9-16. Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago.
- Cornejo, L. 2017. Productividad e impacto de la arqueología chilena: una perspectiva cuantitativa. *Revista Chilena de Antropología* 35:164-185.
- Cortés, A. El contra-ciclo político chileno: asincronías y contra-tendencias frente a la política latinoamericana. *Revista de la Red de Intercatedras de Historia de América Latina Contemporánea* 8:92-100.
- Desbordes, M. 2018. Museo de la Memoria. *La Tercera*, Opinión, 14 de agosto de 2018. <https://www.latercera.com/opinion/noticia/museo-la-memoria/281240/> (1 julio 2020)
- El Mostrador*. 2018. Ricardo Lagos apunta el dedo contra el Museo de la Democracia y señala que responde a la 'teoría del empate'. 20 de agosto de 2018. <https://www.elmostrador.cl/noticias/pais/2018/08/20/ricardo-lagos-apunta-el-dedo-contra-el-museo-de-la-democracia-y-senala-que-responde-a-la-teoria-del-empate/> (1 julio 2020)
- Endere, M.L. y R. Curtoni. 2006. Entre lonkos y ólogos. La participación de la comunidad Rankülche de Argentina en la investigación arqueológica. *Arqueología Sudamericana* 2(1):72-92.
- Equipo de Reportajes*. 2018. Histórico secretario del MIR desconoce militancia de Mauricio Rojas. *La Tercera*, Reportajes, 12 de agosto de 2018. <https://www.latercera.com/reportajes/noticia/historico-secretario-general-del-mir-desconoce-militancia-mauricio-rojas/278351/> (1 julio 2020)
- Falabella, F., L. Sanhueza, M. Uribe, C. Aldunate y J. Hidalgo (eds.). 2016. *Prehistoria en Chile. Desde sus primeros habitantes hasta los Incas*. Editorial Universitaria, Santiago.
- Fernández, C. y L. Cornejo. 1983. El problema arqueológico al sur del río Cachapoal: una estrategia de investigación. *Arqueología y Ciencia, Primeras Jornadas*, pp. 142-156. Museo Nacional de Historia Natural, Santiago.
- Fondos de Cultura*. 2020. <https://www.fondosdecultura.cl/> (1 julio 2020)
- Fondo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico*. 2020. <https://www.conicyt.cl/fondecyt/> (1 julio 2020)
- Franco, N. 2017. La relación entre los estudios de impacto ambiental e investigaciones arqueológicas entre los años 2006 y 2016 en la Provincia de Santa Cruz (Argentina). *Práctica Arqueológica* 1(1):31-45.

- Fuenzalida, N. 2011. Cuartel Terranova, análisis de la configuración espacial en relación a las estrategias de represión y control de detenidos y torturados. *Revista de Jóvenes Investigadores en Arqueología* 7:49-63.
- Fuenzalida, N. 2017. Apuntes para una arqueología de la Dictadura chilena. *Revista Chilena de Antropología* 35:131-147.
- Fuenzalida, N. y S. Sierralta. 2016. Panfletos y murales: la resistencia popular a la Dictadura chilena (1980-1990). *Revista de Arqueología* 29(2):96-115.
- Gálvez, C. 2018. Presidenta de la Cámara critica el Museo de la Democracia de Piñera: "Se ve como un empate". *Emol*, 25 de agosto de 2018.
<https://www.emol.com/noticias/Nacional/2018/08/25/918289/Presidenta-de-la-Camara-critica-el-Museo-de-la-Democracia-de-Pinera-Se-ve-como-un-empate.html> (1 julio 2020)
- Gallardo, F. 1983. La arqueología, una ciencia social? *Arqueología y Ciencia, Primeras Jornadas*, pp. 90-102. Museo Nacional de Historia Natural, Santiago.
- Garbulsky, E. 1998. La antropología en la Universidad de Concepción (1967-1973). Apuntes de un participante. *III Congreso Chileno de Antropología*, pp. 200-210. Colegio de Antropólogos de Chile A. G., Concepción.
- Garretón, M.A. 2016. *La Gran Ruptura. Institucionalidad política y actores sociales en el Chile del siglo XXI*. LOM, Santiago.
- Gaudichaud, F. 2015. *Las fisuras del neoliberalismo maduro chileno*. CLACSO, Buenos Aires.
- Gómez, P. y A. Pacheco. 2016. Movilidad y dieta en el valle de El Mauro (31° 57'S.-71° 01'W.), Norte Semiárido de Chile, entre 8350-929 CAL. AP. *Comechingonia* 20(1):51-79.
- González, P. 2017. *Sitio El Olivar: su importancia para la reconstrucción de la prehistoria de las comunidades agroalfareras del norte semiárido chileno*. Colecciones Digitales, Subdirección de Investigación Dibam. <https://www.museoarqueologicolaserena.gob.cl/632/w3-article-83572.html> (1 julio 2020)
- Gurruchaga, A. y M. Salgado. 2017. Publicación científica bajo criterios hegemónicos: explorando la realidad arqueológica chilena. *Revista Chilena de Antropología* 35:148-163.
- Jara, A. 2018. Presidenta de la UDI tras renuncia de Mauricio Rojas: "Uno no iba imaginar la odiosidad de la izquierda". *La Tercera*, 13 de agosto de 2018.
<https://www.latercera.com/politica/noticia/presidenta-la-udi-tras-renuncia-mauricio-rojas-uno-no-iba-imaginar-la-odiosidad-la-izquierda/280246/> (1 julio 2020)
- Kelly, P., N. Fuenzalida, S. Sierralta, S. Rebolledo, N. Águila y J. Sepúlveda. 2019. "Si la arqueología no me sirve para entender lo que pasa en mi país ahora, de verdad no vale la pena". Entrevista a Luis Guillermo Lumbreras. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 49:63-78.
- Kirkwood, J. 1983. *El feminismo como negación del autoritarismo*. FLACSO, Santiago de Chile.
- López, P., I. Cartajena, B. Santander, B. Rivera, y C. Opazo. 2012. Explotación de camélidos de un sitio Intermedio Tardío (1.000-1.400 dC) y Tardío (1.400-1.536 dC) del Valle de Mauro (IV Región, Chile). *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 41/42:91-108.
- López, P., I. Cartajena, B. Santander, D. Pavlovic y D. Pascual. 2015. Camélidos domésticos en el Valle de Mauro (Norte Semiárido, Chile): múltiples análisis para un mismo problema. *Intersecciones en Antropología* 16(1):101-114.
- Lorenzo, J., L. Lumbreras, E. Matos, J. Montané y M. Sanoja. 1979. Hacia una arqueología social. *Nueva Antropología* III(12):65-92.
- Mansuy, D. 2016. Notas sobre política y subsidiariedad en el pensamiento de Jaime Guzmán. *Revista de Ciencias Políticas* 36(2):503-521.
- Martinic, M. 2009. Origen y desarrollo del Instituto de la Patagonia. Una perspectiva de cuarenta años. *Magallania* 37(1):5-6.

- Marx, K. 1857 [2006]. *Introducción general a la crítica de la economía política*. Siglo XXI Editores, México D.F.
- Massone, M. 2014. Recuerdos de un alumno de arqueología perteneciente a la generación de 1971. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 43/44:61-65.
- Méndez, C. 2008. Cadenas operativas en la manufactura de arte rupestre: un estudio de caso en El Mauro, valle cordillerano del Norte Semiárido de Chile. *Intersecciones en Antropología* 9:145-155.
- Monckeberg, M. O. 2017. *El poder de la UDI. 50 años de gremialismo en Chile*. Editorial Debate, Santiago.
- Monleón, J. 1976. *Los Araucanos: Etnohistoria y Arqueología*. Tesis para obtener la licenciatura en Prehistoria, Universidad de Chile, Santiago.
- Monsálvez, D. 2016. La historia reciente en Chile: un balance desde la nueva historia política. *Historia* 396:111-139.
- Montané, J. 1964. Fechamiento tentativo de las ocupaciones humanas en dos terrazas a lo largo del litoral chileno. *Actas del III Congreso Internacional de Arqueología Chilena*, pp. 109-124. Sociedad de Arqueología e Historia “Dr. Francisco Fonck”, Viña del Mar.
- Montané, J. 1967. Investigaciones interdisciplinarias en la ex laguna de Tagua Tagua, Provincia de O’Higgins, Chile. *Revista Universitaria* LII:165-167.
- Montané, J. 1968a. Datación de una terraza fluvial por métodos arqueológicos. *Rehue* 1:13-22.
- Montané, J. 1968b. Paleo-indian remains from Laguna de Tagua Tagua, Central Chile. *Science* 161(3846):1137-1138.
- Montané, J. 1972. La arqueología chilena: su estado actual y perspectivas de desarrollo en la etapa del tránsito hacia el socialismo. Su futuro. En: *Serie Documentos de Trabajo* 3, pp. 2-4. Programa de Arqueología y Museos, Universidad de Chile, Antofagasta.
- Montané, J., P. Núñez, V. Zlatar, L. Núñez, B. Marinov, J. Salazar, N. Vergara y B. Bustos. 1972. La arqueología en el norte de Chile: su estado y perspectiva de desarrollo en el tránsito hacia el socialismo. En: *Informe presentado en la Comisión de Ciencias Humanas del 1er Congreso de Científicos organizado por CONICYT*, pp. 5-12. Santiago de Chile.
- Moulián, T. 1997. *Chile actual, anatomía de un mito*. LOM-ARCIS, Santiago.
- Munita, D., R. Mera, R. Álvarez, C. García y P. García. 2016. Investigación, conservación y educación patrimonial como compensación de daños en los sitios arqueológicos de bahía Ilque. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 46:71-84.
- Muñoz, M. y C. Blanco. 2013. Una taxonomía de las universidades chilenas. *Calidad en la educación* 38:181-213.
- Núñez, L. 1969. Nuevas perspectivas de la arqueología en Checoslovaquia. *Boletín de la Universidad de Chile* 91:26-31.
- Núñez, L. 1974. *La agricultura prehistórica en los Andes meridionales*. Editorial Orbe, Santiago.
- Núñez L. 2014. Homenaje póstumo a Julio Montané Martí. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 46(4):535-542.
- Núñez, L. 2015. *Avísale, Freddy. Historia de un hombre y sus razones 1943-1973*. LOM Ediciones, Santiago.
- Núñez, L. y T. Dillehay. 1978 [1995]. *Movilidad giratoria, armonía social y desarrollo en los Andes meridionales: Patrones de tráfico e interacción económica*. Universidad Católica del Norte, Antofagasta.
- Orellana, M. 1982. *Investigaciones y teorías en la Arqueología de Chile*. Centro de Estudios Humanísticos, Universidad de Chile, Santiago.
- Orellana, M. 1991. Reflexiones sobre el desarrollo de la Arqueología en Chile. *Revista Chilena de Antropología* 10:11-23.

- Orellana, M. 1995. Punta de Tralca. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 21: 41-44.
- Orellana, M. 1996. *Historia de la Arqueología en Chile*. Bravo y Allende Editores, Santiago.
- Palma, G., S. Rebolledo y P. Kelly. 2015. Registro y contextualización de la colección de vasijas del Lof Llaguepulli, Puerto Domínguez (Lago Budi). *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 45:59-79.
- Pérez, E. 2018. Conversos y montajes: sobre la itinerancia de Rojas y Ampuero. *El Mostrador*, 4 de octubre de 2018.
<https://www.elmostrador.cl/noticias/opinion/columnas/2018/10/04/conversos-y-montajes-sobre-la-itinerancia-de-rojas-y-ampuero/> (1 julio 2020)
- Pimentel, G., A. Garcés, S. Kuzminsky, C. Agüero y L. Núñez. 2016. Editorial. El conocimiento en disputa. Algunas observaciones sobre cienciometría, sistemas de acceso y ciencia social latinoamericana. *Estudios Atacameños. Arqueología y Antropología Surandinas* 53: 3-9.
- Piñera, S. 2017. *Programa de Gobierno 2018-2022. Construyamos tiempos mejores para Chile*.
<http://www.sebastianpinera.cl> (1 julio 2020)
- Politis, G. 2003. The theoretical landscape and the methodological development of archaeology in Latin America. *American Antiquity* 68(2):245-272.
- Rivera, M. 1972. Comité de Arqueología del Norte (C.O.D.A.N.). En: *Serie Documentos de Trabajo* 3 pp. 13-14. Programa de Arqueología y Museos, Universidad de Chile, Antofagasta.
- Rubio, G. 2012. El pasado reciente en la experiencia chilena. Bases para una pedagogía de la memoria. *Estudios Pedagógicos (Valdivia)* XXXVIII(2):375-396.
- Rufinelli, A. y A. Guerrero. 2009. Círculo de segmentación del sistema educativo chileno: destino laboral de egresados de Pedagogía en Educación Básica. *Calidad de la Educación* 31:20-44.
- Salazar, D., D. Jackson y A. Troncoso. 2012. Entre dos tierras: reflexiones sobre la arqueología chilena en el siglo veintiuno. En: *Teoría arqueológica en Chile: reflexionando en torno a nuestro quehacer disciplinario*, editado por P. Ayala y F. Vilches, pp. 41-71. Línea Editorial IIAM-UCN, Ocho Libros, Santiago.
- Salazar, D., R. Alvar, R. González, D. Hernández, H. Ramírez, F. Vega y S. Yrarrázaval. 2017. Ciencia y política en la arqueología chilena: el caso de Fondecyt. *Revista Chilena de Antropología* 35:186-217.
- San Francisco, A., M. Fuentes y J. Sepúlveda. 2010. Hacia una arqueología del estadio Víctor Jara. Campo de detención y tortura masiva de la Dictadura en Chile (1973-1974). *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana* 4:91-116.
- Santander, B. y P. López. 2012. Análisis de microhuellas de uso mediante Microscopio Electrónico de Barrido (MEB) de artefactos óseos de un sitio Arcaico tardío del valle de Mauro (Región de Coquimbo, Chile): Aportes para una reconstrucción contextual. *Revista Chilena de Antropología* 26:129-150.
- Santorio, C., V. Standen, D. Angelo y V. Gavilán. 2013. Editorial. Internacionalización de revistas científicas en campos emergentes como antropología: desafíos y oportunidades para Chungara. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 45(3):367-369.
- Seguel, R., E. Roubillard, F. Espinoza y A. Escobar. 2013. *Prospección exploratoria para la búsqueda, recuperación y análisis de evidencia cultural y biológica asociada a la ocupación del inmueble de Londres 38, con especial énfasis en el período septiembre 1973 – septiembre 1974*. Centro Nacional de Conservación y Restauración, Santiago.
- Servicio de Evaluación Ambiental (2020). Información de Proyectos Ingresados al SEIA. <http://www.sea.gob.cl/documentacion/reportes/informacion-de-proyectos-ingresados-al-seia> (1 julio 2020)
- Sierralta, S. 2017. La arqueología chilena en el Gulumapu: narrativa histórica en una zona de conflicto. *Revista Chilena de Antropología* 36:255-274.

- Silva, E., C. Silva, N. La Mura, N. Fuenzalida y A. Brinck. 2017. Sentidos del patrimonio de los sitios arqueológicos Ruinas de Chada y Pucará de Chena (río Maipo, Chile Central): historia local y entorno social. *Intersecciones en Antropología* 18: 169-179.
- Suárez, L. y J. González. 1983. David L. Clarke: Proposición para una teoría arqueológica. *Arqueología y Ciencia, Primeras Jornadas*, pp. 127-141. Museo Nacional de Historia Natural, Santiago.
- Suárez, L., L. Cornejo y F. Gallardo (eds.). 1983. *Arqueología y Ciencia, Primeras Jornadas*. Museo Nacional de Historia Natural, Santiago.
- Troncoso, A., D. Salazar y D. Jackson. 2006. Hacia una retrospectiva de la teoría arqueológica en Chile: ¿Qué somos, ¿de dónde venimos?, ¿a dónde vamos? En: *Puentes hacia el pasado: reflexiones teóricas en arqueología*, editado por A. Troncoso, D. Salazar y D. Jackson, pp. 217-243. Serie Monográfica de la Sociedad Chilena de Arqueología, Santiago.
- Troncoso, A., D. Salazar y D. Jackson. 2008. Ciencia, Estado y Sociedad: Retrospectiva crítica de la arqueología chilena. *Arqueología Suramericana* 4(2):122-145.
- Uribe, M. y L. Adán. 2003. Arqueología, poblaciones originarias y patrimonio cultural en el Desierto de Atacama. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 35(2):295-304.
- Valdés, J. y Fauré, D. 2018. Historias locales, memoria social y la defensa de una metodología participativa: los Encuentros por la Memoria. *Espacios & Memorias* 3:45-56.
- Vásquez León, L. 2003. *El Leviatán arqueológico. Antropología de una tradición científica en México*. CIESAS, México D.F.
- Vidal, E. 2019. Discursos arqueológicos y la creación del tiempo universal en la prehistoria del desierto de Atacama, norte de Chile: reflexiones en torno a la construcción del pasado. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 49:7-26.
- Weibel, M. 2017. *Los niños de la rebelión*. Aguilar, Santiago.

COMENTARIOS

Una Obra Invisibilizada

Zulema Seguel

A invitación de los editores, presento en este escrito mis reflexiones sobre el documento “El futuro que no fue: tres tesis de la arqueología chilena contemporánea” (Sierralta 2020). En primera instancia mis comentarios se centran en el “resumen introductorio”, que sintetiza el eje vertebral del documento. Sin embargo, la amplitud y complejidad de las materias abordadas demandan un análisis que trasciende la mirada de las ciencias antropológicas. El contenido del documento no es neutral por lo que sus planteamientos y conceptos deben enmarcarse en su debido contexto.

En segunda instancia, planteo la invisibilidad y el desconocimiento de las actividades científicas y académicas desarrolladas por la Universidad de Concepción a mediados del siglo XX. En efecto, la Universidad de Concepción planteó en esa fecha, un proyecto a largo plazo que consistía en la creación de un Centro de Investigaciones Etno-Arqueológicas, cuyo objetivo era formar profesionales universitarios e impulsar investigaciones en la zona centro-sur del país.

Como bien lo señala Sierralta, son muchas las ideas, conceptos y planteamientos que forman un “nudo crítico” (Sierralta 2020:107), que habría que desempolvar. Pero para analizar y entender estas ideas, debemos contextualizarlas dentro de un marco conceptual que considere no sólo el rol de la arqueología en el “desarrollo del Chile contemporáneo” sino también dentro del conjunto de las ciencias antropológicas. Si el objetivo es aumentar el conocimiento de las sociedades, incluyendo las del pasado, debemos considerar la complementariedad de la etnología (antropología cultural) y de la antropología física. En consecuencia, poner los hechos dentro de una perspectiva histórica, usando un lenguaje científico convencional.

La arqueología centra sus objetivos en la búsqueda de vestigios, huellas, y testimonios de tiempos prehistóricos, submarinos, sepultados o semi sepultados. La lectura de estos vestigios permite identificar y entender (en parte), estilos de vida, costumbres, creencias, y actividades económicas. Pero, se nos escapa en gran medida el patrimonio intangible. El arqueólogo frente a sus vestigios difícilmente puede afirmar o suponer lo que pensaba el hombre de sociedades prehistóricas en su vida cotidiana: ¿Cómo imaginaba el hombre prehistórico su propia visión del mundo, su vida social en la cotidianeidad, las construcciones de sus lenguajes?

Sierralta introduce, acertadamente, el concepto “nudo crítico” (Sierralta 2020:107), el que habría que desempolvar. Es importante retomar esta idea, pues, su raíz se asocia al vocablo griego “gnos”, que quiere decir, conocimiento, pero también: “trama, tejido, orden”. Se podría reflexionar que, hay muchos “nudos críticos” que sólo se pueden resolver con análisis que permitan desempolvar hechos y acontecimientos contextualizados en su espacio-tiempo.

Al leer el escrito de Sierralta me pregunto: ¿Por qué solo la arqueología del siglo XX, entre todas las ciencias antropológicas, pasaría a ser tan relevante (no digo que no lo sea), vinculada “con la relación entre la práctica arqueológica y la sociedad en general, buscando sus expresiones en los hechos históricos concretos”? (Sierralta 2020:105). ¿Por qué el patrimonio histórico es más relevante en la época contemporánea? Sierralta habla de arqueología urbana y del advenimiento de una “arqueología técnica”, profesionalmente precaria. Sería conveniente aclarar el significado de “arqueología técnica”. Con respecto a esto, expreso una reflexión personal: la arqueología es una ciencia de investigación, que se estudia a nivel universitario y que culmina en una licenciatura que permitirá, a posteriori, estudios de posgrado. En consecuencia, debiera considerarse una nueva carrera que conduzca al título de técnico con el desarrollo de una nueva malla curricular que atienda esta nueva necesidad medio ambiental.

Nuestro país necesita antropólogos, pues, somos una sociedad mestiza con todos los ingredientes de los sincretismos multiculturales. Las corrientes culturales traspasan los límites políticos administrativos de los Estados; nuestra sociedad forma parte de la cultura nuclear de la América Andina. ¿Dónde se menciona en el documento “al hombre andino, al hombre del Chile Central, de la Araucanía, de la Patagonia”? cuando se afirma que: “..el futuro de la arqueología, no es otro que el futuro de los chilenos.” (Montané 1972: 4; en Sierralta 2020).

Invisibilidad de una obra

Con estas interrogantes y desde una mirada retrospectiva, abordo dos temas que tienen directa relación con el desarrollo histórico de las investigaciones etno-arqueológicas en el país en el siglo XX: (1) el reconocimiento de las investigaciones en Patagonia Austral y Tierra del Fuego, y (2) la invisibilidad de las actividades académicas e investigaciones llevadas a cabo por la Universidad de Concepción.

Con anterioridad al siglo XX, muchas miradas extranjeras se proyectaron hacia el extremo sur de nuestro continente, movidas por diferentes propósitos e intereses: económicos, científicos, evangelizadores y de colonización territorial. Las misiones científicas tuvieron como objetivo central, las búsquedas de vestigios, huellas, testimonios que pudiesen aportar un mayor conocimiento sobre los grupos humanos que poblaron el último bastión territorial de este continente (e.g. las misiones de Auer 1950; Bird 1938, 1939, 1946; Cooper 1924-1967; Empèraire 1951-1953; Gusinde 1951-1953; Guyot 1968).

A ello se suman más tarde las campañas planificadas y realizadas en forma sistemáticas por la doctora A. Laming-Empèraire —auspiciadas por el centro nacional de investigación de Francia (campañas del CNRS realizadas en los años: 1958-1959; 1960-1961; 1964-1965; 1967-1968). En éstas participaron, en representación de la Universidad de Concepción, Zulema Seguel (1964-1965) y la alumna Cristina Durán junto a Zulema Seguel (1967-1968). Los objetivos generales y resultados parciales de estas investigaciones fueron publicados en la revista “Objets et Monde”, en un número dedicado especialmente a Patagonia Austral y Tierra del Fuego (Muséum National d’Histoire Naturelle 1972).

Muchas de las campañas planificadas por la doctora A. Laming-Empèraire quedaron paralizadas debido su trágica muerte durante la misión arqueológica en Lagoa Santa, Brasil. Lamento

profundamente la trágica partida de Annette, quien junto con ser la profesora guía de mi tesis doctoral (Universidad Sorbona-París), era fundamentalmente mi amiga. Entre los muchos proyectos inconclusos, se halla la misión a Chiloé cuyo propósito era seguir buscando testimonios y huellas de los movimientos migratorios de los pueblos prehistóricos vía costa-pacífico. Los estudios sobre los pueblos originarios que poblaron Patagonia y Tierra del Fuego revelaron los efectos negativos de la colonización, pero desconocemos la repuesta del Estado Chileno frente a las reiteradas críticas de las acciones genocidas que mermaron a las poblaciones autóctonas.

Cuesta abordar el siguiente punto referido a la creación y desarrollo del Instituto de Antropología de la Universidad de Concepción. Planteo este tema, no solo por las circunstancias históricas y el rol que me tocó desempeñar, sino también por su invisibilidad. Este proyecto, resultó en la creación de la nueva “Licenciatura en Antropología”. Fue así como se oficializó en Chile la primera carrera de Antropólogo con rango universitario.

Las primeras conversaciones tomaron lugar en 1964 (mayo-junio), a través de la vía consular Concepción-París-Concepción. En ese entonces, el rector don Ignacio González Ginouvés me ofreció participar en el desarrollo y la puesta en marcha de este proyecto y solicitó el auspicio de la UNESCO para incorporar a la Dra. Laming-Empèraire y la Dra. Simon Gamelon. En este mismo periodo se anuncia oficialmente la creación del proyecto, y se integra a las profesionales extranjeras en agosto. Entre septiembre y diciembre de 1964 se concreta el proyecto con la creación del “Centro de Investigación Arqueológica, Universidad de Concepción”, cuyos principios fundacionales incluían la docencia, investigación y difusión (Archivos oficiales de la institución y Archivo personal). Se planifican entonces las actividades del semestre, y se planteó darlas a conocer en el marco de las escuelas de verano de la Universidad de Concepción (en las que se incluyó a diversos profesores extranjeros), difundiendo el contenido de las actividades académicas y de investigación proyectadas para la apertura del año marzo-diciembre 1965.

Entre 1965 y 1974 se pone en marcha la carrera de Antropología, cuyo plan de estudio incluía los siguientes objetivos: (1) canalizar metódicamente las ideas dispersas en torno a las ciencias antropológicas; (2) impartir docencia teórico-práctica y orientar vocaciones profesionales; (3) incentivar el trabajo de equipo, tanto en actividades de aulas como en prácticas de terreno, y; (4) impulsar las actividades etno-arqueológicas en la región centro-sur, como un proyecto más de la labor universitaria.

Para el desarrollo de este programa y la formación de una planta docente se buscó en primera instancia, la colaboración de académicos nacionales. Agradecemos a todos los docentes y amigos que colaboraron desde diferentes instituciones, y en especial a los académicos de la Universidad de Chile, señores: Juan Munizaga, Osvaldo Silva y Jorge Hidalgo. Don Julio Montané, quien fue presentado por la doctora Grete Mostny, participó desde los inicios en esta planta docente. Posteriormente, se incorporaron académicos extranjeros y profesores visitantes que enriquecieron aún más este proyecto.

Se impulsó y desarrolló investigaciones etno-arqueológicas, con un enfoque de largo plazo, privilegiando el ámbito regional. Los objetivos generales de estas investigaciones incluían: (1) la exploración y reconocimiento del sector costero continental de las regiones: Maule, Ñuble, Bío Bío, y Arauco; (2) el levantamiento cartográfico de sitios arqueológicos y/o lugares susceptibles de asentamientos humanos prehistóricos e históricos (los fuertes hispánicos del área); (3) el rescate de

sitios en peligros de destrucción, y sondeos prospectivos, y; (4) las excavaciones etno-arqueológicas sistemáticas en sitios Bellavista I Concepción (n° 844 Ivic fecha radio carbono 3.870 +/- 80; n° 845 Ivic, 3.330 +/- 80 año de referencia 1950 DC), Quiriquina I y Tubul I.

Mención aparte merece el hallazgo de 21 sepulturas en el conchal I cuando solo se había excavado 1/3 de su superficie. Estas osamentas se enviaron al laboratorio de antropología física de la Universidad de Chile para su estudio, bajo la garantía del señor director profesor Juan Munizaga quien también era profesor del Instituto de Antropología Concepción. Estas osamentas con sus respectivos informes aún no se han recuperado. Este hallazgo, aún inédito, formaba parte fundamental de mi tesis doctoral.

El desempeño en las tareas de difusión fue variado e incluyó: (1) la participación en actividades programadas por la universidad; (2) publicaciones preliminares sobre las investigaciones en curso; (3) la fundación de la revista Rehue; (4) la creación y montaje del museo- laboratorio de la Universidad de Concepción, el cual albergaba un valioso conjunto arqueológico formado con el aporte de donaciones, el producto de nuestras investigaciones y el trabajo en terreno de los alumnos. Entre sus colecciones se incluían: (1) CAP (colección Compañía de Acero del Pacífico -Huachipato-); (2) Colección Isla de Pascua; (3) Donación Doctor Wilhem; (4) Colección Patagonia Austral y Tierra del Fuego, y; (5) Donación de materiales de la Doctora A. Laming-Emperaire, proveniente de las expediciones ya citadas.

Por todo esto, me parece curioso el silencio que se guardó en torno al aporte que la Universidad de Concepción contribuyó al desarrollo de las ciencias antropológicas. La interrupción e invisibilidad de estas tareas llevan a una serie de deudas pendientes: (1) de la Sociedad Chilena de Arqueología con Zulema Seguel; (2) la ausencia de una defensa del patrimonio intelectual producido a través de las mencionadas investigaciones etno-arqueológicas y ambientales en la zona centro-sur de Chile; (3) de la Universidad de Chile con la Universidad de Concepción, ya que las 21 osamentas exhumadas del sitio Bellavista I y sus respectivos informes no han sido devueltos, y; (4) del Estado de Chile a Zulema Seguel quien tiene dos exoneraciones políticas no reparadas (1976 Universidad de Concepción y 1986 Municipalidad de Quirihue Itata Ñuble).

Finalmente, repito lo expuesto en otros documentos oficiales referidos a las actividades etno-arqueológicas y académicas del Instituto de Antropología de la Universidad de Concepción: "...muchos de los objetivos se cumplieron; algunos medianamente y otros, se quedaron en el camino". Tomando el título del documento en análisis, agregaría; "El futuro que sí pudo haber sido y..., no fue".

Referencias citadas

- Sierralta, S. 2020. El Futuro que no fue: Tres Tesis sobre la Arqueología Chilena Contemporánea. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 50. 50:105-129.
- Muséum National d'Histoire Naturelle. 1972. *Objets et mondes. La Revue Du Musée De L' Homme. Numéro spécial consacré à la Patagonie et à la Terre de Feu.* Tome XII. Fascicule 2. Muséum National d'Histoire Naturelle, Paris.

Comentario a Sierralta S. (2020) El Futuro que no fue: Tres Tesis sobre la Arqueología Chilena Contemporánea

Andrea Seelenfreund¹

Leo el texto de Simón Sierralta (2020) “El Futuro que no fue: Tres tesis sobre la arqueología chilena contemporánea.” Me han pedido comentar sobre las reflexiones y el análisis que hace mi colega, varios años más joven que yo. Hoy son tiempos complejos que nos tienen sentados doce horas al día frente a una pantalla, tele-trabajando, interactuando con nuestros amigos, colegas y estudiantes a través de medios virtuales. Estoy intentando algo parecido a hacer docencia a estudiantes de primer año de universidad. No me queda otra opción que pensar en mis propios primeros días en la universidad, allá en marzo de 1975 cuando ingresé al Departamento de Antropología de la Universidad de Chile. También eran tiempos complejos, con futuros inciertos. Pienso en mis estudiantes de primer año que dan sus primeros pasos en la antropología; dudosos, en condiciones precarias, enfrentados al ritual de primer año universitario. Son mechones sin ser mechones, no han tenido bienvenida, no se conocen entre ellos más allá de sus nombres en una lista de whatsapp en la que se organizaron. Ellos, supuestamente de la generación digital, no saben usar o no tienen disponibles los medios digitales que les exigimos. Están perdidos, están estresados, pero ingresan a una carrera y escuela ya consolidada a estudiar una profesión reconocida. Mi ingreso, claro fue diferente, tenía compañeros, tenía profesores presenciales, hubo semana mechona, pero también cada paso al interior y exterior del campus estaba vigilado y permeado del terror del entorno. A ello debemos sumarle que entrábamos a una carrera muy nueva de la cual aún no había egresado la primera generación. Al finalizar el primer semestre, dos profesores presos; compañeros que no regresaron. Nadie preguntaba mucho. Solo años después tomamos conciencia de cómo el ambiente que nos rodeaba nos formó como profesionales: vacíos teóricos, temas de los que no se hablaba, lo permitido vs lo prohibido. Carnet de identidad para entrar al campus, censura en lo que se decía y enseñaba. Miedos, otros miedos, pero siempre miedos. ¿Hasta dónde nos persiguen esos días, meses o años en nuestra formación, en nuestro quehacer académico y profesional y en la arqueología que hacemos y soñamos para el futuro en nuestro país? A ello se debe sumar que la arqueología recién se vislumbraba como una “profesión” en contraste con el ejercicio de ella como aficionado o en paralelo al ejercicio de otra profesión como de ingeniero o médico como lo fueron muchos de los socios fundadores de la Sociedad Chilena de Arqueología.

Sierralta (2020) en su análisis revisa la historiografía respecto al desarrollo de la disciplina y vuelve sobre las preguntas básicas ¿qué historia debemos contar, cuáles son sus límites y direcciones? ¿Qué rol tiene la arqueología en todo ello? Propone tres grandes tesis para explicar el desarrollo en la historia de la disciplina en el Chile actual y su impacto en el quehacer nacional, enfatizando el quiebre producto del golpe de Estado de 1973. La primera tesis nos propone que el modelo neoliberal implantado en tiempos de la dictadura ha promovido en todo ámbito la individualización de las prácticas, con el desmembramiento de proyectos colaborativos de largo alcance, la pérdida de un proyecto social de la arqueología, privilegiando en cambio proyectos individuales basados en la competencia por el acceso a fondos públicos estatales, esto nos llevan a su segunda tesis: La creciente disociación entre la práctica académica, altamente competitiva y la práctica profesional, en

1 Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Santiago, Chile. aseelenfreund@academia.cl

la que se desenvolvían todos aquellos que no lograban insertarse en un mundo académico estrecho y bastante incestuoso, y que observaba a los “otros” con un claro menosprecio. Por último está su tercera tesis, que ha titulado “De la comodidad a la superación”. Se refiere a la incapacidad de la disciplina a generar estrategias de superación de los marcos institucionales y políticos dispuestos por la dictadura, haber encontrado “un espacio cómodo” donde alojar su práctica de investigación y mercado y haberse insertado en la comodidad de la estructura económica, social y política que delineó la revolución neoliberal, acentuando una dicotomía entre arqueología académica vs arqueología de mercado.

No quiero referirme a los puntos 1 y 2, que han sido largamente discutidos por otros colegas. Me voy a centrar en lo que expone y argumenta en el punto 3. Hoy en día, finalizando la segunda década del milenio, los arqueólogos de todo el mundo son conscientes de su rol social y de la importancia del acceso público al conocimiento y la inclusión de las múltiples voces en los discursos sobre el pasado. Pero nada de eso sucedía en nuestra disciplina, ni en los años de la dictadura ni en la década de los 90. El rol social de nuestra disciplina no era parte de la discusión, las voces de los pueblos originarios, salvo en contadas excepciones, no entraban en la ecuación. La palabra patrimonio no se escuchaba en las salas de clases, ni en los congresos, tampoco se hablaba de feminismo, o conciencia ambiental. La arqueología era algo aséptico, del pasado, de gente ausente. Pero, ello no solo sucedía en Chile. Desde 1985 la arqueología ha sufrido cambios muy profundos que han obligado a replantear sus fundamentos y objetivos como disciplina histórica y social. Sin embargo, es probable que en Chile estos temas se hayan postergado aún más que en otros lugares, como consecuencia y efecto colateral de la dictadura.

No solo en Chile vemos profundas transformaciones en la práctica de la disciplina impulsadas por requerimientos del mercado y el intento de algunos arqueólogos al margen de la academia de generar un sustento en ese espacio incipiente. Determinadas generaciones universitarias, y particularmente aquellas formadas durante la dictadura, accedieron a los escasos cargos que se formaron en universidades y museos sin las exigencias académicas que se demandan a las generaciones posteriores. Si hoy en día, la obtención de un doctorado es el piso mínimo para acceder a un puesto académico, en los años 90 podía ser razón para ser excluido de la misma. Han habido generaciones “sándwich” que quedaron entrapadas entre estos dos formatos, al no haber espacio para los nuevos graduados en la única escuela de arqueología del país y la escasas contrataciones de profesionales en los museos con enfoque antropológico o arqueológico.

En la medida que aumentaba la competencia y los nuevos graduados vi surgir un nuevo campo laboral al alero de nuevas normativas y exigencias de organismos internacionales: la arqueología ejercida como profesión en el sistema de evaluación ambiental. El hecho que la arqueología en contexto de impacto ambiental fuera además lucrativo, aunque inestable, significó que cada vez mayor número de colegas y ya no solo aquellos excluidos del mundo académico, vieran en ella una posibilidad de ejercer la profesión o de mejorar sus ingresos. Sin embargo, venía acompañada del peligro de una arqueología rápida, descomprometida y potenciada por una normativa ambiental insuficiente, diseñada para servir al mercado más que al patrimonio. Es en este mismo contexto que surge la oportunidad de la profesionalización de la disciplina y el empuje necesario para la conformación del Colegio de Arqueólogos AG hoy, en sintonía con los nuevos tiempos, transformado en el Colegio de Arqueólogas y Arqueólogos AG, que va asumiendo con potestad un rol político en la valoración y defensa del patrimonio, que la Sociedad Chilena de Arqueología expresamente consideraba ajeno a sus atribuciones, al considerarse exclusivamente una sociedad científica. Es

recién en los últimos 10 años que finalmente podemos celebrar la acción conjunta y sostenida de ambas instituciones bajo la creciente amenaza de la destrucción al patrimonio, reforzada por las decisiones del Estado.

En forma incipiente vemos surgir a fines de los años 90 también en Chile, las primeras voces que reclaman este rol social y compromiso de los arqueólogos y arqueólogas con las comunidades donde trabajan. Es notable recordar que los códigos de conducta ética tanto en antropología como arqueología son recién discutidos a partir de fines de la década de los 90 e implementados recién a mediados de la primera década del nuevo milenio. Me referiré muy brevemente aquí a lo que me parece más importante: las relaciones entre el arqueólogo y las comunidades donde ejerce. Si no fuera por las exigencias que impone el sistema de financiamiento científico del país, ¿el trabajo en y con comunidades indígenas en Chile consideraría hoy el consentimiento de las comunidades? ¿Ha cambiado realmente nuestra percepción de que las poblaciones originarias o que el patrimonio arqueológico es algo distanciado y ajeno a la comunidad donde se ubica, como si éstos no tuvieran relación alguna con la cultura material que estudiamos? ¿Qué camisa de fuerza nos impone el actual modelo extractivista que ve en el Estado no un agente activo encargado de la protección, sino un agente administrador de recursos? Estos son problemas transversales que nos competen en lo disciplinar y muchos otros ámbitos de nuestras vidas. Es fundamental preguntarnos sobre el lugar y sentido que queremos ocupar y que deseamos para la disciplina. Creo ver en las nuevas generaciones un profundo cambio y un viraje hacia una arqueología social, comprometida y desde los territorios. También veo con esperanza profesionales de miembros de los diferentes pueblos originarios estudiando arqueología, validarse frente a sus comunidades y hacerse cargo de su propio patrimonio. Espero que ello nos permita construir un nuevo dialogo y una arqueología con la participación activa de las comunidades. Sin embargo, ello no debe hacernos complacientes. Vemos hoy como surgen nuevas escuelas de arqueología en diferentes puntos del país, algunas con enfoques regionales, otras con enfoques más o menos academicistas. Ello ciertamente representa un desafío a las futuras generaciones que buscarán desarrollar su camino profesional cada vez bajo un escenario más competitivo. No obstante, creo que ello también es una oportunidad para crear nuevas formas de hacer arqueología, superar las tensiones y construir un nuevo dialogo para crear ese futuro que queremos tener. Ya lo vemos en el surgimiento de grupos de investigación independientes que ponen el foco en nuevas temáticas, como lo son la arqueología de contextos históricos y/o contemporáneos, temáticas vistas previamente como muy lejanas en el ejercicio de la profesión. Permítanme cerrar este texto con una propuesta para un título alternativo al artículo de Simón Sierralta: “El futuro que es: Tres tesis sobre la arqueología chilena contemporánea”.

Referencias Citadas

Sierralta, S. 2020. El Futuro que no fue: Tres Tesis sobre la Arqueología Chilena Contemporánea. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 50. 50:105-129.

¿Otro futuro es posible? Respuesta a “El Futuro que no fue: Tres tesis sobre la Arqueología Chilena Contemporánea”

Estefanía Vidal Montero²

“The times they are a-changin’”
Bob Dylan, 1964

El celebrado antropólogo de la diáspora Afro-caribeña Michel-Rolph Trouillot en su libro “Silencing the Past” (1995), plantea que los seres humanos participamos en la historia como actores y como productores de narrativas. Esta distinción entre “lo que pasó” y lo que “se dice que pasó” son dos momentos claves donde se *crea* la historia (como discurso y práctica) y son también las instancias donde más insistentemente interviene el poder, en el sentido foucaultiano. En este espacio es donde se producen los “silenciamientos”, aquellas operaciones que obliteran ciertos momentos en la producción de fuentes, archivos, narrativas y procesos de retrospcción. No obstante, sostiene Trouillot (1995), la historia deja rastros que limitan lo que el discurso puede crear: monumentos, archivos, edificios, diarios, cuerpos. Los trazos materiales nos recuerdan que no cualquier ficción puede pasar por Historia(s). Este es su primer llamado de atención sobre la relevancia histórico-política de las disciplinas que se abocan al estudio de las materialidades.

La reflexión escrita por Simón Sierralta (2020) justamente nos propone identificar esos silencios e iluminarlos con lo que, en teoría, mejor entendemos: las materialidades. Haciendo un examen de las instituciones y prácticas en las que operamos como disciplina, el autor propone que, desde el Golpe Militar, la arqueología ha sido cada vez más complaciente con el sistema que justamente se encargó de provocar aquello que criticamos como vacío: la escisión del resto de la sociedad, la pérdida del “componente social” y la transformación de la disciplina en una ciencia de lo material o entidad técnica, que responde a las necesidades de un nuevo Chile moderno y neoliberal. El autor nos invita a pensar en aquellos eventos cuyas consecuencias seguimos viviendo, recordándonos que como disciplina que escribe sobre la (pre)historia, no podemos situarnos fuera de ella.

El artículo nos ofrece distintas provocaciones sobre el quehacer arqueológico que funcionan también como una periodificación de los últimos 40 y tantos años de historia chilena, presentándola en tres tesis—en un eco a la versión hegeliana de la historia. La primera reflexiona sobre cómo el Golpe Militar y posterior dictadura provocaron la desarticulación de la disciplina, pero cuyos verdaderos alcances para nuestra práctica han sido comprendidos de manera insuficiente. La segunda describe cómo se instala un sistema de producción científica, académica, patrimonial que se funda en un orden de mercado, de competencias individuales, de fracturación de proyectos de desarrollo científico social. La tercera reconoce en el momento actual, una arqueología que termina acomodándose a la *forma* sin ninguna modificación de *fondo*. Dos décadas después del cambio de milenio, atiende el autor, nuestra disciplina sigue sin articularse con un proyecto político y social concreto que se consolide en formas *alternativas* de hacer arqueología. Nuestra práctica se mueve en un contexto cortoplacista y a-territorial que no permite un encaje real con el resto de la

2 Candidata a Doctora en Antropología, Universidad de Chicago. Email: evidalmontero@uchicago.edu

sociedad, “¿cómo pensar en alternativas?”, finaliza Sierralta. Tomando esta última interrogante como la principal provocación del artículo—y atendiendo al llamado de su autor a reflexionar sobre los efectos de la historia reciente sobre la práctica arqueológica — ofrezco una breve reflexión sobre el momento actual y sus posibilidades. Sugiero que, como ya han propuesto otros autores (proyectos para una práctica arqueológica anti-colonial han sido propuestos, por ejemplo, por Haber, 2016), si imaginamos el actual como un momento de síntesis, el futuro que se configura para la arqueología desde Sudamérica debe ser decidida e insistentemente anti-colonial. Esto significa que necesita de voces y espacios subalternos, ofrecer escenarios sociopolíticos distintos, reflexionar sobre las formas en que contribuye a la reproducción de estructuras coloniales y ocuparse de los silencios de la historia.

Admito que escribo este comentario desde Chicago, mientras termino un doctorado financiado por Becas Chile, por lo que quizás estas palabras suenen algo cínicas. Trouillot (1995), por otro lado, fue profesor del departamento de Antropología de la misma institución que Friedman y sus Chicago Boys; imagino que algo sabía de la versión de la historia que se tramó en la escuela de Economía. Mi encuentro con el anti-colonialismo de Trouillot fue, en efecto, a través de sus escritos en la Universidad de Chicago. Estas palabras, por tanto, se escriben desde una posición bastante paradójica que se sitúa ciertamente dentro de un espacio colonial, como es la academia.

Y si bien proponer que nuestra labor como arqueólogos debe ser anti-colonial no es novedosa, mientras escribo las noticias hablan de supremacía blanca, de neo-fascismo, de atentados anti-musulmanes, anti-semitas, anti-gays, anti-negros, a la vez que protestas anti-racistas proliferan en distintas partes del país, atribuidas a uno de los movimientos sociales más grandes de la historia de Estados Unidos (Buchanan et al. 2020). Al mismo tiempo, se retiran, intervienen, o caen las estatuas de Colón en Miami, Boston, Baltimore y Virginia—esta la última, una de las colonias más ricas del Imperio Británico en América; del ex presidente estadounidense Theodore Roosevelt montado a caballo, flanqueado por un hombre indígena y otro africano que le siguen a pie, en las puertas del Museo de Historia Natural de Nueva York; del traficante de esclavos Colston en Bristol, Inglaterra; del conquistador español de Nuevo México Juan de Oñate, en Albuquerque. Y por cierto la de Manuel Baquedano, en la Plaza de la Dignidad, en Santiago de Chile hace ya varios meses. Definir si este momento se trata o no de una revolución, la manifestación de una nueva consciencia, o una disrupción en el *status quo* que traerá consigo un capitalismo más salvaje y seductor, es una tarea casi imposible. Todo esto en un contexto donde una pandemia nos recuerda que la enfermedad es también parte nuestra herencia colonial (y capitalista), matando a más pobres que a ricos, a más negros que a blancos, desapareciendo a millones hace 500 años.

En el libro que antes referencio, Trouillot (1995) se centra en uno de los eventos más significativos de nuestra historia americana post-conquista, pero de la que poco sabemos y menos celebramos: la revolución haitiana. En 1790, algunos meses antes del inicio de la insurrección que partió en Santo Domingo, el colonialista francés La Barre le aseguraba a su esposa metropolitana que la vida en los trópicos era muy pacífica: “There is no movement among our Negroes... They don’t even think of it. A revolt among them is imposible” (Trouillot 1995: 72). La revolución haitiana fue, mientras ocurría, impensable, mantiene el autor. Los funcionarios franceses no eran capaces de entender que una insurrección era inminente; ¡No era posible que los *esclavos*, esos que jamás entenderían de libertad, igualdad y fraternidad porque carecían de humanidad, fueran a desear, planificar y ejecutar un plan para reclamar su emancipación! Esa era tarea de los mismos franceses, que estaban teniendo

por ese momento su propia revolución. El silenciamiento de la revolución haitiana, que es parte de la misma lógica que sigue actualmente castigando a Haití por su insurrección colonial y que ha convertido a Colón en un héroe Yankee, es el discurso que, de un tiempo a esta parte, estamos viendo caer.

El artículo de Simón nos recuerda insistentemente que la arqueología es, por un lado, *productora* de historia a la vez que partícipe en ella; opera en efecto, como actor y productor. En tal escenario, es fundamental el compromiso reflexivo con nuestra práctica, que no puede quedar divorciada del mismo proceso histórico en el que se inserta. En el actual contexto histórico, momento clave donde parece vital reconfigurar los añejos discursos históricos para que reflejen *realidad*, donde se caen viejos monumentos, nuestra postura anticolonial se ha vuelto urgente. Y como proclamaba (el ahora viejo) Dylan en los 60's, cuando el movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos se encontró con la larga historia de la música folk, lo que sí sabemos es que los tiempos están cambiando. Esa no es una idea nueva.

Referencias citadas

- Buchanan, L., Bui, Q., Patel, J. K. 2020. Black lives matter may be the largest movement in US history. The New York Times. <https://www.nytimes.com/interactive/2020/07/03/us/george-floyd-protests-crowd-size.html> (3 de Julio 2020).
- Haber, A. 2016. Decolonizing archaeological thought in South America. *Annual Review of Anthropology* 45:469-485.
- Sierralta, S. 2020. El Futuro que no fue: Tres Tesis sobre la Arqueología Chilena Contemporánea. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 50. 50:105-129.
- Trouillot, M-P. 1995. *Silencing the past: power and the production of history*. Beacon Press, Boston.

RESPUESTA

Desde el umbral

Simón Sierralta Navarro³

*Se me murió el ayer de parto
y lo velo cantando.*

Referencia de pasos (Roque Dalton, 1962)

*Y aunque toda la horda nos acosa,
medio a medio de los caminos, rosa
de humo y de piedra, la tribu está brillando.*

A la manera de antaño (Pablo de Rokha, 1925)

Escribí *El futuro que no fue* entre agosto y diciembre de 2018, diciendo que entonces “la coyuntura nacional se encontraba revuelta”. En perspectiva, bien podría haberla descrito como una taza de leche. El torrente de historia que nos ha atropellado en dos años nos trae de vuelta el juicio de Marx (1863), sobre esos pocos días en que se comprimen veinte años.

La lectura que propuse inicialmente se fundamentaba en la premisa de que la práctica de la arqueología y la prehistoria en Chile ha transitado bien ceñida al marco de un período general inaugurado en 1973. Hoy parecemos enfrentar finalmente el cierre de ese período, y habitamos un crepúsculo incierto frente a la bruma del porvenir. ¿Hacia donde vamos? La pregunta por el futuro nos domina, y quizás no es coincidencia que los tres comentarios a mi propuesta hayan decidido jugar con la formulación de su título en tres tiempos verbales distintos.

La Dra. Andrea Seelenfreund lo ha hecho en presente, rescatando aquellas luces que las sucesivas nuevas generaciones han encendido desde fines de los años noventa para configurar el “futuro que es”. Sin duda, como señala, la inserción social y política de la arqueología es un asunto abiertamente discutido a nivel mundial desde la década de los ochenta, y en nuestra región al menos desde finales de siglo. La proliferación de iniciativas de divulgación, la incorporación –en diversos formatos– de las comunidades al trabajo arqueológico, y la tematización del patrimonio como una dimensión relevante para la disciplina son claros ejemplos. No obstante, ese desarrollo parece ser aún relativamente marginal, exiguo y alinearse bien dentro de los límites y formas que el período establece, sin generar demasiada incomodidad (ver discusiones en Carrión *et al.* 2015; Fuenzalida 2017; Sierralta 2017). Cabe preguntarse, además, cómo esas reflexiones han impactado el espacio principal de ejercicio profesional: la consultoría de impacto ambiental. ¿Se han estrechado las relaciones entre comunidades y arqueólogos en los multimillonarios y permanentes proyectos mineros y energéticos? ¿Es acaso posible que eso ocurra? En ese sentido, la Dra. Seelenfreund es certera al señalar el impacto de la evaluación ambiental que absorbió a generaciones entrampadas en el estrecho escenario académico del cambio de siglo, lo que sin duda ha impactado como pensamos la arqueología, el patrimonio y

3 Dirección Museológica, Universidad Austral de Chile. simon.sierralta@uach.cl

las comunidades (Berenguer 2016). Este ejemplo subraya la importancia de pensar las condiciones objetivas que nos llevaron hasta aquí, y las que nos conducirán hacia adelante, no para realizar juicios éticos sino para entender la arqueología como lo que es: un fenómeno social.

Por otro lado, Zulema Seguel puso el título en modo condicional, enfatizando quizás la responsabilidad histórica de quienes tuvieron el poder de truncar o promover proyectos, y también las deudas y daños que las últimas décadas arrastran. Aquello invoca la idea de reparación, que plantea nuevas preguntas sobre el camino a seguir. Profundizar y reivindicar la memoria son formas reconocidas de reparación en contextos de violencia política. No obstante, el análisis crítico de la historia de la arqueología puede permitir la identificación de distintas situaciones que ocurrieron y ocurren, y que pueden ameritar procesos de reparación hacia personas, comunidades o instituciones ¿No son acaso susceptibles de reparación fenómenos como el extractivismo arqueológico, la dispersión de colecciones en instituciones internacionales y metropolitanas (e incluso en bodegas de investigadores), la celosa limitación de acceso a la información, la gestión inadecuada de los restos humanos? Varios de estos aspectos han sido –y están siendo– discutidos, particularmente en relación a demandas de comunidades indígenas, y sobre todo con la mirada puesta en la práctica presente y futura. La lectura historiográfica de la disciplina puede señalar oportunidades de reparar el pasado, una tarea que por supuesto nunca acabará, y cuya punta de lanza hoy son los procesos de repatriación–restitución de restos humanos y colecciones arqueológicas (Abarca *et al.* 2018).

Finalmente, Estefanía Vidal Montero reformuló el título preguntando por lo que vendrá. Su invocación del imperativo anticolonial para la arqueología latinoamericana señala con certeza un camino que tenemos que transitar. La reflexión sobre las consecuencias inmediatamente prácticas de esto ha sido acelerada en el último año. Mientras en el corazón de la nación unitaria se alzó como un símbolo transversal el Wenufoye, en el territorio al sur de la frontera los bustos de los invasores fueron reemplazados por rostros de weichafes y máscaras del Hain. A continuación, habrá que considerar cual será nuestro papel más allá de observar y documentar esa llamada performativa de despatrimonialización y resignificación, sobre todo en torno a lo que parece ser el núcleo de lo que señala Estefanía: el contenido de la historia que construimos, y la forma de construirla (Sierralta 2017; Vidal Montero 2019). Por último, su comentario trae a primer plano un tema que sólo alcancé a esbozar, y que ameritaría atención exclusiva: el grueso de la próxima generación de investigadores se está formando en instituciones ubicadas en el corazón de las metrópolis contemporáneas, y la academia nacional se vuelca cada vez más hacia los círculos primermundistas ¿Cómo romperemos esa dependencia, y cuáles son las trayectorias que a ella llegan y de ella parten? Para Fanon (1958) la realidad colonial está dada por la intersección de condiciones objetivas e históricas, pero también por la actitud de las personas frente a esas condiciones. Su superación yace en que los colonizados tomen conciencia de la posibilidad de existir.

Sin duda, el futuro que será no es el que pudo haber sido, ni el que es. Ante el fin del período y el proceso constituyente en ciernes, nuevamente debemos decir que el futuro de la arqueología no es otro que el futuro de la sociedad. Mirando ahora dos años (y más) adelante, podemos volver a señalar: “hoy más que nunca es importante disponer de toda la experiencia histórica (...) a fin de que los chilenos podamos encontrar con éxito nuestro propio camino” (Montané 1972:4). Sólo reconociendo las rutas que acá desembocaron y aquellas que no terminaron de recorrerse, podremos forjar arqueologías (académicas, públicas, técnicas, indígenas, feministas y las que haya que inventar) que contribuyan con todo su potencial a la construcción de una sociedad mejor.

Agradecimientos: A Zulema Seguel, Estefanía Vidal Montero y Andrea Seelenfreund por sus comentarios, que quisiera haber respondido mejor y más extensamente, como lo merecen. A los editores por, pese a todo, perseverar en la publicación de este documento.

Referencias citadas

- Abarca, V., M. J. Herrera, N. Fuenzalida, V. Sepúlveda. 2018. Cuerpos humanos de origen arqueológico: extractivismo y crisis de los depósitos en Chile, el caso del Museo Histórico Arqueológico de Quillota. *Anales de Arqueología y Etnología* 73(2): 221-249.
- Berenguer, J. 2016. Sentir que nada es igual, pero que todo es lo mismo: de lo sólido a lo líquido en la arqueología chilena. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 46: 107-115.
- Carrión, H., C. Dávila, A. Delgado, N. Fuenzalida, P. Kelly, F. Moya, S. Rebolledo, S. Sierralta, J. Sepúlveda, C. González. 2015. Evaluación de la Arqueología Social en Chile: desarrollo histórico y revisión crítica del proyecto disciplinar. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 45: 95-114.
- Fanon, F. 1958[2011]. *Piel Negra, Máscaras Blancas*. Editorial Caminos, La Habana.
- Fuenzalida, N. 2017. Apuntes para una arqueología de la dictadura chilena. *Revista Chilena de Antropología* 35: 131-147.
- Marx, K. 1863 [1985]. Marx to Engels in Manchester. London, 9 April 1863. En: *Marx & Engels Collected Works, Vol. 41*, pp. 466-469. Lawrence & Wishart, Londres.
- Montané, J. 1972. La arqueología chilena: su estado actual y perspectivas de desarrollo en la etapa del tránsito hacia el socialismo. Su futuro. En: *Serie Documentos de Trabajo* 3, pp. 2-4. Programa de Arqueología y Museos, Universidad de Chile, Antofagasta.
- Sierralta, S. 2017. La arqueología chilena en el Gulumapu: narrativa histórica en una zona de conflicto. *Revista Chilena de Antropología* 36: 255-274.
- Vidal Montero, E. 2019. Discursos arqueológicos y la creación del tiempo universal en la prehistoria del desierto de Atacama, norte de Chile: reflexiones en torno a la construcción del pasado. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 49: 7-26.

Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología

El Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología es una publicación anual fundada en 1984 y editada por la Sociedad Chilena de Arqueología. Tiene como propósito la difusión de avances, resultados, reflexiones y discusiones relativos a la investigación arqueológica nacional y de zonas aledañas. Las opiniones vertidas en este Boletín son de exclusiva responsabilidad de quienes las emiten y no representan necesariamente el pensamiento de la Sociedad Chilena de Arqueología.

Las contribuciones enviadas serán revisadas por los Editores y al menos dos evaluadores/as anónimos/as, quienes velarán por la pertinencia y calidad del trabajo y sugerirán su publicación con modificaciones menores o mayores o su rechazo.

Los trabajos pueden enviarse en cualquier momento del año.

Las versiones finales de los trabajos aceptados serán publicadas según se desarrolló el proceso editorial de los mismos.

Instrucciones a los autores

1. Las contribuciones de los autores deben ser originales y no estar en proceso de consideración en otra revista. Su recepción no garantiza su publicación, ya que luego del proceso de evaluación, el comité editorial podrá solicitar cambios tanto de contenido como formales a sus autores, o bien rechazar la publicación del mismo.

2. El Boletín cuenta con una plataforma de publicación en línea (www.boletin.scha.cl), mediante la cual los autores pueden registrarse y enviar sus manuscritos. El uso de este sistema permite el seguimiento del estado de la revisión de las contribuciones, una comunicación directa entre los autores y el equipo editorial, junto con obtener la contribución en formato digital y en línea, de forma anticipada a la versión impresa. Se debe ingresar a <https://boletin.scha.cl/boletin/index.php/boletin/about/submissions> y completar los pasos que allí se indican.

3. Las contribuciones pueden realizarse a modo de ARTÍCULOS o de REPORTES. Queda a criterio de los Editores y del Comité Editorial la publicación de otros trabajos, como entrevistas, notas, comentarios, o documentos inéditos.

4. Los ARTÍCULOS, incluyendo todas sus secciones, notas, tablas, figuras y referencias citadas tendrán una extensión máxima de 15000 palabras.

5. Los REPORTES, incluyendo todas sus secciones, notas, tablas, figuras y referencias citadas tendrán una extensión máxima de 2000 palabras y de tres figuras o tablas.

6. Toda contribución deberá contener obligatoriamente las siguientes secciones en el orden mencionado:

- a) Título principal.
- b) Nombre del o los/las autores/as.

- c) Resumen en español (máximo 150 palabras para ARTÍCULOS y 100 para REPORTES).
- d) Palabras Clave en español (máximo 5).
- e) Abstract en inglés (máximo 150 palabras para ARTÍCULOS y 100 para REPORTES).
- f) Keywords en inglés (máximo 5).
- g) Texto.
- h) Agradecimientos (opcional).
- i) Referencias citadas.
- j) Listado de Tablas y sus leyendas.
- k) Listado de Figuras y sus leyendas.

7. Las contribuciones deberán estar escritas en letra Times New Roman tamaño 12, en formato .doc o .docx, con interlineado simple y justificado y con márgenes de 2,5 cm. Los párrafos no deberán tener sangría.

Se deberán numerar las líneas del manuscrito de manera continua, usando la opción números de línea del Microsoft Word (en Diseño de Página en PC y en Formato/Diseño del Documento en Mac).

8. El título principal se presentará centrado, escrito capitalizado (letra inicial en mayúscula) y negrita. No podrá contener notas de ningún tipo.

9. El nombre del o los/las autores/as irá capitalizado y centrado. En nota al pie de la primera página, deberá presentarse en el siguiente orden: filiación institucional y dirección electrónica.

10. El resumen se titulará capitalizado, centrado y en negrita. A continuación se presentarán las Palabras Clave (título capitalizado), alineadas a la izquierda y escritas en minúsculas.

11. El abstract se titulará capitalizado, centrado y en negrita. A continuación se presentarán las Keywords (título capitalizado), alineadas a la izquierda y escritas en minúsculas.

12. El texto se iniciará sin la palabra introducción.

13. A lo largo del texto los títulos primarios se escribirán capitalizados, en negrita y centrados. Los títulos secundarios deberán ser escritos capitalizados, negrita y alineados a la izquierda. Los títulos terciarios deberán ser escritos capitalizados, en cursiva y alineados a la izquierda.

14. Los agradecimientos se presentarán al finalizar el texto y antes de iniciar las referencias citadas. Se consignará la palabra Agradecimientos capitalizada, cursiva y alineada a la izquierda. A continuación y en la misma línea, separados por un punto, se anotarán los reconocimientos que el autor estime. En esta sección corresponde indicar los créditos a las fuentes de financiamiento correspondientes.

15. Se presentará como notas toda aquella información adicional relevante al texto y que no pueda ser incluida en el mismo. Las notas serán todas a pie de página y deberán numerarse correlativamente con números arábigos. La nota 1 corresponderá a la filiación institucional y dirección electrónica del primer autor.

16. Las citas textuales de menos de tres líneas se integran al párrafo, resaltada por comillas dobles. En los casos en que las citas textuales posean tres o más líneas, se indicarán entre comillas, separadas del texto en párrafo aparte. Toda cita textual en idioma distinto al español debe ponerse en su versión original, y en una nota al pie su traducción al español. Seguido a la traducción en la nota al pie, indicar entre paréntesis quién realizó la traducción, ej.: (traducción de Juan Pérez), o (la traducción es nuestra) cuando ésta ha sido realizada por los mismos autores del manuscrito.

17. Aparte de los subtítulos terciarios y la expresión *et al.*, el uso de cursivas se usará únicamente para los nombres científicos, palabras y conceptos ajenos al idioma original del manuscrito. El uso de palabras capitalizadas se reserva exclusivamente para los títulos y los nombres propios.

18. El uso de comillas en el texto se restringe exclusivamente a las citas textuales. Comillas simples se emplean únicamente para indicar una cita dentro de otra o si hay comillas originales en el texto que se cita.

19. Las tablas y figuras se indicarán en el texto entre paréntesis, capitalizadas y normal, por ejemplo: (Tabla 1), (Figura 3). Deberán ser numeradas en el orden en que aparecen en el texto. Deberá adjuntarse un listado de Tablas y Figuras en formato .doc o .docx con las respectivas leyendas.

20. Las tablas podrán presentarse como archivos separados del texto en formato .doc, .docx, .xls o .xlsx, o presentarse insertas en el texto mismo, en cuyo caso no deberá ser como imagen.

21. Las figuras comprenden fotografías, dibujos y mapas. Estas deberán presentarse en archivos separados del texto, en escala de grises (publicación en papel) y color (publicación digital), en formato JPG, TIF, BMP o PNG, con una calidad no inferior a 300 dpi y un tamaño no mayor a 18 x 14 cm.

22. Las citas en el texto se señalarán en paréntesis y con fuente normal. El autor o autores/as y el año de publicación no deberán separarse con coma. En una cita que contenga más de una referencia, éstas se ordenarán alfabéticamente y separadas con punto y coma. La expresión *et al.* (siempre en cursiva) se utilizará para referencias que tengan más de dos autores. Referencias que tengan el mismo autor o autores en el mismo año se las distinguirá con las letras a, b, c, etc. Los trabajos en prensa o manuscritos se indicarán en el texto sólo refiriendo al año y sin siglas como Ms.

Por ejemplo: (Castro *et al.* 2001; Hocquenghem y Peña 1994; Llagostera 1979, 1982; Méndez 2012a, 2012b; Suárez 1981).

23. Los números cardinales serán referidos con palabras si el valor es inferior a nueve, por ejemplo: cuatro cuchillos. Si el valor es superior a nueve, se lo referirá con números, por ejemplo: 58 vasijas; excepto al inicio de un enunciado, por ejemplo: “Cincuenta y ocho vasijas...”.

En el caso de los números que corresponden a medidas, éstas irán con números árabigos seguidos de la abreviación correspondiente sin punto, ejemplos: 5 mm, 5 cm, 5 m, 5 km, 5 msnm, 5 há, 5 m², 5 kg

24. Los fechados radiocarbónicos que se publiquen por primera vez siempre se deben señalar en años a.p. sin calibrar, indicando la fecha con un rango de error (sigma), el código de laboratorio y

número de muestra, el material fechado y el valor $\delta^{13}\text{C}$ de estar disponible. Por ejemplo: 1954 ± 56 a.p., UB 24523, semillas de *Chenopodium quinoa*, $\delta^{13}\text{C} = -27,9 \text{ ‰}$

Para los fechados radiocarbónicos calibrados se debe indicar tal condición, la cantidad de sigmas (1 o 2) empleados, junto al programa y curva de calibración utilizados; se puede informar también la probabilidad de los rangos de edad entregados. Por ejemplo: 48 cal. a.C.-3 cal. d.C. (p = 0.105) y 10-222 d.C. (p = 0.895) (calibrado a 2 sigmas con el programa CALIB 7.1 [Stuiver *et al.* 2005] y la curva SHCal13 [Hogg *et al.* 2013])

25. Los fechados de termoluminiscencia que se publiquen por primera vez siempre se deben señalar en años calendáricos (a.C., d.C.), indicando la fecha con un rango de error (sigma), el código de laboratorio y número de muestra, el material fechado y el año base utilizado. Por ejemplo: 430 ± 130 d.C., UCTL 1537, cerámica, año base 1990.

26. Las coordenadas UTM se expresarán indicando el datum, zona, coordenadas E, coordenadas norte o sur, separados por coma.

Ejemplos:

WGS84, 19K, 370150 E, 7516040 N

WGS84, 18H, 725638 E, 5812890 S

27. La sección de bibliografía se titulará Referencias Citadas, capitalizado, en negrita y centrado. Las referencias serán ordenadas alfabéticamente por apellido y en forma cronológica ascendente para cada autor/a. La información de cada referencia será dispuesta en el siguiente orden: autor/a(es/as), año, título, imprenta, lugar de publicación. Los/las autores/as deberán escribirse capitalizados. Se deberá consignar solamente las iniciales de los nombres de los/las autores/as; cuando haya más de un/a autor/a, solamente para el primero deberá aparecer el apellido antes que el nombre. A continuación y en la misma línea, separados por un punto, se indicará el año, título del trabajo y el resto de las referencias. Sólo la primera palabra del título deberá ir capitalizada. El título de la revista, libro o monografía deberá aparecer en cursiva y no estar escrita usando abreviaturas. Todos los artículos de revista o capítulos de libro deben anotar los números de página correspondientes.

Ejemplos:

- Libro:

Binford, L. 1981. *Bones: ancient men and modern myths*. Academic Press, New York.

-Libro editado, compilado o coordinado:

Se indicará al autor o autores como "(ed.)", "(eds.)" según corresponda.

Flannery, K. (ed.) 1976. *The Early Mesoamerican Village*. Academic Press, New York.

- Artículo en revista:

Legoupil, D., C. Lefèvre, M. San Román y J. Torres. 2011. Estrategias de subsistencia de cazadores recolectores de Isla Dawson (Estrecho de Magallanes) durante la segunda mitad del Holoceno: primeras aproximaciones. *Magallania* 39(2):153-164.

- Capítulo en libro:

Schiappacasse, V., V. Castro y H. Niemeyer. 1989. Los Desarrollos Regionales en el Norte Grande de Chile (1000 a 1400 d.C.). En: *Prehistoria. Desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*, editado

por J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano, pp. 181-220. Editorial Andrés Bello, Santiago.

- Actas de Congreso como volumen propio:

Dillehay T y A. Gordon. 1979. El simbolismo en el ornitomorfismo mapuche: La mujer casada y el “ketru metawe”. *Actas del VII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Volumen I, pp. 303-316. Editorial Kultrún, Santiago.

- Actas de Congreso como parte de una publicación periódica:

Núñez, P. 2004. Arqueología y cambio social: Una visión de género y materialismo histórico para el Norte de Chile. *Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología Chilena / Chungara Revista de Antropología Chilena* 36 Volumen Especial, Tomo I, pp. 441-451. Universidad de Tarapacá, Arica.

- Memorias, Tesis o Disertaciones de grado o título:

Artigas, D. 2002. *El sueño esculpido: arte rupestre y memoria del mito en el valle de Canelillo, Provincia de Choapa*. Memoria para optar al título de arqueólogo. Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Santiago.

- Manuscritos en prensa:

Se indicará de acuerdo a la categoría correspondiente (libro, artículo en revista, capítulo en libro u otro), para finalizar con el término En prensa.

Sanhueza, J. 2005. Registro de un cementerio del periodo Formativo en el oasis de Pica (Desierto de Tarapacá). *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*. En Prensa.

- Manuscrito inédito:

Se indicará su institución depositaria y su condición de manuscrito.

Gaete, N. 2000. *Salvataje Sitio 10 PM 014 “Monumento Nacional Conchal Piedra Azul”*. Informe Segunda Etapa. Volumen 3. Archivo Consejo de Monumentos Nacionales, Santiago. Manuscrito.

- Sitios o Documentos WEB:

Se indicará de acuerdo a la categoría correspondiente (libro, artículo en revista, capítulo en libro u otro), señalando la fecha de consulta más reciente.

Stuiver, M., P. Reimer y R. Reimer. 2005. CALIB 5.0. [WWW program and documentation]. <http://intcal.qub.ac.uk/calib/manual/index> (1 agosto 2015).